

DISCURSOS Y RADIOMENSAJES
DE SU SANTIDAD
PIO XII

I

PRIMER AÑO DE PONTIFICADO

2 MARZO 1939 — 1 MARZO 1940



MADRID - EDICIONES ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA - MCMXLVI

S U M A R I O

	<i>pág.</i>
Prefacio	VII
Discursos y Radiomensajes de Su Santidad	1
Documentos pontificios	575
ÍNDICES	577
Criterio de los índices	579
I. — Índice cronológico...	581
II. — Índice sistemático...	587
III. — Índice analítico	591
IV. — Índice onomástico	617
V. — Índice toponímico...	622
VI. — Índice literario...	624

IMPRIMATUR

Barcinone, 7 Januarii 1946.

† GREGORIUS, Episcopus Barcinonensis.

DE LA PRESENTE OBRA SE HAN IMPRESO :

150 ejemplares en papel de hilo Guarro, con
filigrana pontificia, numerados de I a CI..

Los números I a LXXV no han sido
puestos a la venta.

3.000 ejemplares en papel especial Comercial
Papelera Torras, de los cuales 300 nu-
merados de 1 a 300.



Pius p/p XII

21 de Outubro de 1945

TRADUCCIÓN E ÍNDICES

POR

MONS. PASCUAL GALINDO

Prelado Doméstico de Su Santidad

P R E F A C I O

La Acción Católica Española, que había editado ya algunos de los discursos y mensajes radiados por Su Santidad Pío XII en volúmenes separados, como los dirigidos a los nuevos esposos y los mensajes con motivo de la guerra mundial, señalando las directrices para una paz justa y fecunda, vertidos a la lengua castellana, publica hoy la colección completa de las encíclicas, discursos y mensajes radiados hasta el presente por Su Santidad Pío XII. Mas como con el Romano Pontífice actual, polígrafo y poligloto, se renueva, aunque no de la misma manera, el prodigio de Pentecostés de que le oiga cada uno en su respectiva lengua, algunos discursos y mensajes no han tenido que ser traducidos, por haberlos pronunciado Su Santidad Pío XII en la lengua de Cervantes y Teresa de Jesús, como el inolvidable Mensaje a España en 16 de abril de 1939, para expresarnos su paterna congratulación por el don de la paz y de la victoria después de la última Cruzada Española.

A la Universidad de Milán y a su egregio y magnífico Rector, P. Gemelli, ha de agradecer la Acción Católica Española el permiso de la versión castellana de los discursos y men-

PREFACIO

sajes publicados por dicha Universidad en la misma lengua en que habían sido pronunciados.

La presente edición castellana se ha enriquecido con los siguientes índices: analítico, onomástico, toponímico y literario.

Haga Dios que la palabra del Dulce Cristo en la tierra, que en horas tormentosas ha ido predicando los principios de justicia y paz, y que a todas las clases sociales y profesiones ha adoctrinado, encuentre eco acogedor en todos los pueblos de habla castellana y especialmente en nuestra España, tan devota del Pontificado y tan amante de Su Santidad Pío XII.

+ Enrique, Cardenal Arzobispo de Toledo

Presidente de la Dirección Central de la Acción Católica Española

AÑO 1939

I

3 DE MARZO DE 1939

RADIOMENSAJE DE PAZ AL MUNDO CATÓLICO

Su Santidad, al día siguiente de su elevación al Sumo Pontificado, habló por vez primera, como Supremo Pastor de las almas, a todo el mundo católico, siendo escuchado con veneración y gratitud por todos los pueblos.

ANTE la conmoción que con tanta vehemencia quebranta Nuestro ánimo al sentir sobre Nuestros hombros la gravísima carga del Sumo Pontificado, que Dios por arcano designio de su Providencia Nos ha impuesto, necesariamente Nos vemos impulsados a dirigir a todo el mundo católico Nuestra mirada y Nuestra palabra.

Ante todo, abrazamos con el mayor afecto a Nuestros dilectísimos Hijos del Sacro Colegio, cuya piedad, virtud y preclaras dotes del alma mucho tiempo ha Nos son tan conocidas; deseamos luego toda clase de felicidades a todos y cada uno de los Venerables Hermanos en el episcopado; bendecimos asimismo tanto a los sacerdotes, ministros de Jesucristo y dispensadores de sus misterios, como también a los religiosos y religiosas, y a cuantos, trabajando infatigables en las santas misiones, extienden doquier el reino de Jesucristo, o cooperan, bajo la guía de los Obispos, a su apostolado jerárquico, militando en la Acción Católica; finalmente, para cuantos son Nuestros hijos en todo el orbe, en particular para quienes sufren las estrecheces de la pobreza o se hallan profundamente doloridos, imploramos los dones celestiales y los divinos consuelos.

Diríjese asimismo Nuestra mirada hasta a quienes se hallan fuera del redil de la Iglesia Católica, los cuales han de acoger seguramente de buen grado, según esperamos, el que, en esta solemne ocasión, hayamos implorado también para ellos los divinos auxilios de Dios Óptimo Máximo.

Deseamos también unir a este Nuestro paterno mensaje el ansia de la paz y la invitación a ella. A esa paz que Nuestro Antecesor, de tan piadoso recuerdo, aconsejó con tanto esfuerzo a los hombres y por la que oró con tal fervor que llegó a ofrecer espontáneamente su vida a trueque de reconciliar, en plena concordia, las encontradas voluntades de todos los hombres. A la paz, el don más hermoso de Dios, que sobrepasa todo sentido; a la paz que no pueden menos de ansiar todos los hombres sensatos; a la paz, finalmente, que sólo nace de la caridad y de la justicia. A todos exhortamos a la paz, que concilia los ánimos unidos por el amor de Dios; que temple y funde a toda la sociedad humana en el sagrado amor de Jesucristo; a la paz que liga naciones y pueblos por un auxilio mutuo y fraternal; por último, a la paz y armonía que deben instaurarse entre las naciones, de tal suerte que todos y cada uno de los pueblos, de común acuerdo, en leal alianza y mutuo trabajo, con la inspiración y ayuda de Dios, se dirijan unidos al progreso y felicidad de toda la familia humana.

Por ello, ante todo, en estos tiempos tan angustiosos, cuando tantas y tan grandes son las dificultades que parecen rechazar y alejar aquella verdadera paz que todos ansían con tal ardor, dirigimos a Dios Nuestras preces suplicando por todos cuantos presiden los gobiernos, a quienes toca el cargo, tan honroso como gravísimo, de guiar a los pueblos hacia su prosperidad y progreso material.

Ved, queridos Hijos Nuestros; ved, Venerables Hermanos y amantísimos hijos, el primer deseo que Dios ha arrancado a Nuestro corazón de Padre.

No se Nos ocultan, ciertamente, los gravísimos males que sin cesar afligen a los hombres, y que hemos de curar, bien que inermes, pero confiados en el auxilio de Dios Omnipotente. Exhortamos a todos, haciendo Nuestras las palabras de San Pablo: «¡Acogednos en vuestros corazones!» (*II Cor.*, VII, 2). Nos mantiene, ciertamente, la esperanza de que en modo alguno frustraréis este Nuestro ardentísimo voto de la reconciliación por la paz. Después del poder de Dios, confiamos sobre todo en vuestra pronta y buena voluntad.

RADIOMENSAJE DE PAZ AL MUNDO CATÓLICO

Ojalá que Cristo Señor, «de cuya plenitud todos tomamos» (*Io.*, I, 16), mire benigno desde el Cielo este Nuestro deseo, difundiénolo con toda clase de consuelos y bienes por el mundo entero, bajo el auspicio de la Bendición Apostólica, que Nos damos a todos con el mayor amor.

II

12 DE MARZO DE 1939

LA DIVISA DEL SAGRADO MANDATO

Terminada la solemne ceremonia de la Coronación, celebrada dicho día en la Basílica Vaticana ante una inmensa muchedumbre de fieles, recogidos en religiosa admiración, el Emmo. Sr. Cardenal Decano expresó al Sumo Pontífice la felicitación y deseos filiales por su Pontificado. Su Santidad, al agradecer paternalmente la felicitación del Sacro Colegio, manifestó la altísima consideración por su Senado y proclamó el lema escogido para divisa del nuevo Sacro Principado.

TANTO y tan dulcemente Nos han conmovido las palabras del venerable y para Nos carísimo Cardenal Decano, que a Nuestra vez expresamos Nuestra perenne gratitud a él y a todos los del Sacro Colegio, los más cercanos a Nos, estimando con paterno ánimo su devota piedad y fidelidad.

Providentísimo el Señor, por arcano designio suyo, valiéndose de vosotros, Venerables Hermanos y dilectos Hijos Nuestros, después de la muerte de Nuestro llorado Predecesor, de tan s. m., Nos exaltó, contra nuestra voluntad e inesperadamente, a esta altísima dignidad y autoridad, cuya elevada excelsitud, singular naturaleza y gravísimo oficio harían estremecer, no sólo a Nos, sino a cualquier hombre.

Por ello, confiados más en su divina gracia que en Nuestros méritos y fuerzas, inclinamos Nuestra frente ante su potentísima y sapientísima voluntad. Y dirigiendo Nuestra mirada al que es «Padre de las luces y Dios de todo consuelo», y bajo el amparo de la Virgen del Buen Consejo, Patrona que fué del Cónclave, tomamos en Nuestras manos el timón de la nave de Pedro, a fin de dirigirla al puerto de paz, a través de tantas olas y tempestades.

Servir tan sólo a la verdad es la única meta del Sumo Pontificado a través de los siglos; a la verdad, decimos, que sea íntegra y auténtica, no enturbiada por tiniebla alguna, ni plegada a ninguna condescendencia, y jamás separada de la caridad de Jesucristo. En todo Pontificado y singularmente en el Nuestro, que ha de dedicarse plenamente a cumplir el gran deber de trabajar por la unión de los hombres que tanto sufren por sus diferencias y luchas, debe

dominar, cual sacro mandato, aquella frase de San Pablo apóstol: «Abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad» (*Eph.*, IV, 15).

Conjuramos, pues, Venerables Hermanos y amados Hijos Nuestros, vuestra cooperación y buena disposición; de suerte que, ayudados por ella, podamos ajustar plenamente el altísimo cargo, que hoy hemos recibido con solemne rito, a ese peculiar mandato del Apóstol, y comunicar a todo el género humano los dones celestiales que en cierto modo contiene tamaña dignidad. Conociendo bien la grandeza y gravedad de Nuestro cargo, y sin ignorar la esperanza y confianza que ponen en el Solio de San Pedro, no tan sólo quienes Nos están íntimamente unidos por la fe y la caridad, sino aun aquellos no pocos hermanos separados de Nos, y en general toda la gran familia humana, que suspira por la reconciliación de la paz, en esta hora tan grave, cuando sobre Nuestra frente se impone la majestad y el peso de la Tiara Pontificia, os requerimos a todos vosotros, Nuestro Senado, y os exhortamos también a vosotros, Nuestros íntimos consejeros, con las palabras de San Juan Crisóstomo: «Vosotros que conocéis nuestro trabajo, cooperad con vuestras preces, solicitud, prontitud y amor, para que Nos seamos vuestra gloria, y vosotros la nuestra» (*Hom. XXIX in Ep. ad Romanos*, n. 5).

Alentados con esta firme confianza, así al venerable Cardenal Decano, intérprete tan elocuente de vuestra devoción y amor, como a cada uno de vosotros, con la mayor benevolencia, con agradecido afecto, os damos la Bendición Apostólica.

III

23 DE MARZO DE 1939

A UNA PEREGRINACIÓN HÚNGARA

Su Santidad, al recordar la inolvidable Embajada a Budapest, dirigió expresiones de paternal afecto a los numerosos peregrinos húngaros presentes en Roma.

E SPECIALÍSIMA alegría es para Nuestro corazón recibir el fiel saludo y la filial devoción de los amados hijos e hijas de Hungría. En verdad que Nos consideramos bien felices cuando, no ha mucho tiempo, en ocasión del último Congreso Eucarístico Internacional, Nos hallábamos entre vosotros y personalmente pudimos ser testigos de aquellas grandiosas manifestaciones, en que tan de relieve se puso la expresión y el reconocimiento de la ardiente fe de los católicos húngaros en Jesús Sacramentado y su amor a Él.

Lo que Nos estimamos más en vuestro caballeroso pueblo es su fe tan ampliamente extendida y tan profundamente arraigada, así como su santo temor de Dios, sus sanas costumbres y amor del orden, su voluntad para el trabajo y su gran laboriosidad. Rogamos al santo rey Esteban, a San Emerico, a San Ladislao, a Santa Isabel, a la Beata Margarita, y sobre todo a la *Patrona Hungariae*, la poderosa Virgen Madre de Dios, para que en vuestro pueblo sea conservada la paz, en el exterior por la justicia y la equidad, y en el interior por el bienestar y una activa cooperación de la sana naturaleza con la fe sobrenatural. Para todos vosotros y para todos Nuestros hijos en vuestra Patria imploramos del Señor que «por su Espíritu os fortifique en el hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, siempre arraigados y fundados en la caridad» (*Eph.*, III, 16-17), esto es, en el amor a Cristo y en el consiguiente amor al prójimo, dis-

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

puestos al sacrificio por los que sufren escasez, los débiles y necesitados, sin acepción de personas.

Como garantía de ello, a vosotros, a todos los vuestros y a cuantos se han encomendado especialmente al amor y preocupación del Padre común, os damos de todo corazón la Bendición Apostólica.

IV

30 DE MARZO DE 1939

A UN GRUPO DE CATÓLICOS ARGENTINOS

Un grupo de católicos argentinos vino en peregrinación desde su lejana patria hasta la Casa del Padre común, para ofrecer su homenaje al Vicario de Cristo. Su Santidad dignóse recibirlos en Audiencia especial; y, al recordar ante ellos el grandioso Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, les deseó toda clase de bienes en su vida y actividad religiosa.

BIEN venidos, amados hijos e hijas, a la casa del Padre de la Cristiandad tan distante de vuestra lejana Patria argentina. Aunque, a decir verdad — y prescindiendo ahora de las maravillas de los modernos medios de comunicación que van suprimiendo las barreras del tiempo y del espacio, diríase que obedientes a la gran idea de la unidad de la Iglesia —, para el amor del Padre común, no hay más lejos ni más cerca; todos los hijos le quedan igualmente cerca. Vosotros, además, Nos sois ya conocidos. Hemos de agradecer a la divina Providencia el que tuviera a bien llevarnos a vuestra Patria, a ser testigos de vuestra fe, de fervor ardiente y claridad y expresión verdaderamente argentinas. Lo que más llega a consolarnos es el hecho, a Nosotros por varias partes referido, de que aquella imponente e inolvidable explosión religiosa que se llama ya el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, no se redujera a una mera fulguración fugaz, sino que fué brasa que se mantiene viva, y mejor, germen que, en tierras tan proverbialmente fértiles como son las vuestras, está produciendo año tras año nuevos y abundantes frutos siempre bajo los desvelos pastorales de los Señores Obispos, al primero de los cuales, que hoy celebra el vigésimo aniversario de su consagración episcopal, le tenemos aquí presente: Verdadero *pastor animarum vestrarum*, y según el corazón del divino Buen Pastor.

Señor Cardenal Primado: Sed portador de Nuestros saludos y Nuestra afección más íntima a vuestros hermanos en el Episcopado, a los nobles Gobernantes que laboran por

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

el bien de la Patria, al pueblo argentino todo. En señal de la unión íntima de vuestro pueblo con el Vicario de Jesucristo, y en prenda de las gracias copiosas y del amor ubérrimo de Jesús, os damos a vosotros, y en vosotros a vuestros seres más queridos y a todo el pueblo argentino, muy de corazón, la Bendición Apostólica.

V

1 DE ABRIL DE 1939

L NUEVO EMBAJADOR DEL BRASIL

Su Santidad recibió en solemne Audiencia al nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario del Brasil, Excmo. Sr. don Pompeyo Ildebrando Pinto Accioly, que presentó sus cartas credenciales. Con tal motivo pronunció Su Santidad la siguiente Alocución.

SEÑOR EMBAJADOR:

CON profunda satisfacción y verdadera alegría recibimos Nos hoy de vuestras manos la Carta por la que el Señor Presidente de los Estados Unidos del Brasil, a quien personalmente conocemos y tanto estimamos, os acredita como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de aquella República junto a la Santa Sede.

Las encomiásticas palabras con que en esa Carta reconoce y exalta las singulares cualidades personales, de que Vuestra Excelencia ha dado ya pruebas tan múltiples en otros cargos importantes, son para Nos una prenda segura, un feliz augurio del espíritu que en vuestra misión os animará. Por otra parte, las nobles y elocuentes frases que acabáis de dirigirnos revelan un sentimiento admirable, una elevada conciencia de vuestra alta misión, que merecen todo Nuestro sincero aplauso y Nuestro constante apoyo.

Entre el noble pueblo brasileño y esta Sede Apostólica existen felices relaciones que Nos, fieles a los luminosos ejemplos de Nuestro inmortal Predecesor, deseamos ver cada vez más estrechas y más cordiales, lazos espirituales basados en leyes que no tienen su origen en este mundo, puesto que han logrado su fuerza y su fecundidad gracias a una religión que a todos predica la fe en un Padre celestial, que hace brillar su sol sobre todos los pueblos y que ha dado por norma general a todos los hombres la ley del verdadero amor de la paz en la justicia y de la sincera fraternidad.

El pueblo brasileño, cuyo corazón sentimos palpar en aquellos días, para Nos tan inolvidables, de octubre de 1934, cuando tuvimos la dicha de encontrarnos mezclado con él, ya en las salas de su Parlamento y del Tribunal Supremo de Justicia, ya en el recinto hospitalario del Palacio Presidencial, este pueblo sabe que la fe en Cristo y la fidelidad a la Iglesia Católica constituyen tanto el sacro patrimonio de sus tradiciones nacionales como su verdadera riqueza; y que en la medida que él guarde, pura e intacta, esta reserva de oro espiritual, será fuerte, no sólo en la defensa de los inmutables principios de la civilización cristiana, sino también en la afirmación de su personalidad y de sus ideales de justicia y de paz en medio de las duras pruebas de la hora presente. Permanecer fiel a tal tradición, a los deberes que consigo lleva, a las ventajas que asegura, es para el Brasil permanecer fiel a sí mismo y a la gran misión, cada día más importante, que según toda previsión le está reservada, en la pacífica colaboración con los demás pueblos del continente americano y aun del mundo entero.

Al dirigir en espíritu Nuestra mirada hacia Aquel que, desde las alturas del Corcovado, extiende sus manos bendiciendo a la hermosa capital y a toda la tierra del Brasil, os aseguramos, Señor Embajador, Nuestro constante y benévolo apoyo en el cumplimiento de la alta misión con que os ha honrado la confianza del Jefe del Estado; imploramos la amorosa protección de Dios sobre el ilustre Presidente de la Unión Brasileña, sobre los miembros del Gobierno que trabajan por la felicidad y la prosperidad del País, así como sobre todas las clases y todas las categorías sociales de su pueblo. Y con todo Nuestro corazón concedemos a todos la implorada Bendición Apostólica, como prenda de una superabundante efusión de las divinas gracias.

VI

5 DE ABRIL DE 1939

LOS COLABORADORES DEL SUCESOR DE PEDRO

Su Santidad admitió a su presencia a los Emms. Sres. Cardenales, a los Prelados y a los Oficiales de la Curia Romana; les dirigió veneradas palabras de amable saludo, de complacencia y de prudente dirección.

CON íntima alegría, Venerables Hermanos y amados Hijos, vemos en esta hora agrupados y reunidos en derredor Nuestro a los Eminentísimos Cardenales, los Oficiales mayores y menores, los Consultores de la Curia Romana, el conjunto de Congregaciones, Tribunales y varios Dicasterios, por los que el Romano Pontífice desde las orillas del Tíber, desde esta Ciudad del Vaticano y desde la diócesis de Roma, hasta los confines del mundo, extiende y concentra en sí mismo el gobierno de la Iglesia universal. En medio de vosotros Nos parece ceñir aquella corona que exaltaba el espíritu del segundo Príncipe de los Apóstoles, cuando llamaba a los Filipenses sus hermanos queridísimos y deseadísimos, su gozo y su corona (*Phil.*, IV, 1). Esa corona que con vuestra amable presencia entretejéis en torno a Nos, no es corona de oro y piedras preciosas, ni de flores que nazcan o broten de la fría tierra: es corona viva, resplandeciente con el oro de vuestro selecto grado, con las perlas de vuestras virtudes, con las flores de vuestra ciencia y prudencia, de vuestro laborioso servicio, de vuestro sublime sacrificio.

LA CURIA, AL SERVICIO DE LA ESPOSA DE CRISTO

Ya desde el alborear de Nuestro Pontificado habéis querido ofrecernos el don, rendido con amor y con amor aceptado, de vuestro homenaje, de vuestra fidelidad, de vuestra colaboración. Ya desde los primeros pasos del camino conocido

sólo por Dios, que llama tanto a las cosas que no son como a las que son y las endereza a aquel alto fin para el que aquí en Roma, sobre el monte Vaticano, colocó, como señal de salvación para los pueblos, la Piedra fundamental de su Iglesia, habéis querido vosotros hacernos sentir que al lado de Pedro, acostumbrado ya durante tantos siglos no menos al triunfo que al dolor, a la lucha que a la oración, hay una pléyade bien ordenada de consejeros y de cooperadores, a cuyo noble celo, a cuya probada ciencia, a cuya madura experiencia, a cuyos altos ideales, Dios Nos concede la consoladora confianza de encomendar las importantes tareas y graves cuidados encaminados al honor e incremento de la Santa Sede, del bien de las almas, que las disposiciones del derecho canónico designan cual sacra palestra del múltiple trabajo de la Curia Romana. Apoyados en el ardiente sentimiento que en Nuestro ánimo produce la firme confianza en vosotros, se regocija y descansa Nuestro corazón, que soporta el gran peso del manto papal; y delante de vosotros, en esta reunión de todos los Tribunales de la Curia Romana, de los Dicasterios y de las Administraciones Palatinas, de la Comisión Pontificia para la interpretación del Código de Derecho Canónico, del Vicariato de Roma y de la Ciudad del Vaticano, con los Párrocos y Predicadores cuaresmales de la Ciudad, y la Comisión para las Obras de Religión, Nuestra palabra brota espontánea para manifestar paternalmente la estima y amor en que tenemos a todos y cada uno. Y en justa correspondencia os hablamos como a hermanos e hijos con el Apóstol: «Ensanchad también vuestro corazón» (*II Cor.*, VI, 13), a fin de que Nuestro amor hacia la Santa Iglesia sea pleno. Ensanchaos también vosotros ante el pensamiento de que servís a esta Esposa de Cristo, por la cual se dió a sí mismo para investirla de gloria, sin mancha y sin arruga, santa e inmaculada: esta divina Esposa, que dilata y planta sus tiendas por todo el universo, y pregona el Evangelio por todas las regiones del globo; que descende con sus sufragios a la cárcel de los que esperan volar un día a la bienaventuranza y asciende al cielo invocando y llamando desde acá abajo a los héroes de la santidad

y del bien, a fin de que en medio de la gloria que les tributa sobre los altares sean salvación y consuelo para los desterrados hijos de Eva.

Así es como comprenderéis la nobleza y grandeza de servir a esta Esposa de Cristo en la Curia Romana: servicio que no humilla, sino que exalta; porque *servire Deo regnare est*. La Sagrada Curia Romana, aunque toma su nombre y su simbolismo de la Curia de los Quirites, de los Cónsules y de los Césares, palestra un día de los destinos de los pueblos, taciturno monumento ahora entre las ruinas del Foro, tiene una vida y un sello propio que la realza sobre la caducidad de los imperios y de los reinos, como se alza el espíritu sobre el cuerpo, la gracia sobre la naturaleza, la obra de Dios sobre la obra del hombre. Coetánea de la asamblea del *presbyterium* pontificio en Roma, creció y se robusteció junto a los Pontífices, cual senado que se corona con mucha pericia (*Eccli.*, XXV, 8), laborioso y prudente, más que por la majestad de los años, por sus dotes de sabiduría y de prudencia. Heredera de un pasado muchas veces agitado, modificado, reformado, engrandecido a medida que crecían las necesidades y los cuidados apostólicos para la defensa y difusión de la fe y de la disciplina entre los pastores y la grey, la Curia Romana en su forma actual, regulada en su íntima estructura y procedimiento hasta en los más pequeños detalles, aunque conservando en su constitución esencial la práctica y la experiencia de los siglos, puede legítimamente gloriarse de no haber dudado jamás en acomodarse sabiamente a las nuevas necesidades y a los deberes nuevos. Al fuerte temple de un Sixto V, al santo celo reformador de un Pío X, a la sabiduría legislativa de un Benedicto XV, debe este nobilísimo instrumento del gobierno central de la Iglesia aquella distinción y cohesión de partes, aquella ordenación en las cargas, aquel ponderado ajustamiento y coordinación en su actividad, que condicionan el entendimiento y la voluntad a un trabajo bien regulado y fecundo, cuya cualidad indispensable y más alta gloria es sin duda el espíritu apostólico que los anima. Parécenos que la Curia Romana con todos sus

Dicasterios, no obstante su exterior multiplicidad, por la unidad de trabazón y de enlace, por la única idea central que la domina, por el común deber y compromiso que une a todos sus miembros, los cuales, aunque «no tienen el mismo acto» (*Rom.*, XII, 4), por la concorde tendencia a la misma augusta finalidad de ser preciosos cooperadores en el servicio a las almas y al Reino de Cristo, ampliado y guardado en la tierra, reúnen en torno a Aquel que, según el consciente pensar de Gregorio Magno, es el *servus servorum Dei*; Nos parece, decimos, que la Curia Romana se asemeja a un diamante, fulgidísimo cual ningún otro, en el multiforme esplendor de sus facetas, bello con los vívidos reflejos fulgurantes desde todos sus sacros Dicasterios, que está engarzado entre las perlas de la tiara pontificia como símbolo de vuestra luz y de vuestro amor.

ESPLENDOR DE VIDA EN LOS CURIALES

Mas a tal esplendor de dignidad y al privilegio de rodear, más de cerca que cualquier otra institución eclesiástica, la potestad apostólica del Sucesor de Pedro — actualmente Nuestra persona, aunque pobre e indigna —, bien veis cuánto conviene que en toda la Curia Romana responda el esplendor de la vida, de suerte que el Pontífice, como escribía el melifluo Doctor San Bernardo, os tenga tanto más a punto, cuanto más de cerca le asistís: «Asistís más cercanos, para que os tenga más dispuestos» (*De Consideratione*, l. IV, c. 5). Y esta mayor disposición, ¿qué es en realidad sino el mayor espíritu que vivifica, ya que la letra mata? Aquel espíritu que vivifica el trabajo, que cambia la pluma en ala de vuelo celestial, que penetra, dirige, gobierna, sublima el pensar y el querer; aquel espíritu que quiere ser el primero y el más santo orgullo de todos cuantos son llamados y preparados para colaborar en la misión, que Nos ha impuesto el divino Maestro, de Pastor de las ovejas de su redil y de aquellas otras, igualmente tuyas, bien que todavía errantes, que Él quiere atraer hacia sí.

Totalmente lleno de tal espíritu, que es ante todo espíritu de sacrificio de sí mismo, de consagración al deber, de amor a la Iglesia, ha de caminar todo el que, aquí en el centro del Cristianismo, meta e ideal de cuantos en la fe de Roma contemplan la fe de la Iglesia, se dispone a entrar con el consejo o con el trabajo *in partem sollicitudinis omnium ecclesiarum*. Cuando tal espíritu de Cristo informa un alma sacerdotal, la veis elevarse a la más alta esfera, revalorizar su actividad en la Curia Romana con el sello del amor sobrenatural, incansable, apostólico, con aquel apostolado que se ensimisma en el trabajo escondido de la oficina y que, con tal de que lo ennoblezca y santifique la sed de la salvación de las almas, no es menos estimado y altamente ponderado en la balanza del eterno Juez que escruta los pensamientos y los corazones (*Ier.*, XI, 20), que el mismo inmediato ministerio sacerdotal, al cual también no pocos de vosotros dedicáis vuestros cuidados, o el directo y eficaz apostolado de quienes trasponen mares y océanos, y por tierras inhóspitas y selvas vírgenes, más allá de las nevadas cimas y de las landas heladas, a través de los desiertos y guaridas de fieras, se mueven a la conquista de nuevas ovejas para el redil de Pedro y de nuevos territorios para el Reino de Cristo. Bien sabéis vosotros que el divino Rey de la gloria premia con una misma corona, bien que proporcionada a los méritos, tanto a los que combaten en la liza de la batalla cuanto a los hijos que en torno a Él custodian el sacro depósito de las armas y con la trompeta de la fe proclaman sus órdenes a los capitanes que guían los ejércitos.

Investidos de tanta dignidad, Venerables Hermanos y queridos Hijos, os saludamos aquí unidos en torno a Nos: es para Nos santa y paterna alegría el escuchar, confirmado por las palabras de vuestro Eminentísimo y elocuente intérprete, el venerable Cardenal Decano del Sacro Colegio a Nos tan carísimo, que todos vosotros, animados por el espíritu de Cristo y plenamente conscientes de la responsabilidad y excelencia de vuestro oficio, nada deseáis ni ansiáis más ardentemente que haceros cada vez más dignos de vuestra privile-

giada vocación. Ningún don más agradable que éste, ninguna promesa más preciosa, ningún consuelo más dulce habríais sabido o podido darnos en estos días, en que Nos, por inescrutable designio divino, hemos asumido el grave peso del trabajo pontifical cuando el ángel de una santa muerte paralizó la sabia y laboriosa mano de Nuestro inolvidable Predecesor y, al cerrar el gran volumen de su largo y glorioso pontificado, le abrió las puertas de la patria celestial, invitándolo e introduciéndolo al reposo de la eternidad feliz.

CUALIDADES DE LOS CURIALES

Herederos de su nombre, lo somos también de su tiempo, que se torna Nuestro con la suerte próspera o adversa que consigo arrastra en su correr. Tiempo difícil, y sin embargo tan grande, cuando en el curso de un año se siguen y maduran acontecimientos que antes hubieran requerido decenios, tal vez siglos; cuando el vertiginoso y portentoso progreso moderno parece haber tornado esta «tierra de que tanto nos enorgullecemos» demasiado angosta para las insaciabiles ansias de los hijos de Adán; cuando por todos los confines y hacia todos los vientos resuena ya la divina voz del Evangelio, y los deberes y la acción de la Iglesia, y con ellos los de sus oficinas centrales, se vienen ampliando y extendiendo desmesuradamente, mientras los ojos del mundo se vuelven cada vez más ansiosos a su Magisterio, mirando fijos, esperando que de sus labios brote la verdad que liberta y sublima al hombre en la obra de la caridad. ¿Qué Nos resta sino elevar Nuestra mirada humilde y suplicante al cielo, de donde desciende la sabiduría pura, pacífica, modesta, sumisa, llena de misericordia y de buenos frutos; de donde desciende el fruto de la justicia que se siembra en la paz por aquellos que practican la paz? (*Iac.*, III, 17-18). Entre las buenas gracias y los dones perfectos que descienden del Padre de las luces, Nos no podremos impetrar y recibir gracia más señalada que la de sentir y ver junto a Nos hombres como los que San Bernardo describía y recomendaba a su querido discípulo y ve-

nerado Pontífice Eugenio III: «Descanse tu espíritu, según espero — así escribía el santo abad de Claraval —, en hombres tales...: que nada teman sino de Dios, y nada esperen sino de Dios... Que se mantengan firmes junto a los afligidos y juzguen con equidad en pro de los mansos de la tierra. Que sean arreglados en sus costumbres, probados por la santidad, preparados por la obediencia, mansos por la paciencia, sumisos a la disciplina, rígidos en la censura, católicos en la fe, fieles en la administración, concordes para la paz, conformes para la unidad. Que sean en el juzgar rectos, en el aconsejar pródigos, en el mandar discretos, en el ordenar activos, en el obrar diligentes, en el hablar modestos, en la adversidad seguros, en la prosperidad devotos, en el celo sobrios... Que, siempre que sea necesario, ni rehuyan el cumplir la legación por Cristo, ni se la atribuyan sin previo mandato... Que tengan el espíritu y la práctica de la oración, confiados siempre para todo más en la plegaria que en su actividad y trabajo» (*De Consideratione*, l. IV, c. 4).

Contemplaos en esa imagen, delineada por el sabio arte del gran asceta e infatigable campeón de los sacros derechos de la Iglesia en la Europa de sus tiempos. En tal imagen reconoceréis la grandeza de vuestro ministerio: os reconoceréis a vosotros mismos, no ya con la mísera complacencia del orgullo, sino con aquel acicate de virtud y de bien que impulsa vuestro experimentado trabajo para con Nos y la Iglesia, y anima cada vez más vuestro espíritu, para que cuantos ven vuestras obras glorifiquen al Padre que está en los Cielos.

«HASE ENSANCHADO NUESTRO CORAZÓN»

Rodeados como estamos, a la vez que de cara y amada familia, por toda Nuestra Curia Romana, reunida aquí para solemne testimonio de vuestro amor y de vuestra devoción, al querer manifestaros Nuestra profunda complacencia, no encontramos otra palabra que la del Apóstol de las Gentes: «Abierta está nuestra boca para vosotros; hase ensanchado

nuestro corazón» (*II Cor.*, VI, 11). Nuestros labios se abren hacia vosotros; Nuestro corazón se ha ensanchado, encuentra consuelo en tan devotos y selectos ingenios agrupados en Nuestra ayuda, con los que el peso de la tiara pontificia se Nos hace más ligero al ver en tan noble asamblea la más fiel y sacra cohorte que a Nuestro lado se mantiene firme en la guarda de la fe y de la disciplina de la Iglesia. Damos por ello gracias a Dios y a vosotros; mientras alzamos súplicas al Cielo, para que el espíritu iluminado y el amor ardiente por la Santa Iglesia, que el Doctor Melifluo deseaba con tanto fervor en una hora tan grave de la historia a un Predecesor Nuestro, Nos sea concedido por la dulce disposición de Aquel en cuya sabia mano está lo pasado, lo presente y lo por venir, y que con toda exuberancia sea confirmado y acrecentado en vosotros, Venerables Hermanos y amados Hijos. Con esta confianza dirigimos Nuestra mirada a Dios, que obra en nosotros tanto el querer como el obrar según la buena voluntad (*Phil.*, II, 13); invocamos para vosotros y para Nos la luz y fuerza, y concedemos a todos vosotros, como prenda de los más abundantes favores celestiales, tanto para vuestras personas como para un cumplimiento grato al Señor de los importantes deberes de vuestro oficio, la Bendición Apostólica.

VII

9 DE ABRIL DE 1939

LA HOMILÍA DE PASCUA

En la solemnidad de Pascua de Resurrección, Su Santidad celebró solemnemente la Santa Misa en la Basílica Vaticana; y en la homilía, pronunciada desde su Cátedra, volvió a proclamar que la paz, anhelada por la sociedad, debe tener su fundamento en la justicia y en la caridad.

VENERABLES HERMANOS, AMADOS HIJOS :

PUES que la Festividad Pascual Nos ofrece la grata oportunidad de saludaros con el mayor gozo de Nuestro ánimo paternal, a vosotros, escogidísimo Senado de la Iglesia, a vosotros, cuantos estáis presentes, Venerables Hermanos en el Episcopado, Prelados y sacerdotes del clero Romano, y finalmente también a todos vosotros, miembros de las Órdenes religiosas y dilectísimos hijos del pueblo cristiano — en tamaña multitud que no cabe ya en este amplísimo templo de San Pedro —, creemos no poder comenzar a hablaros mejor que repitiendo aquellas tan hermosísimas palabras que nuestro divino Maestro dirigió a sus discípulos, luego de haber resucitado: «Pax vobis» (*Io.*, XX, 19). ¡Sea éste el presagio de la paz, el saludo de la paz!

La paz de Aquel que, cuando todavía era esperado, ya era preanunciado como «Príncipe de la Paz» (*Is.*, IX, 6); que, al nacer, fué recibido con aquel concierto angélico: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (*Luc.*, II, 14); que fué el Redentor del género humano, pregonero y mediador de la paz, según el dicho del Apóstol de las Gentes: «Evangelizó la paz» (*Eph.*, II, 17). Paz que no se vió libre de las disputas y de las luchas; ya que Cristo Jesús la consiguió plenamente, cuando «en duelo singular lucharon la muerte y la vida» (*Ex sequentia Pasch.*), peleando hasta la muerte, y la logró como precio de su sangre y de la ganada victoria, «pacifi-

cando el cielo y la tierra por su sangre derramada en la cruz» (*Coloss.*, I, 20).

Con toda razón, pues, el apóstol Pablo no sólo repite con frecuencia semejante invocación, tan llena de consuelo: «Dios de paz, Señor de paz» (*Rom.*, XV, 33; XVI, 20; *I Cor.*, XIV, 33; *Phil.*, IV, 9; *I Thess.*, V, 23; *II Thess.*, III, 16; *Hebr.*, XIII, 20), sino que haciéndose en cierto modo eco de los sacros profetas (*Mich.*, V, 5), hasta llama a Jesucristo nuestra paz: «Él mismo es nuestra paz» (*Eph.*, II, 14).

Por ello, ahora, cuando tanto pregonan, discuten e invocan todos la paz, Nos parece sobremanera oportuno recordar y ponderar estas ideas, a fin de levantar y reconfortar los ánimos. «Tan grande es el bien de la paz, que... nada se puede oír más grato, ni desear más apetecible, ni hallar mejor» (S. Aug., *De Civ. Dei*, XIX, 11).

Pero nunca como hoy se realizan aquellas palabras del profeta Jeremías, que presenta a los hombres clamando: «Paz, paz; y no había paz» [*Ier.*, VI, 14 (VIII, 11); *Ezech.*, XIII, 10]. Doquier dirijamos Nuestra vista, ¡cuán terrible es el espectáculo que contemplamos! En muchos países vemos de tal suerte conmovidos a todos los hombres, tan inquietos por su suerte y tan angustiados con tan tremenda perturbación, que todo hace presentir los mayores males. Inquietante ansiedad se apodera de los ánimos de los hombres, como si ya se cernieran sobre ellos, amenazadores, los más horrendos peligros.

¡Cuán distantes se hallan todas esas cosas de aquella serena y segura «tranquilidad del orden» (S. Aug., *De Civ. Dei*, XIX, 13) que es la verdadera paz! Y a la verdad, ¿cómo puede existir la paz verdadera y sólida, cuando muchas veces, aun dentro de una misma nación, sus hijos, olvidados de la comunidad de sangre y de patria, por su afán de partidismo, se separan y se desgarran en disputas y en luchas? ¿Cómo va a haber paz, cuando los hombres, por centenas de millares, se hallan sin aquel trabajo que no sólo hace posible la vida honrada de cada uno de los ciudadanos, sino que también ejercita, aun por la misma necesidad y la dignidad de su li-

bertad, las múltiples fuerzas y facultades, la vocación y el ingenio, que son el honor de la personalidad humana? ¿Quién es tan ciego que no vea cómo, ante tales circunstancias, crecen sin cesar inmensas muchedumbres en las que, a causa de su misérrimo estado y de la abyecta condición de los espíritus — tan en contraste con las delicias de los que, viviendo con todo esplendor, no prestan auxilio alguno a los indigentes —, fácilmente hacen su presa quienes, so pretexto de una aparente verdad, con intrigas y lisonjas, inficionan con doctrinas corruptoras sus mentes engañadas por una disimulada apariencia de verdad? Además, ¿cómo va a haber paz, si aun entre las mismas naciones falta totalmente aquella justa y mutua estimación de valores y concordia de ánimos, que puedan dirigir a los pueblos por el brillante camino del progreso humano? Por el contrario, vemos cómo los convenios solemnísimamente sancionados y la fe prometida a los mismos hállanse desprovistos de aquella virtud y seguridad que determinan y confirman una mutua confianza; desaparecida la cual, resulta cada día mucho más difícil tanto el disminuir y suavizar el creciente aparato de las armas como el pacificar los espíritus, a pesar de ser éste el deseo de todos.

Ante la tempestad que amenaza ya tremenda, exhortamos a todos a que se vuelvan al Rey de la paz y Vencedor de la muerte, de quien oímos aquellas tan consoladoras palabras: «Pax vobis». Él nos dará — según y como nos ha prometido — la paz, su paz, aquella paz que el mundo no puede dar: la única que puede remover y pacificar toda perturbación y trepidación de los ánimos: «Os doy mi paz; no como el mundo la da, os la doy yo a vosotros. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo» (Io., XIV, 27).

LA PAZ DE LAS ALMAS

Mas como quiera que la externa tranquilidad humana ha de ser consecuencia necesaria de la interior, ha de procurarse ante todo la paz de las almas: lograrla, si falta, lo

antes posible; si ya la tenemos, cuidarla, defenderla y guardarla incólume con toda diligencia. Pues Cristo Señor, no sin grande y especial afán de su alma, en el día de hoy, cuando por primera vez se mostró a sus apóstoles, resucitado del sepulcro, quiso añadir a su saludo de paz un regalo preciosísimo de paz, el Sacramento de la Penitencia; de suerte que en el mismo sacro día de su Anástasis se fundara aquella institución que restituye y renueva en las almas la divina gracia, triunfo de vida sobre la muerte que es la culpa.

Piadosa la Santa Madre Iglesia llama con toda su alma, en este sacro tiempo pascual, a todos sus hijos a esa inagotable fuente de perdón y de paz. Y si todos y cada uno corresponden espontánea y sumisamente a tan maternal exhortación, alcanzarán abundante y floreciente vida en Cristo; y así es como gozarán de aquel dulcísimo don de la paz, con la que, obedeciendo amorosa y perfectamente al divino Redentor, podrán llegar a dominar los atractivos de las pasiones y de los placeres. «¿Quiere tu alma — diremos con San Agustín — ser capaz de vencer tus pasiones? Sométase a la superior y vencerá a la inferior: y en ti habrá paz verdadera, cierta, ordenadísima. ¿Cuál es el orden de esta paz? Dios manda al alma, el alma a la carne: nada más ordenado» (*Miscell. Agost.*, vol. I, S. Aug. *Sermones post Maurinos reperti*, pág. 633, 15-13).

ÚNICO FUNDAMENTO PARA LA VERDADERA PAZ

Bien veis, Venerables Hermanos y dilectos hijos, cuál sea el único y firmísimo fundamento para la paz de verdadero nombre: es la Voluntad sempiterna de Dios, que tenemos obligación de reconocer, observar y adorar, con el consiguiente deber, para todos, de obedecer a sus preceptos. Por ello tratar de debilitar o anular la obediencia que se debe a tan divino Creador es tanto como perturbar o aniquilar totalmente la tranquilidad, así de los individuos y de la sociedad doméstica, como de cada una de las naciones y por consiguiente la de todo el género humano. Sólo Dios es quien «hablará

de paz a su plebe, y a sus santos, y a aquellos que se le convierten de corazón» (*Ps. LXXXIV, 9*). Sólo por voluntad del Dios Omnipotente — supremo tutor de la justicia y supremo dador de la paz — «besáronse la justicia y la paz» (*Ps. LXXXIV, 11*); ya que, como cantó Isaías: «Y la paz será obra de la justicia; y el fruto de la justicia, el reposo y la seguridad para siempre» (*Is., XXXII, 17*).

Pues así como si no hay orden, no puede haber paz, así tampoco puede, ni aun en el orden mismo, subsistir sin la justicia. Exige, en efecto, la justicia que se dé la debida honra y obediencia a la autoridad constituída legítimamente; que las leyes se formen sabiamente ordenadas ál bien común y que todos las obedezcan por deber de conciencia. Pide la justicia que todos reconozcan y observen los sacrosantos derechos de la libertad y dignidad humanas; y que los innumerales bienes y riquezas, que Dios ha derramado por todo el orbe de la tierra, sean distribuídos justa y rectamente para utilidad de todos sus hijos. Pide, finalmente, la justicia que no se debilite ni se impida la obra saludable de la Iglesia Católica, maestra infalible de la verdad, fuente inexhausta de vida para las almas y principal alentadora de la convivencia social. Pero si al noble cetro de la justicia se sustituyen las armas de la violencia, ¿quién podrá admirarse de que la época que vivimos lleve consigo, no el suspiradísimo brillo de la paz, sino los sombríos y cruentos fuegos de la guerra?

NO HAY JUSTICIA SIN CARIDAD

Tiende, ante todo, la justicia a constituir y conservar íntegras las normas de aquel orden de cosas, que sea el primero y principal fundamento de la sólida paz; pero ella, por sí sola, no puede vencer todas las dificultades e impedimentos que las más de las veces se oponen al establecimiento y realización de la tranquilidad. Por ello, si a la rígida y estricta justicia no viene a unirse fraternalmente la caridad, es muy fácil que la vista del alma se envuelva en cierta obscuridad, de

manera que no pueda discernir los derechos ajenos; tórnanse sordos los oídos para no dejar oír aquellos dictados de equidad que, si fueran proclamados con ánimo benévolo y prudente, podrían solucionar y allanar las cuestiones más ásperas y difíciles, objeto de controversia, con criterios ordenados y razonables.

Mas cuando hablamos aquí de la caridad, nos referimos tan sólo a la caridad creadora y generosa que Cristo nos trajo. Caridad, decimos, que impulsó a nuestro divino Redentor hasta la misma muerte por salvarnos: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Gal.*, II, 20); caridad que «nos constriñe» (*II Cor.*, V, 14), siendo la causa de que «los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos» (*II Cor.*, V, 15); caridad, finalmente, que movió a Cristo a tomar «la forma de esclavo» (*Phil.*, II, 7), para que todos nos hiciéramos hermanos en Él, que es «el primogénito» (*Rom.*, VIII, 29); esto es, hijos del mismo Dios, herederos del mismo reino y llamados a los goces de la misma eterna bienaventuranza.

Si alguna vez llegaran los ánimos de los hombres a percibir la dulzura de este amor y descansaran en ella, brillaría entonces sin duda alguna para todo el género humano, que tanto sufre, la aurora de la paz. A las perturbaciones de la ira, que irritan, sucedería el sosiego del raciocinio; a las disputas inmoderadas y desenfrenadas, la benevolencia y la cooperación en el trabajo; a las diferencias y envidias, la justa y mutua estimación de los bienes y de sus proporciones; de tal suerte, que tan horrenda perturbación de ánimos cedería su lugar al descanso y a la serenidad, caracterizados por una plena confianza.

Tórnense, pues, los hombres a la recta senda que conduzca a pactos amistosos, por los que se estimen con justicia y equidad los bienes y ventajas que a cada uno correspondan; en los que no se rehuyan los sacrificios singulares, con tal de alcanzar los bienes de la humanidad que se hallan por encima de aquéllos, y en los que, con la mejor voluntad por parte

LA HOMILÍA DE PASCUA

de todos, y para el mejor ejemplo de todos, se cumpla la palabra dada pública y solemnemente.

NUEVO LLAMAMIENTO A LA PAZ

Para que todo ello sea feliz realidad, para que estos Nuestros ardentísimos deseos se realicen con el mejor auspicio, Nos no podemos menos de reiterar, a cada uno de los hombres y de los pueblos, así como a todos y cada uno de los gobernantes, aquella ardiente invitación y exhortación a la paz, fundada en la caridad y en la justicia, que a todos ellos dirigimos, luego que fuimos elevados al ápice del Sumo Pontificado. Ante todo, alzamos manos y ojos al «Rey de Reyes y Señor de los que dominan» (*I Tim.*, VI, 15), dirigiéndole suplicantes Nuestras preces, las mismas que en la Solemnidad Pascual de este día usa la sagrada liturgia del Sacrificio Eucarístico: Señor y Dios nuestro, que por la voz de la Iglesia llamas en estos días a todos tus hijos a sacrosantos misterios, esto es, a la comida divina de tu carne, a la santísima bebida de tu sangre; Tú, que deseas ver a todos congregados en torno a tu sacramento del altar, don el más precioso de tu amor hacia nosotros, a la vez que señal y vínculo de aquel amor que nos une como hermanos; Tú, Señor Dios, «infunde en nosotros... el espíritu de la caridad, para que hagas concordar en la piedad a quienes saciaste con los sacramentos pascuales». Amén.

VIII

14 DE ABRIL DE 1939

A LAS DELEGACIONES DE LA UNIÓN INTERNACIONAL DE LAS ASOCIACIONES FEMENINAS DE ACCIÓN CATÓLICA

Recibió el Padre Santo en Audiencia especial las Delegaciones de la Unión Internacional de las Asociaciones femeninas de Acción Católica, reunidas en Roma para el Congreso Internacional de las dos Secciones y para la sesión de estudio de la «Asistencia Social en la América latina». Al discurso de la Presidenta de la Unión, Sra. Steenberghe, y al de la Srta. de Hemptinne, Presidenta de la Sección de las Jóvenes, respondió Su Santidad exaltando la providencial eficacia de la Acción Católica Femenina para las necesidades de la familia humana en los tiempos actuales.

VIVO sentimiento de alegría y de esperanza recibimos Nos en el día de hoy, Señoras y Señoritas delegadas por la Unión Internacional de las Asociaciones Femeninas Católicas, en ocasión de su décimo Congreso. Alegría, pues representáis aquí millones de almas, generosas como las vuestras, y que como vosotras prestan, a través del mundo, al apostolado jerárquico de la Iglesia, un concurso dócil y devoto. Esperanza, pues vuestra misma visita, y aun el mismo pensamiento que habéis tenido de celebrar este Congreso junto a la Sede Apostólica, son para Nos, por vuestra parte, prenda de un trabajo cada vez más brillante y más activo.

FORMACIÓN PARA EL APOSTOLADO

Habéis venido a Roma para orar a la vez que estudiar juntas un hermoso y amplio programa, condensado en algunas palabras, que son para vosotras las *novissima verba* de Nuestro Predecesor Pío XI, de venerada memoria: formación y preparación de la mujer católica, en sus diversos campos de apostolado, para la restauración cristiana de la sociedad contemporánea.

¿La formación, la preparación para el apostolado? Escuchad a San Pablo cómo os revela sus fundamentos, proponiéndoos el ejemplo de Jesucristo: «La gracia de Dios nuestro Señor se ha manifestado... Ella nos enseña... a vivir en el siglo presente con templanza, justicia y piedad... No os aco-

modéis al siglo presente, sino transformaos por la renovación del espíritu» (*Tit.*, II, 11-13; *Rom.*, XII, 2).

Ahí tenéis el programa de una formación espiritual perfecta: pues el apostolado más eficaz, irremplazable, es el de una vida santa y piadosa, que actúe con el ejemplo y la oración. Ved por qué, entre las formas diversas de vuestra actividad, ocupa el primer lugar el apostolado del ejemplo. Ved también por qué habéis venido ante todo a orar y a pedir el socorro de la gracia sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, que parece ser acá abajo una fuente abundante de socorros sobrenaturales y el punto de partida de todo fecundo apostolado. Al veros hoy aquí, Nuestro pensamiento se dirige hacia aquellas nobles y valientes cristianas que, en los orígenes de la Iglesia, colaboraban con los apóstoles y los pastores de almas en la difusión del Evangelio, mereciendo ser loadas por la Jerarquía de entonces, y tener «sus nombres», decía San Pablo, «inscritos en el libro de la vida» (*Phil.*, IV, 3). Vuestras afiliadas continúan las gloriosas tradiciones de aquellas mujeres y de aquellas jóvenes. Vuestros trabajos forman también vuestro elogio y Nos revelan cuán vastos son ya vuestros «campos de apostolado», que todavía queréis ensanchar.

DEBERES SOCIALES DE LA MUJER

Hubo — tal vez — un tiempo, en que la actividad apostólica de la mujer podía limitarse a salvaguardar y mantener la vida cristiana del hogar. No es así ya en nuestros días, en que toda la vida familiar sufre necesaria e inmediatamente la influencia del medio social en que se desarrolla. De ese ambiente social dependerá, en una gran parte, el temple espiritual de la familia, y por lo tanto su vida moral y religiosa. Ved la razón de por qué hoy la mujer católica tiene conciencia de sus deberes sociales. Y para comprender mejor esos deberes, para estudiarlos en común, trabajan vuestros congresos; a cumplirlos cada vez mejor se aplica el esfuerzo de

vuestras asociaciones. Así se explican formas tan admirables de tamaño esfuerzo.

Semejantes todas, en efecto, en su principio, porque conciernen siempre a la defensa necesaria de los derechos de Dios y de las almas, vuestras obras de apostolado son múltiples y diversas en su ejercicio, porque las adaptáis a la diversidad de los países y de los tiempos.

Pues el apóstol, para ser escuchado, ha de hablar, no ya a los representantes de una humanidad abstracta que fuera de todos los países, de todos los tiempos y de todas las condiciones, sino a tal o tal grupo de sus semejantes, a tal edad, en tal país, a tal grado de la jerarquía social. Ésa es una de las reglas áureas trazadas por el Pontífice siempre llorado, que fué el gran promotor de la Acción Católica y que aun continúa siendo ahora su invisible inspirador.

Bien sabéis todo esto. Y sabéis también cómo, siendo la Acción Católica una colaboración al apostolado jerárquico, sus miembros han de estar sumisos a la Jerarquía eclesiástica, a la que por derecho pertenece tanto la misión apostólica como su organización en todo el mundo: «Id..., enseñad a todas las gentes» (*Matth.*, XXVIII, 19). Precisamente para esto habéis venido aquí, como lo decíais poco ha, trayendo vuestras *informaciones*, que son ricas y consoladoras, para recibir *direcciones*, que serán sobre todo animadoras.

LA MUJER EN EL REINO DE DIOS

En todas las grandes obras humanas, aun en la misma obra humano-divina de la redención, Dios ha hecho de la mujer una asociada y auxiliar del hombre. Tal colaboración femenina, en la difusión y defensa del reino de Dios, nunca Nos ha parecido más oportuna que en la época presente.

En efecto, el mal que sufre la humanidad es el olvido, el desconocimiento, a veces hasta la negación absoluta de las realidades invisibles, de los más nobles valores morales, de todo ideal sobrenatural. En este siglo de mecanicismo, la persona humana no es muchas veces sino un instrumento perfec-

cionado de trabajo, o — desgraciadamente — de combate. El gozo material e inmediato excita y limita en conjunto la ambición de las turbas.

Nuestra sociedad humana corre el peligro de perder muy pronto su unidad, ya que tanto se van disgregando sus elementos constitutivos, según presenciamos, en el egoísmo materialista, o alzándose los unos contra los otros. Cuanto nos queda de verdadera vida social propende a no regirse sino por el juego de los intereses individuales y por la contienda de los apetitos colectivos.

Verdad es que no faltan tentativas para rehacer, en esta dispersión de las personalidades humanas, alguna unidad. Pero los planes propuestos caerán siempre por su base, si parten del mismo principio que el mal que trataban de remediar. No se curará la herida, no se contendrá el profundo desgarramiento de nuestra humanidad individualista y materialista con un sistema, cualquiera que sea, si éste a su vez sigue siendo materialista en sus principios y mecánico en sus aplicaciones.

Para curar bien esa llaga, no hay sino un bálsamo eficaz: el retorno del espíritu y del corazón humano al conocimiento y al amor de Dios, el Padre común, y de Aquel que Él envió para salvar al mundo, Jesucristo. Ahora bien; para derramar la unción de este bálsamo en las vivas carnes de una humanidad martirizada por tantos choques, parecen preparadas providencialmente las manos de las mujeres, que son más dulces por la sensibilidad más refinada, por la ternura del corazón más delicada.

COMUNISMO, COMUNIDAD: COMUNIÓN, UNIDAD

A vosotras, pues, Damas y Jóvenes católicas, os toca inclinaros hacia la gran doliente; guiadas y ayudadas por Dios, levantadla, animadla; rehaced vosotras, de esta multitud gregaria, una sociedad orgánica, por la pacífica jerarquía de las funciones y de las cargas, por el respeto de los derechos y de los deberes, por la armónica coordinación de las familias estables y fecundas. Que por vosotras la multiplicidad de los

grupos étnicos vuelva a encontrar la unidad de la filiación divina y de la humana fraternidad. Que el *comunismo* retroceda y desaparezca ante la *comunidad* de hombres; y que ésta se termine en la *comuni6n* cristiana.

Solamente entonces se realizará aquella unidad en el orden, *unitas ordinis*, de que habla Santo Tomás, que debe ser el ideal de vuestras almas, la meta suprema de vuestros esfuerzos. Entonces, laborando por el bien universal, trabajará cada una de vosotras por la salvaci6n de su patria y por la felicidad de su familia. Precisamente, porque el orden es uno, no puede reinar en las almas, en las naciones, en la humanidad entera, sino cuando cada cosa esté en su lugar; cuando, por consiguiente, Dios ocupe de quier el único lugar que le corresponde: el primero. Y entonces, por fin, con la estabilidad del orden, descenderá sobre la tierra esa paz que sin cesar reclaman el angustioso deseo de los pueblos y, doloroso cual ninguno, el desesperado sollozo de las madres.

Ved vuestra misi6n; bien alta es; exige impulso, arranque, perseverancia; a veces será necesario el heroísmo. Pero es segura la victoria, pues que el espíritu termina siempre venciendo a la materia, y el derecho se impone triunfante sobre las ruinas acumuladas por la violencia. Lo muestra la historia y Dios nos lo ha prometido: la medida de nuestra victoria es la de nuestra fe. «Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (*I Io.*, V, 4).

ORDEN Y PAZ EN LAS ASOCIACIONES

¿Habrá necesidad de añadir que, para que reine el orden y la paz en torno a sí, deben vuestras asociaciones salvaguardarlos ante todo en sí mismas? A este respecto nos place singularmente ver cómo, en vuestra Unión Internacional, se yuxtaponen armoniosamente, a la Sección de Damas, la de las Jóvenes. Son como las flores y los frutos con que se adornan a veces a un mismo tiempo ciertos árboles privilegiados. Junto a las obreras, cargadas ya de méritos y ricas en experiencia, colócanse alegres las aprendizas, que aspiran a con-

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

sagrarse y piden para ello «preparación y formación», recibiendo los consejos de sus antecesoras, más bien como tesoros ofrecidos que como lecciones impuestas. Cada una de las dos Secciones tiene sus propios métodos y sus prácticas singulares; ya que siempre se impone la adaptación de cada una a su medio. Pero bajo estas diferencias exteriores arde en las almas — para las que no hay diferencia de edad — la misma llama interior de un celo puramente sobrenatural.

Por intercesión también de la dulcísima Virgen María, cuyas imágenes veneradas en cada uno de vuestros países habéis tenido la delicada atención de ofrecernos, imploramos la protección cada vez más eficaz de Dios sobre los Obispos que os envían, sobre vosotras mismas, sobre todas las afiliadas de vuestras Asociaciones — que representáis —, sobre sus familias y las vuestras, sobre vuestros trabajos y los suyos, y Nos os concedemos de todo corazón, prenda de favores divinos, la Bendición Apostólica.

IX

16 DE ABRIL DE 1939

RADIOMENSAJE A ESPAÑA

Su Santidad envió un Radiomensaje a los tan amados católicos de España, manifestando el consuelo paterno del Vicario de Jesucristo por el don de la paz y de la victoria, que habían coronado tanto heroísmo cristiano.

CON inmenso gozo Nos dirigimos a vosotros, hijos querí-
dísimos de la católica España, para expresar Nues-
tra paterna congratulación por el don de la paz y de la
victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo
cristiano de vuestra fe y caridad, probado en tantos y tan ge-
nerosos sufrimientos.

Anhelante y confiado esperaba Nuestro Predecesor, de
santa memoria, esta paz providencial, fruto sin duda de aque-
lla fecunda bendición que en los albores mismos de la con-
tienda enviaba «a cuantos se habían propuesto la difícil y
peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor
de Dios y de la Religión» (1); y Nos no dudamos de que esta
paz ha de ser la que él mismo desde entonces auguraba,
«anuncio de un porvenir de tranquilidad en el orden y de
honor en la prosperidad» (2).

ESPAÑA, NACIÓN ELEGIDA

Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han
vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España.
La Nación elegida por Dios como principal instrumento de
evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpug-
nable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del
ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa
de que por encima de todo están los valores eternos de la
religión y del espíritu. La propaganda tenaz y los esfuerzos

(1) Alocución a los prófugos de España, en *Acta Apostolicae Sedis*,
XXVIII, 1936, pág. 380.

(2) *L. c.*, pág. 381.

constantes de los enemigos de Jesucristo parece que han querido hacer en España un experimento supremo de las fuerzas disolventes que tienen a su disposición repartidas por todo el mundo; y aunque es verdad que el Omnipotente no ha permitido por ahora que logran su intento, pero ha tolerado al menos algunos de sus terribles efectos, para que el mundo viera cómo la persecución religiosa, minando las bases mismas de la justicia y de la caridad, que son el amor de Dios y el respeto a su santa ley, puede arrastrar a la sociedad moderna a los abismos no sospechados de inicua destrucción y apasionada discordia.

Persuadido de esta verdad el sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, se alzó decidido en defensa de los ideales de fe y civilización cristianas, profundamente arraigados en el suelo de España; y ayudado de Dios, «que no abandona a los que esperan en Él» (*Iudith*, XIII, 17), supo resistir al empuje de los que, engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación del humilde, en realidad no luchaban sino en provecho del ateísmo.

Este primordial significado de vuestra victoria Nos hace concebir las más halagüeñas esperanzas de que Dios, en su misericordia, se dignará conducir a España por el seguro camino de su tradicional y católica grandeza; la cual ha de ser el norte que oriente a todos los españoles, amantes de su Religión y de su Patria, en el esfuerzo de organizar la vida de la Nación en perfecta consonancia con su nobilísima historia de fe, piedad y civilización católicas.

Por esto exhortamos a los Gobernantes y a los Pastores de la católica España, que iluminen la mente de los engañados, mostrándoles con amor las raíces del materialismo y del laicismo, de donde han procedido sus errores y desdichas y de donde podrían retoñar nuevamente. Proponedles los principios de justicia individual y social, sin los cuales la paz y prosperidad de las naciones, por poderosas que sean, no pueden subsistir, y son los que se contienen en el Santo Evangelio y en la doctrina de la Iglesia.

No dudamos que así habrá de ser, y la garantía de Nuestra firme esperanza son los nobilísimos y cristianos sentimientos de que han dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos caballeros, sus fieles colaboradores, con la legal protección que han dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales, conforme a las enseñanzas de la Sede Apostólica. La misma esperanza se funda, además, en el celo iluminado y abnegación de vuestros Obispos y Sacerdotes, acrisolados por el dolor, y también en la fe, piedad y espíritu de sacrificio, de que en horas terribles han dado heroica prueba las clases todas de la sociedad española.

SANTA MEMORIA

Y ahora, ante el recuerdo de las ruinas acumuladas en la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia de los tiempos modernos, Nos, con piadoso impulso, inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los Obispos, Sacerdotes, Religiosos de ambos sexos y fieles de todas edades y condiciones que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la Religión Católica: «maio-rem hac dilectionem nemo habet»: «no hay mayor prueba de amor» (Io., XV, 13).

Reconocemos también nuestro deber de gratitud hacia todos aquellos que han sabido sacrificarse hasta el heroísmo en defensa de los derechos inalienables de Dios y de la Religión, ya sea en los campos de batalla, ya también consagrados a los sublimes oficios de caridad cristiana en cárceles y hospitales.

Ni podemos ocultar la amarga pena que Nos causa el recuerdo de tantos inocentes niños que, arrancados de sus hogares, han sido llevados a lejanas tierras con peligro muchas veces de apostasía y perversión: nada anhelamos más ardientemente que verlos restituídos al seno de sus familias, donde volverán a encontrar ferviente y cristiano el cariño de los suyos. Y aquellos otros que, como hijos pródigos, tratan

de volver a la casa del Padre, no dudamos que serán acogidos con benevolencia y amor.

POLÍTICA DE PACIFICACIÓN

A vosotros toca, Venerables Hermanos en el Episcopado, aconsejar a los unos y a los otros, que en su política de pacificación todos sigan los principios inculcados por la Iglesia y proclamados con tanta nobleza por el Generalísimo: de justicia para el crimen y de benévola generosidad para con los equivocados. Nuestra solicitud, también de Padre, no puede olvidar a estos engañados, a quienes logró seducir con halagos y promesas una propaganda mentirosa y perversa. A ellos particularmente se ha de encaminar con paciencia y mansedumbre Vuestra solicitud Pastoral: orad por ellos, buscadlos, conducidlos de nuevo al seno regenerador de la Iglesia y al tierno regazo de la Patria, y llevadlos al Padre misericordioso, que los espera con los brazos abiertos.

Ea, pues, queridísimos hijos, ya que el arco iris de la paz ha vuelto a resplandecer en el cielo de España, unámonos todos de corazón en un himno ferviente de acción de gracias al Dios de la Paz y en una plegaria de perdón y de misericordia para todos los que murieron; y a fin de que esta paz sea fecunda y duradera, con todo el fervor de Nuestro corazón os exhortamos a «mantener la unión del espíritu en el vínculo de la paz» (*Eph.*, IV, 2-3). Así unidos y obedientes a vuestro venerable Episcopado, dedicaos con gozo y sin demora a la obra urgente de reconstrucción que Dios y la Patria esperan de vosotros.

En prenda de las copiosas gracias, que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de España, y de las que os merecieron los grandes Santos españoles, hacemos descender sobre vosotros, Nuestros queridos hijos de la católica España, sobre el Jefe del Estado y su ilustre Gobierno, sobre el celoso Episcopado y su abnegado Clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, Nuestra Bendición Apostólica.

X

17 DE ABRIL DE 1939

A UN GRUPO DE CATÓLICOS BRASILEÑOS

Un ferviente grupo de católicos brasileños rindió al Padre Santo un homenaje de devota veneración, que Su Santidad se dignó agradecer con particular afecto.

INTENSA es Nuestra paterna alegría en el día de hoy al recibir la visita de los representantes del Brasil, tan alejado como grande.

Grande por su territorio, grande por el número de sus habitantes, grande por su trabajo y progresos actuales, grande también por su porvenir, pero sobre todo grande por su Fe católica tan sinceramente profesada.

Aun se halla saturada Nuestra alma de las impresiones recogidas en la visita que tuvimos la suerte de hacer a vuestra Patria en el año 1934.

Jamás podremos Nos olvidar aquel deslumbrador espectáculo de vuestra tierra y la acogida que todos Nos dispensaron, desde el más alto magistrado de la República, pasando por las primeras autoridades civiles y militares, por la Asamblea legislativa y el Tribunal Supremo, hasta llegar a los más humildes representantes del pueblo.

En el espíritu, más que en la retina de los ojos, conservamos la incomparable visión que se descubre a los pies de Cristo Redentor en el monte Corcovado.

A ese Cristo, Redentor de la humanidad y único Salvador del mundo, al vernos elevado tan inmerecidamente a la suprema dignidad de Vicario suyo en la tierra, pedimos la abundancia de sus celestes gracias para vosotros, para vuestras familias, para todos cuantos os sean caros.

Una bendición afectuosísima para Nuestro muy querido Cardenal Leme y para todos sus hermanos en el Episcopado.

Una amplia bendición para el Jefe de la Nación, para sus auxiliares en el Gobierno y para todo el pueblo brasileño.

XI

22 DE ABRIL DE 1939

AL MINISTRO DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

Su Santidad, en la solemne Audiencia concedida a S. E. don Armando Lisímaco Guzmán y Aspiazu, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador, para la presentación de sus cartas credenciales, le expresó su complacencia por las felices relaciones reanudadas entre la Santa Sede y aquella República.

EN el momento de recibir Nos de manos de Vucencia las Cartas por las que el Excelentísimo Señor Presidente de la República del Ecuador le acredita como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante la Santa Sede, saludamos con íntima satisfacción los elevados sentimientos con que Vucencia asume su alto e importante cargo y que han tenido expresión tan cumplida en las nobles palabras acabadas de pronunciar.

La consolidación y el desarrollo cada vez más amplio de las relaciones felizmente existentes entre la Santa Sede y la Nación ecuatoriana, que Vucencia ha indicado como fin primordial de su honorífica misión, constituyen asimismo el objeto de Nuestros más fervientes deseos y aspiraciones. Íntimamente persuadidos de que no existe para un pueblo mayor felicidad ni mejor garantía de seguro bienestar que la armonía entre sus cometidos terrenos y su fe sobrenatural, estaremos dispuestos siempre de Nuestra parte a ir prestando a todos los esfuerzos que se enderecen a tan elevado fin Nuestro apoyo y Nuestra asistencia. Haciendo lo cual, estamos convencidos de rendir el mejor servicio al desenvolvimiento interior y exterior del Ecuador hacia un porvenir próspero y saludable, cosa ésta a la que se encaminan de consuno la responsabilidad de Nuestro ministerio apostólico y Nuestro amor paternal hacia aquella católica población.

Mientras tanto imploramos la abundancia de las gracias celestiales para el Señor Presidente de la República, los miembros de su Gobierno y Vucencia que tan dignamente los representa; y damos con particular afecto al pueblo ecuatoriano, tan caro a Nosotros, la Bendición Apostólica que Vucencia Nos ha pedido.

XII

23 DE ABRIL DE 1939

A UN GRUPO DE PEREGRINOS ALEMANES

Su Santidad, al recibir en especial Audiencia a un grupo de peregrinos alemanes pertenecientes a varias regiones de Germania, les dirigió palabras de cordial bondad, reflejo de su amor paternal y profundo hacia su patria.

BIEN venidos seáis a la casa del Padre común, dilectos hijos e hijas de Alemania.

El vínculo religioso que Nos une con los católicos de Alemania, Nuestro amor a ellos y a todo el pueblo alemán, es hoy más fuerte y más profundo todavía que durante los años que pudimos pasar en Alemania.

Permaneced siempre fieles a la fe católica, y haced cuanto os sea posible por conservarla en vuestros hijos. Profesad esta santa fe tan pura y noblemente que todos vean a las claras que lo único que pretenden los católicos y ansían sobre todo es defender los derechos de Dios y de la Iglesia de Jesucristo. Nadie Nos calumnie diciendo que no deseamos la felicidad y la grandeza de Alemania. Precisamente porque las deseamos, defendemos los bienes de nuestra religión. Ya que solamente sobre ellos puede fundarse la grandeza, el bienestar y la felicidad de un pueblo, para que sean duraderos.

Hemos de rogar mucho — principalmente en este mes de mayo, a la Madre de Dios — por la paz, por la Iglesia Católica en Alemania, por la juventud alemana.

Como prenda de la gracia y amor de Jesucristo y de la protección de la potentísima Virgen, que a todos os acogerá bajo su manto, a vosotros y a todos los vuestros os damos de todo corazón la Bendición Apostólica.

XIII

26 DE ABRIL DE 1939

PRIMERA AUDIENCIA CONCEDIDA A RECIÉN CASADOS

Por vez primera después de su elevación a la Suprema Cátedra de Pedro, Su Santidad recibió a un numeroso grupo de recién casados y los saludó con expresión de afable bondad, bendiciéndoles después junto con otros grupos de peregrinos y de fieles.

NUESTRO corazón se llena de alegría con vuestra presencia, amados hijos e hijas, porque si siempre es bello y consolador este correr de los hijos en torno al Padre, Nos es particularmente caro vernos rodeados por estos grupos de nuevos esposos que vienen para hacernos partícipes de su alegría, recibiendo a la vez una palabra de bendición y de consuelo.

Y en verdad que debéis consolaros, dilectos esposos, pensando que el divino Fundador del sacramento del matrimonio, Jesucristo, Nuestro Señor, lo ha querido enriquecer con la abundancia de sus celestiales favores. Significa el sacramento del matrimonio, bien lo sabéis, la mística unión de Jesucristo con la Iglesia su Esposa (en la cual y de la cual han de nacer los hijos adoptivos de Dios, legítimos herederos de las divinas promesas). Y al modo que Jesucristo enriqueció sus místicas bodas con la Iglesia con las preciosas perlas de las gracias divinas, complácese en enriquecer el sacramento del matrimonio con dones inefables.

Tales dones están particularmente constituídos por todas aquellas gracias necesarias y útiles a los esposos para conservar, acrecentar y hacer cada vez más perfecto y santo su recíproco amor, en la observancia de la debida fidelidad conyugal, en la sabia educación de sus hijos por el ejemplo y con la vigilancia, y en el soportar cristianamente las cargas impuestas por el nuevo estado de vida.

Cosas son éstas que ya las habéis comprendido, profundizado, gustado; y si os lo recordamos en este momento, es para

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

participar también Nos en algún modo de esa hora solemne de vuestra vida y para dar a la santa alegría que os anima una base cada vez más sólida y más segura.

Que Dios os conceda no manchar jamás la grandeza de vuestro estado, sino el vivir siempre según la altura y dignidad de vuestros sacros deberes.

Prenda de los divinos favores sea la Bendición Apostólica, que os damos con efusión de corazón y que deseamos os acompañe en los días alegres y tristes de vuestra vida, quedando siempre con vosotros cual perenne testimonio de Nuestra paterna benevolencia. Queremos que esta bendición se extienda también a todos los otros hijos e hijas Nuestros acá presentes, a los caros peregrinos de Gubbio, a los excelentes alumnos y a las buenas y piadosas alumnas de las Hermanas de María Auxiliadora, del Colegio real de Milán y de las Hermanas de San José de Turín; que para todos y para todas sea ella portadora de gracias y de auxilios celestiales.

XIV

28 DE ABRIL DE 1939

A LOS SACERDOTES ADORADORES

Los Sacerdotes Adoradores, que tomaron parte en el Congreso Nacional Italiano, fueron recibidos en solemne Audiencia por el Sumo Pontífice. En tal circunstancia, Su Santidad dirigió a tan imponente asamblea de tres mil Sacerdotes, guiados por tres Cardenales y ciento cincuenta Arzobispos y Obispos, este Discurso tan admirable.

HERMOSO espectáculo esta asamblea de Sacerdotes, cuyo propósito, digno de los ángeles, es adorar en modo singular a aquel Dios que prometió a los apóstoles estar con ellos todos los días hasta la consumación de los siglos! Vemos, Venerables Hermanos y dilectos Hijos, cumplida en vosotros esa promesa; en vosotros que continuáis y perpetuáis el ministerio apostólico de instruir a las gentes, de bautizarlas y de enseñarles todo cuanto Cristo había mandado a sus apóstoles. ¿No anunció también Él que donde estuvieran congregadas dos o tres personas en su nombre, allí se hallaría en medio de ellas? El divino Salvador está con nosotros, no ya como sombra fugaz de la fama y del nombre que queda sobre las tumbas y monumentos de los hombres grandes que pasan, sino cual Dios presente con su divinidad y humanidad, Dios escondido en la sombra del pan transformado: sombra que nos parece volver a ver entre las tinieblas del lago de Tiberíades, en aquella noche en que Cristo caminaba sobre las olas, pareciendo un fantasma a los discípulos que remaban fatigosamente. No, no es un fantasma el Dios de los tabernáculos que adoramos. Es aquel mismo que dijo entonces a sus medrosos discípulos: «Tened confianza: soy yo, no temáis». Es el mismo que dice: «Vedme con vosotros todos los días hasta la consumación de los tiempos».

JESÚS, SIEMPRE CON NOSOTROS

Es el mismo que camina sobre las ondas de los siglos, señor de los vientos y de las tormentas humanas. Camina sobre las ondas tempestuosas junto y delante de su Iglesia; res-

ponde a sus ministros cuando lo llaman con la sacra voz que Él les ha comunicado; e invita a sus altares, reuniendo, hace ya veinte siglos, a las naciones y a las gentes, al pueblo y a los gobernantes, a los mártires y a las vírgenes, a los pontífices y sacerdotes, postrados para adorarle presente, amarle escondido e invocarle compañero en la alegría y en el dolor, en la vida y en la muerte.

Vemos empero a un sacerdote que, en medio de la oscuridad de la fe, ha sentido con la mayor viveza el aliento de Cristo a sus discípulos. Lo conocéis: es Pedro Julián Eymard, que responde a Cristo: «Señor, si eres tú, mándame llegar junto a ti sobre las aguas». «Ven», le dice el Salvador. Y Pedro Julián caminó sobre las aguas borrascosas para ir a Jesús y postrarse ante Él en perpetua adoración, exclamando: «Vedme con vos, oh Señor, todos los días hasta el fin de mi vida». ¿No fué acaso ésta la vocación y la misión del fundador de la Congregación del Santísimo Sacramento? ¿No caminó él, para acercarse y postrarse ante Jesús, sobre las aguas de la tribulación? Bien había él comprendido la promesa de Cristo, con que cierra y sella como su testamento el Evangelio del publicano Mateo; y había hecho para sí y para los demás con ella la bandera de su obra y de su acción: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos».

En este mundo, en este moderno apartarse — de la sociedad, la familia y las costumbres — de Dios, Pedro Julián sentía bien que Cristo no había cesado de estar presente en el retiro de su altar, aunque frecuentemente ignorado, abandonado, no honrado con el altísimo homenaje a Él debido. Sentía que Él estaba todos los días con nosotros, perpetuo compañero de su ministro y de su pueblo por todos los rincones y calles de la ciudad, por toda región civilizada o bárbara de la tierra, doquier hubiera un sacerdote y se levantara un altar. Sentía que Él, como ayer, también hoy está hasta la consumación de los siglos con nosotros, con su Iglesia invencible e indefectible, eterno sacerdote y pontífice de las almas, rey inmortal de los siglos y de todas las humanas

vicisitudes antiguas, presentes y futuras. Sentía esto profundamente y se inclinaba ante Él en aquella adoración que es inmenso deseo de verlo adorado, venerado, exaltado, singularmente por las almas a Él consagradas y particularmente por los sacerdotes, que deben ser luz del mundo, sal de la tierra, maestros y ministros del pueblo, mediadores entre los hombres y Dios, entre el cielo y la tierra.

En esta gran asamblea de sacerdotes adoradores italianos, concentrados para templarse de nuevo en el espíritu sacerdotal — reunión ilustrada ya alta, sabia y ampliamente por la palabra elocuente y santa de Eminentísimos Cardenales y de ilustres oradores sagrados —, la imagen del Beato Eymard, abanderado, heraldo y campeón, como ningún otro, de Cristo presente en los sacros tabernáculos, es, como el Bautista, antorcha luciente y ardiente que iluminará e inflamará vuestros corazones, transfundiéndoles aquellos encendidos ardores que suscita en el alma la visión lamentable de la guerra, de la insidia y de la indiferencia con que el hombre responde al amor y a los beneficios de un Dios humanado que tiene sus delicias en estar siempre con nosotros.

MISTERIO DE FE

El Dios del altar está en medio de nosotros, invisible, pero testigo fiel, primogénito entre los muertos, príncipe de los reyes de la tierra, que nos ha amado y nos ha lavado de nuestros pecados con su propia sangre y nos ha hecho reino y sacerdotes ante Dios su Padre; el primero y el último, el viviente que fué muerto y vive por los siglos de los siglos (*Apoc.*, I, 5, 17-18). Pero está a la vez en medio de nosotros, el Dios del arcano. Caigamos a sus pies, adorémosle en la zarza encendida de su amor a nosotros, si no nos es dado contemplarlo, como lo vió el extasiado Evangelista. Es el misterio de la fe, centro del incruento sacrificio divino, celoso secreto de la Esposa de Cristo, que en los primeros siglos de su inmutable juventud gustó de ocultar bajo el velo del arcano aun a sus tiernos hijos: arcano hecho misterio de un misterio,

escondido desde los siglos eternos en Dios y que oculta un Dios. Ante este misterio inclináronse en el polvo los apóstoles y los mártires; en las basílicas, los pontífices; en los desiertos y en los cenobios, los monjes y anacoretas; en los claustros, las vírgenes; en los campos de lucha, los ejércitos; en las cátedras, los doctores; por las calles, los pueblos. En medio de ellos estaba Cristo; pero ¿quién lo vió?, ¿quién lo reconoció? Bienaventurados los que no lo vieron y creyeron: «*Beati qui non viderunt et crediderunt*».

Atraviesa la fe todo velo, penetra todo arcano; y cuanto más viva avanza, tanto mayor luz adquiere, inflámase y se exalta en sí misma, y hace del mismo misterio el faro y el fuego de su vida y de su obra. ¿No fué ésta la fe de Pedro Julián en el Dios presente bajo el velo de la Eucaristía? ¿No fué el faro a cuya luz miró las ondas y tempestades de la edad moderna? ¿No fué el fuego que le caldeó el corazón y le animó a hacer de la bandera eucarística la de su religiosa cohorte? ¿a recoger en torno al sacro altar las pléyades de los sacerdotes adoradores? ¿No fué él quien, en el rasgarse cada vez más el velo del arcano a través de los siglos en la comunión pascual, en la solemnidad del Corpus Christi, en la ardiente exposición del Dios escondido, en la adoración reparadora, entrevió la nueva aurora de la Congregación y de las Cofradías del Santísimo Sacramento? Así es como se iba revelando en atmósfera más diáfana el arcano antiguo del sacrosanto copón; y hacía su aparición el ardiente apóstol de la divina Eucaristía, suscitado por el Cielo.

PERPETUA ADORACIÓN

Nacido en un pueblecillo de la región de Grenoble, cuando enmudecía todo el mundo ante la vista del soberbio César francés, que desde el Sena había recorrido con sus ejércitos las tierras todas de Europa arrastrando reinos y reyes, Pedro Julián había crecido por la piedad de su madre en la visión del sagrado tabernáculo; y allí, apoyado en el altar, fué encontrado un día, niño de cinco años, rogando al Dios escondido.

dido, ansioso de estar cerca de Él y de escucharle. ¿Qué dijo entonces a aquel niño inocente Jesús que ama y abraza a los pequeños que llegan a Él? Sin duda estampó en su ánimo una de esas indelebles palabras que sellan el carácter y la misión de los santos en el mundo, dibujando su aureola en el cielo de la Iglesia.

Es aquella palabra que se transformaría en el pensamiento del sacerdote Pedro Julián, ya marista, y que él mismo había de rubricar en la súplica al gran Pontífice Pío IX: «He aquí, había de escribir, este pensamiento: a la vista del amor de Jesucristo en su adorable Sacramento, del aislamiento en que lo deja la escasa piedad de los fieles, de la indiferencia de tantos cristianos, de la impiedad siempre creciente de los hombres del siglo; a la vista de tantas necesidades de la Iglesia, de tantos idólatras y herejes alejados de la fe de Jesucristo, un pensamiento suave y fuerte me decía: ¿Por qué el más grande de los misterios no habría de tener también su Instituto religioso como los otros misterios? ¿Por qué no habría de haber hombres que tuvieran como misión perpetua la oración a los pies de Jesucristo en su divino Sacramento? ¿Por qué el Rey de los reyes no habría de tener Él también su guardia de honor, vigilante día y noche ante su divino tabernáculo, en perpetuo ejercicio de adoración, de acción de gracias y desagravio?» «Es la obra de Dios, responderá el Vicario de Cristo; yo la deseo». Y poco después la elogiará y luego la aprobará.

DOBLE PRESENCIA DE CRISTO

Pero Cristo no sólo está presente en medio del mundo, sino que se acerca al hombre y está con él, con sus apóstoles, con sus fieles, con todas las gentes, conquista de su sangre. Es doble su presencia. Tiene una presencia divina, con la que sostiene el mundo universo creado por Él, sigue los pasos de los hombres por las vías del bien y del mal y es su testigo y juez, que inclina al bien y castiga el mal. Tiene a la vez otra

presencia humana y divina al mismo tiempo, por la que alza sus pabellones en las catacumbas, entre las apiñadas casas de los pueblos, por las campiñas, en las selvas, por los valles, sobre los montes, en los desiertos, por las nieves, en medio de los hielos perpetuos, doquier que un sacerdote con su omnipotente palabra alce en alto un pan y un cáliz, adorando lo que ha hecho en memoria suya. Allí está Él con su ministro; con él camina; se hace nuestro manjar, viático de los moribundos y de los desgraciados; hermano, esposo, padre, médico, consuelo y vida de las almas; pan de los ángeles, prenda de gozo inmortal. *Ecce ego vobiscum sum*. Queríamos que con Nos, con Nuestra pobre voz, os hablase Pedro Julián Eymard, que penetraba a fondo y trataba de descubrir este misterio de fe y de amor: su palabra sería una llama, incendio que haría arder y abrasar vuestros corazones de adoradores del Dios que está con nosotros y que es tan olvidado y ofendido por los hombres.

MISIÓN DEL BEATO EYMARD

No Nos preguntéis, venerandos sacerdotes, si la misión confiada por Dios a Pedro Julián Eymard le costó sangre, y si a él. peregrino por los tabernáculos de La Seyne-sur-Mer, de Lyon y de París, pidió Dios, como a Abraham, el total sacrificio de todo lo que amaba — y sin embargo era don divino —, para restituírselo después con renovada promesa de elegida descendencia. Dios lo puso a prueba, al modo que el oro se purifica en el fuego, y la paciencia es el arma de la victoria; igual que la cruz, sello de mártires, se alza y corona nuestros altares, bandera de Cristo con nosotros y con sus santos. Mas el tabernáculo era su refugio: en él había oído la voz de Cristo que le decía que había de ser continuamente compañero suyo en el camino de la tribulación entre la petición y la no aprobación de la Obra Eucarística, entre la oposición de sus hermanos y la alabanza del Pontífice Pío IX, entre la angustia de un dilema y la cruz del sacrificio; había escu-

chado la palabra de aquel Dios humanado que decía a sus discípulos: «Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi».

EL SACERDOTE, LEGADO Y EMBAJADOR DE CRISTO

Del cumplimiento de esta admirable y benigna promesa de Cristo a lo largo del fugaz curso de los tiempos, ningún testigo es mejor y más fiel que el sacerdote, pues cual ministro de las fuentes de la gracia, recibió de Cristo la soberana misión de hacer en memoria suya sobre el ara incruenta lo que había hecho Él mismo la víspera de su Pasión: *Pro Christo ergo*, os diremos, oh amados sacerdotes, con San Pablo, *legatione fungimur*. Somos legados y embajadores de Cristo, no sólo con la palabra, sino sobre todo con la obra. ¡Oh, cuán íntimamente sintió esa misión de la palabra y de la obra en su ánimo el Beato Eymard! Sacerdote, sabía bien que Cristo está con su Iglesia y con nosotros, todos los días, con su autoridad y su gracia; pero, al verle, aunque velado, presente en nuestros altares, y frecuentemente casi olvidado e ignorado como Rey y Pastor de nuestras almas, quería que con la palabra y con la obra fuese reconocido por la sociedad cristiana, adorado, agradecido, desagraviado y objeto de súplica en todos los días hasta el final de los siglos.

No seguiremos al fundador de la Adoración Perpetua en la Obra de las Comuniones tardías en la capital francesa, en la erección de las casas de Marsella, de Angers, de Bruselas y de otras ciudades; no os diremos cómo surgieron la Agregación del Santísimo Sacramento, la Congregación de las Esclavas de la Eucaristía, cómo se honraba a la Virgen del Santísimo Sacramento; cómo en torno al Siervo de Dios iba creciendo la familia religiosa por él guiada, venciendo trabajos, pobreza, contradicciones y luchas internas y externas. Nunca puede vivir exento de penas y dolores el corazón de los que siguen a Cristo crucificado; ni el sendero de la santidad aparece sembrado con los suaves frutos y flores del Edén. ¿Creeréis vosotros que su íntimo martirio no permaneció se-

creto para todos, sin que jamás aflorase a sus labios la menor queja? Sólo el ardor amoroso hacia el Dios del amor es lo que brotaba en sus sermones, en sus discursos, en sus coloquios, en su dirección de espíritus; aun resuena un eco de ellos en las páginas que han guardado su palabra.

Mas, al igual del apóstol Pablo, se gloriará él en sus tribulaciones, con tal de que en él habite la virtud de Cristo. La virtud de Cristo, que pone parejo al dolor un consuelo que el mundo no sabe dar, como la entrevió divina al pie de los altares, así la encontró el P. Eymard poderosa y providente a los pies del Vicario de Cristo en Roma. Tres veces lo vió Roma peregrino por sus calles, en sus basílicas, en las tumbas y en los arcosolios de los mártires, y le oyó un día, en San Andrés della Valle, glorificar al Niño Dios; y Roma, por la voz del gran Pontífice Pío IX, se le mostró propicia; loaba al Instituto Eucarístico y más tarde le aprobaba sus Constituciones, fundamento de un porvenir seguro y canónico.

ADORACIÓN UNIVERSAL Y PERPETUA

Al llegar a este punto nuestro pensamiento se detiene ante la obra del paciente y animoso Adorador y Apóstol de la Eucaristía, mientras contemplamos cómo lo pasado y lo porvenir se funden con lo presente y a través de las ondas de los siglos escuchamos la palabra de Pablo, al recordarnos que, siempre que comamos este pan y bebamos este cáliz, anunciaremos la muerte del Señor hasta que Él venga (*I Cor.*, XI, 26). Mientras sobre los campos de nuestro globo brote una espiga de trigo y cuelgue un racimo de uva, y un sacerdote, pensando en el sacrificio, suba las gradas del altar, el Huésped divino estará con nosotros; y el creyente doblegará con fe su mente y rodillas ante una Hostia consagrada, como en la última cena los apóstoles ante el pan y vino consagrados que les daba el Salvador, diciendo: «Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre», adoraron a Cristo, el Maestro divino, con aquella pura y profunda fe que cree en los portentos de su palabra, y que es la sustancia de la interna adoración, sin

cuya fe es vana señal el doblarse una rodilla. Desde aquella hora del Cenáculo comenzaron los siglos del Dios de la Eucaristía; el giro del sol iluminó sus pasos con sus auroras y sus ocasos; las cavadas entrañas de la tierra lo acogieron con cánticos; en los desiertos, en los cenobios, en las basílicas, bajo los aéreos pináculos, inclináronse pastores y pueblos, príncipes y ejércitos. En sus conquistas avanzaba con sus heraldos y sacerdotes más allá de los mares y océanos, y desde Oriente a Occidente, de un polo a otro, el Redentor planta sin cesar hoy cada día sus tabernáculos, y persevera, frente a la ingratitud de los hombres, buscando sus delicias en estar con ellos, con el único afán de derramar para su salvación los tesoros de sus gracias y de su magnificencia.

A tanta dignación y generosidad divina había correspondido la piedad de los fieles con las festivas conmemoraciones anuales de los más admirables hechos de la vida mortal del Salvador y con la institución de Órdenes y Congregaciones religiosas que de Él tomaron su nombre; mas un designio divino había reservado a los tiempos modernos y a la Adoración Perpetua inaugurada por el ardiente celo del Beato Eymard la misión de glorificar con culto solemne y continuo, en ardor que nunca vieron los siglos pasados, al humanado Verbo divino, verdadera, real, substancialmente presente en el Sacramento de su amor. Quería él sacarle del sacro escondite del tabernáculo y exaltarlo entre los esplendores del altar, no sólo por algunas horas o días, sino «en todos los días hasta la consumación del mundo», como Rey de todos los siglos, porque Cristo Señor Nuestro jamás cesa de ser el Dios exaltado de la tierra en la cruz para atraer hacia sí el universo. Y ¿no lo exalta tal vez el sacerdote sobre su cabeza cada día en el incruento sacrificio a la vista de los fieles, para que lo adoren, lo alaben, le supliquen perdón y gracia? ¿No es la santa Misa el místico holocausto en que el Redentor, sacerdote y víctima eterna, se hace presente sobre el Calvario del altar, con su cuerpo y su sangre derramada, bajo tales signos de muerte? Si el altar es un Gólgota, decía nuestro Beato, exaltemosle expuesto, no entre tinieblas de obscurecido sol, sino

entre los triunfales fulgores de la resurrección, como si saliera resucitado de la sombra del tabernáculo, divino vencedor de la muerte y del infierno. Inclinémonos delante de Él, adorémosle, corramos a su dulce y humilde corazón. Desde aquel nuevo Gólgota luminoso, con mayores rayos de bondad y de misericordia arrastrará hacia sí todas las naciones y todos los pueblos, pues que Él ha venido para que los hombres poseyeran la vida y la poseyeran más abundante.

Tal era la misión de Pedro Julián Eymard en la Iglesia de Cristo: la de postrarse siempre en adoración con el pensamiento, con el corazón, con la obra; la de hacerse siempre apóstol de su presencia en medio de nosotros y reunirle junto al trono eucarístico selecta cohorte de religiosa fidelidad y de homenaje. Consagró a ello como nunca los últimos dos lustros de aquel su vivir entre desengaños y luchas, entre dolores y fatigas; y a los cincuenta y siete años el campeón del Santísimo Sacramento se aprestaba al premio de la corona inmortal.

Infatigable en promover la gloria y el culto de la Eucaristía, en invitar y recoger en torno a la sagrada mesa a los fieles de toda edad y condición, en derramar los ardores de su celo en la predicación al pueblo y en los retiros religiosos, tornaba de sus últimos viajes por las provincias de Francia y de Bélgica, con el ánimo consumido por internos temores y por luchas externas; mas su virtud, lejos de debilitarse o doblegarse, se realizaba más vigorosa, y más fácil de admirar por su heroísmo que de ser imitada. París no le devolvió la salud: la única esperanza para darle vigor era ya sólo el aire montañoso de su pueblo nativo. Cedió, pues, a las afectuosas insistencias de sus religiosos; se dirigió a Lyon; en Grenoble subió por última vez al altar. ¿Qué dijo en tan celestial convite a su Jesús? ¿Qué le pidió? ¿Qué le ofreció? Al atardecer llegaba a La Mure, su casa paterna, desmayado, uniéndosele más tarde dos hermanos. Vedle ya allí donde había nacido, donde junto al tabernáculo había tenido el primer coloquio con el Dios escondido, donde había bebido el aura de su alegre juventud; pero aquellas auras, que no

podían devolverle la salud, servían acaso para enjugar sobre su rostro el sudor del beso de la muerte. Su humilde camastro se tornó sede de paciencia inalterable y de afecto, de consejo y de sonrisa, de bendición y de plegaria, de paz y de dulzura. Llegada la hora suprema, todavía vino el divino Amante y Amigo a confortar a su amado adorador y apóstol; a través de la nube eucarística se posó en su pecho, cual manjar de una vida que no desfallece, antes bien se eterniza, en el gozo del amor celestial.

ABANDERADO DE LOS ADORADORES DE CRISTO

Admiremos, veneremos, oh respetables y devotos sacerdotes y ministros de Dios, a este heroico abanderado de los adoradores de Cristo que vive con nosotros en sus sagrados altares. Él nos mostró cuánto puede en un sacerdote la viva y veraz fe y devoción hacia el Sacramento, que es el más augusto de todos nuestros religiosos vínculos con Dios; nos mostró cómo han de formarse los verdaderos adoradores que adoren al Padre en espíritu y en verdad y que sean apóstoles de la expansión de su reinado en el mundo de las almas.

Tal es la voz del Beato Eymard; tal es su apostolado perenne, como si dijera con el Salmista: «Congregate illi sanctos eius, qui ordinant testamentum eius super sacrificia» (*Ps. XLIX, 5*). Congregadle en torno todos sus santos, que realizan su alianza por medio de los sacrificios. Y ¿quiénes son estos santos? ¿Acaso no somos nosotros, oh sacerdotes, consagrados, no para ofrecer a Dios corderos y toros muertos, sino para renovar el incruento sacrificio de la Víctima divina, única y eterna? ¿No es el cáliz de su sangre la alianza del nuevo y eterno testamento? Y este Congreso sacerdotal, ¿no es tal vez la reunión de los santos que cumplen y realizan con el sacrificio, inefable cual cumple al misterio de la fe, la alianza de Cristo con su nuevo pueblo escogido?

POR TODO EL MUNDO

En tan solemne asamblea de sacerdotes adoradores vemos Nos a los herederos del espíritu de Pedro Julián Eymard, anhelosos de santificarse a sí mismos para difundir la santidad en las almas de los demás. Desde el cielo nos contempla y nos sigue por aquella vía, donde quien es justo se justifica más y quien es santo se santifica más. Este árbol de la adoración, que extiende sus ramas y sus frondas a tantas regiones del mundo, ¿acaso no fué plantado en germen por él? Sus hijos lo regaron; Dios le dió incremento. Y ¡qué incremento! Mirad, contad las multiformes obras eucarísticas, las casas del Instituto del Santísimo Sacramento difundidas por el mundo, esparcidas por Europa y las Américas; recordad los triunfos de los Congresos Eucarísticos universales, nacionales y diocesanos: en ellos está la cuna de la Asociación de los sacerdotes adoradores. Porque es también verdad que aun para la victoria del reino de Cristo en el mundo, el congregarse en nombre suyo, a la par que es llamada al Rey del cielo, vence también a la divina voluntad, que sólo quiere ser vencida con aquella violencia que es sonrisa del favor divino. ¡Cuán hermosos son tus pabellones, oh Iglesia de Cristo! Y ¡qué amables tus tabernáculos, oh Jesús! Son como valles floridos, como jardines bañados por arroyuelos, como cedros en la orilla de las aguas! (*Num.*, XXIV, 6). Son el refugio seguro del sacerdote, el amparo de las almas estáticas en el amor y en el dolor, la roca de donde salen los campeones de la verdad y de la virtud para combatir las batallas de Dios en este valle de lágrimas y de miserias contra los hijos de las tinieblas, contra los descarriados y los impíos, contra los ignorantes y los enemigos de Cristo y de su Iglesia. Dejadnos recorrer estos campos de sagradas luchas y victorias, recoger de todas las regiones, de acá y de allá de los Océanos, los gloriosos lábaros y laureles de los Congresos Eucarísticos, de las devotas asambleas y de las reuniones sacerdotales, de las pléyades de adoradores y adoradoras, de las legiones de niños

A LOS SACERDOTES ADORADORES

tan queridos por el Dios del amor, y junto con las coronas y guirnaldas de vuestra piedad y celo, oh dilectos sacerdotes adoradores, depositémoslos todos ante la fúlgida imagen del Beato Eymard, en reconocimiento y gratitud por aquel ardor y fuego de misión eucarística con que, habiéndose hecho apóstol de aquel Cristo que está presente con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos, nos dejaba altísimo ejemplo y estímulo de cómo en el sagrado tabernáculo podemos alcanzar asiduo y fuerte vigor de oración, de acción y de sacrificio, que nos haga, en beneficio del pueblo y de las almas extraviadas o despreocupadas del Redentor, divina luz del mundo y sal de la tierra; y como siervos buenos y fieles, al final, nos alce ante Dios en el gozo de la visión eterna del rasgado misterio de la fe ya sin velo alguno. Con tal auspicio y con este deseo, damos con efusión de corazón a todos y a cada uno de vosotros, Venerables Hermanos y queridos Hijos, como prenda de las más abundantes gracias celestiales para vuestras obras de celo por la gloria del Rey eucarístico, la Bendición Apostólica.

XV

1 DE MAYO DE 1939

COOPERACIÓN MISIONERA

Al agradecer el homenaje filial de los miembros de los Consejos Superiores de las Obras Pontificias Misioneras, Su Santidad les dirigió fervidas palabras de felicitación y estímulo.

Si siempre Nos es dulce recibir a los hijos, embarga Nuestro ánimo en el día de hoy una alegría más dulce, al ver y dirigir Nuestra palabra a hijos tan amados como sois vosotros, los que dirigís en cada una de las naciones las Obras Misionales Pontificias o vivís en Roma adscritos a los supremos Consejos de las Obras Pontificias de la Propagación de la Fe y de San Pedro Apóstol. Representando en la tierra, aunque indignamente, la persona del eterno Pastor, sentimos que también Nos atañen aquellas palabras que expresan su ardiente amor a todo el género humano: «Et alias oves habeo, quae non sunt ex hoc ovili: et illas oportet me adducere, et fiet unum ovile et unus pastor» (*Io.*, X, 16). Al recordar con frecuencia las palabras de nuestro benignísimo Redentor, sentimos inflamarnos en sus mismos deseos y rogamos al Espíritu Santo, con gemido de plegarias, que abra presto los caminos de salvación a tan ingente muchedumbre de hombres, que aun oprime la esclavitud de la idolatría y su inveterado error, y les haga partícipes de nuestra esperanza y de nuestra gracia. Predicando con el beatísimo Pablo «gentes esse coheredes et concorporales et comparticipes promissionis eius (Dei) in Christo Iesu per Evangelium» (*Eph.*, III, 6), no perdonaremos trabajo alguno hasta que brille, aun en los más alejados pueblos, la gloria de la religión católica, y la Cruz, en la que están la salud y la vida, cobije bajo su sombra aun las más apartadas regiones del mundo.

A este fin, es de suma importancia organizar la Iglesia en cada uno de los pueblos, y señalarle su propio ejército de sagrados ministros, formado de entre los indígenas.

Sois vosotros, dilectísimos, los activos y prósperos coo-
peradores de misión apostólica tan grande, al esforzaros cuanto
podéis por dilatar los confines del Reino de Dios. Nos son
bien conocidos los frutos de vuestra diligencia que todos los
años crecen sin cesar, no obstante las no pequeñas y frecuen-
tes dificultades. Pero la piedad vence la dureza del camino
y, como suele suceder en las empresas difíciles y aprobadas
por Dios, «*Molli paullatim flavescet campus arista*» (1).

La solemne conmemoración del cincuentenario de la fun-
dación de la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol nos ofrece
gratisima ocasión, así para alabar y aprobar cálidamente tan
saludable empresa, como para desearle un gran progreso y
un magnífico desarrollo.

Continuad, dilectísimos, dedicándoos con todo ahinco a
vuestras tareas misionales; y mientras en el mundo se enfría,
desgraciadamente, la caridad «*quoniam diminutae sunt veri-
tates a filiis hominum*» (*Ps. XI, 1*), mostrad con vuestro
ejemplo que no viven los hombres para desgarrarse, consu-
miéndose por la envidia, con armas parricidas, sino para
unirse con Dios y estrecharse en sagrada alianza, cual candi-
datos a la eterna felicidad. La meta señalada por Dios a la
humana sociedad es el amor, es la paz, es la concordia y
la unidad. Que, excitados por vuestro ejemplo e inflamados
en vuestros afanes, todos cuantos se precian de ser cristianos
difundan por doquier el perfume de la dulzura evangélica,
siendo, en la proporción dada a cada uno, «*deiferi, templiferi
et christiferi*» (*Ign. Mart. ad Eph., IX, 2*), bajo el amparo y
ejemplo de San José, Esposo de la Santísima Virgen María
y Patrono de la Iglesia, cuya solemnidad celebramos durante
esta semana. Él tiene en su mano la Flor de los valles y el
Pan de vida, que piadosamente os ofrece, para que lo comu-
niquéis a los demás.

Pidiendo a Dios toda suerte de bienes, bendecimos amo-
rosamente en el Señor, tanto a vosotros, amadísimos hijos,
y a los fieles que incansablemente os ayudan en el fomento
de la tarea misional, como a vuestros trabajos y proyectos.

(1) VERG. *Egl. IV.*

XVI

3 DE MAYO DE 1939

EL SANTIFICADOR DE LAS BODAS

Un numeroso grupo de recién casados se dirigió al Padre Santo invocando su augusta bendición sobre sus nuevas familias. Su Santidad, al recordarles la narración evangélica de las bodas de Caná, los regaló con especiales exhortaciones.

VUESTRA presencia, dilectísimos esposos, trae a Nuestra memoria y a la vuestra aquel hecho tan delicado y al mismo tiempo tan portentoso que leemos en el Santo Evangelio: las bodas de Caná de Galilea, y el primer milagro realizado por Jesucristo Señor Nuestro, en tal ocasión. Jesús, presente junto con su Santísima Madre y sus primeros discípulos en un banquete nupcial: ciertamente no sin profunda razón dignóse el divino Maestro aceptar con tal benevolencia semejante invitación. Allí había de dar la primera muestra de su omnipotencia para confirmar su divina misión y mantener la fe de los primeros discípulos; y allí había de comenzar a manifestarse la potente mediación de María junto a Dios, en pro de los hombres.

Él, el Buen Maestro, quiso también con su presencia dar una particular bendición a aquellos felicísimos esposos, y en cierto modo santificar y consagrar aquella unión nupcial, como en el tiempo de la creación había el Señor bendecido a los primeros padres del género humano. En aquel día de las bodas de Caná, Cristo abrazaba con su divina mirada a los hombres de todos los tiempos venideros, y especialmente a los hijos de su futura Iglesia, y bendecía sus bodas, y acumulaba los tesoros de gracias que, con el gran Sacramento del Matrimonio instituido por Él, había de reservar con divina largueza para los esposos cristianos.

Jesucristo ha bendecido y consagrado también vuestras bodas, dilectos esposos; y esta bendición, que habéis recibido ante su santo altar, la queréis confirmada y como ratificada

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

a los pies de su Vicario en la tierra, y por ello habéis venido hasta Él.

Y Nos, con todo corazón, os damos esa bendición que deseamos permanezca siempre con vosotros y os acompañe doquier en el curso de vuestra vida. Ella permanecerá con vosotros, si dentro de los muros domésticos hacéis reinar siempre a Jesucristo, su doctrina, sus ejemplos, sus preceptos, su espíritu; si María Santísima, invocada por vosotros, venerada y amada, fuere la Reina, la Abogada, la Madre de la nueva familia que habéis sido llamados a fundar, y si bajo la mirada benigna de Jesús y de María vivís como esposos cristianos, dignos de tan gran nombre y de tan gran profesión.

Mas al bendeciros, queremos también bendecir a todos los demás aquí presentes, amados hijos e hijas Nuestros, y singularmente a vosotros, caros peregrinos de la antiquísima ciudad y diócesis de Tívoli, que habéis venido a Nos en tan gran número, guiados por nuestro Venerable Hermano, vuestro amantísimo y celosísimo Obispo, a quien saludamos y bendecimos con especial y paternal afecto.

XVII

4 DE MAYO DE 1939

AL NUEVO EMBAJADOR DE LA ARGENTINA

Su Santidad, al responder a las palabras de homenaje que le dirigió S. E. el Sr. don Enrique Ruiz Guiñazu, nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República Argentina, que presentaba sus cartas credenciales, confirmó su paternal amor al pueblo que él había conocido tan de cerca en una inolvidable ocasión.

SEÑOR EMBAJADOR:

LAS palabras pronunciadas por Vucencia en la presentación de las Cartas, por las que el Excelentísimo Señor Presidente de la República Argentina le acredita, en sucesión del Señor Doctor Don Carlos de Estrada, de Nos tan estimado y amado, por Embajador Extraordinario y Plenipotenciario ante la Santa Sede, han venido a ser para Nos, que profesamos amor tan paternal al pueblo argentino, una prueba bien grata de que procurará siempre Vucencia, y con todo el ardor que le inspiran el amor hacia su Patria y las tradiciones profundamente católicas de aquel privilegiado País, la más firme consolidación de las relaciones felizmente existentes entre la Santa Sede y la Nación argentina.

Cuando la Iglesia y el Estado informan sus relaciones mutuas con el espíritu que resplandece, Señor Embajador, en sus palabras, se crea entre ambos Poderes aquella atmósfera de cordialidad recíproca y de leal apoyo que corresponde a las íntimas aspiraciones del fidelísimo pueblo argentino, y de la que tantos beneficios ha reportado él mismo en el pasado, y que constituye la base más segura para su ulterior desarrollo por las vías de la prosperidad y de la paz.

En medio de los graves problemas que en la hora presente pesan y agitan a los pueblos, la noble adhesión de Vucencia a la idea de una inteligencia internacional que busque la solución de las diferencias eventualmente existentes dentro de los principios de la justicia y del espíritu de fraternidad, constituye un pronóstico cuya importancia simbólica, en el

momento actual sobre todo, llegamos a apreciarla adecuadamente Nos, y por el que no queremos dejar de expresar aquí Nuestro reconocimiento al pueblo argentino, a su Gobierno y a Vucencia que tan dignamente lo representa. Por eso pedimos al Señor de corazón, que este espíritu de inteligencia consciente y generosa encuentre defensores y colaboradores cada vez más numerosos y decididos entre las naciones y los pueblos todos, y facilite siempre mejor el camino para el reajuste y el perfeccionamiento aun de la paz interna fundada en la justicia y en la caridad fraterna.

En el parque de Palermo de la capital de la Argentina, en los días aquellos inolvidables del Congreso Eucarístico Internacional, como Legado de Nuestro Predecesor de gloriosa recordación, y en medio de una inmensa multitud, implorábamos esta misma Paz, mientras las banderas de todas las naciones circundaban el gigantesco Altar, y el Jefe del Estado, ante la faz del mundo, en hora por demás bendita, consagraba su país y su pueblo a Cristo Rey de la Paz. En recuerdo de aquellas horas, esculpidas indeleblemente en Nuestro corazón, en las que Nos sentimos tan cerca del corazón del pueblo argentino, pedimos a Vucencia se haga intérprete ante el Excelentísimo Señor Presidente de la República, los miembros del Gobierno y las clases sociales todas de aquella amada Población, de los paternales sentimientos que abrigamos para con todos ellos, y de los fervientes votos que formulamos en bien y ventura de aquella nobilísima y a Nos tan querida Nación.

XVIII

7 DE MAYO DE 1939

RADIOMENSAJE PARA EL XII CONGRESO EUCARÍSTICO FRANCÉS

Al clausurarse en Argel el XII Congreso Eucarístico francés, en el que se reunió una inmensa muchedumbre de fieles para exaltar las glorias de Jesús en la Eucaristía, Su Santidad, por medio de la radio, les otorgó su Bendición Apostólica, además de regalarles con un Mensaje que fué acogido con entusiastas aclamaciones.

POR duodécima vez, hijos muy queridos de la noble nación francesa, os habéis reunido a millares en torno a Cristo, presente en la Eucaristía, para ofrecerle colectivamente un solemne homenaje de adoración reparadora.

En el curso de los últimos años, ha contemplado África ya más de una ceremonia de esta clase. Cartago, tornando al recuerdo de haber sido gloriosa metrópoli de las iglesias norteafricanas, y de haber celebrado dentro de sus muros más de treinta concilios, dió el impulso con su Congreso eucarístico internacional. Fué extendiendo el movimiento, por congresos nacionales o regionales, hasta el África austral, en el Congo, en Madagascar, en Trípoli y otras partes.

Celébrase hoy el triunfo de la Hostia en las costas que durante tanto tiempo han sido llamadas berberiscas. Y Nuestro corazón salta de alegría, en tanto que Nos tomamos parte en él doblemente. Ya que Nos estamos ahí presentes de dos maneras: visiblemente, en la persona del que Nos hemos escogido para Legado Nuestro, a fin de que presida en Nuestro nombre esas jornadas eucarísticas, Nuestro muy querido Hijo el Cardenal Arzobispo de París; invisiblemente, pero también en verdad, por Nuestras oraciones, unidas a las de vuestras muchedumbres que sienten tan santo entusiasmo.

Ni las movedizas olas del mar, ni el ruido de los armamentos que conmueven sus orillas, han podido hacer titubear vuestro místico entusiasmo: la Virgen de la Guardia os conducía a Nuestra Señora de África; y en la Hostia, radiante sobre ambas colinas, la fe os mostraba al Príncipe y autor

mismo de la Paz, esa paz tan ardientemente deseada por nuestra inquieta humanidad.

Ved lo que os atraía y os animaba. Ved lo que Nos une íntimamente a vosotros, en este mes de mayo, que Nos queríamos fuera consagrado por completo a una oración universal (¡principalmente con las plegarias de los niños, los predilectos del Salvador!) para hacer descender del cielo a la tierra, por manos de la Virgen Inmaculada, la paz, prometida a los hombres de buena voluntad: paz en las almas, turbadas por los atractivos y seducciones de falsas doctrinas; paz entre las naciones, estremecidas por una incesante ansiedad.

No ignoramos que, si habéis acudido a celebrar ahí vuestra reunión eucarística, se debe sobre todo al deseo de conmemorar el centenario de un acontecimiento para siempre memorable, tanto para la Iglesia como para Francia. Cúmplase ahora un siglo del día en que el primer Obispo de Argel tomó posesión de su catedral. Así renacía, después de ochocientos años de muerte aparente, esa Provincia eclesiástica del África, que en otro tiempo contó hasta quinientos Obispos y que, entre la pléyade de sus mártires y de sus pontífices y vírgenes, ve brillar para siempre al incomparable Doctor de Hipona, Agustín, uno de los más brillantes genios que Dios ha dado a la Iglesia y al mundo.

Pero en 1839, Argel, la ciudad blanca, que levantaba sobre el mar sus terrazas y alminares cual desafío a los pueblos cristianos; Argel, la ciudad de las lágrimas y de la sangre, en que habían llorado, rogado, sufrido y dado su vida por Cristo millares de cautivos, no contaba sino cuatro sacerdotes. Ved que ahora, en una de sus torres, se eleva la cruz de Cristo; y Argel hase convertido de repente en la puerta luminosa por la que penetrará, con más rapidez cada día, hasta el corazón del continente negro, la antorcha de la revelación.

¡Admirable renacimiento; nueva vida, que se desborda de savia sobrenatural! Hoy, numerosos Obispos o Vicarios Apostólicos, centenares de sacerdotes, venidos de diversas naciones cristianas, o salidos de familias indígenas, varios

RADIOMENSAJE PARA EL XII CONGR. EUCARÍSTICO FRANCÉS

millones de fieles, atestiguan, a través del África, la eterna juventud de la Iglesia, la inagotable fecundidad de la gracia divina, cuando a su servicio se pone el esfuerzo humano.

Por ello Nuestra Bendición se dirige afectuosamente ante todo a vosotros, hijos de Francia, cuyos destinos religiosos Nos fué dado evocar, dos años ha, bajo las bóvedas de Nuestra Señora de París. Mucho más lejos va esta Bendición: a vosotros, neófitos y catecúmenos dispersos por las misiones de África; y por fin a todos los hombres cuyas almas, como la nuestra, han sido rescatadas por la sangre de Dios hecho hombre. Todas las naciones han sido dadas en herencia a Cristo Jesús; la Providencia Nos ha constituido en guardián de dicha herencia; Dios Nos ha hecho Pastor y Padre de esta humanidad. ¡Que descienda, pues, sobre todos vosotros la Bendición divina, fruto de la sangre derramada para todos por el Salvador, escondido pero presente en la Eucaristía!

XIX

8 DE MAYO DE 1939

A LA COLONIA ESPAÑOLA DE ROMA

La colonia española de Roma decidió ofrecer al Papa el homenaje de su filial devoción. Su Santidad les dirigió palabras de paternal consejo por la nueva época de civilización y grandeza de la católica España.

CORDIAL bienvenida a Vucencia, Señor Embajador, y a la colonia española de Roma, reunida en esta Nuestra casa, que es también vuestra casa paterna.

Componéis una colonia numerosa e ilustre, que Nos hace recordar con complacencia el largo cortejo de embajadores verdaderamente católicos, de sabios teólogos y consultores, de hijos devotos y muníficos que, a través de los siglos, han acompañado en Roma al Padre común de los fieles, participando de sus penas y alegrías, y poniendo al servicio de la Santa Sede la sana Teología y el celo misionero de España.

Pero una circunstancia particular da singularísimo realce a la presente audiencia. Habéis venido a agradecernos, en nombre de toda vuestra nobilísima Nación y de su ilustre Jefe, Nuestro mensaje radiado. Fué para Nos motivo de especial satisfacción, en primer término, el poder enviaros Nuestros plácemes y saludos en el momento en que España, después de la victoria, comenzaba su nueva época de pacificación y grandeza. Y colma ahora Nuestro corazón de mayor gozo el saber que Nuestros plácemes y Nuestra exhortación a la paz y a los nuevos destinos verdaderamente católicos de España, han hallado un eco tan profundo y prolongado en Nuestros amados hijos e hijas de la Nación hispánica.

Vuestro palacio de España, Señor Embajador, está especialmente ligado con el culto de María Inmaculada. Por eso la plaza de España es la plaza del monumento a la Inmaculada Concepción. Tenemos todos que importunar en este mes de mayo a la Virgen Santísima para que en pago de la venera-

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

ción y amor que se le ha profesado siempre en el suelo español y en los corazones españoles, se digne alcanzar de su piadoso Hijo felicidad y bendiciones para vuestras familias, juventud pura y henchida de sana alegría para vuestros hijos, prosperidad y éxito venturoso para vuestra economía, la fuerza y el impulso del Espíritu Santo para vuestra vida eclesiástica, y para toda vuestra Patria a Nos tan querida la paz interna y externa, integral y duradera. En prenda de todo ello os damos a vos y a todos los vuestros, a todas las personas que lleváis en vuestra mente y en vuestro corazón, y a cuantos objetos habéis traído con vosotros a esta audiencia, con paterno afecto la Bendición Apostólica.

XX

9 DE MAYO DE 1939

L EPISCOPADO Y AL PUEBLO MARONITAS

El Sumo Pontífice concedió solemne Audiencia a una selecta representación del Episcopado Maronita — presidida por S. E. Reverendísima Mons. Abdallah Kouri, Arzobispo titular de Arca en Armenia, Vicario General del Patriarcado Maronita de Antioquía — reunida en Roma para ofrecerle su filial homenaje. Su Santidad dirigió a tal delegación, a la que se habían unido muchas personalidades de la colonia maronita de Roma, expresiones de complacencia y de feliz auspicio.

VENERABLES HERMANOS, Y MUY QUERIDOS HIJOS
NUESTROS:

LA delegación enviada hasta Nosotros por Nuestro Venerable Hermano el Patriarca maronita ha evocado el recuerdo de los Reyes Magos, que siguiendo la milagrosa estrella iban a encontrar al Rey Jesús en la aurora de su vida terrenal.

Como el Salvador abrió sus brazos y su corazón para acogerles, así también Nos abrimos bien anchos Nuestros brazos y Nuestro corazón, no ciertamente como a primicias de la gentilidad, sino como a Hijos muy queridos llamados a irradiar, cada vez más y sin cesar por el Oriente, la luz católica.

El muy amado pueblo maronita, que entre sus rocas y sus cedros ha guardado intacto el divino tesoro de la Fe, herencia de sus padres, querrá, Nos estamos seguros de ello, responder a Nuestros íntimos deseos y a Nuestro llamamiento, esforzándose por hacer participar a todos los que viven en su misma tierra del bien inestimable de esta Fe cristiana, católica, romana. Que por vuestro fervor logre el Oriente querido, donde apareció Jesús, la Luz verdadera y eterna, ocupar de nuevo el lugar preferido que le correspondió en la aurora de nuestra Redención.

Los lazos que unen hace tiempo a vuestra Nación con esta Sede de Roma no tienen necesidad de ser reanudados; como vuestros cedros eternos, también ellos son incorruptibles. Pero que tales lazos sean cada vez más estrechos: un santo amor

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

puede crecer siempre, una unión puede tornarse cada vez más íntima. Y porque está bien seguro de vosotros, el Padre común recibe con alegría el testimonio renovado de vuestra fidelidad y de vuestro amor filial.

Unidos al Papa, es decir, unidos a San Pedro, unidos a vuestros jefes religiosos, Patriarca y Obispos, ya habéis contemplado y realizado grandes empresas. Aun las esperamos mayores de vosotros. Así lo desea Nuestro corazón paternal para vuestro querido Oriente; Nuestras manos se juntan, en actitud de plegaria, para obtenerlo. ¡Que podáis vosotros, muy queridos Hijos Nuestros de la Nación maronita, figurar en las primeras filas de cuantos hacen resplandecer la Luz conduciendo hacia ella a tantas queridas ovejas, en espera de una mano que les abra la puerta del redil!

Con tal intención y como prenda de Nuestro paternal afecto, os concedemos, a vosotros y a cuantos representáis, la Bendición Apostólica.

XXI

10 DE MAYO DE 1939

LA REINA CELESTIAL

El Augusto Pontífice dió su cordial bienvenida a los nuevos esposos, a un grupo de peregrinos y a otros fieles reunidos para rendir su homenaje al Vicario de Jesucristo.

DAMOS Nuestro cordial saludo a los nuevos esposos, que cada vez en mayor número vemos como corona Nuestra, en estas públicas audiencias: saludo tanto más cordial, cuanto que lo alegra la querida circunstancia de este mes de mayo que la piedad del pueblo cristiano ha querido fuera consagrado en modo particular al culto de la Virgen Santísima.

Vosotros, dilectos hijos, llamados a constituir nuevas familias, queréis sin duda darles un carácter esencial y profundamente cristiano, a la par que una sólida base de bienestar y de felicidad. Pues bien; en la devoción a María os señalamos su feliz consecución. Tiene María tantos títulos para ser considerada como patrona de las familias cristianas, cuantos motivos tienen éstas para esperar su particular asistencia.

María ha conocido las alegrías y las penas de la familia, los acontecimientos alegres y los tristes; la fatiga del cotidiano trabajo, las desazones y tristezas de la penuria, el gran dolor de las separaciones. Pero también ha probado todas las inefables alegrías de la convivencia doméstica, alegrada por el más puro amor de un castísimo Esposo y por la sonrisa y las ternuras de un Hijo, que era a la vez el Hijo de Dios.

Por ello María Santísima, con su corazón misericordioso, se compadecerá de las necesidades de vuestras familias, y les llevará aquel consuelo cuya necesidad sintieren en medio de los inevitables dolores de la vida presente; como bajo su mirada materna les tornará más puras y serenas las dulzuras del hogar doméstico.

Y ello tanto más cuanto que la Virgen Santísima, no sólo conoce por propia experiencia las graves necesidades de las familias, sino porque también, como Madre de piedad y de misericordia, quiere Ella venir de hecho en su ayuda.

Felices y verdaderamente benditos son los esposos que inician su nuevo estado con propósitos tales de filial y confiada devoción a la Madre de Dios, con el santo programa de establecer su nueva familia sobre este inquebrantable fundamento de piedad, que ha de infundirse, para que se transmita como preciosa herencia, a los dulces hijos que Dios quiera concederles.

Pero no olvidéis, dilectísimos hijos, que la devoción a la Virgen, para ser verdaderamente sólida y por ende aportadora de preciosos frutos y copiosas gracias, ha de estar vivificada por la imitación de la vida misma de Aquella que nos place honrar.

La divina Madre es también, sobre todo, un perfectísimo modelo de las virtudes domésticas, de aquellas virtudes domésticas que deben embellecer el estado de los esposos cristianos. En María, el amor más puro y fiel hacia su castísimo esposo, amor integrado por el sacrificio y las más delicadas atenciones; en Ella, consagración entera y continua a los cuidados de la familia y de la casa, del esposo y sobre todo del querido Jesús; en Ella, humildad que se manifestaba en amorosa sumisión a San José, tanto en su paciente resignación a las disposiciones, ¡oh, cuántas veces arduas y penosas!, de la divina Providencia, como en su deseo de agradar y en su caridad hacia todos cuantos se acercaban a la casita de Nazaret.

Esposos cristianos, que vuestra devoción a María pueda constituir una fuente siempre viva de favores celestiales y de felicidad verdadera; de cuyos favores y felicidad os sea prenda la paternal Bendición, que con todo corazón os damos.

XXII

10 DE MAYO DE 1939

A LOS PEREGRINOS DE LA DIÓCESIS DE SAN GALL

Reunidos en Roma numerosos peregrinos de la diócesis de San Gall, bajo la dirección de sus párrocos, para ofrecer su homenaje al Padre Santo, fueron recibidos en Audiencia junto con los grupos a quienes habló aquel mismo día. Su Santidad les exhortó con preciosas palabras.

ESPECIAL alegría es para Nos, queridos hijos e hijas de la diócesis de San Gall, poder saludaros en Nuestra casa, acompañados por vuestros queridísimos Párrocos, después de haber sido Nos vuestro huésped tantas veces en vuestra encantadora patria. Conservaremos siempre grato recuerdo de los días que hemos vivido entre vosotros.

Como Padre de toda la familia católica, queremos dirigiros una palabra de felicitación y otra de exhortación. Una palabra de felicitación, para todos los que entre vosotros laboran en la Acción Católica. Nos ha servido de gran consuelo el escuchar que cuantos seglares se dedican a la Acción Católica trabajan en íntima unión con sus párrocos y en plena fidelidad a las indicaciones de vuestro Obispo. ¡Multiplicad y perfeccionad en todas las formas posibles esta colaboración bajo la dirección del Obispo que Dios os ha señalado! En ello reside la firmeza de la Acción Católica. Una palabra también de exhortación a todos vosotros: ¡Vivid tan plenamente la vida de la fe, trabajad de tal suerte por la santidad interior, practicad en tan alto grado el amor a vuestro prójimo, que la hermosura de vuestra Patria y de vuestras iglesias sea el símbolo elocuente, la fiel expresión de la belleza y de la perfección de vuestra vida cristiana!

Como prenda de todo ello, a vosotros y a todos los que amáis y que tenéis ahora en vuestra mente e intención, damos de todo corazón la Bendición Apostólica. Bendecimos también y concedemos las acostumbradas indulgencias a cuantos objetos habéis traído aquí con tan piadosa finalidad.

XXIII

10 DE MAYO DE 1939

A UN GRUPO DE PEREGRINOS INGLESES

Junto con los grupos de fieles a quienes se refieren los precedentes discursos XXI y XXII admitió el Padre Santo a su presencia a cien peregrinos ingleses de la diócesis de Southwark, guiados por S. E. el Arzobispo-Obispo Mons. Pedro Manuel Amigo. Su Santidad les dirigió el siguiente saludo.

AMADOS HIJOS E HIJAS DE INGLATERRA:

Nos os damos la bienvenida; y especialmente la damos a vuestro guía, Nuestro muy estimado y amado Hermano en el apostolado, el Arzobispo y Obispo de Southwark.

Nos alegra la expansión de la vida católica en vuestra Patria. Es fruto de la fe y sacrificio de los siglos pasados. Que vuestras oraciones y la perfección cristiana de vuestras vidas lleven luz y fuerza a vuestros hermanos apartados del camino de la verdad, de suerte que el fruto se multiplique y aun sobrepase al céntuplo.

Queremos daros una fervorosa prueba de Nuestra felicitación. A vosotros, a todos vuestros seres queridos que dejasteis en la Patria, a todos los que deseáis incluir en la Bendición de vuestro Padre común, Nos concedemos de todo corazón la Bendición Apostólica. También bendecimos los objetos religiosos que lleváis.

XXIV

16 DE MAYO DE 1939

L EPISCOPADO Y A LOS FIELES DE RITO GRECO-MELQUITA

Un grupo de Prelados y de fieles de rito greco-melquita, reunidos en Roma bajo la dirección de S. E. Rvdma. Mons. Cirilo IX Mogabgab, Patriarca de los Melquitas de Antioquía, ofreció un expresivo homenaje de filial devoción al Sumo Pontífice. Se les unieron los miembros de la colonia melquita de Roma. Su Santidad respondió con un Discurso paternal y afectuoso a las devotas frases del venerando Pastor.

VENERABLES HERMANOS Y MUY QUERIDOS HIJOS:

OTRA parte del querido Oriente viene, pues, a Nos en este día! Y Nos es conducida por Nuestro Venerable Hermano el Patriarca del rito greco-melquita, que, soportando valientemente el peso de los años, ha querido conducir en persona hasta esta Sede Apostólica a muchos Obispos y sacerdotes del mismo rito.

Por feliz circunstancia, en medio de vosotros se encuentra aquel que posee en el corazón de su diócesis una de las joyas de la Iglesia Católica — Nos referimos a la aldea de Cesarea de Filipo, llamada hoy Banias, donde Cristo Jesús se dignó escoger a Pedro, nombrándole como primero y Supremo Pastor, para así recompensar su ardiente fe. Gran honor es para todo el rito greco-melquita ser el guardián providencial del lugar en que Jesús entregó al Príncipe de los Apóstoles las llaves del Reino de los Cielos. Y el Sucesor de Pedro os pide hoy que trabajéis con él para abrir anchamente a las almas las puertas de esa Patria Celestial, cuyo vestíbulo seguro es la Iglesia Católica.

Lo hemos dicho ya a otros de Nuestros hijos del Oriente; y Nos queremos decirlo de nuevo a vosotros, herederos de un rito tan nobilísimo como antiquísimo: en nuestros días, cuando bajo la acción del Espíritu de Dios tantas almas sienten la necesidad de la unidad, vuestra misión puede y debe ser magnífica. Las basílicas del Haurân y de Siria, en las que se desarrollaron tan temprano y durante tanto tiempo los esplendores de las liturgias bizantinas, y algunas de las

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

cuales no esperan sino una sencilla restauración para acoger de nuevo a las orantes multitudes, se Nos representan como un símbolo y os pregonan un llamamiento:

Ha llegado la hora de que los hijos de la Casa redoblen su celo para señalar a sus hermanos la morada que buscan y ayudarles a franquear el umbral acogedor. Animados por el ejemplo de vuestros grandes Doctores, los Atanasio, los Cirilo, los Crisóstomo, los Juan Damasceno, fuertes en los méritos adquiridos por vuestros mártires, trabajad en promover en el Oriente el reino de Cristo en la unidad.

Con esa esperanza de Nuestro corazón de Padre, y como prenda de los favores del Cielo, Nos os damos con toda Nuestra alma, a vos, Venerable Hermano, Patriarca del rito greco-melquita, a Nuestros Venerables Hermanos los Obispos, a todos Nuestros queridos Hijos, sacerdotes, religiosos y fieles de vuestro rito, dispersos por Siria, por el Líbano, por Palestina, por la Transjordania, por el Irak, en Egipto y en otras partes, a vuestras obras, a vuestras asociaciones, a vuestros bienhechores y colaboradores, la Bendición Apostólica que Nos habéis implorado.

XXV

17 DE MAYO DE 1939

A INMUTABLE ALEGRÍA

En la vigilia de la Ascensión de Nuestro Señor, ante los nuevos esposos, habló Su Santidad sobre el gran Sacramento, fuente de alegría pura, de esperanza serena y de santos deseos.

S IEMPRE son muy gratas a Nuestra mirada, y más aún a Nuestro corazón, estas reuniones de nuevos esposos que vienen al Padre común de las almas para recibir su bendición, que quiere ser — y lo es de hecho — señal y prenda de la de Dios.

Mucho más grata aún Nos es la reunión de hoy, día que precede a la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. Es la fiesta de la pura alegría, de la serena esperanza y de los santos deseos: de la que parece como un reflejo la solemnidad de vuestras bodas, dilectos esposos, ya que en el matrimonio cristiano, que habéis celebrado junto al santo altar, todo parece suscitar y anunciar alegría, esperanza, deseos, propósitos. A fin de que estos sentimientos, que han alegrado y alegran vuestros corazones, sean profundamente sinceros y duraderos, unidlos a los que os sugiere la gran festividad de mañana.

Que sea pura vuestra alegría, como la de los Apóstoles que descendieron del Monte Olivete (*Act.*, I, 12), después de haber asistido a la gloriosa Ascensión del Señor, «cum gaudio magno» (*Luc.*, XXIV, 52), con el corazón rebosante de gozo: de gozo, por la gloria de Jesús que coronaba su vida terrena con la triunfal entrada en el cielo; de gozo, por la propia felicidad eterna que entreveían en el triunfo del divino Maestro.

Sobre tales motivos, dilectísimos hijos, ha de fundarse vuestra alegría para ser verdadera y pura; y como ellos no

pueden faltar nunca, vuestra alegría no estará sujeta a las mudanzas de las glorias efímeras que el mundo promete: «*Pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat, Ego do vobis*» (*Io.*, XIV, 27), había dicho Jesús.

La alegría de aquel día se perpetúa y se dilata en los corazones de los fieles de Cristo, porque está sostenida por la más segura esperanza: «Yo voy al cielo a preparar el puesto para vosotros» (*Io.*, XIV, 2), dijo el mismo Señor Nuestro; y añadía: «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros» (*Act.*, I, 8). Magníficas promesas: la promesa del cielo y la promesa de la efusión de las gracias del Espíritu Santo. Todo ello debe animar vuestra fe, alimentar y robustecer vuestra esperanza, levantar vuestros pensamientos y vuestros deseos. Y tal es la oración de la Iglesia en la sacra liturgia: «El Dios omnipotente nos conceda que, como creemos que nuestro Redentor ascendió en este día al cielo, así también nosotros vivamos con el espíritu entre cosas celestiales», y «en medio de las vicisitudes mudables de la vida terrena, queden fijos nuestros corazones allá donde se encuentran únicamente los verdaderos gozos: *inter mundanas varietates ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia*» (*Dom. IV post Pascha*).

Y Nos os bendecimos, caros esposos, en el nombre de aquel Jesús que bendijo a los apóstoles y primeros discípulos mientras subía al cielo: «*dum benediceret illis recessit ab eis et ferebatur in caelum*» (*Luc.*, XXIV, 51).

Esta bendición, auspicio de gracias y de favores celestiales, queremos que, como de costumbre, se extienda a todos los otros Nuestros dilectos hijos e hijas aquí presentes, especialmente al grupo de peregrinos guiados acá por Nuestro Venerable Hermano el celosísimo Obispo de la antigua diócesis de Viterbo, ciudad que en la Edad Media, durante mucho tiempo, hospedó a los Papas, y donde en 1146 encontró refugio Eugenio III, como también al benemérito personal de asistencia que en los próximos días va a partir, bajo la protección de la Madre celestial, hacia el Santuario de Loreto con el primer tren de enfermos de este año.

Volviéndose después a la peregrinación de los jóvenes universitarios católicos de Hungría, el Padre Santo los saludó ante todo en lengua húngara entre las más vivas aclamaciones:

«¡Alabado sea Jesucristo! — Por siempre, amén.»

¡Bien venidos seáis, mis queridos hijos húngaros!

A continuación Su Santidad prosiguió en lengua alemana, expresando su viva satisfacción al conocer los nobles fines de la asociación de aquellos queridos jóvenes. Pertenece en verdad a la caridad cristiana el facilitar los estudios a los jóvenes capaces, y darles ocasión para que puedan desarrollar sus talentos. Los universitarios han de basar su formación cultural sobre tres puntos fundamentales: temor de Dios y amor hacia Él, respeto a la verdad, comprensión de la dignidad humana. Deben, además, recordar que la cultura y la ciencia, aunque tengan un valor propio, no pueden ser fines por sí mismas, sino que deben servir a la gloria de Dios y al verdadero bien de la humanidad.

El Padre Santo dirigió después a los peregrinos húngaros el triple saludo:

«¡Viva el reino de San Esteban! ¡Viva el reino de María! ¡Viva Hungría!»

Finalmente el Augusto Pontífice, volviéndose también a todos los demás peregrinos de lengua alemana, de las más diversas regiones, los exhortó a una muy asidua oración y a unirse con fervor a la gran cruzada de oraciones ordenada por él durante el hermoso mes de María, haciendo dulce presión junto a la Madre de Dios, a fin de que obtuviera para el mundo la deseada paz y protegiera la fe y la pureza de la juventud.

XXVI

18 DE MAYO DE 1939

SOLEMNE INGRESO EN LA PATRIARCAL ARCHIBASÍLICA LATERANENSE

En la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo el Sumo Pontífice se dirigió a la Sacrosanta Patriarcal Archibasílica de Letrán, su Catedral, para tomar solemne posesión de ella, según los venerados ritos tradicionales, y celebrar luego allí de Pontifical. En el límite del pórtico previo a la Basílica, Mons. Trocchi leyó en nombre del Eminentísimo Arcipreste, ausente por hallarse enfermo, un devotísimo homenaje de obediencia y de felicitación, al cual se dignó responder Su Santidad con el siguiente Discurso.

GRATITUD inmensa te debemos, Venerable Hermano, por los deseos llenos de piedad y de religión que en elegante discurso Nos has manifestado al tomar posesión, según el rito pontifical que los antepasados nos transmitieron, del Templo principal de esta Ciudad Eterna; e igual gratitud extendemos a todos aquellos cuyos sentimientos de excelente afecto hacia Nos has significado: en primer lugar, a Nuestro Venerable Hermano el Cardenal Arcipreste, impedido por su precaria salud de hallarse aquí presente, y luego al Capítulo y Clero de esta Archibasílica Lateranense. Nos gozamos, dilectísimos, con la amada y deseada presencia de cuantos aquí os encontráis. Hay en verdad un motivo de común regocijo y una causa general de alegría, por cuanto, dada la unión y conexión existente entre todos los miembros de la Iglesia a causa de los vínculos de mística unidad, redundante a toda la grey el honor tributado al pastor; tanto más, cuanto que la verdadera y loable razón de todo cuanto en Nuestro honor se hace, es porque en la pequeñez de Nuestra Persona se ve a Pedro, es honrado Pedro, cuya veneranda potestad revive en su heredero, por indigno que sea. La solemnidad que celebramos coincide muy oportunamente con la fiesta que todos los cristianos del mundo celebran hoy acordes en piedad y devoción. Nos hacemos hoy la entrada en el templo del Santísimo Salvador; y Nuestro benignísimo Redentor, en la fiesta que hoy celebramos, entró triunfante en las eternas moradas del cielo. Él, después de haber demostrado durante cuarenta días a sus Apóstoles con muchos y concluyentes argumentos que había resucitado del sepulcro, introdujo consigo al palacio celestial el triunfo logrado sobre la muerte y, elevado sobre todos los coros de los Ángeles, ocupó a la diestra

de Dios Padre el trono en que ha de permanecer eternamente. Y si todo templo, fabricado de piedras materiales, es copia en cierto modo del celestial Reino, a donde ascendió Cristo, ciertamente es mayor y más augusta imagen del mismo esta sacrosanta Iglesia Archibasílica de Letrán, que, entre todos los monumentos de la antigüedad cristiana, refulge eminente por la excelencia de su dignidad y por el recuerdo de los más solemnes acontecimientos. Aquí se alzaban en otro tiempo las egregias casas de los Laterani, aquí la casa de Fausta, aquí, finalmente, es donde la suprema autoridad del Emperador Constantino — que derrotó a los crueles tiranos y otorgó en justicia la libertad a la Iglesia — erigió un Templo en honor de Cristo Redentor que, subsistiendo inmovible a través de la serie de los siglos, caído unas veces, rehecho otras tantas, eleva todavía inmortal sus próceres naves hacia el cielo. Esta Basílica, aula de Dios, nuevo monte Sinaí, fué siempre lugar preeminente desde el que oráculos apostólicos y concilios ecuménicos promulgaron leyes saludables al mundo en todos los momentos de peligro. Y no sin razón le decora título de tanta excelencia. «La Iglesia de Letrán, dice San Pedro Damián, de igual suerte que está señalada con el nombre del Salvador, que es la cabeza de los elegidos todos, así es la madre, corona y vértice de todas las Iglesias del mundo» (*Epist.*, II, 1).

Al recordar la dulce memoria de Nuestro Predecesor Pío XI, que, luego de los Pactos de Letrán, con felices auspicios vino a esta Basílica, insistiendo animoso en sus ideas, deseamos la paz a todos, la deseamos también a esta aula del Señor: «Paz eterna del Eterno a esta casa. Paz perenne; el Verbo del Padre sea paz para esta casa. El piadoso Consolador dé la paz a esta casa» (*Ex Pontificali Romano, de dedicatione Ecclesiae*).

Sean, pues, perpetuamente con todos vosotros, que nos circundáis, la paz evangélica, la gracia del Espíritu Santo, la tranquilidad de una firme esperanza, la pura caridad y una exuberante misericordia; y, al deseároslo así, os bendecimos con todo corazón.

XXVII

24 DE MAYO DE 1939

FUNDADORES DE NUEVAS FAMILIAS

El Padre Santo recibió en Audiencia general a numerosas parejas de recién casados, a una peregrinación de Eslovaquia y a otros fieles. Después de haber dado su paternal felicitación a las nuevas familias cristianas, Su Santidad se dirigió con algunas frases de saludo en lengua eslovaca a los peregrinos; y terminó dando la bienvenida particularmente cordial al Obispo de Lubiana y a los fieles guiados por él.

VERDADERAMENTE alegres y profundamente conmovidos Nos sentimos al veros aquí, en torno a Nos, dilectos esposos, después de haber santificado y consagrado vuestro amor por la bendición nupcial, y haber depositado a los pies del altar la promesa de una vida cada vez más intensamente cristiana. Ya que de ahora en adelante os debéis sentir doblemente obligados a vivir como verdaderos cristianos: quiere Dios que los esposos sean cónyuges cristianos y padres cristianos.

Erais hasta ayer hijos de familia sometidos a los deberes propios de los hijos; mas desde el momento de vuestro matrimonio os habéis tornado fundadores de nuevas familias; tantas familias cuantas son las parejas de esposos que Nos rodean.

Nuevas familias, pues, destinadas a alimentar un porvenir que se pierde en los misterios de la divina Providencia: destinadas a alimentar la sociedad civil con buenos ciudadanos solícitos en procurar a la sociedad misma la salvación y la seguridad de que nunca se ha hallado tan necesitada como ahora; destinadas también a alimentar la Iglesia de Jesucristo, porque de las nuevas familias es de donde la Iglesia espera los nuevos hijos de Dios, obedientes a sus leyes santísimas; destinadas, finalmente, a preparar nuevos ciudadanos para la patria celestial, cuando haya acabado esta vida temporal.

Pero todos estos tan grandes bienes, que estáis llamados a realizar en el nuevo estado de vida, os los podéis prometer tan sólo si vivís como esposos y padres cristianos.

Vivir cristianamente en el matrimonio significa cumplir también fielmente, además de los deberes comunes a todo cristiano, a todo hijo de la Iglesia Católica, las obligaciones peculiares del estado conyugal. El apóstol San Pablo, escribiendo a los primeros esposos cristianos de Éfeso, ponía de relieve sus mutuos deberes y los resumía así con energía: «Esposas, estad sumisas a vuestros maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia» (*Eph.*, V, 22-23). «Esposos, amad a vuestras mujeres, como Cristo ha amado a su Iglesia y ha dado la vida por ella» (*ib.*, V. 25). «Y vosotros, oh padres — continuaba el Apóstol —, no provoquéis a vuestros hijos a la ira; mas educadlos en la disciplina y en las instrucciones del Señor» (*ib.*, VI, 4).

Al recordaros, dilectos esposos, la observancia de estos deberes, os deseamos todo bien y os damos aquella bendición que habéis venido a pedir al Vicario de Cristo y que suplicamos descienda copiosa tanto sobre las familias de donde procedéis, cuanto sobre las nuevas que acabáis de fundar.

Una bienvenida particularmente cordial queremos dirigir a Nuestro Venerable carísimo Hermano, el Obispo de la diócesis de Liubliana, a sus celosos sacerdotes, a los representantes de la Liga Cultural Católica Eslovaca y a todos cuantos en tan gran número Nos ha traído consigo.

Proteged y defended, oh queridos hijos, la que es base fundamental de toda civilización humana y sobre todo cristiana, cuyo debilitamiento y cuya casi descomposición en algunos países Nos llena de gravísima preocupación, pero que por el contrario entre vosotros — y podéis gloriaros de ello santamente — ha permanecido casi intacta: nos referimos a la familia sana y cristiana. Sostened también la escuela católica, que es como su integración y complemento. Gran consuelo Nos es conocer cuán floreciente es vuestra vida religiosa y cómo os aplicáis a hacerla más intensa aún, sin cesar, inspirándoos en los altos fines que os dictan la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la Congregación Mariana y la Acción

FUNDADORES DE NUEVAS FAMILIAS

Católica. Tened cuidado de reforzar cada vez más la que podríamos llamar columna vertebral de vuestra cultura religiosa: la fuerte conciencia y la clara profesión de vuestra fe católica y la íntima unión con esta Sede Apostólica que ha sido siempre, y continuará siendo en lo futuro, el secreto de vuestra grandeza y de vuestra fidelidad. Así es como lograréis ser a un mismo tiempo buenos eslovenos y fidelísimos hijos de vuestra querida Patria, para la cual imploramos de Dios prosperidad duradera y amplia bendición.

XXVIII

31 DE MAYO DE 1939

VIRTUDES DOMÉSTICAS

Admitió Su Santidad en Audiencia a nuevas parejas de recién casados, a jóvenes de la Asociación de estudiantes «Dante e Leonardo» y a un gran número de peregrinos. Ante una verdadera muchedumbre de fieles habló el Padre Santo con fervida solicitud, indicando a los esposos la devoción mariana como defensa de la felicidad familiar.

AL dirigir, como tenemos por costumbre, Nuestro paternal saludo ante todo a los nuevos esposos, no podemos menos hoy de ocuparnos en llamar su atención sobre una especial circunstancia de esta pública Audiencia, de la que ellos forman parte tan importante.

Está para terminar el mes que vosotros, dilectos hijos, habéis pasado — según la piadosa costumbre del pueblo cristiano — dedicando a la Santísima Virgen los homenajes más singulares y más devotos; mes en el cual, respondiendo generosa y fervorosamente a Nuestro llamamiento, os habéis unido a Nos en la oración por la paz del mundo.

Está para terminar, verdad es, el mes de María; mas no debe terminar en vuestros corazones, ni disminuir en vosotros la devoción tan saludable y tan dulce a la Madre de Dios, ya que sobre todo, de la constante fidelidad en practicarla podréis prometeros preciosísimos frutos de bendiciones y gracias.

Subsista, pues, ella, tanto en las manifestaciones públicas como en la vida privada, así en el templo como dentro de las paredes domésticas. A María el cotidiano tributo de vuestra veneración y de vuestras oraciones, el homenaje de vuestra filial confianza y ternura hacia esa Madre de piedad y de misericordia.

Pero no olvidéis jamás, esposos cristianos, que la devoción a María, para que pueda ser verdadera y eficaz, debe estar vivificada por la imitación de las virtudes de la que deseáis honrar.

La Madre de Jesús es de hecho un perfectísimo modelo de las virtudes domésticas, de aquellas virtudes que han de embellecer el estado de los esposos cristianos. En María, el afecto más puro, más santo y fiel, integrado de sacrificio y delicadas atenciones hacia su castísimo Esposo; en Ella la consagración entera y continua a los cuidados de la casa y de la familia; en Ella la perfecta fe y amor a su divino Hijo; en Ella la humildad que se manifestaba en la sumisión a José, en la inalterable paciencia y serenidad en medio de las dificultades de la pobreza y del trabajo; en la plena conformidad a las disposiciones, a veces arduas y penosas, de la divina Providencia; en la dulzura del trato y en la caridad para con todos cuantos se acercaban a los santos muros de la casita de Nazaret.

Ved, dilectos hijos, hasta qué punto debéis impulsar vuestra devoción a María, si deseáis que Ella constituya una fuente viva de favores espirituales y temporales de verdadera felicidad: favores y felicidad que Nos imploramos para vosotros de la misma Santísima Virgen, y de los cuales os damos una prenda en Nuestra paterna Bendición.

Después de estas preciosas exhortaciones a los esposos, habló así el Padre Santo a los jóvenes de la Asociación "Dante e Leonardo":

Y ahora a vosotros, caros jóvenes que, asociados en el nombre de Dante y Leonardo — dos purísimas glorias cristianas —, venís a confirmarnos, en el trigésimo aniversario de vuestra Asociación, el propósito jamás cambiado de servir al Padre de los fieles, como habríais servido al mismo Jesús en la tierra, queremos Nos recordar qué deberes lleva consigo este servicio dentro del cuadro de vuestros deberes escolares, que son y deben ser en la actualidad parte tan importante de vuestra vida.

En medio, pues, de esos estudios — literarios y científicos — con que os disponéis a entrar en el mundo de la cultura, y por lo tanto de las clases directoras, habéis de mantener

tanto más elevado el tono de vuestro trabajo y tanto más limpia la pureza de vuestra vida, cuanto más noble es la misión que habéis aceptado, de mostrar con el ejemplo la magnífica armonía entre la Ciencia y la Fe, y de mantener así enhiesto, en medio del mundo del saber, el nombre de Jesucristo y de su Iglesia. Esto os pedimos, queridos jóvenes, que sois nuestra esperanza, la de la familia y de la sociedad; y pedimos al Señor que para ello haya en vosotros profunda conciencia, ardiente y activa voluntad. El Espíritu Consolador, cuya maravillosa misión celebramos en estos días, y que es, además, la fortaleza de los creyentes — *Spiritus fortitudinis* —, os sostenga en vuestras luchas — internas y externas — con el error y con el mal; y que en el buen combatir os dé siempre la santa alegría de sentir os parte de la milicia cristiana, y apóstoles de la Verdad y del Bien, no indignos de tanta y tan gloriosa juventud como la que se ha inmolido, por servir a Jesucristo, en las horas solemnes de la historia de la Iglesia, así antiguas como recientes.

Con estos votos, que responden plenamente a vuestros mismos votos y de quien os aconseja y dirige, invocamos Nos sobre vuestra Asociación la gracia de la más fecunda vitalidad y las más selectas bendiciones del Cielo.

Luego el Padre Santo saludó a los demás peregrinos con las siguientes expresiones:

Finalmente queremos, como siempre, dar Nuestro saludo a todos los otros hijos e hijas Nuestros aquí presentes, especialmente al numeroso grupo de Señoras de Acción Católica, guiadas por Nuestro Venerable y amadísimo Hermano, el Abad de Subiaco, venidas a Roma para encontrar, en devota peregrinación mariana, a los pies de la Virgen *Salus populi Romani*, nuevas luces y nueva fuerza para sus obras de santo y generoso apostolado. A todos vosotros, a todas vuestras familias, a todas las personas que os son caras y para las que la deseáis, otorgamos la más generosa y paterna Bendición,

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

como queremos también bendecir todos los objetos de devoción que con tan piadosa finalidad habéis traído con vosotros.

Por último Su Santidad se volvió a los fieles de lengua alemana, presentes en la audiencia, para significarles en su idioma con cuánto afecto los saludaba en la casa del Padre, dándoles su Bendición, después de haber alabado su devoto amor a la Santa Iglesia.

XXIX

2 DE JUNIO DE 1939

AL SACRO COLEGIO EN EL DÍA DE SAN EUGENIO

Respondiendo a la felicitación que le dirigió el Emmo. Cardenal Decano en nombre del Sacro Colegio con motivo de su fiesta onomástica, Su Santidad recordó sus paternas solitudes e iniciativas «por una paz estable que salvara la libertad y el honor de las Naciones».

EN este día, en que el inescrutable designio de Dios Nos concede por vez primera festejar el sacro recuerdo de Nuestro santo Patrono sobre la Cátedra de Pedro — aunque tan indignos herederos del sumo oficio, al que Eugenio I aportó nuevo esplendor con el celo de su vigilante acción apostólica y con la selecta piedad e integridad de vida —, nada Nos podía resultar más grato que ver en torno a Nos a quienes benignísima la Providencia Nos ha asociado como los más íntimos consejeros y colaboradores en las sagradas y múltiples solicitudes del supremo oficio pastoral. Los deseos tan elevados y piadosos que el venerable Decano del Sacro Colegio, a vosotros y a Nos tan carísimo, Nos ha expresado poco ha en nombre de todos vosotros con la nobleza de pensamiento y de palabra en él tan característica, Nos resuenan cual externa expresión de un sentimiento interior, de una espiritual devoción que está en vosotros, y por la que os estamos profundamente agradecidos, al sentirnos en este momento particularmente movidos a invocar del Señor con el Apóstol de las Gentes «ut gratulatio vestra abundet in Christo Iesu in nobis» (cfr. *Phil.*, I, 26). Nuestra esperanza, ante todo, se alza y se dirige a la multiforme gracia de Aquel que «infirmis mundi elegit... ut confundat fortia» (*I Cor.*, I, 27); y es cierto que en la hora de aquel día en que vuestra confianza de Hermanos y la voluntad de Dios manifestada por ella Nos llamó a la carga de un oficio cuya dignidad y cuyo peso uníanse a la par para anonadarnos, Nos fué consuelo y tranquilidad la seguridad de teneros al lado, y de encontrar en vosotros,

en vuestra ciencia, en vuestra experiencia, en vuestra profunda sabiduría adquirida y madurada a prueba de largos años, los más valiosos y fieles colaboradores.

Vuestra felicitación — felicitación por la fiesta onomástica de un Padre de familia espiritual, que os da las gracias y os ama en la caridad de Cristo —, vuélvese de Nuestro ánimo sobre la Iglesia Esposa del Redentor y Madre Nuestra, y sobre el mundo, al que se dirige toda Nuestra solicitud y Nuestro pensamiento en la hora presente; hora que transcurre saturada, en más de un sitio, de fermentos que inician o están realizando unos acontecimientos cuyos términos extremos no hay aguda prudencia que pueda decir si conducirán a la construcción o a la destrucción. No es hija del mundo, pero también en el mundo está la Iglesia, vive en él y de él saca sus hijos, partícipes siempre de las vicisitudes alegres y tristes del mundo; en medio del cual sufre, combate y ruega, como rogaba en sus primeros tiempos, junto con el gran apóstol Pablo, que hacía «súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias», por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituídos en dignidad «ut quietam et tranquillam vitam agamus» con toda piedad y toda honestidad; porque esto es bueno y agradable a los ojos del Salvador, Dios Nuestro, «qui omnes homines vult salvos fieri et ad agnitionem veritatis venire» (*I Tim.*, II, 1-4). Y esto, ¿qué es sino la oración por la paz entre los pueblos, que la Iglesia, ya desde la aurora del Cristianismo, alzaba a aquel Dios que ansía de todos los hombres que se salven y lleguen al conocimiento de la verdad?

Pero, por los hechos que encuentra y a través de su realidad, el camino de la Iglesia de Cristo hase tornado mucho más difícil y arduo que en otros tiempos. En medio de un mundo de luchas y de escisiones, de conflictos de sentimientos y de intereses, de exaltaciones de ideas y de soberbias ambiciones, de temores y de audacia, en medio de una humanidad que parece no saber todavía definir ni resolver si debe reconocer y confiar la primacía de la acción y la decisión de sus propios destinos al filo de la espada o al noble imperio del derecho, a la razón o a la fuerza; resulta a la Esposa de

Cristo todavía más difícil y menos posible asegurar a sus ideas y exhortaciones, que emanan de su religiosa misión y que en su fluir coinciden con el verdadero bien de cada uno de los pueblos y de toda la humanidad, aquel deseado escuchar y aquella íntima prontitud de acogida sin la cual su palabra sería *vox clamantis in deserto*. Por otra parte, no sería conciliable con los sacros deberes de Nuestro apostólico ministerio, el que exteriores impedimentos o el temor de falsas interpretaciones o el desconocimiento de Nuestras intenciones y Nuestros fines, dirigidos todos al bien, Nos impidieran ejercitar aquel saludable oficio de paz que es privativo de la Iglesia. La cual, si no piensa en dejarse seducir y vencer por particulares intereses, ni en mezclarse, no requerida, en las discusiones territoriales entre los Estados o en ser arrastrada a los intrincados conflictos que fácilmente se derivan de ellas, no puede, sin embargo, en los momentos del más grave peligro para la paz y de las más ardientes pasiones para la lucha, renunciar a pronunciar una maternal palabra suya y, si lo requiere el caso, a ofrecer sus maternos servicios, para detener el amenazador uso de la fuerza y sus incalculables consecuencias materiales, espirituales y morales.

Animados por este espíritu de paz y de justicia en lo más íntimo de Nuestro corazón de Padre común, después de madura consideración, creímos oportuno, en una hora que aparecía particularmente grave en la vida de los pueblos, a principio del pasado mes de mayo, dar a conocer a algunos hombres de Estado de las grandes Naciones europeas las preocupaciones que la situación de las cosas en aquel momento Nos inspiraba y el temor de que se tornaran más ásperas las divergencias internacionales hasta el punto de degenerar en sangriento conflicto.

De tal paso, que mereció — digámoslo con gratitud — en general la simpatía de los Gobiernos y la gratitud de los pueblos, después de haberse hecho público sin Nuestra intervención, recogimos promesas de buena voluntad y del propósito de mantener la paz tan deseada por los pueblos. ¿Quién podía quedar más satisfecho que Nos al conocer este comienzo de

apaciguamiento de ánimos, o con mayor ardor desear y esperar que se consolidase cada vez más? Y no queremos callar que otras informaciones que Nos hemos podido tener, con ocasión de dicho paso, sobre los sentimientos e intenciones de influyentes hombres de Estado, a quienes quedamos vivamente reconocidos, Nos levantaron a alguna mayor esperanza de que las consideraciones de noble humanidad, la conciencia de la inevitable responsabilidad ante Dios y ante la historia, el recto juicio de los verdaderos intereses de sus pueblos, tendrían bastante vigor y peso para inducir a los Gobiernos, en los esfuerzos por conseguir una paz estable que ponga a salvo la libertad y el honor de las Naciones, a pensamientos y a hechos que puedan atenuar, reducir o vencer los obstáculos reales o psicológicos que se interponen para una sincera y segura inteligencia. Circunstancia ésta, que Nos ha dejado abierto el camino para nuevas solicitudes y para nuevas gestiones.

Pero la suerte y la felicidad de los pueblos están en las manos de «aquel Emperador que reina en lo alto», que es Padre de las luces y fuente de todo bien perfecto en el Universo. Tiene en sus manos tanto la felicidad y la suerte de los pueblos, como los corazones de los hombres: Él los inclinará do quisiere. Él sabe ensanchar, restringir, frenar o dirigir su voluntad sin cambiar su naturaleza. En la obra del hombre todo es débil como el hombre; tímidos sus pensamientos, inciertas sus providencias, pobres sus medios, vacilantes sus pasos, obscuro su término. En la obra de Dios todo es fuerte como Él; su consejo no conoce dudas, su poder se divierte y casi como jugueteando se deleita en el gobierno del mundo; sus delicias están en medio de los hijos de los hombres, sin que nada le resista; aun los mismos obstáculos se tornan en sus manos medios para plasmar las cosas y los acontecimientos, para tornar las mentes y las libres voluntades humanas a los fines altísimos de su misericordia y de su justicia, las dos estrellas de su universal imperio. En Él hemos colocado Nuestra más firme esperanza. Para implorar las luces y las bendiciones celestiales sobre los acontecimientos

de nuestros días y sobre las decisiones que en ellos se maduran, invitamos ya en el mes de mayo, en torno al altar de María, a una cruzada de oraciones a todo el mundo católico, y pusimos en la vanguardia las candidas legiones de los niños, como lirios abiertos a los pies de la Virgen Madre, custodiados por los santos ángeles, llamados junto a sí por Jesús, abrazados, bendecidos y propuestos a la imitación de todos los herederos del Reino de los cielos. La inocencia orante y suplicante es un aviso y un ejemplo; y gozamos en esta ocasión de manifestar la dulce alegría de Nuestro ánimo al recordar loablemente con qué devota prontitud, con cuán intenso fervor, con qué emulación y espiritual concordia han competido los fieles en todo el mundo al responder a tal llamamiento mariano. Y al entrar ahora en el mes de junio, dedicado al Sacratísimo Corazón de Jesús, Nos dirigimos, todavía con mayor ardor y con una más abierta y más ansiosa esperanza, a Él que es *Rex et centrum omnium cordium*. refugio y consuelo de todos los afanes y de los temores todos. ¡Que Él, a quien se ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, se digne aplacar las olas del mundo turbado y agitado, suscitando en éste el soplo de un espíritu nuevo entre los hombres y las Naciones! Ante nuestras invitaciones por la paz, ¡haga Él que en los corazones de los Gobernantes y de los pueblos se recoja aquel eco y que en las decisiones y en las obras de los poderes responsables aparezcan aquellas concretas realidades que latén en los deseos y plegarias de todos los buenos!

Con tal deseo en los labios y en el corazón, os damos, como prenda de abundancia de las divinas gracias, con la plenitud de Nuestro ánimo reconocido, la Bendición Apostólica.

XXX

5 DE JUNIO DE 1939

CAPÍTULO GENERAL DE LOS FRAILES MENORES

El Padre Santo recibió en solemne Audiencia a los Religiosos Frailes Menores que habían tomado parte en el Capítulo General celebrado en Asís, en el Convento de Santa María de los Ángeles. Esta Audiencia tuvo lugar en la Sala del Consistorio. Y allí Su Santidad, después de haber escuchado el devoto discurso de homenaje del Emmo. Cardenal Dolci, Protector de la Orden, habló así a los presentes.

CELEBRADO en Asís vuestro Capítulo General, dilectísimos hijos, antes de tornar a vuestras casas, tan distantes para muchos por tantas tierras y mares, guiados por Nuestro Venerable Hermano Ángel María Dolci, meritísimo Cardenal Protector de vuestra Orden y elocuentísimo intérprete vuestro, habéis querido visitarnos y tributarnos el indudable homenaje de vuestra piedad. Nos deleitamos con vuestra presencia, Nos gozamos de vuestros sentimientos, Nos alegra vuestra piedad. Os felicitamos especialmente porque en vuestra reciente reunión habéis dado a vuestra Orden saludables consejos y habéis elegido de nuevo como Ministro general de la misma a Leonardo María Bello, varón eminente en cualidades y religiosidad, a quien deseamos del Señor toda clase de felicidades, para que, cumpliendo con dulzura a la vez que con fortaleza las exigencias de su cargo, sobresalga en gracia, se enriquezca en méritos, abunde en consuelos: muy bien sabemos que para él presidir, naturalmente, nunca es otra cosa sino servir. Pero al saludaros, queremos hacerlo al mismo tiempo a toda la Orden de los Menores Franciscanos, de la que sois vosotros flor y firmeza, selectísimos directores, eximios abanderados. En este día declaramos pública y solemnemente que en vuestra Orden tenemos una gran confianza, una gran esperanza; pues las mortales enfermedades de que sufre nuestra época tan dura se pueden curar convenientemente y doquier tan sólo con el generoso espíritu del beatísimo Francisco y con su forma y norma de vida tan plenamente perfectas. Tiene ciertamente no poca semejanza con nuestra época

el siglo décimotercio, en que apareció vuestro Padre Fundador cual astro brillantísimo, cuyas admirables gestas deben ser cantadas con lengua más bien angélica que humana. Ya entonces la razón humana, celebrada más de lo justo, comenzaba a amontonar en no pocas partes peligros para la fe; el hambre del oro trastornaba las voluntades; el egoísmo, mal consejero, y la desenfrenada codicia encendían guerras civiles que ensagrentaban los pueblos con fratricida mortandad, y los más disparatados errores, al perturbar todo el orden, destruyendo la base misma de la autoridad y pisoteando el derecho de propiedad, pretendían destruir la sociedad religiosa y civil. Ante tamaño precipicio, al que se lanzaba alocado el género humano, el Señor, misericordioso y benigno, le salió al encuentro, socorriéndole por medio de los santos Francisco y Domingo y de las espléndidas milicias sagradas de ambos que, al excitar el amor y reverencia a la Iglesia Romana, con el afán de penitencia, la dignificación de la pobreza y la dulzura evangélica, hicieron brillar prodigiosamente, cuando menos se esperaba, en fe y humanidad, las costumbres de los pueblos; y fué así como, alejando una aspe-
reza fría casi invernal, hicieron aparecer en nuestra tierra, doquier, las más hermosas flores.

También nuestra época fría, y como aherrojada por los hielos, parece aterida por ser enemiga de las virtudes; desgraciadamente hase disminuído la caridad, don inenarrable de Cristo que, al ligar las almas con firmes vínculos, las apacigua con las riquezas de una íntima paz; los más desprecian la ley divina, la única pura fuente de que fluye la salvación; ¡qué grandes ruinas produce la enorme hinchazón de tamaña soberbia!

Dilectísimos hijos, que por vosotros vuelva a los humanos el beatísimo Francisco, ángel que tiene el sello de Dios vivo (cfr. *Apoc.*, VII, 2), estigmatizado con las heridas de Jesucristo, tan abrasado en el amor a Dios y a los hombres.

Ciertamente que los hombres de nuestra época, tan alejados en su mayoría de Dios por tan innumerables atractivos, necesitan, tanto en lo religioso como en lo social, órdenes

ambos en que tan grande es la corrupción, apóstoles como el bienaventurado Francisco; apóstoles, decimos, que sólo estén unidos, plena y absolutamente, a Dios; apóstoles que, viviendo vida sencilla y pobre, al buscar no las cosas suyas sino las de Jesucristo y las de las almas, sean lumbreras ejemplares para todos, atraigan hacia sí principalmente a los pobres y necesitados; apóstoles imbuídos en inexhausta caridad hacia los débiles; apóstoles, finalmente, encendidos hacia todos en la purísima caridad que tan magníficamente describe y ensalza San Pablo en su cántico de la caridad (*I Cor.*, XIII).

Para que todo ello suceda como deseamos, sean muy elevados los propósitos que vosotros mismos perseguís. «No os toca — diremos con palabras de un discípulo de San Bernardo — languidecer en los preceptos comunes, ni conformaros tan sólo con atender a lo que Dios manda; sino a todo lo que Él quiera, probando cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta. A otros toca servir a Dios; a vosotros, uniros a Él» (*Guigonis Epistula seu tractatus ad Fratres de Monte Dei*, c. II, Migne, *P. L.*, t. 184, col. 311).

Esto es lo que queremos, esto lo que ansiamos para vosotros y para vuestros hermanos, aun para los que pertenecen a la Orden Tercera, y con paterno afecto de caridad bendecimos a todos los que pertenecen a vuestra familia franciscana y bendecimos igualmente todas sus empresas, singularmente a los que se hallan consagrados en tierra de infieles a las santas misiones, para ensanchar las fronteras del nombre cristiano y lograr que la Cruz de Cristo proteja nuevas tierras con su salutífera sombra. Que la paz y toda bienandanza, abundante y eterna, sea siempre con todos vosotros.

XXXI

6 DE JUNIO DE 1939

EL 950° ANIVERSARIO DEL BAUTISMO DE SAN VLADIMIRO

Los alumnos del Pontificio Colegio Ruteno y del Pontificio Colegio Ruso de Santa Teresa del Niño Jesús, presentaron humildemente ante Su Santidad sus fervientes votos con motivo de la celebración del 950.º aniversario del bautismo de San Vladimiro. Ello dió ocasión al Padre Santo para formular especiales votos en favor de los que «sufren y esperan en lágrimas la hora de Dios».

VIVA es Nuestra alegría, ¡oh queridos hijos, al saludaros después del solemne triduo que Nos mismo, con Nuestra Carta Apostólica, tan cálidamente recomendamos y que ha mostrado al mundo entero el paterno interés que el Vicario de Cristo tiene por aquellas inmensas y ricas regiones que recuerdan a San Vladimiro. Él, el Príncipe que convirtió a su pueblo, os ha conducido seguramente hasta Nos. Él, que, después de haber trazado a sus fieles esclavos el nuevo camino que había de conducirlos a Cristo y que fijó por siglos y por toda eternidad el destino sobrenatural y glorioso de su pueblo, no cesa ahora de protegerlo, de interceder por él y de señalarle el destino que debe seguir o volver a tomar para permanecer fiel al espíritu de su bautismo.

Nos sentimos, pues, particularmente felices al recibir hoy, en ocasión del 950º aniversario del bautismo de Príncipe tan piadoso y tan grande, a vosotros que sois una «porción escogida» de aquel pueblo, los verdaderos hijos de San Vladimiro, los auténticos descendientes de la estirpe que fuera suya, los herederos de su espíritu en toda su plenitud, espíritu de fe cristiana universal y de unión filial con la Sede Romana.

Y entre vosotros vemos Nos en primer término a Nuestros queridos hijos, los sacerdotes rutenos y rusos, y sobre todo a Nuestro Venerable Hermano, el primer Obispo católico ruso, a quien Nos es particularmente grato felicitar y bendecir, con el deseo y la esperanza de que él sea también el primero de una larga serie de prelados de su Nación unidos al centro de la Cristiandad.

Viva satisfacción Nos produce también bendecir a Nuestros amados Seminarios, que han sido los promotores de tan solemne conmemoración. En primer lugar al Colegio donde reciben su formación los sacerdotes de la Iglesia rutená, floreciente por el gran número de fieles, por su intensa vida católica; Iglesia que con justo título se gloria de San Vladimiro y de las otras grandes y bellas figuras, purísimos lumináres de la Iglesia universal, el mártir San Josafat y el célebre y venerando Metropolitano Rutzky. Y ¿qué diremos del *Russicum*, que apenas cuenta diez años de vida, pero que Nos es tan particularmente caro, como lo era a Nuestro Predecesor de inmortal memoria, porque lleva en sí promesas y esperanzas inmensas, inmensas como los pueblos y las regiones para las cuales prepara sus apóstoles?

Bendecimos también con particular afecto a la colonia rusa de Roma. Sí, queridos hijos e hijas: Nos es verdaderamente grato veros reunidos hoy junto a Nos. Porque vosotros representáis a Nuestros ojos todo vuestro pueblo, toda la Rusia de ayer, de hoy y de mañana, la Rusia por la que no cesamos de orar y de hacer orar, en la cual siempre y con fervor esperamos, en cuya resurrección espiritual firmemente creemos.

Finalmente, bendecimos de todo corazón a Nuestras dilectas hijas, las Damas de la Caridad, que con tal solicitud se consagran a aliviar y asistir en sus miserias a los rusos pobres de Roma. Les damos las gracias especialmente por haber sabido comprender y practicar tan bien el espíritu de San Vicente de Paúl y por haber desplegado su actividad en favor de estos seres humanos abandonados, que tal vez la sociedad hubiera acabado por olvidar.

Por ello, a todos y a todas damos una grande y paterna bendición. Y con ella, elevamos a Dios una fervorosa oración por Rusia y por los que siguen allí sufriendo y esperando con lágrimas la hora de Dios.

XXXII

7 DE JUNIO DE 1939

EL ALIMENTO CELESTIAL

A un grupo de recién casados, que humildemente le ofrecieron su filial homenaje, señaló Su Santidad en la Santa Comunión el medio más eficaz para conservar los frutos de la gracia recibida en el Sacramento del Matrimonio.

AL disponernos a invocar sobre los nuevos esposos la abundancia de bendiciones celestiales, Nos sonríe el pensamiento de que, al menos para muchos de ellos — queríamos decir para todos —, el rito nupcial ha tenido su cumplimiento en la comunión eucarística según la piadosa costumbre de las bodas cristianas; de todos modos, aprovechando la fausta ocasión de la fiesta del *Corpus Christi* que mañana celebra la Iglesia, queremos indicaros, hijos muy amados, en la Santa Comunión un medio eficacísimo para conservar los benéficos frutos de la gracia recibida en el sacramento del matrimonio.

Toda alma cristiana tiene necesidad de la Eucaristía, según la palabra de Nuestro Señor Jesucristo: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna» (*Io.*, VI, 53, 54).

La comunión eucarística tiene por lo tanto como efecto alimentar la unión santificante y vivificadora del alma con Dios, mantener y fortificar la vida espiritual e interior, impedir que en el viaje y en el combate terreno llegue a faltar a los fieles la vida que les fué comunicada en el Bautismo.

Jesucristo quiere enriquecer las almas en la Santa Comunión con esos bienes tan preciosos, y ¡bienaventurados los que, secundando sus amorosas intenciones, saben valerse de este medio tan eficaz de santificación y de salvación!

Particular necesidad de tal auxilio tienen los esposos y padres cristianos que, dándose cuenta de las graves res-

ponsabilidades que han asumido, se han propuesto corresponder seriamente a ellas.

La familia tiene necesidad, como base, sobre todo de la íntima unión de las almas, no ya sólo de los cuerpos, unión constituída por el amor y la paz mutua. Ahora bien; la Eucaristía es, según la bella expresión de San Agustín, signo de unión, vínculo de amor, *signum unitatis, vinculum caritatis*, y por ello une y en cierto modo funde entre sí los corazones.

Tenéis necesidad de cotidianas energías para sostener las cargas, las pruebas, los dolores comunes, a que ninguna familia puede sustraerse por muy ordenada que esté; la comunión eucarística es generadora de fuerza, de valor y de paciencia; y con la alegría suave, que difunde en las almas bien dispuestas, hace sentir la serenidad que es el tesoro más precioso del hogar doméstico.

Pensamos con alegría, queridos hijos, que vosotros, al volver a vuestras ciudades, a vuestros pueblos, a vuestras parroquias, daréis ese bello y edificante espectáculo de acercaros con frecuencia a la Mesa Eucarística, y que tornaréis de la iglesia a vuestras casas llevando a Jesús dentro de las paredes domésticas y llevando con Jesús todo bien.

Vendrán luego los hijos, que desde pequeños educaréis y formaréis en vuestra misma fe, en la fe y en el amor de la Eucaristía, y los prepararéis a su tiempo para la Comunión, persuadidos de que no hay medio mejor para salvaguardar la inocencia de vuestros niños; los conduciréis con vosotros al altar para recibir a Jesús, y vuestro ejemplo les será la más elocuente y persuasiva lección. Pensamos todo esto con alegría y así lo esperamos de vosotros, esposos cristianos; y para que este deseo llegue a ser consoladora realidad, os damos una prenda de ello en la paterna Bendición que de corazón os concedemos.

XXXIII

11 DE JUNIO DE 1939

LOS JEFES, OFICIALES Y SOLDADOS DE LA CATÓLICA ESPAÑA

El Padre Santo admitió a su presencia a tres mil legionarios españoles, huéspedes de Roma por breves días, que, antes de dejar la Ciudad Eterna, quisieron presentar su filial homenaje al Sumo Pontífice, que se dignó hacerles el don de su palabra y de su bendición.

BIEN venidos seáis, Jefes, Oficiales y soldados de la católica España, hijos Nuestros muy amados, que habéis venido a proporcionar a vuestro Padre un inmenso consuelo. Nos consuela ver en vosotros a los defensores sufridos, esforzados y leales de la fe y de la cultura de vuestra patria que, como os decíamos en Nuestro Radiomensaje, «habéis sabido sacrificaros hasta el heroísmo en defensa de los derechos inalienables de Dios y de la Religión».

Al veros ante Nos cubiertos de gloria por vuestro valor cristiano, Nuestro pensamiento se dirige sobre todo a vuestros compañeros que murieron en campaña, y Nuestro corazón de Padre se conmueve ante la generosidad de tantas madres y ante las lágrimas de tantos huérfanos, a quienes la muerte ha privado de sus seres más queridos. Decidles de Nuestra parte que unan sus penas a las de la Virgen de los Dolores y las ofrezcan a Dios con cristiana resignación por la paz del mundo.

Recordamos aquellos días de amargura en que «la sombra de la patria vacilante» — *patriae trepidantis imago*, en frase del poeta cordobés Lucano —, os hizo comprender que España, sin hogares cristianos y sin templos coronados por la cruz de Jesucristo, no sería España, aquella España grande, siempre valerosa y más que valerosa, caballeresca, y más que caballeresca, cristiana. Y al resplandor de ese pensamiento, quiso Dios que brotaran en vuestro corazón generoso dos grandes amores: el amor a la Religión, que os garantiza la eterna felicidad del alma, y el amor a la Patria, que os brinda el bienestar honesto de la presente vida.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

Estos dos amores han sido los que encendieron en vosotros el fuego del entusiasmo, lo mantuvieron vigoroso en las horas del sacrificio y lo llevaron, finalmente, con valor al triunfo del ideal cristiano y a la victoria.

Recordando aquel pensamiento de San Juan de la Cruz: «el alma que anda en amor ni cansa ni se cansa», Nuestro más vivo anhelo es que esos mismos dos amores os alienten en la tarea de reconstruir la patria, emulando y a ser posible superando las tradiciones católicas de su glorioso pasado.

Con la firme esperanza del apóstol San Pablo, de que «el Dios de la paz y del amor estará con vosotros» (*II Cor.*, XIII, 11), y en prenda de abundantes gracias, hacemos que descienda sobre vosotros y sobre las personas y cosas que tenéis en el pensamiento o lleváis en el corazón, sobre el Generalísimo y sus fieles cooperadores, sobre estas Damas enfermeras que os han asistido, sobre vuestras familias y sobre todos los fieles de la católica España, Nuestra Bendición Apostólica.

XXXIV

14 DE JUNIO DE 1939

EL REY DE LA FAMILIA

A un grupo numerosísimo de recién casados y de muchos otros fieles, entre los cuales se hallaban los estudiantes del Liceo «Ennio Quirino Visconti» y muchos jóvenes de Acción Católica y algunas peregrinaciones, el Padre Santo les dirigió afables expresiones significativas de su interés y deseos paternales.

SEA Nuestra primera palabra y Nuestro primer saludo, según costumbre, para vosotros, nuevos esposos; y queremos que vaya acompañado, como siempre, de Nuestra bendición, que esperáis particularmente de Nos y que habéis venido a pedir y a recibir.

Pero a la palabra de saludo y de bendición, hemos de añadir otra de exhortación; Nos es sugerida por la circunstancia de esta audiencia, en la víspera de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

La devoción al Sacratísimo Corazón del Redentor del mundo, que en estos últimos tiempos se ha difundido tan admirablemente por toda la Iglesia con manifestaciones no menos altas y variadas, ha sido establecida y ordenada por el mismo Salvador divino, al reclamar y sugerir Él mismo los homenajes con que deseaba fuera honrado su adorable Corazón.

Jesús mismo determinó la finalidad de esta devoción tan predilecta cuando, en la más célebre de las apariciones a Santa Margarita María Alacoque, rompió en aquellas doloridas palabras: «Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que los ha colmado de tantos beneficios, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor; y en cambio no recibe de la mayor parte de ellos sino ingratitudes».

Amor y reparación: ved lo que en modo especialísimo exige esta devoción; amor, para corresponder a quien tanto nos amó; reparación, para resarcir los ultrajes inferidos a tan infinito amor.

Y a fin de atraer a los hombres para que respondieran a todos esos deseos suyos, dignóse Jesús confirmarlos con las más generosas promesas.

Entre ellas, miran las unas singularmente a las familias cristianas, y por tanto a los esposos, a los padres y a los hijos que llegarán muy pronto a alegrar vuestro hogar doméstico.

«Yo pondré y conservaré la paz en sus familias. — Bendeciré las casas en las que sea expuesta y venerada la imagen de mi Corazón.»

Cabe decir que en tales promesas tiene su origen la manifestación del culto familiar que lleva el nombre de Consagración de las familias al Sagrado Corazón de Jesús, devoción que os recomendamos precisamente ahora, oh esposos cristianos, cuando acabáis de fundar nuevas familias a los pies del altar de Dios.

Consagración dice entrega completa al divino Corazón: es un reconocimiento de la soberanía de Nuestro Señor sobre la familia, expresa una confiada súplica para obtener sobre la propia casa sus bendiciones y el cumplimiento de sus promesas. La familia, al consagrarse al divino Corazón, se compromete a no querer vivir sino la vida misma de Jesucristo, y a hacer florecer las virtudes por Él enseñadas y vividas: Él preside sus reuniones, bendice sus empresas, santifica sus alegrías, mitiga sus afanes, conforta a los moribundos e infunde resignación a los que sobreviven.

Por ello en vuestras familias consagradas a Jesús, Él ha de ser la regla soberana de vuestra conducta y el vigilante protector de vuestros intereses. Que Nuestra paterna bendición, que os damos con todo corazón, pueda lograros eso.

Extendemos esta bendición, como siempre, también a todos los otros hijos e hijas aquí presentes. Saludamos singularmente a Nuestros Venerables Hermanos y celosísimos Obispos de Cittá di Castello, de Urbania y Santo Angelo in Vado, y de Acquapendente; Acquapendente y Santo Angelo in Vado, dos antiguas y amenas ciudades, ricas en glorias históricas, a cuyo patriciado — no podemos ocultarlo en esta

ocasión — Nos alegramos también de pertenecer por herencia de familia. La peregrinación que los dos primeros Prelados conducen quiere ser un devoto homenaje al celebrarse el centenario de la Canonización de aquel fulgidísimo astro de santidad que fué Santa Verónica Giuliani, de la cual, por la circunstancia antes recordada, se nos ha designado «Compatriota» en el noble saludo que se Nos ha dirigido. La segunda peregrinación es una numerosa representación de la población de la diócesis de Acquapendente, tan cara a Nos por los recuerdos de la juventud, población sana, fuerte, laboriosa cultivadora de la fecunda tierra, firme en su fe y en su devoción a la Virgen Inmaculada, Madre de la pureza y de la salvación. Queremos que descienda sobre todos la más amplia Bendición Apostólica, a la vez que os expresamos Nuestro reconocimiento.

Singularmente grata para Nuestro corazón es la visita que Nos hacéis, cuantos aquí os habéis reunido, maestros y alumnos de un Liceo al que corresponde parte tan grande y tan viva en los recuerdos de Nuestra adolescencia.

Teníamos en verdad gran ansia por deciros de palabra con qué íntima complacencia os sentimos tan cerca de Nos, por haber querido vosotros mismos renovar aquellos recuerdos, reanimar por ellos vuestra genuina fe religiosa, y en ellos revalorizar el propósito de una vida que honre por igual vuestra cultura y a Aquel que es origen primordial y fuente inexhausta tanto de la cultura como de la fe y de la religión.

Confirmándoos hoy esta complacencia, lo hacemos alegres con la íntima convicción de que el homenaje que en forma tan delicada hicisteis al Vicario de Cristo en el telegrama con que celebrasteis Nuestra elección, en el conmovedor espectáculo de vuestra comunión pascual ofrecida a Dios por el antiguo discípulo del Liceo Visconti, y luego con la fervorosa iniciativa de una inscripción que lo recuerde a vosotros y a los futuros en el austero templo del saber; este homenaje — decimos — es la espontánea expresión de

un sentimiento que quiere tener y tendrá, con el auxilio divino, la plena realidad de una vida tan fructífera en serios estudios como digna de católicos y de italianos.

Caros jóvenes: en este momento Nos penetramos de esos propósitos claramente implícitos en vuestra visita y los estimamos en todo su alto valor en orden, tanto a vuestra felicidad personal, como a la prosperidad misma de vuestro Instituto, cuyas antiguas tradiciones parecen reflorar en las nuevas generaciones de sus estudiantes, y sobre todo con relación al beneficio que de ahí derivará, así para la gran familia cristiana de la que formáis parte, como para vuestra Patria, que en cada uno de vosotros encontrará un día cuanto ella tiene derecho a esperar para sus mejores y cada vez más gloriosos destinos

Lleno el ánimo de tan dulce visión y como saboreando de antemano los preciosos frutos que indudablemente madurarán con vuestra sana formación literaria, científica y religiosa en todos vosotros, os damos las gracias por el consuelo filial que con tanta espontaneidad Nos habéis venido a ofrecer. A vuestro dignísimo e ilustre Director, cuya alta conciencia en el cumplimiento del deber Nos es bien conocida, y a sus activos colaboradores, expresamos de modo particular Nuestra gratitud y les hacemos depositarios de Nuestras esperanzas.

Sobre todos invocamos del Señor luces en el largo camino del saber, perseverante fortaleza para el todavía más arduo de la virtud. Para todos, como también para cada una de vuestras familias; para Nuestros antiguos condiscípulos tan queridos, aquí presentes o dispersos en otras partes; para la Majestad de vuestro Rey Emperador; para quien rige los destinos de vuestra Nación, imploramos del Omnipotente, dador de todo bien, las bendiciones celestiales más extraordinarias y más abundantes.

Y ahora a vosotros, dilectos jóvenes de la Acción Católica, reunidos aquí, os dirigimos la palabra que esperáis de Nos, y no queremos sea otra sino la escrita por vosotros mis-

mos en vuestra semana de oración y de estudio: «*Servire Domino in laetitia*».

Aquí está, en la ordenada alegría con que el Cristianismo inunda todas las formas de vida, de trabajo, de apostolado, la prueba manifiesta de su bondad, belleza y verdad esencial. Y ésa es — la alegría cristiana — la que defiende eficazmente su causa y le conquista la atención del mundo. Éste ignora las puras fuentes de la verdadera e inalterable alegría; y a vosotros sobre todo, jóvenes, nacidos para la alegría, incumbe la misión, inmensamente caritativa, de tornarlo a ellas para su felicidad.

Os capacitarán para tal apostolado y os harán dignos de él la pureza de costumbres, la constancia en el sacrificio, el sereno valor en la lucha contra las perniciosas formas de una falaz y efímera alegría, en la cual se sumerge el espíritu, pero no se purifica; se agita, pero no se eleva; se distrae, pero no huye del disgusto y del tedio. Amad las fuertes virtudes y gozaréis de perpetua y perfecta alegría. Para que este don que Nos es dado por el Espíritu os llene plenamente a todos y os haga, cual debéis ser, apóstoles del Evangelio, pedimos Nos al Señor que abra sobre vosotros la fuente de su perenne gracia y derrame la abundancia de sus bendiciones.

El Augusto Pontífice saludó por fin a los fieles de lengua alemana presentes en la audiencia y les dirigió paternos consejos en su propio idioma.

Su Santidad, insistiendo en la próxima solemnidad litúrgica y en el mes dedicado especialmente al Sagrado Corazón del divino Salvador, recomendó a la clemencia y bondad de Jesús sus personas y necesidades materiales y espirituales. Que Él, divino Amigo de los niños, extienda su mano protectora principalmente sobre la juventud alemana y la guíe por el camino real de su santa ley que conduce a la felicidad temporal y eterna. Que Él, además, Príncipe de la paz, haga madurar doquier las condiciones de una verdadera paz y la voluntad de tal paz, de modo que todos los pueblos gocen pronto sus benéficos frutos.

XXXV

16 DE JUNIO DE 1939

LOS CONSILIARIOS ECLESIASTICOS
DE LA ACCIÓN CATÓLICA

Un grupo de Sacerdotes Consiliarios de Asociaciones de Acción Católica, pertenecientes a catorce diversas naciones, confirmó al Padre Santo sus propósitos de intensa actividad. El Supremo Pastor, como prenda de su augusta gratitud, les dirigió preciosísimas exhortaciones.

Nos es particularmente grato veros hoy aquí en torno a Nos, dilectos hijos Nuestros, futuros guías en el campo de la Acción Católica, depositarios de Nuestras directrices en un apostolado que hasta en su mismo nombre revela su carácter universal, su trascendente importancia, su urgente necesidad.

Llamados a formar y a asistir en todos los sectores de la gran familia católica a los colaboradores del Apostolado Jerárquico en países de diversas lenguas y costumbres, como son diversos por su índole y por su constitución política, habéis venido a Roma para beber aquí, en la experiencia de los proyectos, cuanto en vuestra futura actuación debe ser el núcleo común inmutable, por el que una misma actividad logre llegar a su único fin supremo, que es preparar apóstoles para la causa de Jesucristo y de su Iglesia, encendiendo en el vasto campo del Padre de familia fuegos bien vivos de firme fe y de activa piedad.

Conocéis ya bien vuestros deberes; conocéis en sus líneas fundamentales aquella que San Gregorio Magno definió «arte de las artes», el gobierno de las almas; conocéis el valor que en la estima de la Santa Sede tiene la Acción Católica, destinada a recoger en todas partes, bajo la vigilante dirección de los Obispos, las fuerzas vivas de los seglares, encuadrándolas para los altos fines de la propaganda, de la defensa y de la tutela de la fe, logrando que sean tanto más reproductivas, cuanto más concordes sean en medio de las encontradas y opuestas fuerzas del mundo.

Lo que ahora os pedimos, y vuestra presencia Nos da seguridad de ello, es que el trabajo a que os disponéis esté constante y fuertemente saturado por la clara conciencia de vuestra misión: una misión digna de vuestro sacerdocio, pues que está ordenada a la salvación de las almas y a la dilatación de aquel Reino que es la razón toda de la vida de la Iglesia, único en que los espíritus y los corazones pueden encontrar su ansiada paz.

Convencidos de tan altísima misión, sentiréis cómo ese arte difícil, tan exaltado por San Gregorio y cuyo ejercicio os incumbe, no puede asimilarse tan sólo con el estudio, siquiera vasto y profundo, sino que exige una experiencia asidua y personal; y solamente ella os tornará entonces «sal de la tierra y luz del mundo», cuando seáis maestros con el ejemplo de vuestra vida para las almas cuya guía os fuere confiada. Ello no es en substancia sino el mismo pensamiento de San Pablo cuando escribía a los de Corinto: «Sed mis imitadores, como yo de Cristo» (*I Cor.*, IV, 16).

Tan sólo así garantizaréis el éxito de vuestro ministerio, suscitando en los fieles aquel espíritu de apostolado que es alma de la Acción Católica; solamente así aseguraréis a vuestra palabra la fuerza de que se halla necesitada para hacer penetrar el espíritu del Evangelio en todos los medios sociales, sobre todo en los más devastados por los enemigos de Cristo, a los que difícilmente tiene entrada el sacerdote.

Para que tal sea vuestra vida de luminosa santidad, dirigimos Nos a Dios todos Nuestros deseos y Nuestras oraciones. Y mientras Nos complacemos de vuestras buenas disposiciones y os exhortamos a alimentarlas con la más sólida piedad y con la asidua fidelidad a todos los deberes sacerdotales, pedimos al Señor que las sostenga con su gracia, y por Nuestra parte deseamos confirmarlas con la Bendición Apostólica, que con todo corazón concedemos a vosotros y a vuestras inminentes labores.

XXXVI

16 DE JUNIO DE 1939

AL NUEVO EMBAJADOR DE BOLIVIA

En la solemne Audiencia para la presentación de las cartas credenciales por parte del nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Bolivia, Excmo. Sr. don Gabriel Gosálvez, respondió Su Santidad en los siguientes términos al discurso de homenaje del distinguido Diplomático.

SEÑOR EMBAJADOR:

LAS palabras pronunciadas por Vuestra Excelencia son expresión elocuente de sentimientos reveladores de una tan profunda piedad y un tan elevado concepto de la misión que le ha sido confiada, que Nos impulsa a manifestar al Excelentísimo Señor Presidente de la querida Nación boliviana, lo mismo que a todo su católico pueblo, del que Vos, Señor Embajador, os habéis hecho intérprete ante el Padre común de la Cristiandad, Nuestra complacencia por tan acertado nombramiento.

Reflejan, en efecto, estas palabras una devoción tan sincera a las verdades y doctrinas católicas y un tan noble e íntimo reconocimiento de la decisiva importancia de la fe y del sentimiento religioso para la sana formación de los individuos y de las sociedades, y, en primer lugar, del Estado, que no podemos menos de regocijarnos de ver confiados el cuidado y el desarrollo de las relaciones felizmente existentes entre la Santa Sede y la República de Bolivia, a una persona en la que se juntan un elevado ideal religioso con una serena clarividencia de hombre de Estado, profundamente convencido de los beneficiosos efectos que se derivan de la perfecta y leal armonía entre la Iglesia y el Estado.

La hora presente, con la compleja multitud de nuevas y graves obligaciones que trae consigo, impone tales deberes a las energías, al valor y a la decisión de aquellos a quienes están encomendados los destinos de los pueblos, cual rara vez se había conocido en tiempos más normales.

Ningún pueblo, al menos que no quiera verse condenado a permanecer rezagado en el campo material y cultural,

puede eximirse de la necesidad de buscar y encontrar una respuesta y una solución a los urgentes problemas de los momentos actuales con sus repercusiones económicas, políticas y sociales. Para el logro de semejantes fines los poderes del Estado se ven constreñidos muchas veces a exigir de todas las clases sociales graves sacrificios en pro del bien común. Pero donde la doctrina de Cristo informa las inteligencias y los corazones, y dirige las acciones de los hombres, allí el concepto del sacrificio y la consciente subordinación del propio interés a las necesidades y a las obligaciones de la comunidad forman parte de aquellas leyes y normas fundamentales a las que ninguna conciencia puede sustraerse, mientras la misma autoridad pública respete los sagrados e inviolables límites de la ley divina. Feliz el Estado, feliz el pueblo, cuyos gobernantes están persuadidos de los beneficios que a sus esfuerzos por la prosperidad y el progreso pacífico provienen de la religión, y que, en justa correspondencia, procuran abrir a la acción de la Iglesia de Cristo el camino para arraigar y perfeccionar el sentimiento cristiano en la vida pública y privada.

Por este motivo las elevadas frases de Vuestra Excelencia Nos han causado viva satisfacción, al hacernos conocer cuán profunda sea en el Gobierno y en el pueblo boliviano la conciencia de la indispensable e insustituible función educadora de la Iglesia y cuánto eco hayan encontrado allí la solicitud y los desvelos del Padre común en favor de la paz. Quiera el Señor acrecentar en todos los pueblos y en todos los hombres de Estado sentimientos de sincero y eficaz amor a la paz, que les inspiren sabias y saludables resoluciones.

Al encargar a Vuestra Excelencia transmita al Excelentísimo Señor Presidente de la República Nuestro deseo de que sean cada día más estrechas y cordiales las relaciones entre la Santa Sede y Bolivia, imploramos del Altísimo toda suerte de dichas y prosperidades sobre la persona del mismo Señor Presidente y sobre su amado pueblo, a la par que formulamos por el éxito de vuestra misión Nuestros paternales votos, acompañados de las más copiosas bendiciones.

XXXVII

19 DE JUNIO DE 1939

LUMINOSOS EJEMPLOS DE LA BEATA DE VIALAR

A las Religiosas del Instituto de San José de la Aparición y a una numerosa peregrinación de Marsella, presidida por el Obispo S. E. Mons. Juan Delay, que habían venido para la solemne beatificación de Emilia de Vialar, Su Santidad dirigió su palabra al día siguiente de la glorificación de la insigne Sierva de Dios.

POCAS semanas ha que el espléndido Congreso Eucarístico de Argel recordaba al mundo los acontecimientos que, hace un siglo, sirvieron de providencial ocasión para que el Evangelio penetrara en el corazón mismo del continente africano.

Entre los abanderados del apostolado moderno, en África, se encontraba Emilia de Vialar. Con razón, pues, habéis venido vosotros, dilectos hijos e hijas, de su tierra de Gaillac, de Marsella, de París y de otras regiones, para asistir al triunfo de esta gran misionera francesa.

Pero sobre todo vosotras, que la llamáis vuestra Madre y cuyo corazón debió conmoverse ayer tan dulcemente, al decir por vez primera, con la Iglesia, la solemne invocación: *Ora pro nobis, Beata Aemilia!*, merecéis que hoy, en un sentido diferente, pero ciertamente verdadero, os califiquemos Nos diciendo: «¡Bienaventuradas las hijas de tal Madre!»

Bienaventuradas primero, porque os habéis asegurado potente protectora en el cielo. Los estandartes desplegados ayer en San Pedro pregonaban algunas pruebas de su poder junto a Dios. Pero hay otra también, y es el desarrollo rápido y la extensión de vuestro Instituto. Italia, Francia e Inglaterra; África del Norte, Malta, Siria y Palestina, la lejana Birmania y la aun más alejada Australia, conocen y aman a las hijas de Emilia de Vialar. Sí, ¡bienaventuradas sois vosotras, por el poder que Dios ha dado a vuestra Madre y por las gracias que Él ha derramado sobre su obra!

Hay, además, otra razón para vuestra alegría: es el saber que el espíritu de vuestra Madre era ciertamente espíritu de

Dios, pues que, después de tantas incertidumbres y tentativas, decidióse ella a fundar una nueva Congregación. Por ello os deben ser siempre muy caros esta idea y este nombre: «¡San José de la Aparición!» Os recuerdan sin cesar la obligación y la dulzura de una absoluta confianza en Dios, en medio de las obscuridades de este mundo, durante esas largas horas de espera en la noche del alma, ¡que tan bien conoció vuestra Madre!

Finalmente, bienaventuradas vosotras, a quienes ha sido dada esta hermosa divisa: «¡Consagrarse y morir!» En vuestros colegios y patronatos, en vuestros dispensarios y hospitales, en país cristiano o en tierras de misión, ¿qué tenéis que hacer, qué hacéis sino multiplicar los actos de una consagración inagotable y a veces heroica? Permaneced, pues, fieles a vuestra divisa: ¡consagraos, doquier y siempre!

Cuanto a todos vosotros, muy queridos hijos e hijas, vais a volver a Francia, llevándoos de Roma un nuevo florón para su corona, ya tan rica, de Santas y Beatas. Con las vírgenes cándidas, desde Genoveva hasta Bernardita; con las mujeres de viril corazón, como Juana de Arco y Juana Francisca de Chantal; con las místicas extasiadas, como Coleta y Margarita María; con las grandes educadoras, como Juana de Lestonnac y Magdalena Sofía Barat, Francia ha tenido siempre, entre sus hijos y sus hijas, intrépidos misioneros. Desde hace siglo y medio, la falange de esas mujeres apóstoles ha alcanzado tal crecimiento, que todo el mundo pagano ha sentido sus efectos. A las roturadoras, que con su sudor y a veces con su sangre regaron la tierra infiel, hase juntado una legión de invisibles auxiliares, implorando en la sombra del claustro, bajo el sayal y el cilicio, con súplicas abrasadas de amor o inundadas de lágrimas, las gracias sobrenaturales, sin las que todo apostolado sería vano. Cuando Nuestro Predecesor, de venerable memoria, proclamaba patrona de los Misioneros a una Carmelita de Lisieux, no hacía sino señalar con el dedo, como si la misma Teresa Martin designara en el cielo su estrella, un astro de primera magnitud, en el seno de un firmamento brillantemente estrellado.

LUMINOSOS EJEMPLOS DE LA BEATA DE VIALAR

Id, queridas hijas de Emilia de Vialar, id, queridos peregrinos de Francia, de África del Norte y de otras partes, volveos repitiendo, con la gloria de la nueva Beata, esta gran lección de su vida: que la obra de Dios es realizada ante todo por almas humildes, ardientemente consagradas a su gloria, santamente audaces en sus empresas, confiadas en la Providencia en medio de las dificultades, y resueltas por fin, como escribía la Madre Vialar al Papa en horas singularmente penosas para ella, resueltas a «sufrirlo todo, antes que abandonar el puesto que Dios les haya confiado».

Para ayudaros a todos y a cada uno, cualquiera que sea ese puesto, y como prenda de las gracias divinas imploradas para vosotros, Nos os damos con todo corazón, queridos hijos e hijas, la Bendición Apostólica. Esa bendición se extiende también a toda vuestra benemérita Congregación, a todas y a cada una de sus religiosas, a todas vuestras queridas familias, a todas las personas e intenciones que tenéis en vuestro pensamiento y en vuestro corazón, y Nos bendecimos también los objetos de devoción que habéis traído con vosotros.

XXXVIII

20 DE JUNIO DE 1939

AL MINISTRO DEL URUGUA

Recibió el Sumo Pontífice en solemne Audiencia a S. E. el Dr. don Joaquín Seco Illa, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Uruguay. A las deferentes expresiones del ilustre Diplomático respondió Su Santidad poniendo de relieve la feliz renovación de las relaciones entre la Santa Sede y aquella República.

EN este momento, en el que tenemos el consuelo de ver a un Representante del Uruguay presentar las Cartas credenciales por las que el Excelentísimo Señor Presidente de la República le acredita como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial ante la Santa Sede, pasa ante Nuestro espíritu aquel día memorable de octubre del año 1934, en el que Nos, de vuelta del Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, visitamos aquel noble pueblo y a su Gobierno. En Nuestro encuentro hubimos de limitarnos al corto tiempo de que disponíamos entre la llegada y la partida del barco. Aun así, las horas de Nuestra permanencia en la capital Nos depararon un acontecimiento cuyo significado espiritual, henchido de consuelo y de promesas, quedó desde aquel día grabado siempre en Nuestro ánimo. El saludo jubiloso del pueblo que se amontonaba en las plazas y calles de Montevideo, el ingreso en la Catedral, el encuentro con el Señor Presidente de la República y con los miembros del Gobierno y del Parlamento, los sentimientos que nos expresaban el clero y los fieles, todo esto formó un conjunto armónico tan admirable que, a Nuestra llegada, no pudimos menos de dar en la Relación hecha a Nuestro Predecesor Pío XI. de indeleble memoria, puesto honorífico especial a Nuestra visita en territorio del Uruguay.

Que no Nos engañábamos en el juicio y en la apreciación de los sentimientos siempre vivos de aquel pueblo católico, lo prueba — para no hacer mención de otros acontecimientos, entre los que merece recordación especial el grandioso Con-

greso Eucarístico Nacional del pasado año — el hecho de que Vucencia, objeto de la más alta confianza del Jefe del Estado y singularmente preparado para un cargo tan honorífico por las elevadas dotes de mente y corazón y por sus extraordinarios méritos para con la causa católica, viene hoy a Nos en misión especial, para proceder a los acuerdos que establezcan y regulen las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el Uruguay.

En una hora tan llena de responsabilidades y de problemas formidables para la vida de los pueblos y para la paz amenazada de las naciones, huelga significar a Vucencia que la realización del noble fin de su misión encontrará en Nos pleno y decidido apoyo.

Con esta confianza invocamos la protección del Altísimo sobre todo el pueblo uruguayo, tan querido a Nuestro corazón, sobre el Jefe del Estado y su Gobierno, y sobre Vucencia ante todo, a la vez que hacemos fervientes votos para que la unión de las fuerzas espirituales que fluyen de la doctrina y de la Ley de Cristo, conceda la victoria a las santas ansias de paz, que constituyen hoy los anhelos de todo el mundo.

XXXIX

21 DE JUNIO DE 1939

LA MISIÓN EDUCADORA

Su Santidad dió providenciales consejos, exaltando la figura de San Luis Gonzaga cual sublime ejemplo de virtud, a parejas de recién casados, así como a los miembros de la Junta Nacional para la Protección de las Jóvenes, a un grupo de jóvenes obreras, a sacerdotes, religiosas, peregrinos de Palermo y a otros numerosos fieles admitidos en Audiencia general.

CON verdadera alegría contemplamos este número siempre tan crecido de los nuevos esposos, reunidos a los pies del Vicario de Cristo para pedir su bendición que les acompañe en el radiante camino abierto a sus esperanzas. Y Nos deseamos sinceramente y pedimos que estas bellas, alegres y santas esperanzas se realicen en un porvenir de verdadera y perfecta felicidad, no solamente para ellos, sino también para los hijos que la Providencia les ha de enviar, ya que ellos no viven sólo para sí mismos, sino también para los que serán engendrados de ellos. Es más, los esposos verdaderamente cristianos viven, quieren vivir y sienten el deber de vivir especialmente para el bien de sus hijos, sabiendo por otra parte que aun su mismo bienestar personal dependerá en último extremo del de los hijos.

Ahora bien, oh dilectos esposos nuevos, la felicidad de vuestros hijos está, al menos en gran parte, en vuestras manos, ya que está unida a la educación que les deis desde los albores de su vida, dentro de las paredes domésticas.

Precisamente hoy celebramos la fiesta de San Luis Gonzaga, gloria fulgidísima de la cristiana juventud.

No hay duda de que la gracia de Dios previno y acompañó a esta alma privilegiada con dones extraordinarios ya desde los primeros años; pero no es menos cierto que Dios encontró una atenta, delicada e industriosa cooperadora en Doña Marta, la afortunadísima Madre de nuestro amable Santo. ¡Tanto puede una madre que sienta toda la sublimidad de su educadora misión!

Y para ayudaros al cumplimiento de esta misión, Nos place poner de relieve a este angélico joven como modelo que debéis proponer a los hijos que el Señor os dé y como Patrono a cuya tutela habréis de confiar esas queridas prendas de vuestro amor. Ciertamente que han cambiado los tiempos, las costumbres, los aspectos y métodos de educación; pero la verdadera y genuina figura de Luis Gonzaga queda y quedará siempre como sublime modelo cuyos ejemplos y cuyos rasgos adáptanse a los jóvenes de todos los tiempos. Por ello Nuestro Predecesor Pío XI, de venerada memoria (1), confirmando cuanto ya habían decretado Benedicto XIII y León XIII, quiso proclamar solemnemente de nuevo a Luis Gonzaga como celestial Patrono de toda la juventud cristiana. Y al convocar esta selectísima parte de la familia humana bajo su tutela y protección, vivamente la exhortaba y paternalmente la invitaba a fijar su mirada en ese maravilloso joven, obra maestra de la naturaleza y de la gracia, que a la rápida conquista de una consumada santidad consagró la vivacidad de su ingenio, el vigor del carácter, la fuerza de la voluntad, el fervor de las obras, la generosidad de la renuncia, verdadero ángel de la pureza, verdadero mártir de la caridad.

Id hoy, si os es posible, a la iglesia de San Ignacio aquí en Roma, e inclinados junto a la urna que encierra los sacros huesos de San Luis, rogadle que ya desde ahora quiera recibir bajo su protección los hijos que de Dios esperáis.

Nos os acompañaremos con el pensamiento y con el corazón a aquella tumba veneranda, ante la cual tantas veces hemos orado, especialmente cuando joven frecuentábamos las aulas escolares del vecino Colegio Romano, testigo de la santa vida y de la preciosa muerte de Luis Gonzaga.

Nuestra bendición sea auspicio de las gracias que de corazón os deseamos por la intercesión de este angélico Santo, a quien está reservada en la Iglesia una perenne misión en favor de la juventud.

(1) *Acta Apostolicae Sedis*, 1926, págs. 258-267.

Si a los nuevos esposos hemos dirigido Nuestra palabra de exhortación, a vosotros, caros palermitanos, se debe Nuestra felicitación por el éxito de vuestro Congreso Eucarístico diocesano, corona de numerosos Congresos parroquiales, y concluído tan felizmente aquí, junto a Nos, con la alegre celebración de las bodas de plata episcopales de vuestro Eminentísimo Arzobispo a Nos tan carísimo, cuya fiesta onomástica, por feliz coincidencia, se celebra también en este día consagrado a San Luis Gonzaga.

Conocemos los propósitos que han presidido vuestras solemnes reuniones, y sabemos además con cuán gran entusiasmo habéis querido traernos su confirmación para solicitarnos que los bendigamos, al mismo tiempo que lograr para el Pastor de la Archidiócesis el consuelo de celebrar, en medio de vosotros, su jubileo en el altar mismo de su consagración episcopal. De todo ello tenemos Nos motivos para alegrarnos y para cantar, con todos vosotros, el himno de gratitud a Dios, a la vez que le pedimos fecundice con su gracia la buena semilla que con tanta abundancia y con tanta fe habéis esparcido durante el Año Eucarístico, y que así haga de vuestra bella Archidiócesis, tan regalada por la naturaleza, un jardín de floreciente vida y de piedad cristiana.

Con este voto, bendecimos de corazón a los presentes y a los lejanos, a vuestras familias y a vuestros trabajos, y de modo especial queremos expresar al dignísimo y celosísimo Cardenal Arzobispo Nuestros afectos personales y cordialísimos.

Otra digna representación de dilectas hijas hállase reunida en torno a Nos, portadora de generosos propósitos y de bien fundados consuelos: el Comité Nacional para la Protección de las Jóvenes, siempre alerta, vigilante y activo, en un empeño que es una de las más nobles y santas cruzadas por la Religión y la Civilización. Parece superflua toda exhortación a este Comité. Les exhorta ya de por sí, estimulando su actividad y su caridad, la misma gravedad de un apostolado al que da carácter de extrema urgencia el aumento, cada vez

más claro y procaz, de los peligros a que están expuestas las jóvenes obreras. No tenemos palabras sino de encomio y de gratitud para esas tan entusiastas señoras. La alta y delicada misión a que se consagran, y los sacrificios que requiere, las recomienda, junto con sus compañeras de trabajo diseminadas por doquier, a Nuestro particular reconocimiento. Al bendecirlas de corazón, Nos imploramos del Señor para ellas, para su activo ejército y para todas sus iniciativas, con las más abundantes gracias celestiales, el suspirado premio de los resultados cada vez más adecuados y dignos de tan santa causa.

De estas auténticas bienhechoras de las jóvenes trasládase naturalmente Nuestro pensamiento a vosotras, jóvenes obreras, que venís a solicitar la bendición del Padre común para los propósitos de los Ejercicios Espirituales practicados en el recogimiento de estos días pasados. ¡Pensad cuán amplia, confortadora y confiada descende sobre vosotras! Sobre vosotras, sobre vuestras familias, sobre vuestros trabajos. Y queremos que ella os confirme a todas en la estimación que merece vuestra condición social, que hace de cada una de vosotras una activa colaboradora en el campo de la familia humana. Pero sobre todo queremos que esta bendición ilumine vuestro corazón, haciéndole comprender la dignidad y gran honor que vuestro trabajo recibe del hecho de haber tenido la preferencia del divino Maestro, Jesús, y de haber ocupado la mayor parte de su vida mortal. Que todas vosotras, para felicidad vuestra, os familiaricéis con estos sentimientos, y de esta suerte, en medio de vuestro trabajo, sentiréis siempre el espíritu en alto y el corazón en paz.

Están con vosotras aquí otros generosos adalides del trabajo: religiosos y religiosas, que a la munificencia de la benemérita Orden de Malta deben el señalado favor de haber podido realizar, bajo la guía de insignes y expertos Profesores, un curso para enfermeros de misiones. Señalado favor, decimos, pensando bien lo que en tierras de misión significa el misionero-enfermero. Él es para los que se han de convertir

LA MISIÓN EDUCADORA

y también para los demás la expresión tangible, conmovedora, de aquella Religión de amor que, al ocuparse de las almas, no olvida los cuerpos y sabe prestar servicios preciosos a Aquel que dijo: «Estuve enfermo y viniste a visitarme», y no ha dudado en señalarnos como modelo, en la línea de la caridad, al compasivo Samaritano.

La función que el socorro sanitario realiza en las misiones convierte tal obra subsidiaria en algo sagrado en cierto modo, y Nos deseamos, para los mayores éxitos de la propagación de la fe, que esa formación no sea jamás descuidada por los Institutos misioneros, de suerte que los apóstoles de las primeras y más gloriosas filas puedan así lograr el mayor rendimiento.

Al expresar a maestros y discípulos Nuestra particular complacencia por el curso tan felizmente llevado a cabo, bendecimos de corazón a unos y otros.

Volviéndose luego a los fieles de lengua alemana que participaban en la audiencia, Su Santidad significó que encomendaría en aquel día, de modo especial, la juventud alemana a San Luis, para que confirme la fe y defienda la pureza de aquellos jóvenes, imprimiendo profundamente en sus corazones la señal de la Cruz con el amor del divino Salvador.

XL

24 DE JUNIO DE 1939

A LOS ALUMNOS DEL SANTUARIO

En el Patio de San Dámaso del Palacio Apostólico Vaticano, recibió Su Santidad a una gran muchedumbre de alumnos de los Institutos de formación eclesiástica en Roma. Su Santidad dió preciosísimas exhortaciones a los futuros Sacerdotes, hijos carísimos del Padre común de todas las gentes.

SINGULAR alegría y máximo deleite Nos proporciona esta solemne reunión en que habéis querido, hijos carísimos, ofrecer el testimonio de vuestra piedad y de vuestro amor al Vicario de Jesucristo en la tierra. Vemos ante Nuestros ojos esta gran asamblea en la que es dado contemplar tanto toda clase de perfecciones como la más grande abundancia de ingenios. Nos conforta la selecta pléyade de sacros doctores tan insignes en las letras divinas y el admirable conjunto de superiores dedicados con toda su actividad a formar santamente los alumnos a ellos confiados, para que lleguen a ser óptimos sacerdotes; pero sobre todo Nos arrebató la contemplación de esta magnífica juventud, integrada por clérigos no sólo de Roma o de Italia, sino de Europa y de todo el mundo. Y cuando los contemplamos tan aunados en identificación de voluntades y en semejanza de obras para hacerse capaces — bajo la guía y magisterio del Sucesor de San Pedro — de difundir en los corazones de todos los hombres la doctrina y gracia de Jesucristo, no podemos menos de dar las gracias al Dios Omnipotente por esa plenitud de la vocación divina; y ello tanto más cuanto que los jóvenes, aquí presentes, representan también a su vez a todos los demás que, contándose por millares, desean consagrarse al sacerdocio en la redondez de la tierra.

LUZ DEL MUNDO

Cristo Señor, bien lo sabéis todos, dijo a sus Apóstoles: «Vosotros sois la luz del mundo» (*Matth.*, V, 14). La luz brilla,

el sol caldea. Tal es vuestro fin, ésa la meta señalada al sacerdocio católico: ser sol sobrenatural que ilumine con la verdad de Cristo las mentes de los hombres, inflamando a la vez sus corazones en el amor de Cristo. Preciso es, pues, que a tal fin y a esa intención responda toda la preparación y formación para el sacerdocio.

Si todos vosotros queréis ser luz de la verdad, que viene de Cristo, ante todo tenéis que ser ilustrados vosotros mismos por esa verdad. Por ello os dedicáis con ahinco a los estudios de las sagradas ciencias.

Si ansiáis encender los ánimos de los hombres en la caridad de Cristo, vosotros mismos debéis arder antes en esa caridad. A ello responde vuestra educación religioso-ascética.

Bien sabéis, dilectísimos hijos, que los estudios eclesiásticos se regulan por aquella excelente Constitución *Deus scientiarum Dominus*, publicada por Nuestro Predecesor, de f. m., Pío XI. Y en aquella Constitución se establece cuidadosamente—y hay que llevarla con diligencia a la práctica—la diferencia entre las disciplinas *principales* (completadas por las *auxiliares*) y las otras que se denominan *especiales*. Aquéllas — cuiden de ello bien los profesores tanto en las enseñanzas como en los exámenes — han de ocupar el lugar principal, siendo como el centro de los estudios; éstas han de enseñarse y practicarse, para acompañar y completar convenientemente a las principales, pero nunca se les dedique la afición y el esfuerzo de tal suerte que por ello el estudio diligente y preeminente de las principales pueda recibir ni el más mínimo detrimento.

ENSEÑANZA Y ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA

Sabidamente hase instituído y rigurosamente ha de cumplirse, que «los profesores enseñen totalmente la filosofía racional y la teología y formen en ellas a los alumnos según el método, doctrina y principios del Angélico Doctor, y los sigan rigurosamente» (*C. I. C.* can. 1366 § 2). Es tal la sabiduría

del Aquinatense, que recoge en apretado haz y en maravillosa unidad las verdades de la razón iluminadas por luz superior; es tal, que se adapta perfectamente a la declaración y defensa de los dogmas de la fe; por último, es tal, que sirve para derrotar y deshacer victoriosamente cualesquiera errores, en cualquier época que aparezcan. Por lo tanto, hijos dilectísimos, que vuestro ánimo esté lleno de amor y devoción a Santo Tomás; dedicaos con todas vuestras fuerzas a entender totalmente su luminosa doctrina; y abrazad de buen grado cuanto claramente le pertenece y con plena seguridad es fundamental en ella.

Hemos creído deber Nuestro recordar estos preceptos dados hace ya tiempo por Nuestros Antecesores e instaurarlos íntegramente donde todavía no se hubieren cumplido; a la vez que hacemos Nuestras las normas y avisos de los mismos Predecesores Nuestros, con que quisieron defender el progreso en la ciencia verdaderamente tal y la legítima libertad en los estudios. Aprobamos y recomendamos ciertamente que se adapte la antigua sabiduría a los nuevos inventos de las ciencias, en la medida necesaria; que se disputen libremente aquellas cuestiones sobre que suelen discutir los buenos intérpretes del Angélico Doctor; y que, para entender en su total plenitud los textos del Aquinatense, se empleen todos los recursos que ofrece la historia. Que nadie, por su sola autoridad, «se erija como maestro en la Iglesia» (1); que no «exijan unos de otros más de lo que a todos exige la Iglesia, maestra y madre de todos» (2); que, finalmente, no se fomenten las vanas discusiones.

Si, según confiamos, se realizan todas estas cosas, habrán de esperarse grandes provechos para los estudios. Pues la recta emulación en buscar y propagar la verdad no queda suprimida por la recomendación de la doctrina de Santo Tomás; crece más bien y siempre dirigida con toda seguridad.

(1) BENEDICTO XV, en *Acta Apostolicae Sedis*, VI, 1914, pág. 576.

(2) Pío XI, en *Acta Apostolicae Sedis*, XV, 1923, pág. 324.

LA CIENCIA CON CARÁCTER FIRME

Mas, para que vuestra formación intelectual, dilectísimos jóvenes, se vea coronada por los más preciosos frutos, es necesario, y os exhortamos a ello con todo ahinco, que los torrentes de sabiduría que recibís durante el curso de los estudios, no se dirijan tan sólo a vencer las pruebas escolares, sino más bien a imprimir en vuestras almas una especie de carácter tan firme que nunca se borre, y del cual, cuando haya necesidad, podáis derivar cuanto necesitéis, en cada momento, ya de palabra, ya por escrito, para propagar la verdad católica y para llevar sin cesar los hombres a Cristo.

Cuanto os decimos sirve tanto para la verdad fundada en las fuentes divinas, cuanto para la que se apoya en los principios racionales; esto es, para ilustrar o defender los principios de la *filosofía cristiana*. A aquel relativismo que nuestro Predecesor, de inmortal memoria, Pío XI, al igualarlo plenamente al modernismo dogmático y reprobarlo con todas sus fuerzas, llamó «modernismo moral, jurídico y social» (1) — por cuanto ni admite ya una norma suprema de la verdad y del error, ni como inmutables las leyes del bien y del mal, de la rectitud y de la justicia, sino que mantiene que han de ser tales sólo según la conveniencia de cada uno de los hombres, clases sociales, naciones y gentes —, a ese modernismo, decimos, debéis oponer impávidamente, cual cumple a los heraldos del Evangelio, las verdades perfectas, inmutables y absolutísimas, que provienen de Dios, y de las que se derivan necesariamente los derechos y deberes de los individuos, de la familia y de las naciones, sin los cuales no pueden subsistir la dignidad y la felicidad de la sociedad civil; y lograréis esto magníficamente, si estas verdades dominaren vuestras inteligencias de tal suerte que estéis dispuestos a no rehusar molestia alguna por ellas, como lo estáis a no rehuir ningún sufrimiento por los misterios de la santa fe.

(1) Enc. *Ubi Arcano*, en *Acta Apostolicae Sedis*, XIV, 1922, pág. 696.

Habéis de procurar también exponer la verdad en forma tal que sea rectamente entendida y asimilada, empleando siempre un lenguaje claro que nunca sea ambiguo, evitando los vanos y nocivos cambios que tan fácilmente inficionan la sustancia de la verdad. Tal fué siempre la práctica, y tal la costumbre, de la Iglesia Católica. Cuadra también con esto aquella frase de San Pablo, de que «Jesucristo... no fué *sí* y *no*, sino que todo en Él es un *sí* invariable» (*II Cor.*, I, 19).

Si volvemos nuestra mirada al orden de la verdad revelada y de los misterios de la fe católica, es cierto que los grandes progresos de los adelantos naturales, y más aún el estrépito con que se propaga la cultura tocante a las cosas terrenas, han perturbado de tal suerte las mentes de muchos, que apenas si pueden ya percibir lo sobrenatural; pero no es menos cierto que sacerdotes muy activos, e íntimamente imbuídos en las verdades de la fe y repletos del Espíritu de Dios, reportan hoy, en la conquista de almas para Cristo, los mayores éxitos, tan admirables que nunca se lograron tales. Para que os forméis y seáis siempre como esos sacerdotes, a imitación y ejemplo de San Pablo, nada tengáis en tanta estima como el estudio de la *Teología*, ya bíblico-positiva, ya especulativa. Tened muy presente que los fieles de hoy exigen tener buenos pastores de almas y eruditos confesores. ¡Dedicaos, pues, con piadoso fervor al estudio de la teología moral y del derecho canónico! Que también la ciencia del derecho canónico se dirige a la salud de las almas, pues sus normas y leyes tienden ante todo a que los hombres vivan y mueran santos por la gracia de Dios.

LECCIONES DE HISTORIA

Las *disciplinas históricas*, en la parte que toca a los cursos ordinarios, ocúpense no tanto de cuestiones críticas y apolo-géticas, que ciertamente tienen también su importancia, sino más bien insistan principalmente en mostrar la grande y perenne actividad de la Iglesia; esto es, cuánto ha trabajado la Iglesia; cuánto ha padecido; por qué medios y con qué éxito ha cumplido el divino mandato de su misión; cómo ha des-

arrollado y practicado la caridad, dónde se esconden los peligros que se oponen al actual florecer de la Iglesia; en qué condiciones fueron magníficas las relaciones entre la Iglesia y las Naciones, y en cuáles no; hasta dónde puede la Iglesia ceder en favor del poder civil, y en qué circunstancias ha de permanecer incommovible; finalmente, un juicio maduro acerca de la naturaleza de la Iglesia, y un sincero amor a ella. Ved las materias que la clase de Historia Eclesiástica ha de suministrar y fomentar en los alumnos, y principalmente en vosotros, mis dilectísimos hijos, que os halláis en esta Ciudad, en la que los antiguos monumentos, las riquísimas bibliotecas y los archivos abiertos al estudio e investigación, ponen bien a la vista la vida de la Iglesia Católica a través de todos los siglos.

Y para que vuestra constancia y vuestra virtud no desmayen, bebed diariamente, cuanto posible os sea, en las inexhaustas fuentes de los libros sagrados, principalmente del Nuevo Testamento, el genuino espíritu de Jesucristo y de los Apóstoles, y que resplandezca siempre en vuestras mentes, en vuestras palabras, en vuestras obras. Sed infatigables en el trabajo. aun en los períodos de vacaciones, de suerte que vuestros superiores puedan decir confiados: «*Luceat lux vestra coram hominibus: ut videant opera vestra bona, et glorificent patrem vestrum qui in caelis est*» (*Matth.*, V, 16).

UNIÓN CON CRISTO: ORACIÓN, SACRIFICIO, CARIDAD

A vuestra divina vocación corresponde allanar el camino, en las almas de los hombres, para el amor y gracia de Jesucristo. Para ello es necesario que antes ardáis vosotros mismos en aquel amor. Pero ese amor de Jesucristo lo encendéis en vosotros por la unión con Cristo mediante la *oración* y el *sacrificio*.

Unión, decimos, en la oración; pues si nos preguntáis qué divisa promulgamos, al comenzar Nuestro Pontificado, para

todos los sacerdotes, respondemos: ¡Orad, orad más y más, orad con mayor instancia!

Y luego por la unión en el sacrificio: en el Sacrificio Eucarístico. Pero no sólo en la Eucaristía, sino también con el sacrificio en cierto modo propio de cada uno. Pues bien sabéis que uno de los efectos de la Santísima Eucaristía es que da a los que la reciben fuerza para la abnegación y el sacrificio propios. Ciertamente es que son distintas y especiales las diversas formas de la ascética cristiana y que se diferencian grandemente en cosas secundarias; pero ninguna de ellas conoce el camino hacia el amor de Dios fuera del sacrificio propio. Así lo pide Cristo a sus seguidores, al decir: «Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me» (*Luc.*, IX, 23); al definir el camino para el amor de Dios expresamente en la observancia de los divinos mandamientos (*Io.*, XV. 10). y finalmente, al pronunciar, dirigida sobre todo a sus Apóstoles, aquella sentencia tan admirable: «Amen, amen dico vobis nisi granum frumenti cadens in terram, mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert» (*Io.*, XII, 24-25).

La vocación sacerdotal y su dignidad os exigen singulares sacrificios — permitid que os lo digamos así —. entre los cuales el principal ha de ser el sacrificio lleno de consagración a Cristo, que consiste en el celibato. ¡Probaos bien! Y si algunos se encontraren débiles para observarlo, les rogamos que, marchando del Seminario, vayan a otra profesión, en la que pasen con honor y fruto sus años, más bien que continuar en el Santuario tal vez no sin peligro de su eterna salvación y de la deshonra de la Iglesia. A los que ya viven en estado sacerdotal o van a entrar en él, les exhortamos a que se consagren plenamente y con toda el alma. Guardaos bien, no sea que en esta entrega y liberalidad hacia el Señor seáis superados por tantos hijos fieles, que hoy por la gloria de Dios y la fe de Jesucristo sufren con paciencia las mayores privaciones; antes bien, procurad brillar con vuestro ejemplo para todos en esta lucha, y con vuestro trabajo y con

vuestra devoción, procuradles, a ellos y a todos, la divina gracia en la vida y en la muerte.

Ahora bien: «Hoc mandatum habemus a Deo, ut qui diligit Deum, diligat et fratrem suum» (*I Io.*, IV, 21). Jesucristo mismo declaró que tal amor al prójimo es la señal y como el distintivo de todo hombre cristiano (*Io.*, XIII, 35); por lo tanto, con mayor razón ha de tenerse como distintivo del sacerdote católico; amor que, por lo demás, no puede separarse de la caridad hacia Dios, según claramente enseña el apóstol San Pablo cuando, ensalzando la caridad con grandilocuente elogio, relaciona íntimamente el amor de Dios y el de los prójimos (*I Cor.*, XIII). Pero esta caridad del prójimo, ignorando los límites, se extiende a todos los hombres, lenguas, naciones y razas. Así pues, carísimos hijos, usad la deseadísim y singular oportunidad, que os ofrece vuestra estancia en Roma, de ejercer vuestra caridad con una multitud tan grande de jóvenes que, aunque procedan de las naciones más diversas y más alejadas, son sin embargo todos del mismo tiempo, de la misma fe, de la misma vocación, del mismo amor a Jesucristo, y sobre todo del mismo derecho, absolutamente igual para todos, en la Iglesia. Aprovechad, os instamos, esta ocasión para fomentar esa caridad; que nada digáis y nada hagáis que pueda hierirla lo más mínimo. Dejad a los demás las disputas de los partidos políticos: que no os pertenece a vosotros tratar esas cosas. Vosotros, por el contrario, comunicad mutuamente todo cuanto conduzca y pueda servir para ayudar al apostolado y al cuidado de las almas, al estado actual de la Iglesia y a su futuro desarrollo.

AMOR AL VICARIO DE CRISTO

Finalmente, si queréis crecer en el amor de Cristo, conviene que cada vez crezcáis más en la obediencia, confianza y *amor* que, como hijos, debéis *al Vicario de Jesucristo*. En Él prestáis obediencia y reverencia al mismo Cristo; para vosotros Cristo está presente en Él. Absurda es la distinción que algunos intentan hacer, al separar la Iglesia jurídica de la

Iglesia de la caridad. La Iglesia fundada en el derecho, cuya cabeza es el Pontífice, es la misma Iglesia de Cristo, Iglesia de la caridad, y toda la familia de los cristianos. Que reinen siempre entre vosotros y Nos aquellos sentimientos que en la familia verdaderamente cristiana unen al padre con los hijos, y a los hijos con el padre. Vosotros, que vivís en esta Ciudad, sois testigos bien calificados de cómo esta Sede Apostólica, sin tener en cuenta consideración humana alguna, nada piensa, nada busca sino el bien, la felicidad, la salvación finalmente, de todos los fieles y de todo el género humano; comunicad con vuestros hermanos por todo el orbe de la tierra aquella confianza que vosotros habéis llegado a adquirir aquí por propia experiencia, de suerte que todos seáis una sola cosa con el Sumo Pontífice en la caridad de Cristo.

Vuestro apostolado sacerdotal, iluminado por la divina verdad e informado por el amor a Jesucristo, aun en medio de las horrendas tempestades de un mundo alejado de la verdad y del amor, y no obstante tantas dificultades y tristezas — que son como el privilegio de todos los que trabajan en el apostolado y los acompañan como consecuencia casi natural —, no carecerá, con la gracia de Dios, ni de abundantísimo fruto para la salvación de las almas, ni de aquel consuelo, causa de felicidad, repleto del cual exclamaba el santísimo Doctor de las Gentes: «Per Christum abundat consolatio nostra» (*II Cor.*, I, 5).

Solamente Dios sabe por qué caminos ha de conducir su Providencia a cada uno de vosotros, qué subidas y qué bajadas, qué peñascales y qué zarzales os esperan. Pero una cosa fija ha de mantenerse con toda certeza en la vida de cada sacerdote que esté imbuído en la verdad y amor de Cristo: esto es, la esperanza en Aquel «qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Iesum Christum» (*I Cor.*, XV, 57).

Y esta certeza de la victoria sobrenatural, ¿en quién podrá echar raíces más profundas, sino en vosotros, pues habéis bebido, junto a los sepulcros de los Apóstoles y a las catacumbas de los mártires, aquel espíritu que en tiempos pasados renovó al género humano, y que hoy hace esperar también el

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

mayor vigor para las promesas de Jesucristo? Por lo tanto a vosotros, hijos dilectísimos, os reiteramos gravemente lo que el beatísimo San Pablo dice alegre y seguro acerca del fruto del trabajo apostólico: «Itaque, fratres mei dilecti, stabiles estote, et immobiles: abundantes in opere Domini semper, scientes quod labor vester non est inanis in Domino» (*I Cor.*, XV, 58).

Fundados en esta gran esperanza, e invocando sobre todos y cada uno de vosotros abundantísimas gracias del eterno Pontífice, de todo corazón os damos, prenda de esa gracia que ilumina y corrobora, Nuestra Bendición Apostólica.

XLI

28 DE JUNIO DE 1939

EL PATROCINIO DE LOS SANTOS APÓSTOLES

En la vigilia de la festividad de los Santos Pedro y Pablo, Su Santidad habló a nuevos esposos y a numerosos fieles, reunidos en Roma para la beatificación de Justino de Jacobis, luminosa figura, anuncio de una nueva luz para el África «ansiosa de la palabra y del altar de Cristo».

SI siempre venimos hacia vosotros, dilectos nuevos esposos, con íntima alegría, Nos es particularmente grata la audiencia de hoy, que tiene su especial solemnidad e importancia, porque coincide felizmente con la vigilia de los santos apóstoles Pedro y Pablo: fiesta ante todo de Roma, de esta Roma que una inefable disposición de Dios quiso designar para sede del primer Papa y de sus Sucesores.

Fiesta también de toda la Iglesia, que, esparcida por todas las partes del mundo, conmemora el glorioso triunfo de aquel a quien Jesucristo Señor Nuestro dijo aquellas memorables palabras: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Habéis venido a solicitar y recibir la Bendición Apostólica, bendición verdaderamente apostólica porque es otorgada por el sucesor, bien que indigno, de Pedro. Lo que Jesucristo ha dispuesto permanece, y Pedro, perseverando en la firmeza de piedra que le ha sido comunicada, no deja el timón de la Iglesia una vez empuñado.

Aun más, con mayor poder y vigor desempeña ahora la misión a él confiada, y cumple todas las partes de sus deberes y de sus cuidados en Aquel y con Aquel por el que ha sido glorificado (S. Leonis Magni *Serm. III*, cap. 3, Migne, *P. L.*, t. 54, col. 146). De esta bendición apostólica esperáis gracias y favores celestiales, protección y ayuda para las nuevas familias que vais a fundar. Tened fe: el patrocinio y el ejemplo de Pedro y del gran Doctor de las Gentes, San Pablo, serán poderosos y eficaces para todos vosotros.

San León Magno (como otros Padres de la Iglesia) llega a llamar a los dos santos Apóstoles, con imagen estu-
penda, los ojos del cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo (*Serm. LXXXII*, cap. 7; Migne, *P. L.*, t. 54, col. 427). Ojos
fúlgidos y espléndidos, ojos paternos y misericordiosos, ojos
benignos y vigilantes, ojos que siguen nuestro camino espi-
ritual, ojos que se vuelven hacia abajo para excitar y animar,
y se tornan hacia lo alto intercediendo e implorando gracia
para quien todavía está fatigado por la tormenta peligrosa
y dura de la vida.

Vosotros, dilectísimos nuevos esposos, conservad esa fe
y comunicadla incorrupta a los hijos que la divina Provi-
dencia quiera concederos: conservad y comunicad esa espe-
ranza en la protección de los Príncipes de los Apóstoles, y
con ella la devoción y adhesión indefectible, cualquiera que
sea Su Persona, al Vicario de Cristo, sucesor de San Pedro.

Recibid, pues, Nuestra paterna Bendición, que os damos
con afecto y que hacemos extensiva a todas las personas y
cosas que os son caras y sobre las que deseáis descender ge-
nerosamente.

Y junto con vosotros bendecimos a todos Nuestros dilec-
tos hijos e hijas aquí presentes, singularmente a los queri-
dos peregrinos conducidos por Nuestro Venerable Hermano,
el dignísimo Pastor de la diócesis de Liorna, diócesis que
debe su origen al apostólico celo de Nuestro gran Predecesor
Pío VII, mientras formamos el paterno voto de que tan
floreciente ciudad, como se distingue por una intensa vida
comercial y por un prometedor desarrollo industrial, así tam-
bién y sobre todo, gracias a los cuidados pastorales de su
Obispo y de su clero, resplandezca cada vez más por el vigor
de su fe y el fervor de sus santas obras.

*Después de tan pródigas exhortaciones y de tan preciosas
enseñanzas a los nuevos esposos, he aquí las palabras del
Padre Santo a los peregrinos llegados a Roma para la glori-
ficación del Beato Justino de Jacobis:*

Y ahora Nos place dirigirnos a vosotros, caros hijos, que habéis venido a celebrar las primicias de la glorificación del gran siervo de Dios y heroico apóstol, el Beato Justino de Jacobis, y comunicar con vosotros las suaves emociones que en vuestro ánimo y en el Nuestro ha suscitado el solemne acontecimiento.

Acontecimiento grande para Nos, que en esta glorificación podemos ofrecer al mundo una vez más la perenne vitalidad de la Iglesia Nuestra Madre — Madre fecunda en heroísmo y en santidad —, poderosa para elevar la criatura más humilde hasta las cimas de la perfección, para transformarla en luz en medio de las densas tinieblas del mundo y para hacer de ella un campeón del más sublime apostolado, espíritu selecto inmolado al ideal más puro y más santo que es el Reino de Dios sobre la tierra.

¿Qué cosa puede sucedernos más llena de alegría en el ministerio pastoral, al que la divina Providencia ha querido ligar Nuestra humilde persona, que este surgir de nuevos astros en el cielo de la Iglesia, como para confirmarnos en la vigilante custodia de lo alto y para obligar al mundo a contemplar atento y a reflexionar en las espirituales maravillas de que el Evangelio es artífice estupendo?

Nos place dirigirnos a vosotros, que por uno u otro título os gloriáis de tener vínculos familiares con el nuevo Beato; a vosotros, sus hermanos y hermanas, hijos e hijas de San Vicente de Paúl: a vosotros, peregrinos de su diócesis de origen y de su tierra natal guiados por Nuestro Venerable Hermano el Obispo de Muro Lucano tan caro a vosotros y a Nos; peregrinos de la región de Apulia y de toda Italia.

Pero Nos ofrece muy particular consuelo vuestra presencia, amados hijos de Etiopía, que habéis venido con Nuestro Delegado Apostólico y con otros Prelados desde el África oriental italiana. Venís de más allá de los mares, pero aun en esta misma Ciudad del Vaticano habéis encontrado hermanos vuestros, jóvenes que son la esperanza de la Iglesia abisinia y de la regeneración y purificación cristiana iniciada hace quince siglos por San Frumencio en las tierras de Etiopía.

Hoy renováis en Nuestro ánimo, pero con el más alto sentimiento de fe cristiana, el gozo con que, casi hace un siglo, llenaba el corazón de Nuestro Antecesor, Gregorio XVI, el mismo Beato de Jacobis, cuando postró a sus pies la representación de compatriotas vuestros, traída desde Abisinia. Ellos sintieron profundamente la bondad del Pontífice Romano, admiráronse ante la majestuosa grandeza del culto de la Iglesia Católica, y aprendieron cómo Cristo, Salvador de todas las gentes, había dado a su Vicario en la tierra una grandeza de corazón que iguala a las arenas de las orillas del mar. En él encontraron al Padre común, que concentra en sí la unidad de la universal familia cristiana y sabe difundir su amor, su afán, su previsora generosidad, su paterna palabra iluminadora, libertadora, confortante y saludable sobre todas las ovejas de Cristo, aun sobre las que son suyas, pero que no son de este redil católico, y que a la postre han de ser conducidas a él. Con el más alto y santo espíritu de fe y de afecto, estáis hoy en torno a Nos, que contemplamos en vosotros, herederos del ardor de los mártires, a los hijos del apostolado, de la fe y de la caridad del nuevo Beato.

En este héroe de santidad quiso Dios unir la debilidad de la carne con el ardor del espíritu, para que brillase más bella su victoria sobre los obstáculos, las adversidades y las tribulaciones de su áspero camino. Sacerdote de la Misión de San Vicente de Paúl, llevó a Abisinia el celo de misionero, la sabiduría sacerdotal, el valor de prudente sacrificio, la voz persuasiva de la verdad y del bien que lo habían hecho tan querido, admirado y venerado en las tierras de Apulia. Llevó allá esas admirables virtudes, pero con mayor autoridad, con mayor afecto de padre, con mayor condescendencia de maestro, con el máximo e insaciable sacrificio de pastor, que va en busca de las ovejas perdidas por los falaces senderos y por los agostados pastos. Su humildad, ávida más del peso del sacrificio que de la ínfula del pastor, hizo después del título de Vicario Apostólico de Abisinia un más fuerte y asiduo estímulo de una generosa oferta de sí mismo, todo entero, a la conquista, instrucción y gobierno de las

almas a él confiadas, con la elección y educación del clero abisinio, con la restauración de la liturgia y de la administración de los Sacramentos, con la institución de los colegios, con la protección de los peregrinos etíopes a Jerusalén, con la beneficencia a los pobres y a los enfermos y con las multiformes efusiones de aquella caridad vigilante y misericordiosa con que el heroico ardor de un apóstol y de un santo sabe hacerse todo para todos. Los caminos, las regiones, las ciudades, los ríos, los lagos y los mares de Abisinia fueron testigos del arduo apostolado y de las vicisitudes prósperas y tristes, suaves y amargas, que acompañaron por tierras etiópicas los pasos del santo misionero, ejemplo y modelo, en sus veinte años de trabajos apostólicos, hasta el gran atleta de Cristo, Massaia, que hubo de vencer su humildad para consagrarlo Obispo a la luz de nocturna y turbia lámpara.

En el Beato Justino de Jacobis admiramos Nos y exaltamos ante Dios al héroe de los comienzos restauradores de la fe católica en Abisinia. Brilla él con la luz de los primeros propagadores del Evangelio, iniciadores de la regeneración cristiana del mundo, con la luz del Apóstol de las Gentes, porque, como él, puede gloriarse en las propias tribulaciones y sabe por experiencia cuánto cuesta sembrar la fe en el mundo. ¿Acaso no anduvo él siempre, como San Pablo (cfr. *II Cor.*, XI, 23-28), en los sufrimientos, en las prisiones, en medio de las muertes, entre las olas del mar, en viajes, entre los peligros de los ríos, peligros de asesinatos, peligros de amigos, peligros de gentiles, peligros de la ciudad, peligros del mar, peligros de los falsos hermanos; en el trabajo y en la fatiga, en las muchas vigiliass, en el hambre y en la sed, en los muchos ayunos, además del cotidiano cuidado de su querida Iglesia de Abisinia? ¿No murió él por el camino cual héroe que yace sobre sus propios pasos, para alzarse de la tierra bañada por sus sudores, mirando un gran pueblo de infelices hermanos muy queridos, dirigiendo su vista al cielo, cual nuevo Javier en una isla sin playas, con angustias de muerte, con el ansia indomable de dar la vida por las almas redimidas con la sangre de Cristo?

Así es como sin martirio mueren los mártires, heraldos del Evangelio; y, aun sin martirio, su sangre es semilla de cristianos. Ante el ara de este Beato, mártir de la caridad y de sufrimientos incruentos, Nos inclinamos junto con vosotros, hermanos de una misma fe en Cristo, perfecto Dios y perfecto hombre sin confusión de naturalezas. En vosotros dilatamos Nuestras esperanzas; y Nuestro corazón se exalta en el espíritu que os ha conducido a la casa del Padre común, porque es el espíritu de la nueva aurora que precede a un nuevo sol de más limpia fe, de más pura virtud, de más fecunda y activa piedad en vuestra tierra luminosa. *Adesse festinant tempora* (*Deut.*, XXXII, 35).

África se ha conmovido, se ha puesto en pie, ansiosa de la palabra y del altar de Cristo. Vosotros, queridos peregrinos de Abisinia, sois las primicias de un gran pueblo de Dios, que avanza guiado por vuestro Beato Mártir Ghebre Michael al lado del Beato Justino de Jacobis, bajo el signo de la incorrupta fe de Roma. Estos dos héroes del Evangelio son vuestra gloria no menos que la de la Iglesia Católica: son los nuevos patronos celestiales de vuestra Nación: son vuestros maestros y padres en el camino del cielo: son vuestros poderosos intercesores junto al trono de Dios, del cual Nos imploramos sobre vosotros y todo vuestro pueblo tal Bendición Apostólica que os sea fuente de todo favor divino y os acompañe y proteja en todos los viajes y pasos de vuestra vida hasta la paz de la eterna felicidad.

Finalmente el Padre Santo dirigió un saludo especial a los hijos e hijas de lengua alemana, presentes en la audiencia, recomendándolos, en la vigilia de la fiesta de San Pedro y San Pablo, junto con todos los fieles de toda Alemania, al poderoso patrocinio de los Príncipes de los Apóstoles, a fin de que éstos logren para todos ellos la firmeza y el valor en la fe, la paciencia y la constancia, un irresistible amor al Salvador y finalmente la tan suspirada paz religiosa.

XLII

30 DE JUNIO DE 1939

A LA GRAN PEREGRINACIÓN NACIONAL HÚNGARA

Recibió Su Santidad en Audiencia a una gran peregrinación húngara, reunida en Roma para aclamar al antiguo Legado en Budapest, llegado a Sumo Pontífice. Al discurso del Emmo. Cardenal Séredi, Primado de Hungría, que guiaba las densas falanges del clero y de pueblo, respondió el Padre Santo con las siguientes veneradas y amables palabras.

BIEN VENIDO seáis, Señor Cardenal Arzobispo de Estrigonia, para Nos tan carísimo. Bien venidos seáis, Venerables Hermanos, los Obispos y los queridos hijos representantes de todo el clero húngaro, cuya fe inquebrantable, cuyo trabajo incansable y cuyas virtudes sacerdotales pudimos Nos comprobar y admirar el pasado año, con ocasión del inolvidable Congreso Eucarístico. Grande es Nuestra alegría de poder recibir hoy en Nuestra casa a vosotros, de quienes fuimos huésped entonces, y poder comunicaros Nuestros votos tocantes a todos Nuestros hijos de Hungría y a toda vuestra Patria.

¡Amados hijos e hijas de Hungría! Muy digna de admirar en la *Hungaria catholica* es la fidelidad con que los católicos húngaros han logrado mantener su fe desde los tiempos del gran rey San Esteban y de su hijo Emerico, aun en medio de las más difíciles circunstancias. Baste recordar con qué tenacidad y paciencia habéis defendido vuestra fe, durante más de siglo y medio, aun sojuzgados por la media Luna. La innata nobleza de vuestra nación y la gracia de Dios, unidas íntimamente y obrando de consuno, han logrado vuestra fidelidad a la fe.

También hoy nos hallamos ante decisiones religiosas de gran trascendencia. Pero, gracias a Dios, Cristo y su Iglesia cuentan hoy, como nunca hasta aquí, con un ejército perfectamente armado de valientes soldados dispuestos hasta el sacrificio, y no podemos menos de decir que el Vicario de Cristo tiene muy fundadas esperanzas en los siete millones

de católicos húngaros. Que os ayude Dios para mostrar vuestra fe y practicarla hasta en sus últimas consecuencias.

Gran consuelo es para Nos la filial devoción y amor de los católicos de Hungría hacia el Padre Santo. Acusado rasgo de vuestra historia es que los tiempos de apogeo de Hungría coincidieron siempre con las épocas de su mayor adhesión a la Silla de San Pedro. El símbolo más expresivo de tal realidad es precisamente la Corona de San Esteban. Cuando se habla de la relación de Hungría con la Santa Sede, Nos enorgullecemos de recordar al Papa Inocencio XI. Por vez primera, bien que en forma definitiva, las modernas investigaciones han hecho resaltar cuán decisiva fué la actuación de este Papa, de santa memoria, en la liberación de Hungría, y cómo su nombre es inseparable de los grandes hechos que preceden y siguen al 1686. Y es grande Nuestra felicidad ante el convencimiento de que los años señalados por las más gloriosas gestas de la historia húngara hállanse, aun en aquellos mismos hechos, íntimamente relacionados con el nombre de uno de Nuestros Predecesores.

Queridos hijos e hijas, que vuestra adhesión a la Santa Sede sea siempre el signo de vuestra vida religiosa. Es también el secreto de la firmeza y de la fidelidad de vuestra fe.

Nuestros más cordiales votos por la floreciente vida de vuestra Patria y sobre todo por los trabajos de Acción Católica, que son verdaderamente ejemplares. Al infinito amor y gracia de Nuestro Señor Jesucristo y a la poderosa intercesión de la *Patrona Hungariae* encomendamos Nos el progreso y la felicidad de Hungría, su paz en el exterior y en el interior, y sobre todo su plena vida religiosa. En prenda de ello, a todos vosotros, a todos cuantos os son caros en vuestra patria y a cuantos se hallan en vuestro pensamiento, especialmente a vuestros jóvenes, damos de todo corazón la Bendición Apostólica.

XLIII

5 DE JULIO DE 1939

LAS ENSEÑANZAS DE LA LITURGL

Numerosos peregrinos, junto con un denso grupo de recién casados, fueron recibidos por Su Santidad en Audiencia general. El Padre Santo dirigió a cada grupo amables palabras de felicitación, de exhortación, de provechosa enseñanza y de bendición.

GRATAS siempre, dilectos nuevos esposos, Nos resultan estas vuestras hermosas y numerosas reuniones en torno al Padre común, tanto más si se piensa que en lo íntimo de vuestra alma, junto al deseo de recibir la bendición del Vicario de Cristo, aflora también el delicado pensamiento de hacernos participar en vuestra alegría y en vuestras fiestas nupciales.

Acontecimiento impregnado, sin duda, de santa alegría es el matrimonio cristiano, cuando se contrae con las disposiciones requeridas, según es justo pensar que habréis hecho todos vosotros.

Tales disposiciones, junto con los preciosísimos efectos propios de este Sacramento, se encuentran elocuentemente expresadas en las ceremonias de que la Iglesia lo ha rodeado: hoy Nos place traerlas brevemente a vuestra memoria y consideración, oh esposos cristianos, a fin de que os aparezca cada vez más alta la dignidad y santidad de este gran Sacramento, del que habéis sido ministros.

Tres son los momentos en que adquiere sumo relieve el conmovedor y expresivo rito sagrado: el primero, el esencial, es el mutuo consentimiento que, manifestado por la palabra de los esposos y recibido por el sacerdote y los testigos, es en cierto modo confirmado y ratificado por la bendición y la entrega del anillo, símbolo de fidelidad íntegra e indefectible.

Tiene lugar todo ello en una solemnidad tan grandiosa como sencilla: hállanse los esposos arrodillados ante el altar

del Señor; están en presencia de los hombres (los testigos, además de los parientes y de los amigos); en presencia de la Iglesia, representada por el sacerdote; en presencia de Dios, que, rodeado invisiblemente por ángeles y santos, convalida y sanciona los compromisos solemnemente jurados.

Sigue luego otra parte, que podemos llamar instructiva, del matrimonio cristiano: Pablo, el gran Doctor de las Gentes, se adelanta, y en la Epístola de la Misa por los nuevos esposos, con firme voz, les amonesta sobre los deberes a que mutuamente se han obligado, y les recuerda la naturaleza del Sacramento, símbolo de la mística unión de Cristo con la Iglesia.

El Apóstol cede luego reverente su puesto al Maestro, y Jesucristo mismo, en el Evangelio de la Misa, pronuncia la palabra solemne y definitiva: «Quod Deus coniunxit, homo non separet» (*Matth.*, XIX, 6): ¡Que el hombre no separe lo que Dios ha unido!

Mas, para que el pensamiento de los grandes deberes y de las grandes responsabilidades asumidas no los oprima con su peso, ved cómo la Iglesia ruega por los nuevos esposos, implora gracias para la nueva familia, recuerda los premios reservados aun en la tierra para los esposos verdaderamente cristianos.

Hay un momento de singular importancia en la liturgia de la Santa Misa. después del *Pater Noster*, el sacerdote tór-nase hacia los esposos e invoca sobre ellos las divinas bendiciones con una oración que conmueve las fibras más íntimas del corazón y rebosa en los más consoladores auspicios.

Reanuda su curso la Misa y se pide, con la liberación del mal, la paz, el bien más grande de la vida terrena.

Y Nos, recogiendo esa oración, formulamos su auspicio a los nuevos esposos: paz, que quiere decir felicidad real y cristiana. Que los días de vuestra vida se sucedan todos felices como el de las bodas, alegrados por la sonrisa de los caros seres, prendas de mutuo amor y de celestiales bendiciones, que el Señor hará crecer cual retoños de olivo en torno a vuestra mesa.

LAS ENSEÑANZAS DE LA LITURGIA

Y aunque no todos los días transcurran alegres como los primeros, que tengáis al menos siempre la serenidad de la confianza en Dios, único consuelo verdadero en medio de los males de este mundo.

Luego Su Santidad habló así a las Religiosas del Instituto de la Sagrada Familia de Bérgamo y a muchos peregrinos, reunidos para asistir a la proclamación de las virtudes heroicas de la Ven. Paula Isabel Cerioli:

Con la bendición, que damos a los nuevos esposos, no termina Nuestra exhortación a éstos. Ésta tiene su prolongación en las palabras que vamos a dirigir al benemérito Instituto de la Sagrada Familia de Bérgamo, presente en la persona de la Superiora General con sus Religiosas, a quienes acompañan piadosos y devotos peregrinos, bajo la guía de Nuestro Venerable Hermano, el Cardenal Decano del Sacro Colegio, que ha dado y da, como Ponente, a la Causa de Beatificación de su Fundadora, el ardor siempre nuevo de su celo, la perspicacia siempre viva de su inteligencia, los tesoros cada vez más ricos de su experiencia y la inagotable entrega de un corazón que desafía los años. Al veros aquí reunidas, oh queridas Hijas, renuévase en Nos la alegría experimentada el último domingo, con ocasión de la lectura del Decreto sobre la heroicidad de las virtudes de la Venerable Paula Isabel Cerioli, de esa fúlgida y humilde criatura que pasó entre nosotros sembrando el bien entre lágrimas en los estados ordinarios de hija, de esposa, de madre y de viuda, llevando con sumo honor el nombre cristiano; y más que los bienes materiales y terrenos, con que Dios la había también dotado, estimó siempre los espirituales y celestiales, como los únicos duraderos y reales, a la par que como títulos de la sola grandeza verdadera. Las virtudes teologales y cardinales, que elevan al hombre en la vida presente a un valor sobrenatural y eterno, la revistieron como con un vestido que no conoce consunción, como con una luz que desconoce el ocaso: y fué un día ejemplo en un campo muy limitado, y lo es hoy en terreno más vasto y más amplio,

probando una vez más tanto la perenne actualidad del Evangelio, como la perfecta adaptación de éste a todos los estados y a todas las condiciones de nuestra vida.

Y fué allí, con las virtudes domésticas de hija, de esposa, de madre, de viuda, cuando Paula Isabel cultivó los gérmenes preciosos que más tarde habían de hacerla un apóstol de la Caridad, la émula de todas las grandes almas que al culto del Padre celestial y al amor de Nuestro Salvador Jesucristo dieron el substancial alimento de una piedad eficaz para con los despreciados por el mundo.

Fué allí, en germen, la benéfica fundadora del Instituto de la Sagrada Familia: asociándose para el ejercicio del bien entusiastas jovencitas, dió vida a una nueva providencial familia religiosa, destinada a perpetuar en el mundo la llama encendida por ella y a enriquecer con nueva perla la fúlgida corona de caridad, que siempre caracteriza a la Iglesia en su arduo camino.

Como su santo contemporáneo, San Juan Bosco, apóstol de los barrios obreros, comprendió ella cuán útil sería, cuán urgente era, dar a los niños de las campiñas, junto con la educación religiosa y moral encaminada a ganar el cielo, una formación técnica y profesional que les permitiera ganarse, sin luchas demasiado ásperas, en los tiempos difíciles, el pan cotidiano. Por eso ella, nacida de familia noble, se inclinó hacia los niños de las clases rurales y entre ellos amó especialmente a los huérfanos. De esta suerte, resultó doblemente madre, porque precisamente, antes de esta maternidad espiritual, cuyos frutos preciosos son sus queridas Hijas, había conocido las alegrías y, muy pronto también, los lutos y las tristezas de la maternidad humana.

Con estos sentimientos bendecimos de corazón a todos y a cada uno de vosotros, queridos peregrinos, que representáis especialmente las dos diócesis de Cremona y de Bérgamo, de las cuales una se gloria por haber sido cuna de la Venerable, y la otra, por conservar su tumba; y bendecimos a cuantos y cuantas constituyen el campo de trabajo del Señor: «Dei agricultura estis», según la bella expresión de San Pablo (*I Cor.*,

III, 9), así como a cuantos tienen la misión de cultivarlo, a fin de que, por virtud de la gracia, la buena semilla de la fe fructifique en abundante cosecha de obras buenas.

Con este deseo dirigimos, además, Nuestro afectuoso pensamiento al grupo selecto de devotos peregrinos que Nuestro querido y celosísimo Cardenal Ascalesi Nos trae hoy desde su privilegiada y encantadora ciudad, mensajeros de fervientes propósitos de esa devoción y acción, que nunca ha desmentido la religiosísima Nápoles en sus relaciones con el Vicario de Jesucristo, y cuyo noble testimonio son los numerosos ornamentos sagrados que Nos han sido ofrecidos para las Misiones. A ellos también y a todos sus paisanos, cuyo saludo y homenaje Nos traen, señalamos Nos muy particularmente aquellas sobrenaturales virtudes — la Fe ardiente por la Caridad misericordiosa — que fueron siempre una gloria indiscutible de su católica y generosa ciudad. Abundantemente alimentada por esas dos grandes fuentes, su vida cristiana, cada vez más iluminada y elevada, dará para edificación del mundo muy abundantes frutos de bien, y para consuelo de cada uno de ellos la profunda paz íntima, cuyo secreto tiene Jesucristo.

Con tales votos descende hoy sobre ellos, sobre sus familias, sobre sus conciudadanos, abundante y llena de deseos Nuestra Bendición.

No menos cordial — y con sentimiento no menos pleno de gratitud — llega ésta también a vosotros, caros socios del Apostolado de la Oración de Anagni, guiados por Nuestro Venerable Hermano, vuestro señor Obispo, tan carísimo a vosotros como a Nos. Vosotros Nos recordáis de hecho aquella que es para todos, pero ¡cuánto más para Nos!, la suprema fuerza y la más firme esperanza. ¿Qué haría y qué sería el cristiano sin la oración? Y ¿qué haríamos y qué seríamos Nos mismo, en el gobierno de la Iglesia, si ésta no se recogiera a rogar, *sine intermissione*, continuamente, como en otro tiempo por su primera Cabeza, San Pedro, también ahora por su cesor, aunque sea indigno?

Gracias a tal ayuda, cuya eficacia cotidiana experimentamos sensiblemente, laboramos Nos confiados en las divinas promesas. Y gracias también a estos auxilios, todos Nuestros mejores hijos dispersos por el haz de la tierra, cada uno con el peso de su cruz y con la luz de su fe, se salvan cada día del mundo y del pecado.

Pensad, pues, si Nos es caro el Apostolado de la Oración; y cuán justa y profunda es Nuestra gratitud hacia el ejército compacto que, mientras ruega por toda la Iglesia, hace violencia incesante al Cielo, para triunfar de la justa cólera del Señor, como lo hizo un día Moisés por todo su pueblo caído en infidelidad.

A todos los fieles queremos hacer sabedores y, más aún, partícipes de esta Nuestra gran confianza en el Apostolado de la Oración. Ningún don puede ser más grato que la oración. Y sobre vosotros, caros Asociados, que con vuestra presencia venís a renovarnos en este campo promesas y propósitos, imploramos de corazón, amplia y perenne, la divina merced.

En esta misma audiencia queremos dirigir una particular invitación a los numerosos Religiosos Franciscanos, párrocos en Italia, aquí presentes, para que se hagan portadores de tal mensaje y para que intensifiquen la devoción y la oración en medio del pueblo cristiano. Herederos directos del espíritu de paz del *Sacáfico Poverello*, su actividad espiritual en medio de las poblaciones que les están confiadas desea estar particularmente impregnada de tal espíritu; y la oración, de la que son ministros acreditados para los fines de su pastoral ministerio, deberá ser empleada por ellos con tanto mayor fervor en servicio de la gran causa de la paz, cuanto que nada hay en este momento más urgente y nada se impone más a la caridad de todos los hijos de la Iglesia. Bajo el signo de la Paz lleven ellos a sus parroquias la bendición, que aquí damos de corazón a todos los pastores y a sus ovejas, e intérpretes de Nuestro vivo sentimiento y del vuestro trabajan de suerte que tal oración, confiada a la par que perseverante, llegue a ser la de todas las clases sociales.

Con este mismo motivo de la oración, Nos dirigimos a vosotros para bendeciros de corazón, queridos peregrinos de Yugoslavia, que bajo la guía de los Obispos de Espalato y de Ragusa venís a consolarnos con la profesión de la fe y de la piedad cristiana, tan arraigadas en las tenaces tradiciones de vuestras gentes. Sobre el firme fundamento de esta fe y de esta piedad, vuestra oración por Nos, por vosotros mismos, por vuestra patria, por este mundo trastornado, puede levantarse confiada hasta el Trono de Dios, segura de conquistar su favor y con la plena garantía de aquellos frutos de vida cristiana, que vuestra fe y piedad han de anhelar para la salud espiritual de cada uno y para la feliz difusión y el mayor incremento del nombre cristiano.

Con vosotros Nos traen el homenaje de su devoción y de su adhesión filial, guiados por Nuestro Venerable Hermano Juan Bautista Filippucci, un núcleo de peregrinos a quienes el glorioso nombre de Atenas muestra particularmente a Nuestro recuerdo y a Nuestro paternal afecto. A vosotros y a vuestro sentimiento religioso habla todavía desde el libro de los «Hechos» el Apóstol de las Gentes, San Pablo, que os anunció, caros atenienses, la verdadera Fe sobre aquel Areópago, del que habéis querido traernos en recuerdo, precioso símbolo de suspirada unión, un mármol arrancado de aquella montaña.

Constantes en la fe y en la oración, vuestra actividad, bajo la guía tan alta de vuestros dignos Pastores, no puede menos de recoger frutos de salvación y de progresiva vida cristiana, tanto en vosotros como en los que os rodean. A este ejercicio de apostolado os exhorta y os impele también vuestro primer predicador, San Pablo. Y como él, si sabéis fecundizar con el sacrificio la buena nueva de Jesucristo, podréis gloriaros, un día, de no haber recibido en vano, para vosotros mismos y para los demás, la gracia del Señor. Con estos votos, que hacemos de todo corazón por los griegos aquí presentes y por sus hermanos en la fe, invocamos sobre todos la divina

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

asistencia, y les concedemos, como a todos los presentes, la Bendición Apostólica.

Por fin, el Augusto Pontífice se dirigió a los fieles de lengua alemana que tomaban parte en la audiencia, saludándoles en su idioma y formulando paternales votos por su firmeza en la fe y por abundantes frutos de vida cristiana en sus personas y en cuantos llevaran ellos en el pensamiento y en el corazón.

XLIV

7 DE JULIO DE 1939

AL MINISTRO DE LA REPÚBLICA ESLOVACA

Recibió el Sumo Pontífice al Ministro de la República de Eslovaquia, Excmo. Sr. doctor don Carlos Sidor. He aquí la respuesta de Su Santidad al homenaje leído en latín por el nuevo Plenipotenciario.

Las palabras, Excelentísimo Señor, con que Nos habéis presentado las Cartas credenciales, en que se os nombra Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República Eslovaca, ponen bien de relieve, con gran alegría de Nuestro ánimo, los muy nobles pensamientos y sentimientos que os han traído a Roma, capital de la Cristiandad, obedeciendo a la confianza del Jefe supremo de vuestra Nación; pensamientos y sentimientos que tienen como fin el determinar, desarrollar y consolidar las relaciones entre la Sede Apostólica y la nueva República Eslovaca, de suerte que respondan a los votos de esa nación tan adicta a la fe católica y a la Iglesia. Nuestros días, tan densos en acontecimientos, cuyo futuro desarrollo y consecuencias tan difícil es prever, imponen también al pueblo eslovaco deberes y actuaciones nuevas y graves. Ante tales circunstancias, que exigen de todos una gran actividad espiritual y material, gran previsión y prudencia, y, en fin, una profunda disposición de la que necesariamente se derive la cordialidad y el afecto entre todos, interesa grandemente a la religión el que se conserve plena e intacta la libertad, principio y fundamento que puede asegurar — bajo la guía de la fe católica — el que las costumbres se formen y consoliden eficazmente según la vida cristiana. ¡Quiera el Señor que los preceptos del Evangelio que a vuestros antepasados predicaron los Santos Cirilo y Metodio, cuya fiesta celebramos hoy, sean en adelante la sacra herencia de todos los hijos e hijas de vuestro pueblo, tesoro que guarden incólume con el máximo afán, y, finalmente, norma eficiente de

su conducta, que guíe a todos a una perfección cada día mayor! ¡Que la nueva República de los Eslovacos no deje nunca de dirigirse por el camino que conduce a la verdadera prosperidad y felicidad, bajo los auspicios y tutela de la Santa Cruz, que campea en el escudo de vuestra Patria, y bajo el patrocinio de la Virgen Madre de Dios, en su título de los Dolores, a quien Nuestros Antecesores, de f. r. — Benedicto XV y Pío XI —, confiaron y consagraron vuestra Nación.

Estad bien seguro, Señor Embajador, de que Nos nada omitiremos de cuanto pueda servir para asentar y aumentar, fundadas siempre en la mutua confianza e inteligencia, las relaciones entre la Sede Apostólica y vuestra Nación. Y Nos es de gran consuelo y alegría la convicción que tenemos de que Vuestra Excelencia pondrá a contribución, para ayudarnos en ello, toda su diligencia y actividad.

Mientras confiamos que Dios Omnipotente llevará a feliz término los propósitos y deseos formados en esta ocasión, correspondemos con la más cordial gratitud a los votos que habéis expresado, a la vez que con la mejor voluntad concedemos a toda la Nación Eslovaca la implorada Bendición Apostólica.

«Alabado sea Jesucristo.»

«Dios Nuestro Señor proteja y salve al pueblo eslovaco.»

XLV

12 DE JULIO DE 1939

GARANTÍA DE SANTIDAD

Su Santidad concedió el gran don de su palabra de Maestro y de Padre a los recién casados, a una peregrinación de Terni y a un grupo de sacerdotes del Arzobispado de Milán.

ENTRE los grupos de caros hijos que con tanta frecuencia se suceden ante el Vicario de Cristo, notamos siempre con singular satisfacción las parejas de esposos. Inestimable don es el de las nuevas familias cristianas, que han comenzado a existir en fuerza y por la virtud de un gran sacramento, instituído por Nuestro Señor Jesucristo para santificar las bodas y, de esta suerte, la familia en su misma raíz, y por lo tanto en sus retoños y en sus frutos.

Reflexionad, dilectos nuevos esposos, sobre lo que el mismo Catecismo os enseña y hoy queremos recordaros en esta audiencia: esto es, que en la base de la familia cristiana hay un sacramento. Quiere esto decir que no se trata de un contrato ordinario, de una simple ceremonia o de un símbolo externo para señalar una fecha importante de la vida; sino de un verdadero y propio acto religioso de vida sobrenatural, del que fluye un derecho constante para lograr todas aquellas gracias y todos los divinos auxilios que son necesarios y oportunos para santificar la vida matrimonial, para cumplir los deberes del estado conyugal, para superar sus dificultades, mantener sus propósitos y alcanzar los más altos ideales (1).

Por su parte, Dios se ha hecho su fiador, elevando el matrimonio cristiano a símbolo permanente de la unión indisoluble de Cristo y de la Iglesia; y, por lo tanto, podemos afirmar que la familia cristiana, verdadera y prácticamente cristiana, es garantía de santidad. Bajo tan benéfico influjo

(1) Enc. *Casti connubii*, en *Acta Apostolicae Sedis*, 1930, págs. 554-555.

sacramental, como bajo rocío providencial, crecen los hijos a semejanza de los retoños del olivo en torno a la mesa doméstica (*Ps. CXXVII, 3*). Allí reinan el amor y el respeto mutuos, allí los hijos son esperados y recibidos como dones de Dios y como sacros depósitos que han de custodiarse con tembloroso cuidado; si allí entran el dolor y la prueba, no llevan consigo la desesperación y la rebeldía, sino la confianza serena que, mientras atenúa el inevitable sufrir, lo convierte en medio providencial de purificación y de mérito. «Ecce sic benedicetur homo, qui timet Dominum» (*Ps. CXXVII, 4*): Ved cómo será bendecido el hombre que teme al Señor.

Tales frutos los podéis recoger sólo en la familia cristiana, pues, por desgracia, cuando la familia es profanada, alejada de Dios y por ello privada de la divina bendición sin la que nada puede prosperar, permanece socavada en su misma base y expuesta a caer, tarde o temprano, en la disgregación y en la ruina, como muestra una continua y dolorosa experiencia.

Bien sabéis todas estas cosas, dilectísimos hijos, y por ello habéis venido a pedir y recibir la bendición del Vicario de Cristo; en esa bendición veis, en cierto modo, como renovada y confirmada la que habéis sentido descender del Cielo sobre vosotros el día de vuestras recientes bodas, y de la que esperáis ulteriores energías y nuevas ayudas con que poder lograr para vuestras familias el carácter profundamente cristiano que es garantía de vida y de santidad.

Volviendo vuestro pensamiento a la casa que os vió nacer, a los rostros queridos que primero encontrasteis en vuestra niñez, y recorriendo desde entonces los años todos de vuestra vida, y sus varias vicisitudes, os daréis buena cuenta de cómo debéis en su mayor parte a un padre prudente, a una madre virtuosa, a una familia cristiana, todo cuanto bueno encontráis en vosotros. De tales sentimientos de gratitud, que experimentáis vivos y sinceros hacia el Señor y hacia los padres que fueron fieles a su misión, nos place sacar el deseo de que sean iguales vuestras nuevas familias, sobre las que imploramos con paterno afecto las bendiciones celestiales.

A la piedad de los nuevos esposos, que quieren santificar los comienzos de su vida conyugal con la bendición del Vicario de Jesucristo, asóciase la piedad de nuestros buenos hijos de Terni, que bajo la guía de su celoso Pastor — tan pronto para las bellas iniciativas como para la elocuente palabra — piden al Padre común que con su bendición se digne consagrar su devota peregrinación al Santuario de Pompeya.

Si les es grata y breve la estancia en Roma, que les da el consuelo de postrarse ante las tumbas de los Príncipes de los Apóstoles, no menos grata es para Nos esta visita por la circunstancia que la motiva. Ella permite a Nuestra particular piedad hacia la bendita Virgen estar como presentes, en medio de ellos, en este tierno homenaje a la celestial Madre y presentar a sus pies, con la mayor confianza que nos viene de la Fe de todos, sus intenciones y las Nuestras.

Sí; Nos es caro, dilectos hijos, hacer Nuestros vuestros íntimos deseos, vuestros secretos dolores, vuestras ardientes esperanzas; y con afecto de Padre presentarlo todo a Dios por manos de nuestra común Abogada. Con el corazón que no conoce distancias, Nos estamos con vosotros para recomendarle vuestras personas, vuestras familias, vuestra Ciudad. Para cada uno de vosotros pedimos, sobre todo, la inestimable gracia de una fervorosa vida cristiana, acorde con los principios que profesáis, y que, por lo tanto, sea luminosa en virtudes evangélicas a los ojos del mundo. Para vuestras familias pedimos la unión y la concordia que son frutos de mutua comprensión, de sincera humildad y de mansedumbre, de frecuentes sacrificios voluntarios del propio yo y de los propios intereses.

Para vuestra Ciudad — trabajadora e infatigable — pedimos la gloria de que pueda poner siempre su capacidad industrial, tan grande y tan variada, al servicio de las obras de civilización y de paz.

Para todos pedimos a Dios, por intercesión de la Virgen, el don de aquel vivo sentimiento religioso, de aquella fe firme y activa, que tanto para los individuos como para las familias y para los pueblos son los primeros factores de elevación

moral, de verdadera civilización, de grandeza no aparente; todos encontrarán en él, aun en medio de los males de la vida, el secreto de la felicidad.

Mientras Nos es grato expresar tan paternales deseos y súplicas por Nuestros queridos peregrinos de Pompeya, por Nuestra parte tenemos que confiarles un mensaje en su piadosa peregrinación. También Nos — no lo ignoráis — tenemos dolores, deseos, esperanzas, que tocan no tanto a Nuestra persona, cuanto a Nuestra gran familia cristiana, y aun a toda la familia humana (pues que por todos ha muerto el Señor); dolores por los cuales damos cumplimiento en la Iglesia a todo lo que resta de los sufrimientos de Cristo; deseos que son los de todos los buenos, y aun de toda la humanidad sana; esperanzas que están fundadas en Dios mucho más que en los hombres.

De estas necesidades y sentimientos Nos queremos que seáis fieles mensajeros e intérpretes junto a la Auxiliadora de los Cristianos, plenamente confiados en Aquella que, bajo la bandera del Rosario, obtuvo para el pueblo de Dios el triunfo sobre sus enemigos. Que Ella, la Reina celestial, obtenga para sus devotos, y aun para todos los hombres, el triunfo sobre sí mismos y que, vencedores de las propias pasiones, ambiciones y debilidades, encuentren o vuelvan a encontrar de una vez la mutua confianza, el sentido de la moderación y el inestimable beneficio de la paz.

Con estos auspicios Nos os damos las gracias por vuestra visita, y más aún por las oraciones que por Nos haréis en vuestra peregrinación pompeyana. Y anticipando con vosotros la alegría de que ciertamente os llenará vuestra visita a la Virgen del Rosario, damos de corazón a Nuestro querido Hermano y Pastor vuestro, a cada uno de vosotros y a vuestras familias, a vuestros trabajos y empresas, la Bendición Apostólica.

Dirigiéndose, finalmente, a un grupo de sacerdotes de la Archidiócesis de Milán, el Sumo Pontífice les exhortó con estas palabras:

Y ya estoy con vosotros, queridos veteranos del sacerdocio, a quienes los veinticinco años o los cuarenta, tal vez, de la ordenación sacerdotal os hacen pensar tanto sobre lo pasado como sobre lo futuro; y si ciertamente traen a la mente de cada uno acontecimientos alegres y tristes, invitan, sobre todo, a una más seria visión de vuestros arduos deberes y de vuestras responsabilidades ante Dios y ante los hombres.

Es una fecha la vuestra — que es también la Nuestra —, en la que más que la fiesta se impone el recogimiento del espíritu; y durante ese recogimiento, ¡ved cuántas y cuán amonestadoras surgen las palabras, desde lo profundo de vuestra memoria! Ésta, por ejemplo: «*Nemo militans Deo implicat se negotiis saecularibus, ut ei placeat, qui se probavit*» (*II Tim.*, II, 4), y estotra, del mismo Apóstol, en la misma carta: «*Admoneo te ut resuscites gratiam Dei, quae est in te per impositionem manuum mearum*» (*ib.*, I, 6). Y también: «*Noli negligere gratiam quae in te est... — Attende tibi et doctrinae, insta in illis; hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos, qui te audiunt*» (*I Tim.*, IV, 14-16).

¡Bienaventurados vosotros, queridos hijos, si ante estos llamamientos a la vigilancia, vuestra conciencia no tiene hoy sino alegres reacciones!; y, de todos modos, ¡bienaventurados si — cualquiera que sea vuestra reacción — las citadas palabras del Apóstol u otras más, en la fecha del vigésimo quinto o cuadragésimo aniversario de vuestra primera Misa, suscitan en vosotros propósitos de un más ardiente tenor de vida sacerdotal, intensa en fe activa, en caridad, en apostolado, en consagración, en sacrificio, de suerte que nada se pierda de vuestro sacerdocio, en la última y más solemne parte de vuestra carrera!

¡Que podáis gozar siempre, cada día, los santos entusiasmos de vuestras primicias sacerdotales! ¡Que podáis sentirlos siempre, y hasta la última hora, sacerdotes, jóvenes de corazón, maduros en el espíritu, ardientes en la buena voluntad! ¡Ningún premio mayor para el sacerdote de Jesús que poder decir en el último día: «*Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi!*» (*II Tim.*, IV, 7).

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

Para que este premio, único, inestimable, sea reservado a todos vosotros, Nos alzamos ahora con vosotros al Señor votos y oraciones, mientras con efusión de corazón os concedemos a todos — como también a cuantos os son queridos, y a las almas que os están confiadas — la Bendición Apostólica.

Después de haber hablado en lengua española a los peregrinos chilenos (véase la pág. 263), el Augusto Pontífice se entretuvo en hablar paterna y afectuosamente, en su propio idioma, a los numerosos fieles de lengua alemana presentes en la audiencia, felicitándoles por su constante y activa adhesión a la fe católica, y deseándoles especiales frutos de una vida cada vez más cristiana y las mejores recompensas celestiales por el acto de filial obsequio hacia la Iglesia Santa y el Vicario de Cristo, que con tanta devoción cumplían.

XLVI

12 DE JULIO DE 1939

A UNA PEREGRINACIÓN CHILENA

A un grupo de peregrinos chilenos llegados a Roma para prestar homenaje a Su Santidad, en la misma Audiencia anterior, dirigió el Padre Santo elevadas palabras de excitación, animándoles a mantener firme e inquebrantable su tradicional fe católica.

QUEREMOS ahora dirigir un saludo especialmente cordial a los amados hijos e hijas que Nuestro venerable y estimadísimo Hermano, el Obispo de Puerto Montt, ha conducido hasta Nos desde el lejano Chile. Venís, efectivamente, de lejanas tierras, hijos queridísimos; pero podíamos decir con razón que, cuanto más lejos está vuestra patria, tanto es mayor Nuestra alegría de poderos saludar en esta casa del Padre común.

Para vosotros, y para todos los hijos de la Iglesia Católica en Chile, tenemos hoy una palabra de especial exhortación: reconoced la importancia y la seriedad que el momento presente tiene en la vida religiosa y en la verdadera felicidad de vuestro pueblo. Mantened firme e incólume vuestra fe católica y vuestra unión, llevándolas a la vida práctica hasta en sus últimas consecuencias, aun en aquellas que se refieren a la vida social y pública. Asegurad a vuestra juventud las escuelas católicas. Y cuando se trata de remediar las miserias de los pobres y de abrir el camino a la justicia y a la caridad, señalaoos entre todos como los primeros en espíritu de iniciativa y en espíritu de sacrificio. Ése es el camino que os han mostrado Nuestros Antecesores desde que, consumada apenas vuestra independencia política, fuisteis la primera República de habla española que se acercó al trono de Pío VII de santa memoria. A vosotros os toca ahora llevar a la práctica en Chile estos consejos. Así os libraréis vosotros, y libraréis a vuestro pueblo, de las falsas máximas que el error esparce, y conseguiréis volver al buen redil a los ya extraviados.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

Nuestras esperanzas, Nuestro amor y Nuestras plegarias siguen muy de cerca las vicisitudes de la Iglesia Católica chilena. Queremos hoy ponerla a ella y poneros a vosotros bajo la protección maternal y poderosa de la Virgen Inmaculada. Y a vosotros, a todos los que vosotros lleváis en la mente y en el corazón, y a todo el pueblo chileno a Nos tan querido, os damos de lo más íntimo del corazón, como prenda de la virtud, del amor y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la Bendición Apostólica.

XLVII

19 DE JULIO DE 1939

LOS TESOROS DE LA ÍNTIMA UNIÓN CON DIOS

Acogiendo con paternal efusión de corazón a una numerosa representación de recién casados, se dignó Su Santidad explicarles los inconmensurables tesoros de la íntima unión con Dios, fuente de la verdadera paz doméstica. Asistieron también otros numerosos grupos: los niños de A. C. para el premio «Roma»; los capitulares del Instituto de la Consolación; las directoras de las Escuelas-Residencias para enfermeras; las religiosas «probanistas» del Sagrado Corazón, y algunos peregrinos croatas.

EL voto que suele repetirse a los nuevos esposos es siempre y doquier el mismo: felicidad. No es sino la exteriorización espontánea y completa de los sentimientos y de los deseos de los padres, de los parientes, de los amigos y de cuantos participan de su alegría.

Es también la misma oración con que la Iglesia termina la Misa por los esposos: «quos legitima societate connectis, longaeva pace custodias» — ¡Oh Dios Omnipotente, guarda, así te lo suplicamos, con una paz de larga duración, a quienes has unido con legítimo vínculo!

Y es también el paternal voto que Nos acostumbramos dirigir a los esposos que vienen a Roma para implorar la Bendición Apostólica; bendición que es prenda de celestiales favores, de paz y felicidad para todos estos hijos tan carísimos.

Al dirigirlo también hoy a vosotros, nos place poner de relieve el alto significado de este voto profundamente cristiano, herencia preciosa dejada por el divino Maestro: *Pax vobis*.

La paz, fuente de la felicidad, no puede venir sino de Dios, ni encontrarse sino en Dios: «Oh Señor, Tú nos has hecho para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti». Por esto el descanso absoluto, la felicidad completa y perfecta, no se logrará sino en el Cielo en la contemplación de la divina esencia. Pero también durante la vida terrena la condición fundamental de la paz verdadera y de la sana alegría es la amorosa y filial dependencia de la voluntad de Dios; todo lo que debilita, rompe o despedaza esa

conformidad y unión de voluntades, está en oposición con la paz: ante todo y sobre todo el pecado. El pecado es ruptura y desunión, desorden y turbación, remordimiento y temor; y los que resisten a la voluntad de Dios no tienen, no pueden tener paz: «Quis restitit ei et pacem habuit?» (*Iob*, IX, 4), mientras que la paz es la feliz herencia de los que observan la ley de Dios: «Pax multa diligentibus legem tuam» (*Ps.* CXVIII, 165).

Sobre esta base sólidamente establecida los esposos cristianos, los padres cristianos, encuentran el principio generador de la felicidad y el sostén de la paz en la familia. De hecho, la familia cristiana, al rehuir el egoísmo y la busca de las propias satisfacciones, queda toda impregnada por el amor y la caridad; y así, aunque desaparezcan los fugaces atractivos de los sentidos, caigan mustias, una tras otra, las flores de la belleza juvenil y se desvanezcan también los sueños de la imaginación, tanto entre esposos como entre hijos y padres subsistirá siempre firme el vínculo de los corazones, permanecerá inmutable el amor, el gran animador de toda la vida doméstica, y con él la felicidad y la paz.

Quien, por el contrario, reputa el sacro rito de la boda tan sólo como una simple ceremonia exterior que haya de observarse por seguir una costumbre; quien lleva a ella un alma en desgracia de Dios, al profanar así el Sacramento de Cristo, seca la fuente de las gracias sobrenaturales, que, destinadas en el designio admirable de la Providencia a fecundar el jardín de la familia, hacen germinar en él, junto a las flores de la virtud, los frutos de la verdadera paz y de la más pura alegría.

Familias inauguradas con la culpa, chocarán con los escollos a la primera tormenta; o bien, cual nave abandonada al capricho de las olas, caminarán a la deriva de doctrinas que, al proclamar la llamada libertad o licencia, preparan la más dura esclavitud. Los profanadores de la familia no tendrán paz; sólo la familia cristiana, obediente a la ley del Creador y del Redentor, ayudada por la gracia, es garantía de paz.

Ved, dilectísimos nuevos esposos, el alcance del voto paterno que Nos brota férvido y sincero del corazón: paz con Dios, en la dependencia de su Voluntad; paz con los hombres, en el amor a la verdad; paz con vosotros mismos, en la victoria de las pasiones; triple paz que es la única felicidad susceptible de ser gozada durante la terrenal peregrinación. Sea auspicio de tanto bien la paternal Bendición, que os damos de todo corazón.

Hablando a los nuevos esposos, a los que son llamados por Dios como para presidir las fuentes de la vida, preparando su curso, Nuestro pensamiento y corazón se sentían atraídos necesariamente por el grupo alegre de niños, venidos de todas las partes de Italia para ofrecernos los primeros frutos de su apostolado y para recoger, a su vez, los premios de sus triunfos catequísticos y de la fidelidad a sus deberes. Son los bravos campeones del Premio de Roma; pero con ellos está todo un ejército de niños, fieles como ellos al Vicario de Jesucristo; felices de sentirse unidos a él, junto con sus compañeros que los representan, en una pacífica cruzada de oraciones y de florecillas espirituales; ansiosos de ofrecerle sus dones y de prepararse a ser en el mundo heraldos de su palabra y campeones de la vida cristiana.

A estos queridos niños, esperanza Nuestra, como lo son de la familia y de la sociedad, queremos Nos abrirles Nuestro corazón, lleno de gratitud y de afecto, pero sobre todo lleno de aquel deseo que expresó Jesús un día cuando, colocado un niño en medio de sus discípulos, dijo esta sentencia: «Si no os hiciereis como este niño, no entraréis en el Reino de los cielos» (*Matth.*, XVIII, 3). El niño es, por lo tanto, el modelo de todos los seguidores de Cristo; y el deseo de su divino Corazón es que las virtudes del niño permanezcan en la vida de todos, indistintamente.

Entendedlo bien, queridos pequeñuelos: tanto vosotros, como los demás, llegaréis a ser adultos, creciendo a través de las varias edades del hombre, en años, en estatura y en saber; llegaréis a ser cultos, cada uno en el campo de su voca-

ción, para dar a la sociedad lo que hoy recibís de la sociedad: vuestras fuerzas físicas, intelectuales y morales, el ingenio con sus conocimientos y su doctrina, la voluntad con sus iniciativas y sus decisiones. Pues bien; con todo ello no seréis verdaderamente cristianos, sino en la medida que hagáis vuestras las virtudes particularmente propias de los pequeños, para no dejarlas nunca en la vida. Amaréis siempre la obediencia y la disciplina, aunque alguien os enseñe que el hombre es dueño absoluto de sí mismo. Amaréis vuestra sencillez, aunque veáis triunfar en torno a vosotros la astucia y el engaño. Seréis sinceros con todos, como ahora con vuestra mamá, aunque veáis honrados a los fingidos y a los mentirosos. Mantendréis vuestro corazón como hoy, abierto a la compasión, lleno de dulzura y de amor para todos, pronto a olvidar las ofensas, aunque os toque escuchar que el mal se paga con el mal. Sobre todo guardaréis celosamente vuestra inocencia, aunque veáis, en torno a vosotros, tal vez en sus más penosas manifestaciones, el pecado, y dentro y fuera de vosotros escuchéis que la felicidad del hombre reside en el placer. Ved cómo habéis de conservaros semejantes a los pequeños para entrar en el Reino de los cielos. Y de esta suerte seréis al mismo tiempo, en la vida terrena, hombres sinceros, puros, fuertes, útiles a vosotros mismos, a la familia, a la patria: fieles al deber, generosos para el sacrificio, capaces de todos los heroísmos. Así es como os quiere Jesucristo. Y así es como ciertamente queréis ser todos vosotros, queridos niños, como claramente Nos lo dice vuestra presencia aquí, y lo confirma vuestro amor de la doctrina cristiana y vuestros esfuerzos por distingueros en la ciencia de la Religión, vuestras florecillas espirituales, el óbolo de vuestra caridad.

A fin de que permanezcáis siempre tales, dignos hijos de la Iglesia y de la sociedad, y reine siempre en vuestro corazón vivaz y plena vuestra cándida alegría, pedimos Nos de modo especial para vosotros la particular asistencia del Espíritu de Amor, y con paterno afecto, acordándonos de la predilección de Jesús y de que os impuso las manos, en su nombre os bendecimos a todos, junto con vuestros compañeros aquí pre-

sentos en espíritu, con vuestras familias y las suyas, y con todos cuantos se ocupan de vuestra formación cristiana — Delegados, Sacerdotes, miembros del Consejo Superior —, a todos los cuales Nos es sumamente grato expresarles aquí Nuestro paterno reconocimiento.

Cumplen ellos, en nombre de Jesucristo, una muy alta misión, erizada de dificultades y molestias, de renunciamientos, de sacrificios, y por ello de no menor mérito ante Dios que la de quienes consagran su vida a ser las vanguardias del Evangelio, esto es, los propiamente llamados Misioneros. Nos los unimos de buen grado con éstos en Nuestra gratitud y oración: y nos alegra sobremanera que el Capítulo General del Instituto Misionero de la Consolación Nos ofrezca aquí mismo la simpática oportunidad de ver, uno frente al otro, estos como *Estados Mayores* de dos ejércitos que, en campos distintos y con diversas armas, libran con el mismo espíritu, en el mismo augusto Nombre, la misma batalla.

Luego de saludar y animar a los unos, Nos es caro expresar a los otros los sentimientos de Nuestra particular gratitud y de Nuestro afecto. En el trabajo pacientemente realizado para dar nuevo impulso a sus Misiones, según las modernas exigencias de los tiempos y de los lugares, los miembros del Capítulo General de la Consolación Nos dan la prueba tangible de la constante actividad de su Instituto, de su firme voluntad de adaptar su acción a las necesidades, y del examen siempre vigilante que desea ejercer sobre todas las formas propias de su actividad, para asegurarle, junto con la mayor adhesión a las directrices superiores, el máximo rendimiento. Dando impulso a sus Misiones, donde ya es tan grande el bien que hasta ahora ha realizado y realiza con tanto honor el Instituto de la Consolación, además de responder excelentemente a sus santos fines, provee en la mejor forma a su más seguro desarrollo y a la conservación de aquel espíritu de apostolado que lleva consigo desde su fundación y en el cual está la garantía de su bien fundada existencia, exuberantemente prolífica en el místico campo del Padre de familia.

Así, mientras os damos las gracias, queridos Hijos, por los renovados propósitos de trabajo en el difícil terreno que la divina Providencia os ha señalado, y Nos congratulamos con vuestro Superior General que, confirmado en su cargo, reafirma su inteligente, amorosa y fecunda entrega al Instituto, dirigimos a Dios la alabanza y el agradecimiento por el gran bien que todos realizáis y que se recoge en las regiones donde las campiñas albean ya para la siega (*Io.*, IV, 35) y en aquellas otras en las que ya entró la hoz. Confortados por el unánime fervor que ha animado a vuestro Capítulo General y por la experiencia de un pasado tan fecundo, tenemos Nos razones para esperar muchísimo de vuestra actividad al servicio de la Iglesia y de las almas. Por ella Nos es muy grato formular hoy todos Nuestros votos, pidiendo a Dios que acreciente vuestro número, pero más aún que mantenga íntegro y puro vuestro espíritu; que a todos os dé alta conciencia de vuestra sublime vocación, haciendo florecer en medio de vosotros, para edificación de los hombres y gloria de Dios, en las almas las más hermosas virtudes del Evangelio.

Con estos sentimientos saludamos el nuevo período de trabajo que en adelante se abre lleno de esperanzas y de promesas; y con la firme confianza de que, bajo la égida de la Madre de Dios, que tan tiernamente honráis y hacéis honrar, todas vuestras obras continuarán prosperando y vuestra familia religiosa seguirá santificándose en el bien, os damos a todos, pero con particular afecto a vuestros dignos y heroicos Obispos y Prefectos Apostólicos aquí presentes, a Vuestro Superior General, a vuestros hermanos vecinos y lejanos, a cuantos sobre todo consagran generosamente en las Misiones extranjeras sus fuerzas y su vida, la paterna y propiciadora Bendición Apostólica.

Pero también se debe Nuestra Apostólica Bendición a una tercera clase de misioneros, conducidos aquí por la amable Providencia. Son los heraldos del Evangelio en uno de sus sectores que tanto mereció las recomendaciones del divino Maestro: el sector de la misericordia corporal

(*Matth.*, XXV, 31 ss.). Quien en la línea de la caridad fraterna garantizó hasta el vaso de agua fresca dado en su nombre (*Matth.*, X, 42), con la exaltación de las obras de misericordia concluyó su predicación propiamente dicha (*Matth.*, XXVI, 1), e hizo de la asistencia a los enfermos una de las notas diferenciales de la admisión al Reino eterno. «Estuve enfermo — dirá Él un día a los escogidos — y viniste a visitarme». Leyendo estas palabras no podemos menos de quedar conmovidos — tiernamente conmovidos — ante el pensamiento de que en la persona del enfermo es Él mismo, Jesús, quien recibe de los hermanos el beneficio de la asistencia, toma nota de él y lo recuerda a fin de saldar con munificencia las cuentas en el último día.

De todos estos singulares mensajeros de la buena nueva tenemos aquí, representantes autorizados, las Directoras de todas las Escuelas-Residencias profesionales para enfermeras, que han venido de todas partes de Italia para reuniones de carácter técnico-organizador. Bajo trajes religiosos o seculares, estas animosas Damas confirman la alta conciencia caritativa y religiosa en que piensan inspirarse para el ejercicio de sus piadosos deberes.

En perfecta armonía, aun en esto, con las particulares directrices de la autoridad de que dependen, bajo la presidencia de la augusta y benéfica dama S. A. R. la Princesa del Piemonte, quieren hacer de su asistencia a los enfermos una obra de caridad cristiana. Animadas por la fe en Jesucristo y miembros vivos de su místico cuerpo, quieren unir a la acción el sentimiento, al trabajo material la compasión fraterna; y esforzándose en aplicar a su nobilísima profesión los principios cristianos, en todo quieren ser dignas de la divina misión a que está elevada en el Evangelio la asistencia a los pequeños de Jesucristo. A espíritus tan comprensivos no es difícil recordar su dignidad y su responsabilidad. Vosotras — diremos de buen grado a estas queridas hijas, presentes y ausentes — sois las piadosas auxiliadoras de Cristo en sus místicos miembros. Enfermo, Él está confiado a vuestras manos maternas, a vuestra femenina delicadeza, a vuestra inteligente

piedad, a vuestra feliz intuición de las necesidades de cada mal, a vuestro corazón, que sabe y adivina cómo sufre en el alma el que padece en el cuerpo. Puesto que Jesús está en cada enfermo, aunque sea malo, aunque le ignore, seréis para Él lo que fueron la buena Marta hospitalaria, la compasiva Verónica y las piadosas mujeres de Jerusalén. Lo que no es dado hacer por Jesús en los místicos encuentros con Él en la Santa Comunión, os es dado hacerlo en las salas de los hospitales, en las retiradas habitaciones de vuestras clínicas. Las horas de vuestro servicio son las mejores horas vividas de vuestra fe y de vuestra piedad; y precisamente es allí, en la humilde entrega, en las incomodidades y en los sacrificios que este servicio lleva consigo, donde vosotras, Religiosas, podéis medir vuestro celo por la perfección evangélica, y vosotras, seglares, el nivel de vuestra vida religiosa y la sinceridad de vuestra vida cristiana. «Agnosce, christiane, dignitatem tuam», os diremos especialmente con San León Magno: sabed reconocer el honor que se os ha hecho, el singular sacerdocio al que os alza vuestra profesión de enfermeras.

Y por otra parte sabed reconocer vuestra responsabilidad a la vista del mundo.

Puesto que las obras de misericordia encierran la esencia misma del Evangelio (y buena prueba de ello son las mismas palabras de Cristo Juez, de que no admitirá en el Reino eterno sino a quien tuvo un culto práctico de la misericordia), vosotras, como todos los que directamente están llamados a aliviar a los afligidos en el cuerpo y en el espíritu, sed las páginas vivientes de este gran Libro divino, destinadas a mostrar al mundo que el Evangelio de Jesucristo no es una letra muerta, sino una sustancia de vida, siempre realizable y siempre realizada, y dirigida a convertir al mundo del egoísmo al amor y a dar — no sólo a prometer — aquel alivio y aquella paz de los que ha dicho Jesús: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré..., y encontraréis paz para vuestras almas».

No dudamos en decirlo: verdadera, viviente, cotidiana apología del Evangelio sois vosotras, oh dilectas enfermeras

LOS TESOROS DE LA ÍNTIMA UNIÓN CON DIOS

católicas, a los ojos de ese mundo, que tal vez querría impedir, entre sueños generosos y generosas utopías, la realidad de este Evangelio. Y vosotras, esposas de Cristo, que con vuestro hábito invitáis al mundo a mirar cómo se realiza la enseñanza de Jesús, habéis de sentir punzante esta gran responsabilidad; con vuestra imperturbable dulzura, con vuestra heroica paciencia, con vuestro silencioso trabajo, obligaréis a todos a reconocer, si no siempre clara, al menos implícitamente, la verdad, la bondad y la belleza de nuestra profesión cristiana.

Que a todas os conceda el Señor sentir siempre así — alta, cristianamente — vuestra misión.

Y mientras a ese fin se elevan a Dios desde lo íntimo del corazón Nuestros votos, a vosotras cuantas estáis aquí presentes y a vuestras compañeras de diversas regiones, desde las más altas a las más humildes, damos con ánimo grato y confiado la Bendición Apostólica.

XLVIII

19 DE JULIO DE 1939

A LAS RELIGIOSAS DEL SAGRADO CORAZÓN

Como se ha indicado anteriormente (XLVII), Su Santidad se dignó admitir a un grupo de Religiosas «probanistas» del Instituto del Sagrado Corazón. He aquí cómo les habló.

A HORA Nos dirigimos con sumo placer a vosotras, Religiosas *probanistas*.

Vuestra familia religiosa se encuentra agrupada bajo el patronato y advocación del Sagrado Corazón. Ello sería bastante para aseguraros, por Nuestra parte, una benévola acogida. Pero habéis venido especialmente, al terminar el período de recogimiento, destinado a confirmar y a desarrollar en vosotras ese espíritu de vuestro Instituto que con feliz audacia llamáis «el espíritu del Sagrado Corazón».

También a vosotras, al felicitaros por las gracias recibidas hasta este día y los méritos adquiridos por esas gracias, Nos os dirigimos Nuestros deseos de una larga y fecunda continuación de vuestro apostolado.

Más que nunca el mundo turbado tiene necesidad de justicia, de paz y de caridad; pero la mayor parte de los hombres buscan en vano esa triple felicidad lejos de su verdadera fuente, que es el Sagrado Corazón de Jesús. Fuente de justicia, ya que este Corazón, con sola su vista y con el recuerdo de sus sufrimientos, apacigua de continuo la cólera vengadora y justamente irritada de su Padre (*Vindex reis irascitur Deus, sed ut Te respicit...*). Fuente de paz, pues hasta en la agonía de Getsemaní y en su último latido en el Calvario, ese Corazón permaneció inalterablemente sometido a los designios de su Padre, regla suprema de todo orden (*Pater... fiat, non sicut ego volo...*), y se abandonó apaciblemente en sus manos (*Pater, in manus tuas...*). Fuente de caridad, pues que este Corazón fué traspasado, vaciado de toda su sangre, para

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

darnos testimonio de su amor (*Maiorem caritatem nemo habet...*).

Precisa, pues, para rehacer un alma cristiana en nuestra moderna sociedad, conducirla al conocimiento y al amor de Jesucristo. Ahora bien; para esto, el medio mejor y el más eficaz es la educación cristiana de la juventud, con una devoción ilustrada y una entrega generosa de sí misma a ese divino Corazón.

Vais a marchar de Roma hacia las más distintas regiones, a veces muy alejadas, donde os llaman, por la voz de la obediencia, los deberes de vuestro apostolado. Llevad allá con Nuestra Bendición Apostólica, dada con un corazón paternal, esta palabra que vuestra santa Fundadora repetía tantas veces a las primeras Religiosas del Sagrado Corazón: «¡Id!, enseñad a vuestras hijas a amar a Jesucristo y a las almas — y a amarlas como Él las ha amado —, hasta el sacrificio».

XLIX

19 DE JULIO DE 1939

A UN GRUPO DE PEREGRINOS CROATAS

En la referida Audiencia (XLVII), Su Santidad se dignó admitir a su augusta presencia a un notable grupo de peregrinos croatas reunidos en Roma, bajo la dirección de los beneméritos Padres Dominicos, para ofrecerle devoto homenaje. El Padre Santo les dirigió estas palabras de saludo.

« ¡Alabado sea Jesús! »

« ¡Por siempre sea alabado! »

GRAN alegría es para Nos poder recibir en nuestra casa a un grupo de peregrinos croatas, bajo la dirección de los beneméritos Padres Dominicos. Os habéis consagrado, queridos hijos e hijas, a la devoción, al servicio y a la imitación de la Reina del Santo Rosario. Procurad, pues, formaros como católicos firmes en la fe, santos e íntimamente unidos con Jesús por medio de María. El católico de vida interior y perfecta según la fe es firme garantía, contra la cual se estrellará todo esfuerzo, de que siempre estará a las órdenes de la Iglesia Católica en las grandes crisis religiosas de nuestro tiempo.

Trabajad, orad y sacrificaos, bajo la dirección y poderosa protección de la Madre de Dios, por los derechos, floración interior y pleno desarrollo cultural de la fe católica en el valeroso pueblo croata y en toda vuestra Patria.

Como prenda de ello, a todos vosotros y a cuantos actualmente se hallen en vuestro pensamiento, a todos vuestros seres queridos, y especialmente a los niños de vuestras familias, con todo corazón damos Nos la Bendición Apostólica.

L

21 DE JULIO DE 1939

LOS MÉRITOS DE UNA SELECTA
FAMILIA RELIGIOSA

El Padre Santo recibió en Audiencia especial a las Religiosas que habían tomado parte en el Capítulo General de las Canonisas regulares de San Agustín de la Unión Romana. Su Santidad se dignó expresarles su felicitación y manifestarles sus directrices.

BIEN venidas seáis junto a Nos, dilectas Hijas de la Congregación de Nuestra Señora, a la que no ha mucho dispensábamos Nos tan de buen grado Nuestro personal protectorado. Responsabilidad inmediata, que Nos hemos transmitido a Nuestro querido Hijo el Cardenal Tedeschini, cuyas cualidades de espíritu y de corazón le designaban especialmente para velar por una Congregación de enseñanza como la vuestra. Pero no por ello ha disminuído Nuestro paternal afecto hacia vosotras.

Con alegría saludamos Nos, en este Capítulo General, a las Religiosas venidas de Francia, de Bélgica, de Inglaterra y de Holanda para tratar los asuntos de la Congregación y elegir, como lo han hecho con tanta felicidad, a la que todas en adelante han de llamar su Madre — palabra llena de dulce ternura —, añadiendo el título de General, en que resuenan la unión que hace la fuerza y la obediencia que asegura las victorias.

Hace ya tres siglos y medio que vuestro Instituto realiza el deseo de su Fundador, a quien en vida llamaban «el buen Padre de Mattaincourt» y la Iglesia llama ahora San Pedro Fourier. Si él os agrupó en Congregación religiosa — comenzando su obra con cinco humildes hijas, una noche de Navidad, a la hora en que Jesucristo comenzó su obra redentora —, fué, según expresión de un historiador de su tiempo, «para formar las niñas, tanto pobres como ricas, en todo saber útil, en todo excelente menester y especialmente en las virtudes todas de una santa vida».

Tal consigna ha sido llevada a cabo por vuestras predecesoras con extraordinario valor y con tal éxito, que ha sido reconocido tanto por los creyentes como por los mismos incrédulos. Las vicisitudes por las que pasó vuestra familia religiosa, como tantas otras, durante la tormenta revolucionaria y que parecían haber de consumir su ruina, han sido seguidas de una vida nueva, más activa aún, en la que Nos place discernir dos rasgos, aparentemente contradictorios: uno, de continuidad; otro, de renovación.

Permanecéis y queréis permanecer fieles al espíritu de vuestros fundadores: «Quiero, decía Nuestro Señor a su sierva Alix Le Clerc, quiero que las almas jóvenes, a la manera que los hijos abandonados por su madre, la tengan en adelante en ti». Ahora bien; ¡cuántos padres, en estos tiempos, si piensan ciertamente en la salud y porvenir temporal de sus hijos, abandonan realmente sus almas! Por estas almas trabajáis vosotras, tratando — según otra frase que conocéis — «a las jóvenes pobres como a hermanas vuestras, y aplicándoos a la educación de las ricas para hacerlas modestas». ¿No bastarían estas últimas palabras para mostrar que vuestra misión es siempre actual: educar cristianamente a las jóvenes pobres, para hacer de ellas almas de hermanas, extrañas a los odios de clase y a los antagonismos nacionalistas; educar cristianamente a las jóvenes ricas, para darles modestia en sus ademanes, en sus vestidos, en sus expresiones y también en sus sentimientos?

Mas, porque una tradición tres veces secular podría correr el peligro de languidecer o debilitarse en sus aplicaciones, si un soplo de progreso y de adaptación no viniera a vivificarla, Nos consideramos muy felices al comprobar, junto con la fidelidad esencial a los orígenes del Instituto, un nuevo rasgo, en la Congregación de Nuestra Señora, en el siglo xx. Habéis comprendido, en un mundo ávido de instrucción y ante una juventud femenina amenazada en muchos países por el brillo de una enseñanza atea, la utilidad de la unión entre vuestras diversas casas, para coordinar y mejor repartir en consecuencia, por medio de una Superiora General, los recursos inte-

LOS MÉRITOS DE UNA SELECTA FAMILIA RELIGIOSA

lectuales de que en conjunto disponéis. Y para hacer más universal y más indestructible esa unión, la habéis colocado bajo la inmediata dependencia de la Santa Sede.

Más que nunca, pues, seréis en adelante Hijas de la Iglesia, pues hasta en vuestro nombre os declararéis romanas. Es sin duda la Providencia quien, con delicada atención, os ha sugerido y permitido dar a vuestra casa de Roma ese sobrenombre gracioso, ilustrado desde hace ya ciento cincuenta años por vuestro gran monasterio de París: «¡la casa de los Pajaritos!» Vuestro santo y buen Padre, cuyo seráfico corazón sangraba al ver capturar un pajarillo, y que, en los días de nieve, hacía distribuir grano a los gorriones ateridos de frío del jardín, ha de complacerse con ese nombre de los Pajaritos, que tan gracioso cortejo de símbolos suscita.

Nos os deseamos, muy queridas Hijas, que vuestra Congregación, como aquel nido que figura en vuestras armas, quede finalmente acurrucada a los pies de Nuestra Señora; y que, por esta Madre divina, descienda sobre vosotras la bendición prometida al pueblo de Dios, según el profeta Isaías (XXXI, 5): «Como los pájaros que despliegan sus alas sobre sus polluelos, así el Dios de los Ejércitos protegerá a Jerusalén».

Como prenda de estos favores divinos, Nos os concedemos, con paternal corazón, la Bendición Apostólica.

LI

24 DE JULIO DE 1939

AL NUEVO EMBAJADOR DE POLONIA

Su Santidad, respondiendo a las palabras de homenaje que le dirigió el nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Polonia, Excmo. Sr. Dr. don Casimiro Papeé, recibido en solemne Audiencia, para la presentación de las cartas credenciales, exaltó así la gran fe católica del pueblo polaco.

SEÑOR EMBAJADOR:

LAS palabras de Vuestra Excelencia al entregarnos las Cartas que os acreditan como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Polonia — cargo que tan dignamente llenó el llorado e inolvidable señor Ladislao Skrzynski —, son prueba elocuente de la nobleza de sentimientos con que asumís, en un momento particularmente importante, tan alta misión. El representante de una Nación que, a través de los siglos, en medio de tantas vicisitudes, ha permanecido unida a la Santa Sede por lazos tan numerosos y fuertes, aun sólo por ello puede estar seguro de recibir, en la casa del Padre común de la Cristiandad, acogida confiada y alegre. Pero sobre todo ha encontrado en Nuestro corazón un eco reconocido y profundo el conmovido homenaje que Vuestra Excelencia ha tributado a Nuestro Predecesor Pío XI. de inmortal memoria, cuya venerada figura quedará siempre grabada en la historia, y que fué, además, en tiempos agitados, un fiel amigo de la *Polonia restituta*. El hecho de que Nuestro mensaje al mundo en favor de una paz verdadera y sólida, basada en la justicia, en el honor y en la libertad de las naciones, haya correspondido a las convicciones íntimas y a los vivos deseos del pueblo polaco, encontrando en él una perfecta comprensión, según el testimonio recogido de labios tan autorizados, Nos complace sumamente y constituye una adhesión tan importante a la gran idea de la paz entre los pueblos, que Nos no dudamos en expresar ahora todo Nuestro reconocimiento.

La alusión hecha, en esta ocasión, por Vuestra Excelencia al papel preponderante y decisivo que a la religión y a la moral corresponde en los grandes problemas que actualmente interesan a la vida de los pueblos, tiene hoy capital importancia. Cuando, echando una mirada atrás, a las vicisitudes de su historia, la Nación polaca recuerda con gratitud lo que en tiempo pasado ha recibido de la religión de Cristo y de la civilización occidental crecida a la sombra de ésta, llega a una afirmación comprobada, que guarda todo su valor para lo presente y para lo por venir. Cuanto más terreno gane el espíritu materialista que se aleja de los religiosos ideales del pasado cristiano de Europa, y a medida que la áspera lucha por el vivir y ejercitar su actividad ponga a individuos y colectividades en la tentación de atribuir a los factores de la fuerza física una primacía inmerecida y destructora sobre la sagrada idea del derecho, tanto más indispensables serán a la generación presente la sabiduría educadora y el maternal amor de la Iglesia, que, en medio de las disputas y de las tiranteces, inevitables en la tierra, no se cansa de anunciar y de propagar junto a todos, sin distinción de nación ni de lengua, el Evangelio y el espíritu de Aquel cuya doctrina y vida encierran para siempre los fundamentos morales de toda prosperidad y de toda paz verdadera.

La intención, expresada por el Señor Presidente de la República, de mantener y de tornar cada vez más estrechos, por medio de la misión confiada a Vuestra Excelencia, los seculares lazos que unen a Polonia con la Santa Sede, encontrará siempre en Nos plena comprensión y confiado apoyo. Al daros, Señor Embajador, la más cordial bienvenida, os rogamos seáis el intérprete de los votos más ardientes que Nos formulamos por la persona del Jefe del Estado polaco, y, acogiendo de todo corazón vuestra petición, con un sentimiento de paternal afecto, Nos concedemos al Señor Presidente de la República, a toda la Nación polaca que Nos es tan cara, y particularmente a Vuestra Excelencia, como prenda de los divinos favores, Nuestra Bendición Apostólica.

LII

31 DE JULIO DE 1939

AL YUVARAJÁ DE MYSORE

S. A. el Yuvarajá de Mysore presentó a Su Santidad el devoto homenaje de S. A. el Príncipe reinante de Mysore, con la oferta de un precioso Crucifijo y con la ejecución de un delicado concierto de música nacional interpretada por algunos indígenas que formaban parte de su cortejo. Su Santidad, luego de manifestar su gratitud por tal homenaje, puso de relieve la prudencia y los sentimientos del Príncipe de Mysore hacia el Catolicismo.

VERDADERO placer experimentamos al ver en Nuestra presencia un miembro tan distinguido de la dinastía reinante en Mysore en la persona de Vuestra Alteza, juntamente con vuestra estimada consorte, el heredero del trono y las princesas.

Bien conocemos Nos la benevolencia de Su Alteza el Maharajá manifestada hacia los católicos de su reino, y cómo siempre pueden contar éstos con su simpática comprensión y estímulo en todas sus empresas religiosas, educativas y caritativas.

Tampoco desconocemos que Vuestra Alteza comparte estos nobles sentimientos del príncipe reinante, y que lo habéis probado en más de una ocasión con vuestras acciones.

La recepción de hoy evidencia y confirma este hecho, que honra la sabiduría de los gobernantes de vuestro país y colma de felicidad y satisfacción a vos y a los súbditos católicos de Vuestra Alteza.

Nos aprovechamos gustosamente esta significativa entrevista para rogaros que, de vuelta a vuestro lejano país, seáis Vos mismo amable intérprete de Nuestra sincera gratitud hacia Su Alteza el Maharajá. El hermoso concierto musical que Vuestra Alteza acaba de ofrecernos, ejecutado por consumados maestros de su arte, ha sido para Nos un encantador obsequio de los ricos tesoros de una cultura y un pueblo sobresalientes en la historia de la humanidad, cuya ulterior fortuna seguiremos Nos con el más profundo interés.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

Mientras Nos damos Nuestra paternal Bendición a los miembros católicos de esta selecta delegación, invocamos sobre todos los aquí presentes, especialmente sobre Vuestra Alteza y vuestra noble familia, sobre el Gobernante de vuestro país y sobre todo el pueblo de Mysore la protección del Todopoderoso, y os deseamos de todo corazón un futuro dichoso y pacífico, una felicidad cada vez mayor.

LIII

2 DE AGOSTO DE 1939

EL DULCE RECUERDO DEL SANTO BAUTISMO

Ante el homenaje del Capítulo de los Santos Celso y Julián de Roma, iglesia donde Eugenio Pacelli fué engendrado a la vida de la gracia el día siguiente a su nacimiento, respondió Su Santidad recordando su juventud y la inmensa gracia del Santo Bautismo.

SINGULARMENTE agradecidos, queridos Hijos, os quedamos por vuestra visita tan exquisitamente delicada. Nos procura especial consuelo, porque Nos atestigua vuestra devoción y vuestra memoria, y porque al mismo tiempo Nos recuerda la sobrenatural y misericordiosa gracia con que Dios, para usar la expresión del Salmo (*Ps. XLII, 4*), alegró Nuestra juventud, esto es, que Nos trae a la memoria el Santo Bautismo, que Nos recibimos en vuestra iglesia de los Santos Celso y Julián, por el cual fuimos regenerados al reino de la verdad y de la gracia de Cristo; Nos recuerda Nuestra doméstica morada alegre y tranquila, situada en aquella parroquia, padres profundamente piadosos y sacerdotes celosos, bajo cuya dirección armónicamente unida fuimos educados y crecimos en la viva fe católica. Bien sabemos, pues, cuánto motivo tenemos para exclamar con ánimo reconocido: «*Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?*»; y puesto que la divina Providencia, sin mérito alguno Nuestro, ha querido confiarnos el supremo oficio Apostólico, queremos hacer cuanto esté de Nuestra parte para que a la juventud de hoy, expuesta a tantos peligros, en nuestra Roma, en nuestra Italia, en todo el mundo, afluyan puras y abundantes las fuentes sagradas de la verdadera fe, de la viva piedad y de la santa alegría, que desembocan en la vida eterna.

Ayudadnos, queridos Hijos, con vuestras oraciones, con vuestros sacrificios, con vuestro celo, en esta obra santa, mientras de corazón y con ánimo reconocido os damos a vosotros y a todos cuantos visitan el templo de los Santos Celso y Julián, que Nos es tan particularmente querido, la Bendición Apostólica.

LIV

20 DE AGOSTO DE 1939

LA EXCELSA FIGURA DE PÍO X

En el Palacio Pontificio de Castelgandolfo, Su Santidad concedió Audiencia a numerosos fieles de las diócesis vénetas, que habían venido como peregrinos a la Ciudad Eterna para conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la muerte del Siervo de Dios Pío X. El Padre Santo, después de haber acogido con augusta complacencia las pruebas de la filial devoción de los peregrinos, presentados por el Eminentísimo Cardenal Adeodato Juan Piazza, Patriarca de Venecia, exaltó así las virtudes y las obras del venerable Pontífice.

ALTO pensamiento de vida religiosa vemos Nos en esta solemne peregrinación del pueblo, del clero, de los ilustres y dignos Prelados de las Tres Venecias, guiada por Nuestro Venerable Hermano el Obispo de Treviso, bajo la Presidencia honoraria del Eminentísimo Cardenal Piazza, Patriarca de la nobilísima Reina de la Laguna, en su calidad de alto y elocuente intérprete, tanto del Episcopado, como de las representaciones aquí reunidas; devota manifestación a que han querido unirse otros dos eminentes Príncipes de la Santa Iglesia Romana, aquí presentes, que con particular afecto queremos saludar: el Cardenal Salotti, Prefecto de la S. C. de Ritos, autorizado y peritísimo Ponente de la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Pío X. y el Cardenal Canali, que tan vivo mantiene siempre el fervor por su memoria y la de su fidelísimo Primer Ministro y colaborador, el Cardenal Merry del Val. Es un pensamiento de vida que surge al cumplirse un cuarto de siglo desde el piadoso tránsito de Nuestro venerado Predecesor, honra y gloria de aquellas tierras itálicas: un pensamiento de vida, exaltador de la muerte, que vosotros, oh queridos Hijos, habéis visto sentada sobre la tumba en la que duerme el sueño de la resurrección gloriosa, envuelto en la sagrada sombra que vela el sepulcro inmóvil del primer Pedro. Desde esa tumba del gran Hijo de Riese, que fué entre vosotros celosísimo sacerdote, párroco, Obispo y Patriarca, reconocéis la vida e incremento de vida espiritual y religiosa que os han traído a Roma, o que de Roma os han reunido aquí en torno al

humilde e indigno sucesor, por inescrutable designio divino, en su Sede. Con vuestro santo y saludable recuerdo únese también el Nuestro, pues Nos parece ver todavía al inmortal Pontífice, radiante de bondad no exenta de autoridad, de dulzura templada en la firmeza, de fortaleza elevada a pastoral y universal prudencia por tres grandes amores: el amor a la pureza de la doctrina católica, el amor a la libertad de la Iglesia y a la reforma del derecho eclesiástico, el amor a la íntima vida religiosa del clero y del pueblo.

PÍO X, CAMPEÓN DE LOS DERECHOS DE LA IGLESIA

Nacido y vivido entre el pueblo, espectador de las modernas luchas del pensamiento científico y social que pone asechanzas a la pureza de la fe y de la enseñanza católica, no dudó en proscribir los soberbios efectos de una ciencia de falso nombre, que llamaba progreso científico al descarriarse tras los sueños de vanas filosofías y tras la metamorfosis de una verdad variable según los vientos; mientras a los ansiosos de la verdadera ciencia y de la divina palabra abría las aulas del Instituto Bíblico. Por ser el defensor de la verdad y por amar el razonable obsequio de la fe, Pío X apareció en el trono de Pedro como campeón de la libertad y de los derechos de la Iglesia. En su humildad, sintió que la tiara le gravaba la frente; la aceptó entre lágrimas como una cruz de gran peso; pero desde aquel día, ninguna mano extraña osó entrometerse en la elección del Vicario de Cristo. Se mantuvo cual gigante inflexible en la tan disputada liza de la elección de los sacros Prelados, y sacrificó a su dignidad y a la defensa de la obra intangible de Jesucristo y de la Jerarquía, por Él divinamente instituída, aun los legítimos bienes de la Iglesia, dones de la piedad de los siglos, mostrando al mundo con tan espléndido ejemplo «que el hombre debe fomentar acá abajo preocupaciones mucho más altas que las contingencias pasajeras de esta vida; y que la gloria suprema, la inviolable gloria del alma humana en esta tierra,

es el deber sobrenaturalmente cumplido a toda costa por él mismo el honrar, servir y amar a Dios por todo» (cfr. Encíclica *Une fois encore*, 6 enero 1884). Amó la justicia y odió la iniquidad; por ello sufrió la palestra de héroes y de santos. Amó la Iglesia jurídica, que progresa con la propagación de la fe, con las mudables condiciones de los tiempos; y de en medio del volumen de sus leyes «separó lo superfluo y lo vano» (1), señalándoles sus cometidos a las Congregaciones, a los Tribunales y a los Oficios de la Curia Romana.

Amó a los Pastores del redil de Cristo, los exaltó, los confortó en sus luchas; amó al clero y al pueblo, que en la desventura confortó con inagotable caridad. Transfundió a los niños su piedad eucarística y la doctrina de la fe; a los sacerdotes, la santidad de la vida, el celo del culto divino, la sublime oración del Salterio, las inefables armonías de la música sagrada; al pueblo, la concordia de los espíritus y la práctica de las virtudes cristianas. Pastor universal de la grey de Cristo, buscó el bien de todas las gentes: amó la paz del mundo; y, cuando oyó la hórrida noticia de que en los campos de Europa los hermanos mataban a los hermanos, su amor se tornó dolor; alzáronse sus ojos al cielo: vió suspendidas las balanzas de la justicia de Dios; y en su angustia, inclinó la frente resignada, y su gran corazón cesó de latir.

PURA Y LUMINOSA FIGURA DE PÍO X

Víctima de su ardiente amor a los pueblos y a las naciones, el piadoso Pontífice desapareció en la hora de Dios, ante el inmenso y cruento torbellino que revolvía las fronteras de las naciones, sumergía las invencibles naves en el fondo de los mares y de los océanos y transformaba en nuevos campos de matanzas humanas hasta las regiones de los vientos. Ha pasado un cuarto de siglo desde aquel día: un cuarto de siglo lleno de acontecimientos y de hechos, para realizar los cuales en otros tiempos no hubiera bastado la

(1) Cfr. *Par.*, VI, 12.

obra de varios siglos; un cuarto de siglo, en cuyo turbulento y obscuro desarrollo, la humanidad espectadora ha olvidado fácil y prontamente aun a aquellos pocos hombres que figuraron en la primera línea en el escenario de sus intereses y de su bien. ¿No es, pues, para todo corazón católico fuente de santa alegría ver cómo la sombra del rápido olvido, que ha cubierto a tantos otros, se ha transformado, más bien que en obscurecer, en despertar de luz para iluminar a aquel cuya tumba ha sido la meta de vuestro viaje? No; los cinco lustros transcurridos no sirvieron para quitar nada de su fuerza de atractivo vigor y de su poder refulgente a la pura y luminosa figura de Pío X. Al contrario, cuanto más y más emerge de la sombra y avanza revestida de fulgor espiritual, más fervorosa tórnase hacia él la mirada de los fieles, arrastrada por un instinto de amor que, cada vez más penetrante, ve y comprende la excepcional importancia y la extraordinaria misión que reviste especialmente en un tiempo tan tormentoso. A la luz de las transformaciones originadas por la guerra mundial, o aceleradas, propagadas o desarrolladas por ella; ante el sucederse de los acontecimientos y el fermento de las doctrinas contenidas en tales cambios o derivadas de ellos, la persona y la época de Pío X adquieren aspectos y dimensiones tales, que difícilmente podrían haber aparecido con tanta claridad en un tiempo anterior. Hoy, cuando la Iglesia de Cristo se encuentra llamada a empeñarse, en su encuentro con los horrores y las tendencias reprobables del mundo, en luchas tan arduas y difíciles que nunca se hubieran podido concebir, podemos medir más exactamente y ponderar más profundamente la gran deuda de gratitud que tenemos hacia quien se empleó con constante y vigilante fuerza y sabiduría en preparar los miembros del místico cuerpo de Cristo para las futuras tormentas, en afilar las armas espirituales para semejantes luchas y en educar las inteligencias y los corazones de todos los fieles en el espíritu de una milicia de Cristo pura y bien dispuesta.

¡Qué gran gloria, cuán santo orgullo es el vuestro, queridos hijos de las Venecias, por haber dado de vuestro seno a la

Iglesia de Cristo un Pontífice de quien se ha irradiado y todavía se irradia tal plenitud de bendición, de gracia, de renovación y de santificación! Si la tierra veneciana y su grandiosa metrópoli hizo a tiempo un gran sacrificio, tan sentido por todas las clases de la población, cuando vió partir hacia la Ciudad Eterna a su amado Patriarca, que nunca más volverían a ver en la laguna de San Marcos; hoy, en que habéis venido a depositar sobre su tumba el tributo de vuestro amor y de vuestra imperecedera gratitud, habéis contemplado aquella urna circundada por piadosos visitantes de los más variados cielos, lenguas y naciones, reverenciada y señalada por el amor y el reconocimiento de un número incalculable de almas.

En aquella tumba descansa el corazón del gran Pontífice, que palpité por vosotros, por la Iglesia de Cristo, por el redil descarriado de Pedro, por un mundo sin paz.

VIVE EN EL RECUERDO DE TODOS

Hace ya veinticinco años que no palpita aquel corazón; pero el amor que lo movió es, como su espíritu, inmortal ante Dios. Aquel espíritu no está sepultado en las Grutas Vaticanas; no lo aprisiona la cúpula de Miguel Ángel. Vive ante la vista de Dios; y vive en Nuestros recuerdos, en los vuestros, en los de todo el mundo. Son recuerdos de amor y de piedad, de invocación y de esperanza, de un ardiente deseo de volver a ver un día brillar y reaparecer su paternal imagen en la luz de la Basílica Vaticana. ¿No son acaso éstos los recuerdos que os han conducido, Venerables Hermanos y dilectos Hijos, al sepulcro de los despojos mortales del Pontífice Pío X? Aquellos mudos e invisibles despojos, ¿no tienen para vosotros y para otros mil y mil corazones una palabra, que repite con su eco las virtudes y las obras de aquella selecta alma que los animó? Aquel sarcófago, ¿no parece esperar en la sombra una aurora de sacra prudencia, que lo abra a la veneración, y una mano omnipotente que con aureola corone la frente del gran Pontífice?

Sólo Dios es el glorificador de sus siervos fieles y prudentes, como sólo Él los elige, los plasma, los prepara, los dirige, los conduce, los santifica y los exalta ante el mundo, los ángeles y los hombres. Como el triunfo de los santos, también Nuestra obra y Nuestro voto y deseo están en sus manos: Él crea la aurora, la mañana y el mediodía en el altar de los grandes héroes de la fe y de la virtud, suscitados por Él a través de los tiempos. Ante la presencia de Dios vive el espíritu inmortal de Pío X, envuelto en sus virtudes y en sus obras que lo han seguido más allá de esta vida, que es un correr a la muerte: Dios, justo remunerador, si le place, lo glorificará también aun en medio de su Iglesia militante, para que el ejemplo de su celo sacerdotal y apostólico, no sólo ilustre los fastos del Pontificado Romano, sino que sea también ornamento y aguijón al bien para los hijos de la laguna veneciana y espejo de cristiano fuego — *ignis ardens* — para todo el mundo. Para obtener esto del Cielo, álzanse hacia Dios Nuestros votos y los vuestros. Toda Nuestra luz y todo Nuestro poder están en la oración; en la oración también están vuestra ansia y vuestra amorosa esperanza. Con tales sentimientos, damos a vosotros y a todos, para quienes la habéis requerido, compañera en el camino y en la vida, la Bendición Apostólica.

PREOCUPACIÓN POR LA PAZ

Deseamos que esta bendición, en las circunstancias actuales, implore antes que nada la paz: la paz de Italia, la paz de Europa, la paz del mundo. Al admirable Pontífice, cuya cara y santa memoria hoy hemos evocado aquí con vosotros, le despedazó el corazón la profunda angustia del estallido bélico, no de otro modo que si hubiese previsto y presentido todos los horrores y ruinas de aquel conflicto mundial. Su sucesor, Benedicto XV, de f. m., suspiró, habló, rogó y solicitó, en favor de la paz, aquella moderación de ánimos que es olvido de lucha en la concordia de las naciones. Por la paz, Nuestro inmediato Predecesor Pío XI, cuya veneranda figura

álzase viva en este momento ante los ojos de Nuestro espíritu junto con la de Pío X, hizo a Dios, hace ahora casi un año, el ofrecimiento de su vida, con paterno acto que conmovió a todo el mundo. En el momento presente, que con dolor renueva el ansia y el temblor en los corazones, Nos mismo, ya desde el primer día de Nuestro Pontificado, hemos intentado y hecho cuanto estaba en Nuestras fuerzas por alejar el peligro de la guerra y por cooperar a la consecución de una sólida paz, fundada en la justicia, y que salvaguardara la libertad y el honor de los pueblos. Es más: en los límites de lo posible y en cuanto Nos lo consentían los deberes de Nuestro apostólico ministerio, hemos dado preferencia a tal preocupación entre otras que gravaban Nuestro ánimo; Nos hemos impuesto prudentes reservas, a fin de no hacernos en ninguna parte difícil o imposible el trabajar en pro de la paz, conscientes de todo cuanto en este campo debíamos y debemos a los hijos de la Iglesia Católica y a toda la humanidad.

Nos no queremos, ni aun ahora Nos permite el corazón pensar de otro modo, renunciar a la esperanza de que los sentimientos de moderación y de objetividad puedan evitar un conflicto que, según todas las previsiones, sobrepasaría al pasado en destrucciones y en ruinas materiales y espirituales. Nos no cesamos de esperar que los Gobernantes de las naciones todas, en la hora de la decisión, rehuirán asumir la horrenda responsabilidad de apelar a la fuerza.

Pero sobre todas las humanas esperanzas, colocadas en el fondo de la bondad y en las luces de la prudencia de los hombres, se alza Nuestra mirada al Omnipotente, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que ha hecho sanables las naciones. De Él, en cuyas manos están los corazones y las mentes de los Gobernantes, queremos — unidos en esta memorable jornada con vosotros, Venerables Hermanos y dilectos hijos, con todos los católicos de la tierra y teniendo, además, presentes en la oración tantas almas de buena voluntad que, aunque vivan fuera de la Iglesia, aspiran igualmente a la paz — implorar nuevamente que, en su infinita bondad y misericordia hacia el género humano, ponga

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

fin a la guerra donde ya está desencadenada, y preserve benignamente a todos del azote de nuevos y más crueles conflictos sangrientos. Sobre este mundo inquieto y turbado como tempestuoso mar haga Dios aparecer y brillar el iris de la calma, de la paz y de la activa concordia entre pueblos y naciones; y con redoblado fervor no cese de alzarse hasta Él la reiterada súplica: *Da pacem, Domine, in diebus nostris!*

LV

24 DE AGOSTO DE 1939

RADIOMENSAJE DE PAZ EN EL INMINENTE PELIGRO DE GUERRA

Cuando en dicho día llegaba a su apogeo el peligro de un nuevo conflicto mundial, Su Santidad dirigió a los Gobernantes y a los pueblos el siguiente Radiomensaje, saturado de paterna solicitud y de incomparable amor.

HORA muy grave es la que suena de nuevo para la gran familia humana; hora de tremendas deliberaciones, de las que no puede despreocuparse Nuestro corazón, ni debe desinteresarse Nuestra autoridad espiritual, que Nos viene de Dios para conducir los hombres por las vías de la justicia y de la paz. Nos dirigimos a todos vosotros los que en este momento lleváis el peso de tanta responsabilidad, a fin de que a través de Nuestra voz escuchéis la de Cristo, en quien el mundo tuvo alta escuela de vida y en quien ponen toda su confianza millones y millones de almas en un momento en que sólo su palabra puede acallar los rumores todos de la tierra.

LLAMAMIENTO DE DIOS

Escuchadnos todos vosotros, regidores de los pueblos, hombres de la política y de las armas, escritores, oradores de la radio y de la tribuna, y todos cuantos tenéis autoridad sobre el pensamiento o la acción de los hermanos y responsabilidad de sus destinos.

Nos, sin más armas que la palabra de la Verdad, por encima de las pasiones y discusiones públicas, os hablamos en nombre de Dios, de quien toma su nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra (*Eph.*, III, 15); de Jesucristo, Señor Nuestro, que ha querido hermanos a todos los hombres; del Espíritu Santo, don altísimo de Dios, fuente inexhausta de amor en nuestros corazones.

Hoy en que, no obstante Nuestras repetidas exhortaciones y Nuestra particular actuación, se condensan más apremiantes los temores de un sangriento conflicto internacional; hoy, en que la tensión de los espíritus parece haber llegado a tal punto que puede ya juzgarse inminente el desencadenamiento del tremendo torbellino de la guerra, con ánimo paterno volvemos a dirigir un nuevo y más cálido llamamiento a los Gobernantes y a los pueblos: a aquéllos, para que, después las acusaciones, las amenazas y las causas de recíproca desconfianza, procuren resolver las actuales divergencias por el único medio adecuado a ello, esto es, por comunes y leales acuerdos; a éstos, para que, en la calma y en la serenidad, sin descompuestas agitaciones, animen las tentativas pacíficas de quienes los gobiernan.

La Justicia se abre camino, no con la fuerza de las armas, sino con la fuerza de la razón. Y los imperios no fundados sobre la Justicia no son bendecidos por Dios. La política emancipada de la moral se vuelve aun contra los mismos que así la quieren.

AUN ES TIEMPO

Inminente es el peligro, pero todavía es tiempo.

Nada se ha perdido con la paz. Todo puede perderse con la guerra. Vuelvan los hombres a comprenderse. Comiencen de nuevo a tratar. Tratando con buena voluntad y con respeto de sus recíprocos derechos, se darán cuenta de que jamás queda cerrado un honroso desenlace a unas negociaciones sinceras y eficaces.

Y se sentirán grandes — con la verdadera grandeza — si, imponiendo el silencio a las voces de la pasión, tanto colectiva como privada, y dejando el imperio a la razón, llegaren a ahorrar la sangre de los hermanos y las ruinas de la patria.

Haga el Omnipotente que la voz de este Padre de la familia cristiana, de este Siervo de los siervos, que tan indignamente representa — aunque tan realmente entre los hom-

bres — la persona, la palabra, la autoridad de Jesucristo, encuentre pronta y bien dispuesta acogida en las mentes y en los corazones.

Que Nos escuchen los fuertes, para no ser débiles en la injusticia. Que Nos escuchen los poderosos, si quieren que su potencia no sea destrucción, sino amparo de los pueblos y tutela para la tranquilidad en el orden y en el trabajo.

QUIÉNES ESTÁN CON EL PAPA

Les suplicamos por la sangre de Cristo, cuya mansedumbre en la vida y en la muerte fué la fuerza vencedora del mundo. Y al suplicarles sabemos y sentimos que tenemos con Nos a todos los rectos de corazón; a todos los que tienen hambre y sed de Justicia, a todos los que sufren ya, por los males de la vida, todo dolor. Tenemos con Nos el corazón de todas las madres, que late con el Nuestro; a los padres, que habrían de abandonar a sus familias; a los humildes, que trabajan y nada más saben; a los inocentes, sobre quienes la amenaza pesa tremenda; a los jóvenes, generosos caballeros de los más puros y nobles ideales. Y con Nos está el alma de esta vieja Europa, que fué obra de la fe y del genio cristiano. Con Nos está la humanidad entera, que ansía justicia, pan, libertad, pero no el hierro que mate y destruya. Con Nos está aquel Cristo, que del amor fraterno hizo su mandamiento fundamental y solemne, sustancia de su religión, promesa de salvación para los individuos y para las Naciones.

Acordándonos, por fin, de que todos los recursos humanos de nada sirven sin la ayuda divina, invitamos a que todos dirijan su mirada a lo Alto y pidan al Señor con fervientes oraciones que descienda abundante su gracia sobre este mundo tan revuelto, que aplaque las iras, que reconcilie los ánimos y haga brillar la aurora de un futuro más sereno. Con tal confianza y con esta esperanza, damos a todos de corazón Nuestra paterna Bendición:

Benedictio Dei Omnipotentis, Patris, et Filii et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper.

LVI

14 DE SEPTIEMBRE DE 1939

AL NUEVO EMBAJADOR DE BÉLGICA

Su Santidad recibió al Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bélgica, S. E. Adriano Nieuwenhuys, para la presentación de sus cartas credenciales. A las devotas palabras que le dirigió el Embajador respondió así el Padre Santo, insistiendo en su inextinguible ansia de paz para toda la familia humana.

SEÑOR EMBAJADOR:

CON viva satisfacción recibimos de manos de Vuestra Excelencia las Cartas con que Su Majestad el Rey de los belgas os acredita junto a Nos como Embajador y Ministro Plenipotenciario suyo. En estas Cartas vemos una nueva expresión del particular interés que vuestro Augusto Soberano reconoce al mantenimiento de las estrechas y confiadas relaciones que unen felizmente a la Nación belga con esta Sede Apostólica, relaciones que redundan por igual en pro de la Iglesia y del Estado. Las palabras con que Vuestra Excelencia ha acompañado este acto solemne (las esperábamos con plena seguridad, pero no por eso Nos han conmovido menos) son una garantía de que las elevadas intenciones de Su Majestad encontrarán en Vos la más perfecta y la más fiel correspondencia. Por Nuestra parte, estad seguro, Señor Embajador, de que Nos, que hace años tenemos ocasión de conocer y apreciar vuestras bellas cualidades de espíritu y de corazón, os daremos de buen grado todo Nuestro apoyo para el cumplimiento de la alta tarea que os está confiada.

HORA TRÁGICA

Coinciden los comienzos de esta misión con una hora de tensión trágica, que llena Nuestro corazón de profunda tristeza. Lo que, desde el último conflicto mundial, era la angustia y el terror de los pueblos, es de nuevo una realidad, ¡la realidad de una catástrofe inconmensurable! No hay previ-

sión humana alguna que pueda calcular ni qué horrible potencial de destrucción llevará consigo, ni cuáles serán la extensión y las complicaciones sucesivas de esta nueva guerra, que ya sacude el suelo de Europa, y particularmente el de una nación católica. Recuerda Vuestra Excelencia, con toda razón, los esfuerzos llevados a cabo por vuestro Soberano, hasta el último momento, para salvar la paz amenazada y para preservar a los pueblos de Europa de las más graves calamidades. Pero ¿quién podía estar más ardientemente dispuesto a apoyar tan generosas tentativas que el Padre común de la Cristiandad? Hallándonos, por deber de Nuestro ministerio apostólico, por encima de todos los conflictos particulares, y preocupados, en Nuestra paternal solicitud, por el verdadero bien de todos los pueblos, Nos veíamos, con dolorosa angustia de corazón, acercarse cada día más el cataclismo que se seguiría, como una consecuencia inevitable de abandonar el principio de las negociaciones y de recurrir a la fuerza de las armas. No hemos de repetir Nos mismo cómo la previsión de tan gran desgracia Nos ha acompañado sin cesar desde el primer día de Nuestro Pontificado; y cómo, hasta el supremo instante que precedió a la ruptura de las hostilidades, nada hemos omitido de lo que Nos podíamos intentar — ya por oraciones y exhortaciones públicas, ya por actuaciones confidenciales, reiteradas y precisas — para iluminar los espíritus sobre la gravedad del peligro, y para conducirlos a leales y pacíficas negociaciones, sobre las bases, las únicas sólidas y duraderas, de la justicia y del amor: justicia hecha tanto al más débil como al más fuerte; amor que se mantenga al abrigo de los desvaríos del egoísmo, de suerte que la salvaguarda del derecho de cada uno no degenera en olvido, o negación, o violación positiva del derecho de los demás.

Hoy, desgraciadamente, el estruendo del cañón, el tumulto de los ejércitos combatientes y la rápida sucesión de los hechos de guerra hacen ya enmudecer a todas las voces restantes. Comenzadas ya las hostilidades, en ciertos sectores con efectos fulminantes, parecen cerrarse totalmente, a los adalides de la paz, los caminos que, ayer todavía, podían pare-

cer accesibles a una buena voluntad recíproca. En tal estado de cosas Nos elevamos Nuestras oraciones a Dios, que tiene en sus manos el destino y los corazones de todos los hombres, a fin de que abrevie los días de prueba, y abra a los pueblos, amenazados por indecibles desgracias, nuevos caminos hacia la paz, antes de que el incendio actual se transforme en conflagración universal.

EL PAPA CUMPLIRÁ SIEMPRE SU DEBER

Puesto que Nos somos, aunque indigno, el Vicario de Aquel que ha descendido a la tierra como *Princeps Pacis*; sintiéndonos, además, sostenidos por las oraciones de los fieles y confortados por la íntima certeza de tener con Nos innumerables almas de buena voluntad, Nos no cesaremos de vigilar atentamente, para secundarlas con todo Nuestro poder, las ocasiones que se ofrecieren: ante todo, para encaminar de nuevo a los pueblos, hoy agitados y divididos, hacia la conclusión de una paz honrosa para todos, en conformidad con la conciencia humana y cristiana, una paz que proteja los derechos vitales de cada uno y que salvaguarde la seguridad y la tranquilidad de las Naciones; y después, en cuanto Nos fuere posible, para curar al menos las terribles heridas ya causadas o las que en lo por venir se causaren. A este propósito Nos place recordar ciertas declaraciones, según las cuales las Potencias beligerantes han afirmado públicamente, al comienzo del conflicto, su voluntad de observar durante la guerra las leyes de la humanidad y de conformarse a las estipulaciones de los acuerdos internacionales. Tenemos, pues, una especial confianza de que las poblaciones civiles serán preservadas de toda operación militar directa; que en los territorios ocupados serán respetadas la vida, la propiedad, el honor y los sentimientos religiosos de los habitantes; que los prisioneros de guerra serán tratados humanamente y podrán recibir sin obstáculo los auxilios de la religión; que será excluído el uso de los gases asfixiantes y tóxicos.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

Y estamos seguros de que Nuestro llamamiento a la paz de Cristo, por la justicia y la caridad en las relaciones internacionales, encontrará siempre buena acogida en un pueblo que ha dado a la Iglesia tan admirables héroes de la caridad cristiana. Animados por tan consoladora confianza, Nos invocamos la omnipotente protección de Dios sobre Su Majestad el Rey y sobre toda la Familia Real; sobre el Gobierno y la Nación belga; imploramos de modo especial las divinas bendiciones sobre Vuestra Excelencia, a fin de que ellas le acompañen en el curso de su alta misión.

LVII

20 DE SEPTIEMBRE DE 1939

A UNA SELECTA REPRESENTACIÓN DEL CLERO Y DEL PUEBLO MEJICANOS

Su Santidad se dignó dirigir a una selecta representación del clero y del pueblo mejicanos, admitida en Audiencia, palabras de saludo y de felicitación por la iniciativa de haber erigido en los jardines Vaticanos una estatua que representaba la aparición de la Virgen de Guadalupe.

No hay palabras para expresaros cuánto gozo y cuánta consolación Nos depara la divina Providencia al concedernos el poder saludaros en Nuestra casa, hijos e hijas de Méjico.

Venís de la cara tierra en donde los discípulos fieles de Jesús se han hallado en la tribulación y en el padecimiento, en donde han sostenido persecución por la fe y el nombre de Jesús.

Decid en la patria a vuestros hermanos y hermanas que el Señor ha de galardonar con superabundancia su leal constancia en la fe. Los sacrificios que ellos han soportado por Cristo Rey son semilla divina que rinde centuplicado fruto.

Habéis levantado en Nuestro solar un monumento a la Santísima Virgen de Guadalupe; os damos por ello las gracias. Una confianza sin límites en el materno amor y en la poderosa protección de la Virgen Inmaculada Nos unirá con vosotros.

A María hemos de invocar para que en todas las amenazas y opresiones venga en nuestra ayuda, inspire valor a los débiles, interponga su intercesión para todo vuestro pueblo y obtenga de su divino Hijo sacerdotes santos, hombres temerosos de Dios, madres piadosas, jóvenes firmes y constantes en la fe.

Como prenda de esto, os impartimos a vosotros y a todos vuestros parientes, a todos los que vosotros lleváis en la mente y en el corazón, a todos Nuestros queridos hijos e hijas de vuestra bella patria, a todo vuestro pueblo, una muy especial y paternal Bendición Apostólica.

Bendecimos, además, y enriquecemos con indulgencias todos los objetos religiosos que habéis traído con vosotros.

LVIII

26 DE SEPTIEMBRE DE 1939

A UNOS PEREGRINOS ALEMANES

Su Santidad recibió en Audiencia especial a un grupo de peregrinos alemanes, a los que saludó con sentimientos de paternal afecto.

BIEN venidos seáis a Nos, queridos hijos. Bien sabéis cuán profundamente Nos afecta cuanto se refiere a las condiciones íntimas y exteriores de la vida religiosa y espiritual del pueblo alemán.

Llegáis a Nos en una hora muy seria. Tan serio es el momento presente y tan oscuro lo por venir, que los hombres, en estas circunstancias, tan sólo podemos pensar y decir una cosa: la guerra comenzada es un castigo inevitable de Dios para todos los pueblos que a ella se vieren arrastrados.

Ahora, como nunca, incumbe a los sacerdotes el deber de mantenerse plenamente por encima de todas las pasiones políticas y nacionales, consolar, animar, ayudar, invitar a la oración y a la penitencia, y personalmente orar y hacer penitencia. Orad para que Dios, en su misericordia, abrevie los horrores y días de la guerra y depare una paz que para todos los interesados sea en honor, en justicia y en pacificadora concordia, y que traiga también de nuevo días más felices y una mayor libertad a la Iglesia Católica en vuestra querida Patria.

A vosotros, Hijos muy queridos, y a todos cuantos tenéis en vuestro pensamiento, Nos, de lo íntimo de Nuestro corazón, como prenda del amor, gracia, poder y paciencia de Jesucristo, os damos la Bendición Apostólica.

LIX

30 DE SEPTIEMBRE DE 1939

PATERNAL CONSUELO A LA CATÓLICA Y FIEL POLONIA

Su Santidad se dignó admitir a su augusta presencia a un numeroso grupo de polacos residentes en Roma, a los cuales se unieron algunos compatriotas que se hallaban accidentalmente de paso en la Ciudad Eterna. A los fieles hijos de aquella nación, que le fueron presentados por el Emmo. Cardenal Augusto Hlond, Arzobispo de Gnesna y Posnania, Primado de Polonia, dirigió Su Santidad paternales frases de consuelo, de ánimo y de confianza.

MUY QUERIDOS HIJOS E HIJAS :

HABÉIS venido a implorar Nuestra Bendición en un momento particularmente doloroso para vuestra Patria, en una hora trágica de vuestra vida nacional. Por ello, raramente hemos sentido en Nos mismo, tan íntimo y ardiente como hoy, el deseo de mostrarnos en hechos y en palabras tal como, por misteriosos designios de la Providencia, hemos sido llamados a ser acá abajo: el Vicario y el representante de Jesucristo, la imagen viviente de aquel Dios encarnado, sobre quien San Pablo pudo decir: «*Apparuit benignitas et humanitas*» (*Tit.*, III, 4). Sí; la compasión infinitamente tierna del mismo divino Corazón es la que Nos queríamos haceros ver, escuchar y sentir, a todos vosotros, hijos de la católica Polonia, en estos momentos.

Conducidos por vuestro venerado Cardenal Primado y acompañados por muchos sacerdotes, habéis venido como para testimoniar que vuestra tradicional adhesión a vuestros pastores, prenda de vuestra devoción al supremo Pastor, nada ha perdido bajo las adversidades que os hieren, ni dejará conmoverse por las que aun puedan amenazaros.

TERNURA PATERNA

Habéis venido, no para formular reivindicaciones, ni para exhalar ruidosas lamentaciones; sino para solicitar de Nuestro corazón, de Nuestros labios, una palabra de consuelo

y de ánimo en vuestro sufrimiento. Nuestro deber de Padre es el de dárosela; y nadie, ciertamente, podrá admirarse de ello. El amor de un padre se interesa por todo lo que toca a sus hijos; ¡cuánto más no se interesará por todo lo que les hiere! A cada uno de vosotros querría él repetir la palabra de San Pablo a los de Corinto: «¿Quién de vosotros puede sufrir sin que yo sufra con él?»: «Quis infirmatur, et ego non infirmor?» (*II Cor.*, XI, 29).

Ahora bien; cuéntanse ya por millares, por centenas de millares, los infelices seres humanos que sufren, víctimas alcanzadas en su carne o en su alma por esta guerra, de la que todos Nuestros esfuerzos — bien lo sabéis — con tanta persistencia y tanto entusiasmo — pero, ¡ay!, tan en vano — han procurado preservar a Europa y al mundo. Ante Nuestros ojos pasa ahora — visión de espantosa locura o de sombría desesperación — la multitud de fugitivos y errantes, la de todos cuantos ya no tienen ni patria ni hogar. Hasta Nos llegan desgarradores los sollozos de las madres y de las esposas, que lloran a sus seres queridos caídos en campos de batalla; Nos escuchamos los desolados lamentos de tantos ancianos y débiles, que sin duda quedan privados, las más de las veces, de toda asistencia y de todo socorro; los vagidos y el llorar de los pequeñuelos, que ya no tienen padres; los gritos de los heridos y el estertor de los moribundos, muchos de los cuales no eran combatientes. Nos hacemos Nuestros todos sus sufrimientos, todas sus desgracias, todos sus llantos. Pues el amor del Papa hacia los hijos de Dios no conoce límites, como no conoce fronteras. Todos los hijos de la Iglesia están en su casa cuando se aprietan junto a su Padre común; todos tienen un lugar en su corazón.

Pero esta ternura paternal, que participa con cada uno de los afligidos, que querría detenerse con cada uno de ellos — y podréis cada uno de vosotros recibir en el día de hoy una buena prueba de ello —, no es el único bien que os queda. Ante los ojos de Dios, ante los de su Vicario, ante los de todos los hombres de buena fe, os quedan otras riquezas: las que no se guardan en arcas de hierro o de acero, sino en los cora-

zones y en las almas. Os queda, por de pronto, el brillo de un heroísmo militar, que ha llenado de admiración aun a vuestros adversarios, y al que éstos lealmente han rendido homenaje.

FIDELIDAD CRISTIANA

Os quedan — estela luminosa en la actual noche — todos los grandes recuerdos de vuestra historia nacional, cuyos diez siglos, prontos a cumplirse, han sido consagrados al servicio de Cristo y muchas veces a la magnánima defensa de la Europa cristiana. Os queda, sobre todo, una Fe que nunca quiere desmentirse, digna hoy de lo que fué siempre en otro tiempo y de lo que era aún ayer mismo. Por los caminos alternativamente trágicos y gloriosos que ha recorrido Polonia, han corrido muchos ríos de lágrimas y torrentes de sangre; ha habido abismos de dolor; pero ha habido también cimas luminosas de victoria, llanuras y valles pacíficos, ilustrados por todos los esplendores de la religión, de la literatura y de las artes. En su agitada vida, vuestro pueblo ha conocido horas de agonía y períodos de muerte aparente; pero ha visto también días de restauración y de resurrección. Hay una cosa que no se ha visto nunca en vuestra historia, y vuestra presencia aquí Nos asegura que no se verá jamás: una Polonia infiel o separada de Jesucristo y de su Iglesia.

El país de San Casimiro y de Santa Eduwigis, el país de los dos Santos Estanislao, de San Juan Cancio y de San Andrés Bobola, ha podido perder, a través de los siglos, durante más o menos tiempo, su territorio, sus bienes, su independencia; jamás ha perdido su fe. Jamás ha perdido su tierna devoción a la Virgen María, esa *Reina* poderosa y dulce de *Polonia*, cuya imagen milagrosa es desde hace siglos, en el Santuario de Czestochowa, la consoladora de los dolores de toda la nación y la confidente de sus indestructibles esperanzas.

Por ello Nos estamos seguros, muy queridos hijos e hijas, de que sentimientos tan sólidamente arraigados en vuestras almas no se debilitarán jamás. Queremos, además, esperar

que Dios, en su misericordia, no permitirá que la práctica de la religión sea impedida en vuestro país; y hasta queremos esperar, a pesar de las muchas razones que hay para temer, inspiradas por los designios demasiado conocidos de los enemigos de Dios, que la vida católica podrá continuar profunda y fecunda entre vosotros; que podréis renovar las ceremonias del culto, las manifestaciones de piedad hacia la Eucaristía, y de homenaje a la Realeza de Cristo, de que tan magnífico espectáculo daban poco ha vuestras ciudades y vuestras campiñas; que la prensa católica, las instituciones caritativas, las obras sociales, la enseñanza religiosa, gozarán de la libertad que les es debida. Por ello Nos exhortamos especialmente a vuestros Pastores espirituales a proseguir, a intensificar todavía sus iniciativas en el campo que, con la ayuda de Dios, pueda quedar abierto a su celo. Cualesquiera que sean las nuevas circunstancias en que se emplee este celo, el primer deber de todos, pastores y ovejas, es perseverar no solamente en la oración, sino valerosamente también en las obras, con una inquebrantable confianza.

ESPERANZA. LÁGRIMAS

¡Precisamente en las horas en que la divina Providencia parece temporalmente ocultarse, es hermoso, meritorio y bueno, creer en ella! Por lo tanto, en las desgracias que os afligen, en las que todavía os sobrevendrán tal vez, no ceséis jamás de ver esa Providencia que todo lo ordena a sus fines, que «no se engaña jamás en sus consejos»: «Deus cuius providentia in sui dispositione non fallitur» (*Orat. Lit. Missae, Dom. VII p. Pent.*) y que, cuando deja cargar sobre sus hijos una pesada cruz, no tiene otro designio que hacerles más semejantes a su Salvador muy amado, asociarles más íntimamente a su obra redentora, y por consiguiente, hacerles más queridos de su Corazón. Como las flores de vuestras regiones, que bajo la espesa capa de las nieves invernales esperan las tibias auras de la primavera, sabréis esperar, en una confiada oración, la hora de los consuelos celestiales.

Templado así vuestro dolor por la esperanza, no conocerá las quejas y mucho menos el odio. Que vuestro deseo de justicia permanezca conforme a las divinas leyes de la caridad: así puede y así debe ser. Por la justicia y la caridad, en efecto — y sólo por ellas, como Nos no cesamos de repetirlo —, podrá por fin devolverse al mundo, hoy tan agitado, esa paz que, entre el tumulto de las armas, reclama con tan grande angustia el clamor de los pueblos, y por la cual, de uno a otro polo millones de almas sinceras, aun de las que no profesan la fe católica, elevan sus oraciones hacia Dios, único Soberano y Señor de los hombres y de las cosas.

Nos no os decimos: «Secad vuestras lágrimas». Cristo, que lloró en la muerte de Lázaro y sobre las ruinas de su Patria, recoja, para recompensarlas un día, las lágrimas que derramáis sobre vuestros queridos muertos y sobre esa Polonia que no quiere morir. Para el cristiano que sabe el precio sobrenatural de estas perlas, hasta las lágrimas pueden tener su dulzura. Y además, ¿no hay en cada uno de vosotros un poco del alma de vuestro inmortal Chopin, cuya música realizó el prodigio de trocar las pobres lágrimas humanas en alegría profunda e inagotable? Si el arte de un hombre ha podido llegar a eso, ¿a dónde no llegará, en el arte de calmar nuestros íntimos dolores, la sabiduría y la bondad de Dios?

Como prenda de los favores celestiales que imploramos para vosotros, queridos hijos e hijas, os damos con la efusión de Nuestro corazón la Bendición Apostólica. Extendemos esta Bendición a todos los hijos de la nación polaca, y muy especialmente a las personas que cada uno de vosotros tenga presentes en sus intenciones y recuerdos.

LX

2 DE OCTUBRE DE 1939

LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO AÑO JURÍDICO
DE LA SACRA ROTA ROMANA

Recibiendo a los Auditores, Oficiales y Abogados de la Sacra Rota Romana, al comenzar el nuevo año jurídico, Su Santidad se dignó dirigirles el siguiente elevadísimo Discurso, tan lleno de sabiduría jurídica y de pastoral solicitud.

PARTICULARMENTE gratas Nos son vuestra presencia, queridos Hijos, y la grave y autorizada voz de vuestro digno y benemérito Decano, cuyos votos se asocian hoy en la inauguración del nuevo año de las vastas tareas confiadas al inclito Colegio de los Auditores de la Sacra Rota Romana para esplendor de la justicia en el mundo católico. Si Nos causa gran alegría el dar con plenitud y afecto paternal la bendición por vosotros invocada en esta inauguración, por otra parte se asocia, en la mente y en Nuestro corazón, a la visión del año transcurrido y al recuerdo de la imagen veneranda de Nuestro inolvidable e incomparable Antecesor, bajo cuya benigna sombra de bendición y de autoridad había comenzado. Hemos heredado de él — y a su vez hemos encendido en Nos — el amor que os tenía; ese amor de alta estima que os es debido por doble título: como sacerdotes del tribunal de la justicia y como sacerdotes del altar de la fe. ¿Acaso no es — y bien se puso ya de relieve — *itidem nobilissimum sacerdotium* (Constit. Apost. *Ad incrementum*, 15 Aug. 1934) el oficio de servir a la justicia y definirla, como pensaban aun los mismos grandes jurisconsultos romanos? Llegáis a este sacerdocio orlados ya con el alto sacerdocio del altar; y en el altar, en la solemne liturgia pontificia, servís y os sentáis sobre la grada, a los pies del trono pontificio cual centinelas que repiten al Vicario de Cristo: «La justicia y el juicio son la base de tu solio»: «*Iustitia et iudicium praeparatio sedis tuae*» (Ps. LXXXVIII, 15).

En vuestros nobles títulos de Prelados Domésticos y Familiares del Sumo Pontífice perdura y vive el doble oficio, que Nuestros Predecesores os asignaban, en el decurso de los siglos, de *Cappellani Auditores causarum sacri palatii apostolici*, cuando la antigua sabiduría romana del derecho, iluminada y realzada por la antorcha de la justicia cristiana, salió de la férvida elaboración de la Edad Media para brillar y resplandecer en las mentes en torno al trono pontificio y desde las más altas cátedras levantadas por los Papas en medio de las diversas naciones. La vida de la Sacra Rota Romana, Tribunal colegiado ordinario de la Sede Apostólica, tiene historia muy gloriosa; historia consignada en numerosos volúmenes para el estudio de los *prudentes* del clero y del laicado, escrutadores de sus Decisiones, fruto de la unión entre la Razón jurídica de los Romanos y la Fe de la Iglesia. Esos recuerdos de vuestra alta dignidad y de vuestra pasada gloria son suscitados hoy en Nos por vuestra presencia, como también por el discurso elocuente con que vuestro Decano, después de haber conmemorado justamente el trigésimo año de la reconstitución de la Rota por obra del gran Pontífice Pío X de santa memoria, Nos ha expuesto los graves resultados de vuestro afanoso estudio sobre las muchas causas que os son confiadas; de suerte que al esplendor antiguo añadís vosotros un nuevo lustre de honor y de encomio.

DECISIONES DE LA ROTA, HIMNO A LA JUSTICIA

Vuestras decisiones son claro himno a la justicia; a esa justicia que todos invocan, todos alaban, todos exaltan, y que, sin embargo, vemos tan frecuente y gravemente conculcada en la vida privada, en la pública y en las relaciones entre las Naciones; a esa justicia, que «el Maestro de los que saben» parangona con los astros y dice que es ¡más admirable y brillante que la hermosa estrella de la aurora y del crepúsculo! (1). Que si la justicia es la firmeza de los tronos humanos

(1) ARISTOTEL., *Ethica*, l. V, cap. I, n.º 15.

(*Prov.*, XVI, 12), siempre caducos en su poder y estabilidad, no es fundamento menos necesario en el Reino de Dios que está dentro del hombre, donde la carne acecha al espíritu, las pasiones y la malicia luchan con la razón y la fe, y no se logra la victoria sino por la consciente y leal sumisión a un juicio y a un consejo del verdadero bien.

CAUSAS MATRIMONIALES

Entre las sentencias dadas por la Rota Romana se destacan por su número las matrimoniales, tocantes a la dignidad e inviolabilidad del sacramento, que es grande en Cristo y en la Iglesia. El amor y la unión de Cristo con la Iglesia es vínculo sublime de Esposo y de Esposa, es comunidad de santidad, es fecundidad de bienaventurados, es inseparabilidad de vida eterna. Cristo, con su Iglesia militante, es vencedor hasta la consumación de los siglos; con la purgante, es compasivo consolador por los infinitos méritos de su divina sangre; con la triunfante, es coronador de sus victorias en las luchas del mundo. Estas místicas bodas de Cristo con la Iglesia, indisolubles a través de las vías mundanas y ultramundanas de la salvación, imprimen su excelsa imagen como con un sello en el matrimonio cristiano y lo realzan con la luz del sacramento, que santifica los afectos, la convivencia y las cunas de la familia católica por todo el mundo, donde quiera que los heraldos de la fe plantan una cruz e inauguran una pila de regeneración. No podemos, sin embargo, silenciar que el notable número de las causas matrimoniales, si, por un lado, demuestra que la universal familia de Cristo y de la Iglesia se amplía, se multiplica y se extiende desde Roma hasta los extremos confines del mundo, donde haya almas que librar, que consolar, que pacificar, que salvar y enderezar a la confianza y al bien, por otra parte pone bien de relieve la decadencia de las sanas costumbres en no pocos países, y la ligereza y a veces más aún la malicia — lo decimos con dolor — con que algunos contraen o simulan contraer el santo matrimonio.

La universalidad que al Tribunal de la Rota Romana da el afluir de las causas de todas las naciones de la tierra, es, a la vez que gloria de su sabiduría y prudencia, sello de la unidad de la Iglesia fundada sobre Pedro, en cuyo nombre administra justicia con aquella prestigiosa jurisprudencia que tanta alabanza se ha granjeado ya en el mundo desde hace tiempo; y sus sentencias, a quien quiera que se refieran, lejanos o vecinos, bajos o altos, no distinguen frente a la verdad y a la justicia entre los humildes y los grandes. La pobreza o la riqueza no pesan en sus balanzas ni les hacen perder su equilibrio. Ricos y pobres son contemplados con un mismo criterio frente a la justicia y a las pasiones o a los artificios que la acechan; y si en la vista de la causa triunfa un privilegio, no es el de los ricos y el de los potentes, sino el de los pobres y humildes, que obtienen gratuito patrocinio o defensa gratuita, generoso deber a que vienen obligados los abogados de este Tribunal. Superior a toda sospecha en su criterio y en su juicio, la Sacra Rota Romana, si es vindicadora de la justicia, conoce también la variabilidad de los corazones y de los afectos humanos, el fraude de un pensamiento diferente de lo que dicen los labios, y levanta en alto el grito de la fe, de la inviolabilidad de la recta conciencia y de la justa libertad humana, de la santidad y de la unidad en el matrimonio, para elevar las almas a Cristo.

ROMA, MADRE Y MAESTRA DEL DERECHO

Así es como en este Tribunal ordinario reconoce el mundo las respuestas de los jurisconsultos y las constituciones de los Césares unidas con los cánones de los Sucesores de Pedro; y Roma, madre del Derecho, desde las orillas del Tíber a los confines de la tierra, continúa siendo maestra en el mismo, enseñando y promoviendo un derecho humano-divino, rayo de aquel Verbo divino humanado, el brillo de cuyo rostro está señalado sobre nuestra razón y cuya luz ilumina a todo hombre que viene a este mundo. De esto, ¿no es quizá casi una prueba y un documento el *Estudio* anejo a este

INAUGURACIÓN DEL NUEVO AÑO JURÍDICO DE LA S. ROTA ROMANA

Tribunal con el creciente número de jóvenes doctorados en Derecho Canónico y de sacerdotes, que de todas partes del mundo acuden a él para trabajar bajo la dirección del Promotor de justicia?

Alegres, por lo tanto, aun en tiempos tan borrascosos, al inaugurar el nuevo año jurídico de la Sacra Rota Romana, Nos complacemos vivamente en el ánimo al veros por primera vez en torno a Nos. Nuestra palabra dirigida a vuestro antiguo y nobilísimo Colegio no es, bien lo veis, un aviso, sino una alabanza merecida y continuada del pasado, de vuestra reciente e incansable obra, de vuestra preparación de espíritu presente y futura para proceder y para proseguir en el arduo y glorioso camino de la justicia, con aquella experiencia tan prudente, propia de vuestro Colegio. que, mientras exalta la justicia, no humilla sino que exalta juntas a la misericordia y a la caridad.

LXI

18 DE OCTUBRE DE 1939

AL NUEVO MINISTRO DE LITUANIA

Su Santidad recibió en solemne Audiencia al Excmo. Sr. Dr. don Estanislao Girdvainis, nuevo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Lituania, que presentaba sus cartas credenciales. A la salutación del distinguido Diplomático, se dignó responder el Padre Santo con el siguiente Discurso.

SEÑOR MINISTRO:

FELIZ para Nos este día en que, después de un período de interrupción, un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Lituania presenta aquí sus Cartas credenciales. No dudamos que los católicos de vuestro país saludarán este acontecimiento con alegría sincera e íntima adhesión de corazón.

Mientras se producen cambios dramáticos en la estructura política de Europa y en las relaciones de unas naciones con otras, el pueblo lituano viene al centro de la Cristiandad para afirmar su resuelta adhesión a los deberes y a los fines que le señalan su voluntad nacional de vivir y su tradición religiosa.

Este pueblo católico, siempre tan presente en Nuestro amor paternal y en Nuestra pastoral solicitud, ve en el acto que hoy se realiza una feliz prenda de lo por venir: la señal de que las relaciones del Gobierno lituano con la Santa Sede entran en una fase nueva, en que las cuestiones todavía pendientes sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado podrán pronto encontrar, con un espíritu de prudencia y de equidad, una armónica solución, favorable al libre desarrollo de la vida religiosa del pueblo lituano.

Sed, Señor Ministro, junto a Su Excelencia el Señor Presidente de la República, intérprete de la profunda satisfacción con que hemos acogido los pensamientos y las intenciones expresadas en su nombre, dándole la seguridad de que Nos consideraremos dichosos de llegar, en todos los terrenos

y en todas las cuestiones tocantes a la situación respectiva de la Iglesia y del Estado, a los justos acuerdos que se originan de una leal confianza y que permiten por ambas partes, a cada uno de los poderes, el ejercicio normal y tranquilo de su acción.

«Vanguardia septentrional del Catolicismo»: así habéis designado, Señor Ministro, al país cuyo hijo y servidor sois en un puesto tan elevado. Esas palabras, salidas de vuestros labios, brotan del corazón mismo de vuestro pueblo, tradicionalmente devoto de la Santa Sede; son para Lituania un título de honor. Vibra en ellas el acento de una voluntad decidida a permanecer siempre íntimamente y mostrarse exteriormente, con sus obras, digna de este título y del papel que significa, aun cuando el sacrificio fuese el precio necesario para la afirmación y la realización de tal ideal.

Conscientes de los deberes propios de Nuestro cargo de Pastor supremo, jamás dejaremos — aun sin ser requeridos — que Nuestra acción, orientada siempre hacia la salvación de las almas, se entrometa en las controversias puramente temporales y en las disputas territoriales entre los Estados. Pero el mismo deber de este cargo no Nos permite cerrar los ojos cuando, precisamente para la salvación de las almas, surgen nuevos e inconmensurables peligros; cuando, en la faz de Europa, cristiana en sus rasgos fundamentales, se ensancha cada día más amenazadora y más inminente la siniestra sombra del pensamiento y de la obra de los enemigos de Dios. En semejantes circunstancias, como en ningún otro período de su historia, la preservación, el fomento y, si hace falta, la defensa de la herencia cristiana, adquieren, para los futuros destinos de Europa y la prosperidad de cada uno de sus pueblos, grande o pequeño, decisiva importancia.

El Estado que, con noble alteza de miras, reconoce la libertad conveniente a la expansión y a la práctica de la doctrina de Cristo, se prepara de este modo reservas de fuerza espiritual, con las cuales podrá contar con toda seguridad cuando vengan las horas turbias y difíciles. Dondequiera que se ha dejado plena libertad a la doctrina evangélica, el sentimiento

cristiano penetra, no solamente en el alma de los ciudadanos, sino también en las múltiples y diversas actividades de la vida pública. Y cuanto más animan e informan a individuos y a colectividades, la justicia cristiana, la fraternidad cristiana y la caridad cristiana, tanto mejor establece en el seno de las naciones, y entre ellas, una atmósfera espiritual que hace posible, y aun fácil, la solución de muchos problemas que hoy parecen o son realmente insolubles.

Si, en medio de los acontecimientos actuales, las naciones cristianas tienen un título particular para Nuestra solicitud y Nuestra vigilancia pastoral, Nuestros hijos e hijas de Lituania pueden comprender hasta qué punto Nos estamos junto a ellos. Nos les estamos unidos también por Nuestra inquebrantable seguridad de su fidelidad y por la confianza en Dios. cuyo socorro omnipotente puede abrir a una Europa pacificada, vuelta al sentido de la justicia, de la fraternidad y de su vocación cristiana, nuevos caminos hacia el progreso y la prosperidad.

Animados con esta esperanza, Nos dirigimos a la Nación lituana — gobernantes y gobernados —, Nuestra conmovida salutación; y sobre todos sus hijos, especialmente sobre Vuestra Excelencia, Nos imploramos del fondo del corazón los más abundantes favores divinos.

LXII

22 DE OCTUBRE DE 1939

A LOS HABITANTES DE CASTELGANDOLFO

Se dignó el Padre Santo recibir en Audiencia especial a una numerosa representación de los habitantes de Castelvandolfo. Su Santidad se complació en dirigirles paternales y preciosas palabras de saludo, de gratitud, de invitación a una intensa oración por el divino don de la paz del mundo.

LA devota acogida que Nos hicisteis, queridos hijos • hijas, desde que Nos vinimos a estar entre vosotros, Nos ha hecho más dulce la estancia en este ameno lugar, seguros como estábamos de encontrarnos rodeado por vuestra fervorosa piedad; y hoy habéis querido acrecentar la filial manifestación de vuestra fe y de vuestra fidelidad al Vicario de Cristo, reuniéndoos en torno a Nos. Vuestra presencia, queridos hijos, guiados por vuestro celoso Arcipreste y por el excelente Vice-Podestà (en representación del benemérito Podestà, ausente por imprevista indisposición), Nos dice vuestro afecto, Nos descubre los sentimientos de vuestra veneración. Vuestras caritativas ofertas para las necesidades de las Santas Misiones y vuestros exquisitos dones, orgullo de vuestra tierra y de vuestra actividad, hacen que vuestras gratas manifestaciones de ánimo sean prueba dulce, placentera y amable de vuestros íntimos sentimientos, profundamente espirituales y filiales. ¿Cómo no habíamos de acogerlas, no sólo con afecto paternal, sino también con gratitud y acción de gracias y alegría? ¿No son acaso pruebas y símbolos de los frutos y de las flores de vuestras virtudes domésticas, religiosas y civiles? Y el ejemplo de vuestra afectuosa devoción. ¿no Nos es consuelo, a la par que ejemplo a cuantos aquí vienen desde otras ciudades y países?

A todos vosotros, queridos hijos, se dirige agradecido Nuestro ánimo y Nuestra palabra. En medio de vosotros, tan piadosos y devotos, tan activos y tranquilos, en este clima tan sano y tan refrescante, en estas risueñas visiones de la naturaleza vecina y lejana, Nuestra estancia Nos ha servido

de íntimo alivio y de aquella tranquilidad externa en que abunda el descanso campestre aun para el espíritu sumergido en las graves preocupaciones y fatigas pastorales. Esta colina latina es para Nos como una nueva Colina Vaticana: aquí se van sucediendo Nuestros pensamientos y Nuestros temores, Nuestros afectos y Nuestra solicitud por todas las Iglesias. También aquí el pasado Nos habla de Roma, por las ruinas de la grandeza y gloria de los Césares; también aquí el suelo y la obra de la naturaleza y del hombre cubre un mundo que fué; pero la contemplación del presente no llega a producir el olvido de las antiguas memorias. Ni olvidamos Nos que aquí también buscaron reposo, paz y alivio los Romanos Pontífices; que Nuestro venerado Antecesor se complacía en restaurar su espíritu y fortificar su salud en medio de vosotros, honrando y alegrando con su presencia estas famosas colinas. En Nos, que por Nuestra estancia somos ya casi vuestro conciudadano, ha nacido un nuevo afecto hacia vosotros, afecto de padre hacia una nueva familia más cercana, que volvemos a encontrar en vosotros.

Aquí hay paz; tranquila está la tierra, tranquilo el cielo de Italia, tranquilo el lago que de cerca contemplamos. Pero, lejos de aquí, Nos distinguimos las olas inquietas del mar que reflejan los rayos del sol; olas, que son imágenes de la tribulación y de las tempestades humanas, desencadenadas en Europa y en el mundo. Es un mundo sin paz; un mundo que tiene necesidad de paz; no de aquella paz que no es paz: «pax, pax, et non erat pax» (*Ier.*, VI, 14), sino de aquella que es, como dice el gran Padre San Agustín (*De Civ. Dei*, l. XIX, cap. 13), *pax, hominum ordinata concordia*, ordenada concordia entre los hombres; de aquella paz traída por el naciente Redentor a los hombres de buena voluntad, domadores y dominadores de sí mismos en la convivencia de los pueblos. En la hora presente de tormenta y de tempestad de las naciones ésta es la aurora de la paz, que en sus letanías pide al Señor la Iglesia de Cristo: «ut regibus et principibus christianis pacem et veram concordiam donare..., ut cuncto populo christiano pacem et unitatem largiri digneris».

A LOS HABITANTES DE CASTELGANDOLFO

A tan necesaria y viva oración de la Iglesia y Nuestra unidad, queridos hijos, vuestras súplicas cada vez más ardientes: únanse y asciendan al cielo, a fin de que el Señor, autor y amante de la paz, que manda a las olas del mar y vigila los pensamientos de los hombres, con su misericordia, disipe el torbellino de la guerra, reconcilie los pueblos y las naciones, proteja a su Iglesia, Esposa ganada con su sangre, y, devuelta la serenidad, ensanche sus pacíficas tiendas y sus divinos tabernáculos sobre la faz de la tierra para la plena salvación del género humano. Éste es el sagrado recuerdo que, al aceptar el dulce homenaje de vuestro afecto, al daros las gracias con paternal complacencia por vuestra devoción y piedad, en el momento ya de despedirnos de vosotros y de esta tierra de saludable y vivificadora reparación, os dejamos, mientras a vosotros, a vuestras familias, a todas las personas, vecinas o lejanas, que tenéis en la mente y en el corazón, a todas vuestras altas aspiraciones y a todos vuestros trabajos, y especialmente a esta querida y buena juventud que con alegría vemos aquí reunida, damos de corazón la Bendición Apostólica.

LXIII

26 DE OCTUBRE DE 1939

A LOS REALES CARABINEROS Y A LOS GUARDIAS URBANOS DE CASTELGANDOLFO

*Al deferente y devotísimo homenaje que le
presentaron los Reales Carabineros y Guar-
dias Urbanos — con sus respectivos oficiales —
de servicio en Castelgandolfo durante la es-
tancia veraniega del Sumo Pontífice, Su San-
tidad se dignó responder con palabras de gra-
titud y de benevolencia.*

AQUÍ, en esta colina abrigada y sana, próxima ya a terminar Nuestra estancia veraniega, gravada por el gran peso de los pensamientos y de los afanes por la perturbación de la paz en los pueblos, Nuestro ánimo encuentra consuelo en vuestra presencia, queridos hijos, selecta pléyade de Reales Carabineros y de Guardias Urbanos, reunidos en torno a Nos, guiados los unos por el Coronel jefe de la Legión con sus oficiales, los otros por el Comandante jefe de la Compañía con su oficial y por el Comisario de Seguridad Pública; Nuestro ánimo, decíamos, encuentra consuelo en vosotros, porque en vosotros está la paz de los ánimos de Italia, porque sois sus testigos, los guardianes de aquella paz que deseábamos ver resplandecer, tranquilizándolos, sobre los espíritus en toda la faz de la tierra.

No os maravilléis, queridos hijos, de que recibamos al mismo tiempo a vuestros dos distintos grupos. No desconocemos la preeminencia del oficio, del grado y del número. Pero en Nuestro corazón, que a todos os iguala con el dulce nombre de hijos carísimos, existe un solo ardiente afecto de Padre común, afecto que no os separa en Nuestro ánimo y en Nuestra gratitud por la externa custodia de esta Nuestra residencia, llevada a cabo por vosotros con cuidado tan asiduo, vigilante y noble. Si un muro os separa de la guardia más vecina a Nuestra persona, si tal muro tiene dos lados, tiene empero, como Nuestro amor, un solo fundamento, en el cual dejad que veamos, no un símbolo de división, sino un vínculo de unión con Italia y con el mundo entero. Nuestro amor no tiene

limites; no conoce rencor ni odio; tiene latidos para todos, a imitación del infinito amor del divino Maestro; pero participa de aquel fuego por Él traído a la tierra, que se difunde más expansivo y cálido hacia quienes lo rodean de cerca, hacia quienes fielmente lo siguen.

Esta vecindad y esta fidelidad las hemos encontrado Nos en vosotros: vecindad de devota custodia, fidelidad de religioso sentir. Vuestra arma, oh queridos Carabineros Reales, la primera del ejército, que por antigua e incontaminada devoción se gloria también de ser la guardia del augusto Soberano de Italia, ha circundado con su honor también a Nuestra persona en esta morada, con vigilancia de no menor devoción, de que Nos es viva prueba vuestra gratísima presencia en el día de hoy. A vuestros servicios y a la escolta de honor junto a la majestad del Rey y Emperador añadís, así, los méritos para con el Vicario de Cristo, sacra soberanía de las almas creyentes, a cuyo número pertenecen también las vuestras. ¿A quién no es conocido vuestro sacrificio diurno y nocturno? ¿Vuestra prontitud y sagacidad, como protectores y custodios del bien común? ¿Vuestro ojo, estudioso escrutador de los movimientos ajenos? Conocemos por experiencia vuestro íntimo y austero sentimiento del deber, en que os han formado la palabra de vuestros altos jefes y la fe cristiana que os anima, acompañando vuestros pasos.

También habéis tomado gran parte en tan devota custodia y religiosa fidelidad, vosotros, carísimos Guardias Urbanos, tutores y defensores del orden público, que por esos caminos de la campiña romana habéis demostrado aquella vigilancia perspicaz y siempre pronta, por la que Roma os alaba y en la que es maestra la sabiduría de vuestros pródigos superiores.

Todos vosotros, queridos hijos, habéis sido fieles custodios de Nuestra estancia junto a las aguas de este famoso lago romano, al amparo de estas auras confortadoras que en otro tiempo restablecieron a Césares y Papas, donde la mirada, buscando a Roma, contempla la aérea cúpula de Miguel Ángel, corona sublime del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles;

todos vosotros, aquí en torno a Nos, sentís que un mundo nuevo sucedió al antiguo, que a los dioses de mármol, sin voz y sin vida, sustituyó aquel Dios que ha hecho el cielo y la tierra y las vívidas bellezas que nos restauran exteriormente, a fin de que interiormente caminemos al encuentro de Aquel que sabe guardarnos *exterius et interius* (cfr. *Secr. Fer. VI post Dom. sec. Quadrag.*); de Aquel que es el Salvador, el Iluminador y el Consolador de nuestras almas en la alegría y en el dolor, en la esperanza y en el temor, en la paz y en la lucha, en el torbellino y en la calma. Él vive e impera fuera y dentro de nosotros. Procurad, queridos Hijos, guardarlo en vuestro corazón; haced de su amor y de su amistad, aun en medio de las arduas fatigas de vuestro grave oficio, vuestro primero y más alto deber de cristianos vigilantes por los otros y por vosotros. De la custodia de los otros y del bien público haced la custodia de vosotros mismos delante de Dios: convertid vuestra vida externa, vuestro valor y honor externo en honor, valor y vida interna de fe y de moral religiosa; porque la religión y la fe no envilecen ni humillan al soldado y al guardián, sino que exaltan su virtud y valor, y en el peligro los hacen héroes valerosos, que no temen ni lo presente ni lo futuro. Obrad también, como recomendaba el apóstol Pablo a Timoteo (*II Tim.*, II, 3), cual soldados de Jesucristo; ya que la vida de acá abajo es una milicia externa e interna, y más interna que externa.

Al despedirnos de vosotros, queridos hijos, os dejamos ese recuerdo; recuerdo de un Padre que tiene de Cristo todo el oficio y todo el afecto para vosotros; y en la viva gratitud, que os guarda por vuestra custodia y devoción, funda el daros las gracias y expresaros el ansia que tiene de vuestro bien sobrenatural que torne a descender sobre vosotros como invocación de las mejores gracias del Cielo que os conforten y os acompañen, así en el cumplimiento de vuestro noble deber como en la variedad de vicisitudes que tejen y han de entretejer el hilo de vuestros días.

LXIV

29 DE OCTUBRE DE 1939

EN LA CONSAGRACIÓN DE DOCE OBISPOS MISIONEROS

En la Basílica Vaticana, el Sumo Pontífice confirió la consagración episcopal a doce Obispos misioneros. En aquella ocasión Su Santidad pronunció una Homilía, en la que ensalzó el oficio de los evangelizadores del Rey divino, definiéndolo, por su vasto alcance y por su gravedad, «munus... amplissimum gravissimumque».

HABÉIS escuchado, Venerables Hermanos y amados hijos, la lección del Evangelio. Cuando Pilatos, procurador romano, preguntó a nuestro dulcísimo Redentor si en verdad era rey, la Verdad no tardó en atribuirse la dignidad y el poder de rey. No sin admirable y sabio designio el Salvador del género humano, a quien dócilmente obedecen todos los tiempos, declaró públicamente, cuando era acusado en el pretorio como reo, cuando padecía y era insultado, lo que hasta entonces había callado. Pues el Hijo de Dios, esplendor de la gloria del Padre y figura de su substancia, Dios verdadero de Dios verdadero, luz de luz, nacido antes de que los siglos comenzaran a correr, es rey por su propia naturaleza divina, pues Él creó todas las cosas que existen, y las gobierna todas con su voluntad e imperio. Y con toda razón y honor goza también de este título de rey, como Hijo del Hombre. Promulgó y se atribuyó el título que por naturaleza poseía, ganándolo también por derecho de conquista (1), al libertarnos de la esclavitud del demonio por la obra divina de la Redención humana.

REINADO DE CRISTO

Reina en verdad Cristo, rodeado de toda la gloria de sus escogidos; y aquella caña de ignominia, que le entregaron por burla, se convirtió en vara de hierro que destruye los imperios rebeldes como vasos de lodo; su cabeza, que hirieron las espinas, goza ahora del supremo principado, que

(1) Cfr. Enc. *Quas primas*, en *Acta Apostolicae Sedis*, 1925, pág. 599.

ejerce en toda la naturaleza visible e invisible; sus heridas brillan a manera de sol, como prendas de nuestra salvación; su Corazón, herido cruelmente por la lanza, se abre cual sagrario de la misericordia divina; y en todas las tierras se alza y es venerada su Cruz, causa de todas las gracias, origen de todas las bendiciones.

Y nunca puede menos de reinar Cristo. Reina, con su presencia, por la largueza de sus bendiciones; reina, cuando los hombres han perdido su gracia, por la vencedora severidad de su juicio. Bienaventurado el hombre cuando obedece a la ley de Cristo y ajusta cuanto piensa y cuanto hace a su voluntad y a su gracia. Su alma, humilde en la prosperidad, tranquila en la adversidad, brilla con la pura luz de la fe, y se goza con serena alegría; y su voluntad, inflamada por la caridad de Dios y del prójimo, se lanza a las obras más excelentes; y hasta los movimientos todos del cuerpo, convertidos en instrumentos de justicia, obedecen a su alma que los gobierna.

EN LAS FAMILIAS Y EN LAS NACIONES

¡Dichosas las familias en las que todo lo dirige el cetro de Cristo Rey! Hállanse unidas por el amor mutuo, se mantienen en dignidad, gozan de paz, brillan por la prosperidad y crecen con generosa descendencia, esperanza segurísima de la patria, que con todo cuidado hace reflorecer las virtudes y ejemplos de los antepasados.

Una y mil veces dichosas las naciones donde las leyes se dan inspiradas en el Evangelio y en las que se reconoce públicamente la majestad de Cristo Rey. En ellas se ajustan a las altas normas de la honradez y de la justicia todas las cuestiones y problemas de los ciudadanos; ignoran el despotismo, sin que falte ni el constante respeto a los gobernantes, ni la correspondiente libertad de la dignidad humana; finalmente, en ellas, al crecer las posibilidades por la concordia, se llevan a cabo las mayores empresas, y en todo es cada día mayor y más fecundo el progreso.

Si, pues, el reconocer en Jesucristo su dignidad de Rey y el abrazar de buen grado sus mandatos, llevándolos a la práctica, así en la vida privada como en la pública, trae tantos beneficios lo mismo a la sociedad civil que a la doméstica, es de todo punto necesario, Venerables Hermanos y amados hijos, que todos los cristianos hagan cuanto sea posible para la realización de tan grave empresa. Y ello de modo especial en nuestro tiempo, cuando en todas partes los hombres, dominados por el desordenado afán de las cosas terrenas, se privan de alcanzar los bienes celestiales, desconociendo por su olvido o rechazando, para su mayor desgracia, este «reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (*Praef. Missae Christi Reg.*).

MISIÓN DIVINA DEL APOSTOLADO

A todos cuantos os halláis presentes aquí, exhortamos paternalmente a lograr propósito tan santísimo; pero sobre todo Nos dirigimos a vosotros, a quienes vamos a elevar a la dignidad episcopal en este día, en medio de la majestad de este templo de San Pedro, junto al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. A la manera que Nuestro divino Redentor envió en otro tiempo aquel pequeño grupo de Apóstoles, sin ningún recurso humano, para que fueran por todo el mundo a fin de someterlo, no por la fuerza de las armas, sino por la verdad y la caridad, también Nos, que somos su Vicario en la tierra, os enviamos hoy a vosotros — doce sembradores nuevos de la palabra divina, confiados no en vuestras propias fuerzas o en las de los demás, sino tan sólo en la gracia de Dios doblegadora de las voluntades —, para que vayáis a tantas gentes, por cierto tan alejadas, pero no menos queridas de Nos, y les comunicéis, sin reparar en trabajo alguno, los preceptos evangélicos y el culto cristiano.

Este grandioso espectáculo de la solemnidad de hoy se graba en Nuestra mente, y con vehemencia conmueve Nuestro ánimo, alentándolo a la esperanza de los más abundantes frutos para lo futuro. Pues si en el sucederse de los años, con va-

riable vicisitud, son innumerables las cosas que nacen, crecen y desaparecen, o vuelven a aparecer cambiadas o renovadas, o totalmente gastadas declinan por completo y desaparecen, la Iglesia Católica no es quebrantada por las olas del tiempo, ni vencida por las dificultades, ni se cambia por las varias vicisitudes, sino que avanza con paso seguro y firme; y continúa hoy llevando a cabo en beneficio del género humano, movida por divina inspiración y cumpliendo su misión divina, lo mismo que comenzó hace ya veinte siglos. Y mientras la ambición de los bienes exteriores y los odios y diferencias internas alejan y separan con demasiada frecuencia los ánimos de los hombres, la Iglesia de Dios, madre amantísima de los pueblos todos, abraza con el mayor amor a toda la familia humana, sin distinción de naciones ni de grado, y tanto en su orar como en su obrar mira por la salvación de todos y por su verdadera felicidad.

Que felizmente esto haya de suceder así, lo esperamos. Nos al presente, nuevos Obispos, de vuestra ansia y actividad. Los pueblos, que se alegran por la dignidad que hoy se os confía, están suspirando por vosotros. Muy excelente, pero a la vez muy grave, es la misión que vais a emprender; pues innumerables hombres, alejados de la verdad por el error, pero ansiosos de la luz divina y con sed de la verdad celestial, se hallan necesitados de vuestro ministerio, para lograr de Jesucristo la salvación y la paz. Se os reservan luchas muy difíciles, pero nunca es vencida la caridad cristiana; ni fallan jamás las divinas promesas. Que en vuestros pechos, una vez recibidos los siete dones del Espíritu Santo, anide aquel celo apostólico, que los mueva dulcemente a abrazar la ley de Cristo; tal sea en vosotros la fortaleza, que quiebre con firmeza todas las adversidades y se les sobreponga vencedora; todo ello con el auxilio divino, que hará amarillear, con mies evangélica cada día más copiosa, el campo del Señor confiado a vuestra solicitud.

La Iglesia entera os acompaña con sus oraciones a Dios; y creemos que no ha de faltáros, según confiamos en la bondad y largueza de los fieles, la ayuda de las limosnas,

EN LA CONSAGRACIÓN DE DOCE OBISPOS MISIONEROS

con que fácilmente podáis acometer esa obra tan santísima. Nos os amamos con paternal afecto; y al desearos toda clase de felicidades, pedimos al supremo Príncipe de los Pastores que inspire y proteja con su gracia celestial vuestros viajes y empresas apostólicas, y que brille, por fin, el día en que, gracias también a vuestro concurso, el Rey divino «dominabitur a mari usque ad mare, et a flumine usque ad terminos orbis terrarum» (*Ps. LXXI, 8*). Amén.

LXV

30 DE OCTUBRE DE 1939

AFECTUOSO SALUDO A LOS NUEVOS PASTORES
DESTINADOS A LAS MISIONES

Al día siguiente de su Consagración episcopal, los doce Obispos misioneros fueron acogidos en Audiencia privada por Su Santidad, siendo regalados de nuevo con el don de su venerada palabra.

DILECTO HIJO NUESTRO Y VENERABLES HERMANOS :

DESPUÉS de haberos consagrado ayer solemnemente con la dignidad episcopal en la esplendente majestad de la Basílica Vaticana, deseábamos Nos ardientemente recibirlos en la casa del Padre común, tanto para significaros el gran afecto que os profesamos, cuanto para daros ánimo con que soportar valerosamente los sufrimientos que os esperan en el cumplimiento de la misión que os ha sido confiada. Gratitud profunda, Venerables Hermanos, por haber venido a vernos, guiados por vuestro amor filial; gratitud especial a Nuestro querido Hijo el Cardenal Pedro Fumasoni Biondi, vuestro elocuentísimo introductor, que os ha mostrado a Nos como las perlas más preciosas de su tesoro — el Sacro Consejo de *Propaganda Fide* — y como los más excelsos premios de su actividad.

Hemos de expresaros también Nuestra gratitud, porque con vuestra visita dais gran consuelo a Nuestro ánimo; al veros aquí, Nos parece como si de las rasgadas nubes de tristeza, que entenebrece todo el cielo en estos días, comenzara a llover abundante alegría.

Excelentísimo en verdad, Venerables Hermanos, es el cargo que se os confía. Marchad, pues, a los países a que, por voluntad de Dios, os hemos destinado; y, una vez allí, poned todo vuestro empeño en llamar a todos al abrazo de Cristo, que prometió atraer a todos hacia Sí (cfr. *Io.*, XII, 32). Movidos por el amor de Cristo, cuando ya hubiereis llegado

a los rebaños que se os han confiado, emprended y continuad virilmente todas las obras y empresas que os aconsejarán vuestro oficio y pastoral solicitud; pero poned un empeño singular en procuraros, como colaboradores, sacerdotes elegidos entre las mismas gentes que cristianizaréis. A ellos, a los sacerdotes indígenas, convenientemente educados y formados, adornados de ciencia y virtud, corresponde, no sólo el ayudaros con gran eficacia, sino el continuar más tarde los trabajos emprendidos por vosotros, de tal suerte que llegue a decirse de los pueblos que evangelizaréis lo mismo que León XIII, Nuestro Predecesor de i. m., mandó esculpir, con referencia a la nación india, en la fachada del nuevo Seminario de Kandi para clérigos indígenas: FILII TVI INDIA ADMINISTRI TIBI SALVTIS.

Marchad, pues, ya, Venerables Hermanos, a los rebaños que os han sido confiados. Os acompañan todos los cristianos con sus oraciones y sus súplicas al Señor; y, con la máxima confianza en los más copiosos frutos, los Directores del Sacro Consejo de *Propaganda Fide*; y sobre todo Nos mismo, que con amor paternal os amamos, implorando del Supremo Príncipe de los Pastores la largueza de sus dones celestiales, mientras os bendecimos, con efusión en el Señor, a vosotros y a todas vuestras cosas.

Deseamos finalmente concederos a cada uno, en particular, un recuerdo de las solemnidades de estos días, que al mismo tiempo os sea continuado testimonio de Nuestra particular benevolencia.

LXVI

8 DE NOVIEMBRE DE 1939

A L I A N Z A S A G R A D A

Al reanudarse las recepciones generales en el Palacio Apostólico Vaticano, Su Santidad, en la Audiencia de dicho día, habló a los recién casados y a numerosos jóvenes de la Acción Católica Italiana que habían tomado parte en el concurso de cultura religiosa.

CON particular benevolencia saludamos ante todo a vosotros, dilectos nuevos esposos, a quienes un pensamiento de fe ha conducido junto a Nos para recibir Nuestra bendición, en un momento tan importante para vosotros, tanto por los deberes asumidos, como por las gracias que os han sido dadas.

El matrimonio impone, en verdad, deberes nuevos. Hasta ahora muchos de vosotros habíais vivido bajo el techo paterno, sin propias responsabilidades, limitándoos a ayudar, según la edad y las fuerzas, a un padre y a una madre amadísimos, que os aseguraban un puesto en el hogar y en la mesa doméstica. Ahora, a vuestra vez, habéis fundado una nueva familia, de la que seréis responsables ante Dios y ante los hombres. Haced que ya desde el primer día vuestra casa sea y aparezca casa cristiana. Que el Sagrado Corazón de Jesús sea su Rey; que la imagen del Salvador Crucificado y la de la dulcísima Virgen María tengan en ella su puesto de honor. Y esto no sólo para poner de manifiesto a la vista de todos que en vuestra morada se sirve a Dios y que vuestros visitantes y amigos deben, como vosotros mismos, desterrar de ella todo lo que puede violar su santa ley: conversaciones deshonestas, palabras mentirosas, cóleras o debilidades culpables; sino también para recordaros que Jesús y María son los más constantes y los más amantísimos testigos y como asociados a los acontecimientos de vuestra familia: alegrías, que Nos os deseamos numerosas; dolores o pruebas, que desgraciadamente tampoco podrán faltar. Porque también vosotros

tendréis, como todos en este mundo, vuestras horas de tristeza. Actualmente tal vez vivís en un dulce sueño; pero ¿qué sueño resiste a la realidad de todos los días? La gracia del sacramento os previene contra las inevitables desilusiones, contra las dificultades inherentes a la vida conyugal. Que en toda circunstancia alegre o triste de vuestro vivir permanezca siempre firme para vosotros el gran deber del matrimonio cristiano. El matrimonio no es para vosotros, cristianos, una alianza puramente natural, un pacto meramente humano; es un contrato en que Dios tiene su puesto, y el único que le corresponde, es decir, el primero. Os habéis unido ante su altar, no solamente para aligerar el uno al otro el peso de la vida, sino también para colaborar con Dios mismo en la continuidad de su obra creadora, conservadora y redentora. Dios, al recibir y bendecir vuestras promesas, os ha conferido al mismo tiempo una gracia especial para haceros cada vez más fácil el cumplimiento de nuevos y especiales deberes.

Con estos sentimientos y con estos deseos os damos de corazón, prenda de los más abundantes favores celestiales, Nuestra paterna Bendición Apostólica.

Después de tales exhortaciones a los nuevos esposos, el Padre Santo, volviéndose a los jóvenes de Acción Católica premiados en el concurso de cultura religiosa, pronunció las siguientes palabras de hermosísimo elogio:

Junto a los nuevos esposos tenemos la alegría de ver hoy una selecta pléyade de la Juventud Católica Italiana. En estos días del otoño que, cuando los más de los árboles devuelven sus hojas a la tierra, Nos recuerdan la caducidad de las cosas, vuestra presencia, por el contrario, dilectísimos hijos, guiados por Nuestros Venerables Hermanos los Obispos de Avellino y de Segni, y por vuestros celosos y doctos maestros y Consiliarios eclesiásticos, Nos parece como una visión de primavera, floreciente en vosotros con las vívidas auras de la familia cristiana, con los céfiros de la piedad e instrucción religiosa, a la sombra sagrada de las torres y de los campa-

narios de vuestras parroquias. En medio de vuestra corona de lozanos rostros y de alegres sonrisas, Nuestro ánimo paterno parece rejuvenecerse con vosotros, porque no sois lúgubre corona de flores otoñales, sino guirnalda de flores nacidas y crecidas durante la dulce estación en el jardín de la Iglesia de Cristo, de aquel Jesús que habéis aprendido a conocer, a adorar, a amar, a servir y a invocar; de aquel Jesús de quien se ha escrito que «proficiebat sapientia et aetate et gratia apud Deum et homines».

Bendición y don de Dios es el crecer en la edad en que vosotros lo hacéis, carísimos jóvenes; pero crecer sólo en la edad del cuerpo sería un crecer digno de plantas y de animales sin razón, si el hombre, alzado sobre los animales irracionales y las plantas y toda la naturaleza por la imagen y semejanza divina impresa en su frente por el Creador, no creciese también en la edad de su mente ante Dios y ante los hombres. Felices vosotros, si crecéis en aquella sabiduría que graba en vuestra mente, como sello indeleble y querido, como luminoso rayo de vuestros años lozanos, la fe en Dios, la esperanza en Dios, el amor a Dios, con la oración y la virtud cristianas, con el afecto filial a la Iglesia, Madre vuestra, y con aquel valor, nunca temeroso del respeto humano, que procede de la íntima adhesión a su voz, de la veneración y de la convicción de las enseñanzas recibidas, así como de la profundidad del corazón en el que durante la juventud estáis colocando los fundamentos del carácter de hijos conscientes y devotos de Dios y de la Iglesia.

Ésta es la altísima sabiduría de la formación religiosa: sabiduría que os hace más sabios que los filósofos más grandes de la antigua edad pagana y que los discordantes filósofos e investigadores de los tiempos modernos. Una viejecita, escribía el gran teólogo Santo Tomás de Aquino, sabe hoy sobre las cosas de la fe más que en otro tiempo todos los filósofos.

En esta sabiduría cristiana, queridos hijos, vais creciendo con el Concurso anual de cultura religiosa. Es un santo concurso, una sacra palestra, una religiosa carrera en el avanzar

para conocer los misterios divinos, la vida del Redentor, los santos Sacramentos, la maternidad y autoridad de la Iglesia, la paternidad del Vicario de Cristo, la virtud y la moral católica, el canto sagrado. Es un concurso y una carrera por la corona incorruptible de la vida eterna en el cielo. Os lo enseña el gran Apóstol de las Gentes: «¿No sabéis, exclama él, que de los que corren en el estadio, todos corren en verdad, pero sólo uno consigue el premio? Corred de suerte que lo hagáis vuestro. También todos los que luchan en la arena se abstienen de todo; y ellos, por conseguir una corona corruptible; pero nosotros, por una incorruptible». En el estadio de los cursos de instrucción catequística todas las Asociaciones Parroquiales han luchado y competido por diócesis y regiones; y Nos gozamos al ver en torno a Nos los más valientes entre los valientes que, en tan santa carrera y concurso de cristiana sabiduría, han avanzado hasta alcanzar la palma y presentársenos adornados con el premio. Semejante privilegio que os ha tocado, oh carísimos hijos, exalta las numerosas legiones de vuestros compañeros de parroquia, de diócesis y de región, entre los cuales os ha concedido el Señor ser los primeros, pero sin humillar a todos los demás que con vosotros entraron en el concurso, porque éste no es sino carrera de emulación que honra por igual, en el campo de la palestra, el valor y entusiasmo de todos los concursantes.

Por ello Nuestra palabra, al dirigirse a vosotros los presentes, contempla todas las jóvenes pléyades de vuestras Asociaciones y extiende a ellas Nuestra alabanza, Nuestro paternal aplauso; porque vuestro premio es también alabanza de su emulación, que os fué estímulo para la victoria. Nos contemplamos también a vuestro lado, ansiosos de una cultura religiosa superior, a los vencedores de las Asociaciones formadas por los alumnos de Colegios, que en un concurso superior acerca del Nuevo Testamento han mostrado con lo cuánto puede, en corazones y mentes de gentil y culta juventud, el crecer en la adquisición de la sabiduría religiosa y en el amor del conocimiento de Cristo.

A la par de crecer en ciencia e instrucción religiosa, vuestros aspirantes hanse dedicado, durante todo el curso del año que ahora termina, a la práctica de la oración y de la virtud. La oración, carísimos hijos, no es tan sólo de los aspirantes, sino de todos, de los jóvenes y de los ancianos, de los pequeños y de los grandes. Un niño que ora es la visión de un ángel que suplica en adoración junto al sagrado Tabernáculo. Orad, queridos jóvenes, por vosotros, por vuestros seres queridos, por la Iglesia, por Nos, por vuestra Patria, por la paz del mundo. El Cielo escucha a los inocentes; el Cielo defiende a los inocentes. Al volver a vuestras casas y a vuestros compañeros, llevadles el recuerdo de la oración, que os entregamos; contad a ellos y a vuestras familias que en Roma habéis visto a un Padre vestido de blanco que os ama, que invita a todos a orar, que bendice a todos y que sobre todos invoca la protección y los favores de Dios.

Su Santidad se volvió, por fin, a los grupos de peregrinos de lengua alemana presentes en la audiencia, saludándoles con paternal bondad en su idioma. Les encargó, sobre todo, dijeran a sus compañeros de fe y a sus compatriotas, que conservaba siempre para ellos el mismo íntimo afecto. Deseó después a aquellos hijos queridos el que pudieran permanecer constantemente fieles a los dictados de la ley divina, a la Iglesia y a la Santa Sede Apostólica, y les prometió particulares oraciones a la Virgen Santísima para que a todos, pero especialmente a los jóvenes, los tomara bajo el celestial manto de su valiosísima protección. Concluyó dando a todos, y a cuantos cada uno llevaba en su pensamiento y en su corazón, la Bendición Apostólica.

LXVII

10 DE NOVIEMBRE DE 1939

AL MINISTRO DE LA REPÚBLICA DE HAITÍ

S. E. Abel Nicolás Léger, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Haití, presentó a Su Santidad sus cartas credenciales, con expresiones de devoto homenaje. Su Santidad respondió con palabras de viva complacencia.

SEÑOR MINISTRO:

DE una nación lejana por su situación, pero próxima a Nos por su adhesión a la Iglesia; de una isla pequeña en extensión, pero célebre en la historia por haber sido la primera, entre las tierras de un nuevo mundo, que recibió del ilustre navegante genovés y de la tripulación española los elementos de la civilización latina y de la fe romana, viene Vuestra Excelencia en el día de hoy, con la autoridad de una misión oficial, a afirmar y robustecer una vez más la tradicional devoción del pueblo haitiano a la religión de Cristo.

El alma de este pueblo, como lo notaba Vuestra Excelencia, está profundamente penetrada de espíritu cristiano. Y por ello el Gobierno, que él se ha dado con toda prudencia, se cree en el deber de reconocer a la Iglesia, en la predicación de la doctrina evangélica, en la educación de la juventud, en el ejercicio de su actividad bienhechora para el progreso religioso, moral y social de todas las clases de la nación, la libertad de acción que a la postre redundará en beneficio de la sociedad, no menos que de la Iglesia misma.

Con la alegría que experimentamos Nos al recibirlos, forman doloroso contraste los acontecimientos exteriores, fuente universal de preocupaciones, cuyas consecuencias económicas se hacen sentir aun más allá de los continentes y de los mares. La unidad de la gran familia humana, sobre todo la de los fieles en Cristo, produce en los pueblos felizmente preservados de la guerra la obligación de interesarse por los que sufren y de multiplicar sus llamamientos a la misericor-

dia de Dios, a fin de que su mano todopoderosa devuelva al mundo el orden y la paz.

Mas, como Nos lo hemos dicho con frecuencia, el mundo no gozará de esta paz deseada y del orden que es su condición indispensable, sino cuando los hombres responsables del gobierno de los pueblos y de sus mutuas relaciones renuncien al culto de la fuerza empleada contra el derecho; cuando, reconociendo por insuficiente y precaria una moral de fundamentos puramente humanos, acepten la autoridad suprema del Creador como base de toda moral individual y colectiva; cuando tributen al Padre que está en los cielos el homenaje que Él exige de una fraternal concordia entre sus hijos de todo país y de toda lengua. Solamente entonces llegarán a realizar y a lograr una organización internacional estable y fecunda, tal como la desean los hombres de buena voluntad: organización que, al respetar los derechos de Dios, pueda asegurar la independencia mutua de los pueblos grandes y pequeños, imponer la fidelidad a los acuerdos lealmente concertados y salvaguardar, en el esfuerzo de cada uno hacia la prosperidad de todos, la sana libertad y la dignidad de la personalidad humana.

Que estos pensamientos sean los vuestros, Señor Ministro; que ellos inspiren vuestra acción diplomática; tenemos seguridad de ello por las Cartas con que Su Excelencia el Señor Presidente de la República ha querido acreditaros cerca de la Santa Sede. Además, la personalidad de Vuestra Excelencia, que ya Nos era conocida por las altas funciones que antes ha desempeñado, Nos da la más firme esperanza en la continuidad de las buenas relaciones entre esta Sede Apostólica y la República de Haití.

La Iglesia, por su parte, tierna madre de todas las almas rescatadas por la sangre de Jesucristo y fiel guardiana de la vida espiritual en los pueblos, no menos que en los individuos, ha manifestado ya en muchas ocasiones el particular interés que tiene hacia la Nación de que Vuestra Excelencia es digno representante. Nos consideraremos siempre muy felices en poder mostrar idénticas disposiciones benévolas. Y Nos

AL MINISTRO DE LA REPÚBLICA DE HAÍÍ

es agradable declarar que facilitaremos, por todos cuantos medios estén a Nuestro alcance, el cumplimiento de la misión que os ha sido confiada.

Os rogamos, Señor Ministro, dar seguridad de todo ello a Su Excelencia el Señor Presidente de la República, ofreciéndole también la expresión de los deseos muy cordiales que formulamos por la felicidad de su persona y por la prosperidad de la República haitiana. Finalmente, Nos, de lo más íntimo de Nuestro corazón, solicitamos para la Nación entera, para sus Gobernantes y especialmente para Su Excelencia, la abundancia de las bendiciones divinas.

LXVIII

13 DE NOVIEMBRE DE 1939

RADIOMENSAJE A LOS CATÓLICOS DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA EN EL CINCUENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE WASHINGTON

El Sumo Pontífice, por medio de la Radio Vaticana, se dignó enviar un Mensaje a los fieles de los Estados Unidos de América, con ocasión del quinquagésimo aniversario de la fundación de la Universidad católica de Wáshington.

CON el corazón lleno de paternal afecto, amados hijos de los Estados Unidos de América, os dirigimos este mensaje para comunicaros Nuestro deseo de participar en la conmemoración de las bodas de oro de vuestra magnífica Universidad Católica.

Todavía es más profunda e íntima Nuestra dicha por el hecho de que Nos hemos tenido la buena fortuna de ver con Nuestros propios ojos — aunque por corto tiempo — la gran obra que habéis realizado para gloria de Dios y prosperidad de vuestro país.

Fundada en 1889 por los Obispos de los Estados Unidos, durante el pontificado de aquel gran protector de los estudios, el Papa León XIII, vuestra joven Universidad, llena de vigor y promesas, tiene un puesto junto a las más distinguidas y venerables Universidades del pasado. Y, siguiendo su ejemplo, ha alcanzado tan notable éxito en su adhesión a las más puras tradiciones del pensamiento católico, que Nuestro inmediato Predecesor, de feliz memoria, justamente la calificó de fértil semillero, iniciador de la Acción Católica en los Estados Unidos.

Nos consideramos sinceramente dichosos orando para que, en estos días turbulentos, animéis e intensifiquéis la continuidad de la noble pero ardua misión que esa Universidad realiza.

La educación de la juventud jamás fué de importancia tan decisiva y vital como lo es hoy, cuando nos hemos enfrentado con los feroces errores de un naturalismo y de un materialismo que han precipitado al mundo en la guerra: clara evidencia de la vacuidad de una filosofía edificada sobre normas puramente humanas.

Al ver multiplicarse e intensificarse estas calamidades, Nos descorazonaríamos si no Nos sostuviera la fe en la amorosa providencia de Dios que da fuerza y consuelo tanto más abundantes cuanto más falta la confianza en el mundo.

Pero Nuestra principal esperanza, después de Dios, radica en las escuelas de cultura cristiana, vieja y nueva, entre las que se cuenta como típico ejemplo vuestra Universidad Católica, asignando en su celo por la verdad el puesto conveniente en sus programas a la ciencia natural y a las metafísicas, mente y corazón, pasado y presente, razón y revelación.

De esta manera, en el austero retiro de vuestras aulas, alternando la reflexión y el estudio con la oración, continuaréis conduciendo a la juventud del mañana, frente a las falsas enseñanzas y sus funestas consecuencias, a manera de campeones intrépidos de aquellos fundamentos de la civilización que, encerrados en el Evangelio de Jesucristo y enseñados infaliblemente por la Iglesia, son verdadero espíritu y vida.

Inspirados por esta favorable promesa, los católicos de los Estados Unidos — y claro está que todos los hombres de mente recta — no pueden en modo alguno dejar de apreciar la extraordinaria importancia que hoy alcanza la ya famosa Universidad, de tal manera que se convenzan de la necesidad y del hecho de que su futura prosperidad está confiada a su entusiasmo, a sus oraciones y a su cooperación. A semejanza de las otras célebres universidades católicas de los Estados Unidos de América, es a la vez su orgullo en lo presente y su protección para lo futuro.

Y Nos, por Nuestra parte — mientras expresamos el más caluroso deseo de Nuestro paternal corazón por sus progresos —, pedimos al Cielo que derrame sobre ella la abundancia de la bendición de Dios; con profundo afecto bendecimos Nos al Episcopado de los Estados Unidos, de cuyo esclarecido celo es un monumento la Universidad. Bendecimos Nos a los profesores, estudiantes y a todos los fieles, especialmente a quienes de alguna manera ayudan a que perdure y florezca este noble Instituto.

LXIX

15 DE NOVIEMBRE DE 1939

A UNA PEREGRINACIÓN CROATA

El Sumo Pontífice recibió en solemne Audiencia a una peregrinación nacional croata, que fué a Roma para ofrecer su filial homenaje al Vicario de N. S. Jesucristo. Su Santidad se dignó dirigir su paternal palabra a los reunidos, después de saludarles con algunas breves frases en su propia lengua.

VENERABLES HERMANOS, QUERIDOS HIJOS:

Más de diez siglos han pasado desde que Nuestro Predecesor Juan VIII, en el año 879, habló al pueblo de los croatas por medio de una carta, de la que son estas palabras: «...Os estrechamos con los brazos abiertos, os recibimos con paterno amor y os queremos estimular siempre con apostólica benignidad» (1). Ya que Nos es dado, carísimos hijos e hijas en Cristo, recibirlos hoy aquí, en vuestra casa paterna, no podemos saludaros de otra manera que pueda expresar con mejor exactitud los sentimientos de Nuestra alma hacia vosotros que, descendientes de aquella nobilísima raza, representáis en cierto modo la personalidad del pueblo croata, lleno de valores morales y de grandes virtudes.

Bajo la dirección de Nuestros Venerables Hermanos, vuestros Metropolitanos y Obispos, animados de celo apostólico, habéis venido aquí para dar testimonio público de vuestra fidelidad — que nunca ha fallado durante trece siglos desde los tiempos del Papa Juan IV, de f. m., dálmata de origen — a la Sede de San Pedro y a la Iglesia Romana, que pregonáis en vuestras alabanzas como «intérprete inefable de la eterna verdad, poderosa patrona de la justicia social, incansable cooperadora de la concordia entre las naciones»; y con ello os hacéis bien dignos del encomio que a vuestro pueblo tributó Nuestro Predecesor León X, cuando con toda razón le apellidó «avanzada de la Cristiandad». En efecto, muy poco

(1) *Mon. Germ. Hist.*, Ep. VII, 165-167.

después de haber hecho pública tan excelente alabanza aquel Sumo Pontífice, ante el feroz ataque de los ejércitos islamitas hallóse en gravísimo peligro tanto vuestra fe, como la de la nación húngara. Y a todos consta cómo en el decurso de los tiempos, tanto cuando os dominaban los turcos como cuando luchabais por vuestra libertad, supisteis superar excelente y felizmente todo peligro de perder la fe. Todo ello alienta en Nos la firme y segura esperanza de que ahora — cuando tan agitados se hallan todos los pueblos y todas las clases sociales por violentísimas discusiones en torno a la religión y a las normas naturales de la honestidad, así como sobre la fe cristiana y los bienes de la vida sobrenatural, que terminan en la eterna bienaventuranza — vosotros, dada la fidelidad y constancia de vuestros ánimos, jamás os apartaréis ni de la doctrina católica y los mandamientos cristianos, ni de la Iglesia y su Cabeza suprema. Así es como revivirán en vosotros los ejemplos del Beato Nicolás Tavilek, en quien ardió, como una llama, la fe católica, y cuya canonización, si así lo quisieren los divinos designios, Nos llenaría de no menor alegría que a vosotros.

Vuestro temperamento e ingenio son en cierto modo un reflejo de la escarpada y fuerte firmeza de vuestras montañas. Que vuestro temperamento, de tenacidad plenamente indomable, os haga inquebrantables en la fe de vuestros mayores. Que vuestra fe sea firme y siempre constante consigo misma, de suerte que, cual los picos de vuestras montañas de Velebit, no se conmueva ni por las lluvias ni por las tempestades.

La fe cristiana y la estrechísima unión con el Vicario de Cristo han de ser como el fundamento y la tierra laborable en que florezca una vida que alimente y moldee la acción social, las obras de caridad y, sobre todo, la santidad de cada uno. Aprovechad las fundaciones eclesiásticas y vuestras cofradías, y especialmente la Acción Católica, de suerte que los beneficios de la fe influyan en todas las actividades de la vida pública. Os animará más en vuestros intentos, en tal sentido, la esperanza de que tal vez no tarden a concordarse

en vuestra patria, con gran provecho para el bien común, las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Pero, puestos ya los fundamentos a que antes Nos referimos, os exhortamos encarecidamente a que siempre florezca y crezca en todos la santidad de la vida interior. Que la oración cotidiana al Señor y vuestras preces, en común, ante la imagen de Jesucristo Crucificado, dentro del recinto del hogar doméstico, hagan a vuestras almas cada vez más abiertas y más inclinadas a los divinos mandatos y a la perfección cristiana, que lograréis tanto por la sencillez de una vida pura «en toda piedad y castidad» (*I Tim.*, II, 2), como por la íntima unión, principalmente por la Eucaristía, con el divino Redentor, a quien han de adaptarse plenamente vuestros pensamientos, vuestras palabras y vuestras obras; y finalmente, por una encendida devoción a la Virgen Madre de Dios, que habéis de fomentar con ánimo filial.

Formad y educad a vuestros jóvenes, de tal suerte que crezcan en buenas costumbres y en santo temor de Dios; y sobre todo conservad la integridad católica en la instrucción y educación de las escuelas. Sólo así veréis brillar en la sociedad doméstica la paz que viene de Dios, y en vuestra patria el sol de una verdadera y perpetua felicidad.

Y para terminar, no creemos que podamos Nos usar saludo más a propósito que el mismo que usó Nuestro Predecesor Juan VIII en la carta ya citada: «Recordándoos sin cesar ante el Señor en nuestras oraciones. elevadas al Cielo nuestras manos, os encomendamos al Dios Omnipotente. y os bendecimos con toda clase de bendiciones espirituales en Nuestro Señor Jesucristo, para que viváis benditos ahora y siempre en cuerpo y en alma y gocéis eternamente de la presencia del Señor». Con tales sentimientos, tanto a vosotros y a vuestras familias, como a todo el pueblo croata y especialmente a vuestros jóvenes, de lo más íntimo de Nuestro corazón os damos la Bendición Apostólica.

LXX

15 DE NOVIEMBRE DE 1939

C A D A C A S A U N T E M P L O

*Con motivo de la fiesta de la Dedicación de
las Basílicas de los Príncipes de los Apóstoles,
Su Santidad habló a los recién casados sobre
la casa cristiana, templo de unión, palestra
de virtud.*

HABÉIS venido, dilectos nuevos esposos, a Roma precisamente en la semana en que la Iglesia conmemora la dedicación de las Basílicas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que vosotros ciertamente habréis ya visitado o que no dejaréis de visitar. La palabra «basílica» significa originariamente «casa del rey», y la «dedicación» es el solemne rito con que un templo se consagra a Dios, Rey y Señor supremo, para que haga de él su morada, intitulándolo con especiales misterios o santos, en cuya memoria u honor ha sido edificado.

Verdad es que aun las basílicas más maravillosas no son dignas de acoger al Rey de los Reyes. Y, sin embargo — bien lo sabéis —, Él no se desdén a veces de morar ¡en pobres capillas, en míseras cabañas de las misiones! Pensad en tanta dignación y amor, vosotros que habéis venido a recibir del Vicario de Cristo una bendición especial para vosotros mismos y para el nuevo hogar doméstico.

Recordad lo que, ya desde la infancia, decía a vuestro corazón esta palabra: ¡la casa! Allí estaba todo vuestro amor, concentrado en un padre, en una madre, en los hermanos, en las hermanas. Uno de los más grandes sacrificios que Dios pide a un alma, cuando la llama a un estado superior de perfección, es el de tener que dejar su casa: «escucha, oh hijo..., olvida la casa de tu padre» (*Ps.* XLIV, 11). «Todo el que abandonare su casa... por amor de mi nombre... tendrá la vida eterna» (*Matth.*, XIX, 29).

Ahora bien; ved que aun a vosotros, que camináis por la vida ordinaria de los mandamientos, un amor nuevo e imperioso os ha hecho un día sentir su llamamiento. Deja — ha dicho a cada uno de vosotros — la casa de tu padre, porque tú debes fundar otra, que será la «tuya». Y desde entonces vuestro ardiente deseo ha sido el de encontrar y establecer lo que para vosotros será «la casa».

Ya que, como dice la Sagrada Escritura, «el compendio de la vida humana es... el pan, el vestido y la casa» (*Eccli.*, XXIX, 28). No tener casa, estar sin techo y sin hogar, como desgraciadamente toca a no pocos infelices, ¿no es quizá el símbolo de la máxima angustia y miseria? Y, sin embargo, recordáis que Jesús, nuestro Salvador, si conoció las dulzuras de la casa familiar bajo el humilde techo de Nazaret, quiso después, durante su vida apostólica, ser como un hombre sin casa: «Las raposas, decía Él, tienen sus escondrijos, y los pájaros del aire sus nidos; el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (*Matth.*, VIII, 20).

Considerando este ejemplo del divino Redentor, aceptaréis con mayor facilidad las condiciones de vuestra nueva vida, aunque de momento no correspondieren a todo cuanto habéis soñado.

A toda costa pondréis gran cuidado, especialmente vosotros, jóvenes esposas, en hacer amable, íntima, la propia morada, para hacer reinar en ella la paz, en la armonía de dos corazones lealmente fieles a sus promesas; y después, si Dios lo quisiere, en una alegre y gloriosa corona de hijos. Desengañado ya durante mucho tiempo Salomón, y consciente de la vanidad de las riquezas, dijo: «Más vale un pedazo de pan seco con la paz, que una casa llena de viandas con la discordia» (*Prov.*, XVII, 1).

Y no olvidéis que todos vuestros esfuerzos serán vanos y que no encontraréis la felicidad de vuestro hogar, si Dios no edifica la casa con vosotros (cfr. *Ps.* CXXVI, 1) para morar en ella por su gracia. También vosotros tenéis que hacer, por decirlo así, la «dedicación» de esta «basílica», esto es, debéis consagrar a Dios, bajo la invocación de la Virgen

CADA CASA UN TEMPLO

Santísima y de vuestros Santos Patronos, vuestro pequeño templo familiar, donde el mutuo amor ha de ser un rey pacífico por la observancia fiel de los divinos preceptos.

Con tal deseo de verdadera y cristiana felicidad y como prenda de favores celestiales, Nos os concedemos con todo corazón, dilectos nuevos esposos, Nuestra paterna Bendición Apostólica.

LXXI

22 DE NOVIEMBRE DE 1939

A R M O N Í A D E A L M A S

Continuando sus instrucciones a las nuevas familias sobre la vida cristiana, el Padre Santo les dió saludables consejos sobre cómo habían de vivir y comportarse.

MIENTRAS vuestros corazones cantan el himno eterno y siempre nuevo del amor cristiano, celebra hoy la Iglesia la fiesta de una joven romana, Santa Cecilia, tradicional patrona de la música. Es para Nos oportunísima ocasión de deciros algunas palabras sobre la importancia de una concorde y constante armonía entre el esposo y la esposa.

Quizá penséis que es inútil recomendaros la armonía en estos días, en que el acorde perfecto de vuestros corazones ignora todavía las disonancias. Pero ¿no sabéis que, con el uso, aun el mejor instrumento llega pronto a estar desafinado y que por ello precisa con frecuencia ser puesto a tono con el diapasón? Así sucede también con las voluntades humanas, cuyas buenas intenciones están sujetas a fluctuaciones.

La condición indispensable de armonía entre los esposos, y de la consiguiente paz doméstica, es una constante buena voluntad por ambas partes, ya que la experiencia cotidiana enseña que en las disensiones humanas, como dice nuestro gran Manzoni, «la razón y la sinrazón no se dividen jamás con un tajo tan neto, que a cada parte corresponda sólo una de aquéllas». Y la Sagrada Escritura, si parangona la mujer mala con un yugo de bueyes que fluctúa (*Eccli.*, XXVI, 10) y, al no estar firme, estorba el trabajo; y, si asemeja a la mujer litigiosa con el techo que la gotera perfora en la fría estación (*Prov.*, XXVII, 15), dice también que el hombre iracundo enciende los pleitos (*Eccli.*, XXVIII, 11). Mirad en torno a vosotros, y aprenderéis en el ejemplo de los demás

que las discordias conyugales nacen frecuentemente de la falta recíproca de confianza, de condescendencia y de perdón.

Así comprenderéis la dulzura de la concordia entre los esposos. «De tres cosas, dicen también los Libros Santos, se complace el alma mía, que son gratas a Dios y a los hombres: la concordia de los hermanos, el amor de los prójimos, y un marido y una mujer bien unidos entre sí» (*Eccli.*, XXV, 1-2). Procuraréis defender esta armonía, oh dilectos esposos, con el máximo cuidado contra los peligros de la discordia, exteriores e interiores, sobre todo contra dos: las desconfianzas demasiado prontas en nacer y los resentimientos demasiado lentos en morir.

Desde el exterior, la celosa malignidad de los terceros, madre de la calumnia, introduce a veces en la pacífica armonía conyugal la nota perturbadora de la sospecha. Escuchad de nuevo el aviso de la Sagrada Escritura: «La lengua de un tercero arrojó fuera de su casa a mujeres de ánimo viril y las privó del fruto de sus fatigas. Quien le hace caso, no estará nunca tranquilo» (*Eccli.*, XXVIII, 19-20). ¿Acaso no basta, para destruir la armonía de una música, la falsa vibración aun de un solo instrumento?

Pero las breves disonancias, que en una ejecución musical ofenden o al menos sorprenden al oído, se tornan elemento de belleza cuando, con hábil modulación, se resuelven en el acorde esperado. Así ha de suceder con los choques o disensiones pasajeras, que la debilidad humana hace siempre posibles entre los esposos. Precisa resolver con prontitud estas disonancias; precisa hacer resonar las benévolas modulaciones de almas prontas al perdón, y de esta suerte volver a encontrar el acorde, comprometido por un instante, en aquella tonalidad de paz y de amor cristiano que encanta hoy a vuestros jóvenes corazones.

El gran apóstol San Pablo os dirá el secreto de esta armonía conservada, o al menos renovada cada día, en vuestro hogar doméstico: «Si experimentáis movimientos de ira, no cedáis a sus sugerencias; que el sol no se ponga sobre vuestra ira» (*Eph.*, IV, 26). Cuando las primeras sombras de la noche

ARMONÍA DE ALMAS

os invitan a la reflexión y a la oración, arrodillaos el uno junto al otro ante el Crucifijo, que velará la noche de vuestro reposo. Y juntos, con sinceridad de corazón, repetid: «Padre nuestro, que estás en los cielos..., ¡perdónanos..., como nosotros perdonamos...!». Entonces callarán las falsas notas del mal humor, las disonancias se resolverán en una perfecta armonía, y vuestras almas volverán a entonar unidas su cántico de reconocimiento a aquel Dios que os ha dado el uno al otro.

LXXII

3 DE DICIEMBRE DE 1939

LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CUARTO AÑO DE LA ACADEMIA PONTIFICIA DE LAS CIENCIAS

El Sumo Pontífice se dignó inaugurar, con su augusta presencia, el cuarto año de la Academia Pontificia de las Ciencias. A tan solemne acto, celebrado en la sala de sesiones, asistieron muchos Emms. Cardenales y numerosos Académicos. Su Santidad, recibido el devoto homenaje de los asistentes, y oída la relación de las actividades desarrolladas por la alta Sociedad científica presidida por el Rdmo. P. Agustín Gemelli, O. F. M., dirigió al ilustre auditorio el Discurso siguiente tan elevado.

AL contento y complacencia que experimentamos inaugurando el nuevo año científico de la Pontificia Academia de las Ciencias, responde Nuestra satisfacción de encontrarnos en medio de esta noble corona de Eminentísimos Cardenales, de Excelentísimos Diplomáticos, de distinguidos personajes y de insignes maestros e investigadores de las ciencias físicas, matemáticas y naturales y de su historia. En parecida reunión y en esta misma sala oísteis, en otra ocasión, Nuestra modesta palabra que os traía el mensaje de Nuestro incomparable Predecesor Pío XI, cuando él, para reparar el vigor disminuído, no de su valiente ánimo, sino de su cuerpo debilitado, doblégó su voluntad ante el consejo de quien velaba por su preciosa vida. Su glorioso nombre está escrito ya con caracteres indelebles en los fastos de la Historia, no menos que en la primera página de esta Academia de Ciencias por él fundada, la cual, si en la estructura y en el título suena a nueva, en su misma naturaleza, en sus cometidos y en su finalidad no hace sino restablecer y elevar a una altura científica y universal más moderna la antigua e ilustre Academia de los *Lincei*, que ya había sido renovada por el gran Pontífice Pío IX, Nuestro Predecesor de imperecedera memoria.

EL GRAN ENIGMA DE LA CREACIÓN

A Pío XI, sentado un año ha en esta aula — que ahora se adorna con su venerada imagen —, torna triste y reverente Nuestro pensamiento y el grato afecto de Nuestro ánimo, que

admiraba en su mente y en su corazón aquellas ascensiones y arranques de espíritu preocupado por lo pasado, lo presente y lo por venir, que cubrieron su trono con fulgores de la más alta piedad, del más incansable sacrificio, de la más vigilante solicitud, de la más amplia dilatación de la fe, de la más intensa organización de los estudios eclesiásticos, del más moderno incremento y fruto de la investigación científica. Esta Academia — que él mismo confió a los exquisitos cuidados del benemérito e infatigable Presidente, el Padre Gemelli — os habla de su más atrevida proeza. Constituye su ascensión alpina a la excelsa y vasta cadena de los Alpes de las ciencias, donde la verdad eleva altiva su frente sobre los valles y llanuras que diferencian regiones y países; donde la verdad, que asciende de los abismos de la tierra y de los mares y desciende de las sublimidades de los cielos, reúne, oh ilustres hombres de ciencia, vuestros ingenios investigadores y vuestra sabia voz para cantar el himno de la razón humana sobre las mismas huellas del Creador en el universo, cuando hubo terminado los cielos y la tierra y todo su ornato (*Gen.*, II, 1-2). Descansando Dios de nuevas obras, dice San Agustín, no se alejó, abandonando el mundo a sí mismo (*S. August., De Genesi ad Litteram*, l. IV, c. 12, n. 22; Migne, *P. L.*, t. 34, col. 304), sino que conservó en su eterno designio el pródigo pensamiento del hombre y, sosteniendo sobre la nada con el dedo de su omnipotencia el universo y sus movimientos, lo dejó a las disputas de los hombres, sin que el hombre descubra la obra que Dios hace desde el principio hasta el fin (*Eccle.*, III, 11). Es un gran enigma, que Dios ha propuesto al género humano caído para que se fatigue en su solución (*Eccle.*, I, 13); es aquel enigma del Dios desconocido operante en la creación, que señalaba el apóstol Pablo a los filósofos epicúreos y estoicos del Areópago ateniense, diciéndoles que el tal Dios desconocido había diseminado la raza de los hombres por toda la tierra a través de los tiempos, a fin de que buscaran a Dios, si es que llegaban a encontrarle, aunque Él no se halle lejos de cada uno de nosotros (*Act.*, XVII, 18-27).

El enigma de la creación ha espoleado en todos los siglos la admiración y el entendimiento de todas las gentes; con sus multiformes soluciones ha hecho resonar los pórticos y las escuelas de la Academia, del Peripato y de la Estoa; con sus volúmenes ha llenado las bibliotecas antiguas y modernas; en sus discusiones sobre el modo de solucionarlo, ha suscitado luchas entre los sabios investigadores de la naturaleza, de la materia y del espíritu. Tales fatigas, tales lecciones, tales volúmenes, tales luchas, no son sino las investigaciones de la verdad escondida entre los misterios del enigma. «¿Qué otra cosa, exclama el Águila de Hipona, desea más nuestra alma que la verdad?» (S. August., *In Ioannis Evangelium*, tract. XXVI, n. 5; Migne, *P. L.*, t. 35, col. 1609).

LA VERDAD Y LA INVESTIGACIÓN

Sí; vuestras almas, ilustres Académicos, desean y buscan la verdad, que palpita envuelta en la capa de lo que vemos, escuchamos, olfateamos, gustamos, tocamos y sentimos en mil formas, y vamos siguiendo con nuestro pensamiento a través de esas envolturas de los pesos, de los números, de las medidas, de los movimientos visibles e invisibles, donde se agita, se transforma, se muestra y se oculta, apareciendo ora más próxima, ora más lejana; donde desafía nuestra agudeza, nuestras máquinas, nuestras experiencias y a veces nos amenaza con el terror de una fuerza mucho más fuerte que todos nuestros instrumentos y aparatos, maravillosos portentos de nuestra invención, de nuestra mano y de nuestros ingeniosos artificios. Tal es el vigor, la atracción, la belleza, la impalpable vida de la verdad, que va surgiendo de la contemplación y de la investigación de la inmensa realidad que nos rodea.

Voz y verbo, que la realidad de las cosas manda a nuestra mente a través de los admirables sentidos de nuestra naturaleza plasmada de carne y de espíritu, es la verdad que nosotros buscamos por las ilimitadas vías del Universo. Así como no creamos la naturaleza, así tampoco creamos la verdad:

nuestras dudas, nuestras opiniones, nuestros descuidos o negaciones no la cambian. No somos nosotros la medida de la verdad del mundo, ni de nosotros mismos, ni del alto fin a que somos destinados. La sagacidad de nuestro arte mide la verdad de nuestros aparatos e instrumentos, de nuestras máquinas e inventos; transforma y encadena y doma la materia, pero no la crea; y ha de quedar satisfecha de seguir la naturaleza, como el discípulo hace con el maestro, cuya obra imita. Cuando nuestro entendimiento no se conforma con la realidad de las cosas o se hace sordo a la voz de la naturaleza, se envanece en la ilusión de los sueños, y corre en pos de quimeras que le parecen personas. Bien dijo, pues, el sumo poeta italiano que la «naturaleza toma su curso del divino entendimiento y de su arte..., que vuestro arte sigue a aquélla, en cuanto puede, como el maestro hace al discípulo, de suerte que vuestro arte es como el nieto de Dios» (1).

DIOS, LA NATURALEZA Y LA VERDAD

No sólo nuestro arte es el nieto de Dios: lo es también la verdad de nuestro entendimiento, pues en la escala del conocimiento de la verdad encuéntrase él acá abajo, por decirlo así, en el tercer grado del descenso, bajo la naturaleza y bajo Dios. Entre Dios y nosotros está la naturaleza. La verdad es inseparable de la naturaleza frente al arte infalible de la mente creadora que la sostiene en el ser y en el obrar, y que así mide su verdad por la realidad de las cosas. Por el contrario, es accidental a la naturaleza y a las cosas la relación de la verdad, de que las reviste, como efecto de su contemplación e investigación, nuestro débil entendimiento, que no posee, como algunos piensan, ideas innatas desde nuestro nacimiento; sino que por la vía de los sentidos inicia el conocimiento de las cosas percibidas en sus accidentes y cualidades externas, que son sensibles por sí mismas; de suerte que apenas si por medio de tales fenómenos externos puede

(1) *I. j.*, XL, 99-105.

llegar al conocimiento interior de las cosas, aun de aquellas cuyos accidentes son perfectamente percibidos por los sentidos (*Contra Gent.*, l. IV, cap. 1); por ello el humano ingenio, no ofuscado por prejuicios y por errores, comprende que, pues la naturaleza es hija de Dios, medida en su verdad por la mente divina, al medir ella el conocimiento de nuestra mente que la aprehende por medio de los sentidos, obra de tal suerte que la verdad de nuestra ciencia es hija suya y, por lo tanto, nieta de Dios.

No os admiréis, pues, si Nos vemos en vosotros, sabios investigadores de la naturaleza y de las cosas sensibles, los diligentes y profundos evocadores de las verdades más recónditamente escondidas en la naturaleza, según el gran principio del Estagirita, de que *cognitio nostra incipit a sensu*; principio que nos hace conocer la morada señalada por Dios en la tierra a aquel divino extranjero, que es el hombre; extranjero, «la más hermosa de las cosas creadas», por la «frente que mira al cielo y tiende al cielo», por la

mano che tutto sente e tutto afferra,
e nell'arte incallisce, e ardita e pronta
cittadi innalza e opposti monti atterra;

por el espíritu, imagen del Eterno, espíritu, cuya nobleza y grandeza, en medio de su admirable prisión de músculos y de huesos y nervios y venas y sangre y fibras, que cada uno conocéis, debéis sentir en vosotros mismos, y exclamar ante cada hijo de Adán caído, que entre el tumulto de los afectos conserva todavía en su rostro las reliquias de las antiguas formas:

Ancor dell'alta origine divina
i sacri segni riconosco; ancora
sei bello e grande nella tua rovina.
(Monti, *La bellezza dell'universo*)

El hombre asciende hasta Dios por la escala del universo; el astrónomo, que llega hasta el cielo, escabel del trono de Dios, no puede ser incrédulo ante la voz del firmamento;

desde allí, por entre los soles y las nebulosas astrales, se pasea su pensamiento seguido de amor y de adoración, y se hace a la mar hacia un Sol que ilumina y caldea, no sólo la arcilla del hombre, sino también al espíritu que la vivifica.

¡Ved la alegría de conocer y saber, siquiera un poco, del infinito piélago de verdad que nos circunda, viajeros en la navecilla de nuestra vida con la brújula de nuestro ingenio! Pero en este crucero intelectual

Vie più che indarno da riva si parte,
perchè non torna tal qual ei si move,
chi pesca per lo vero e non ha l'arte.
(*Par.*, XIII, 121)

INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA

Al gozo del conocer, vosotros, electos ingenios, unís el arte de la investigación de la verdad, y tornáis al retiro de vuestros estudios y de vuestros laboratorios, no como habéis salido de ellos, sino enriquecidos con un nuevo pensamiento que es la conquista de un enigma, para acrecentar, así, el admirable patrimonio de la ciencia. Ésta es la vía del progreso humano; vía escabrosa, vía jalonada por los más audaces héroes de la investigación, desde Tales, desde Aristóteles, desde Arquímedes, desde Tolomeo, desde Galeno a Bacón, a Leonardo de Vinci, a Copérnico, a Galileo, a Kepler, a Newton, a Volta, a Pasteur, a Curie, a Hertz, a Edison, a Marconi y a cien más; a vosotros, en fin, que recibiendo de ellos la antorcha de la investigación y del saber, la transmitís más luminosa a héroes más jóvenes, que no se arredran ni ante los obstáculos y peligros del camino, ni se asustan ante los luctuosos monumentos de los gloriosos héroes que cayeron en el camino. La enseñanza es madre de la investigación. «Pequeña chispa enciende gran llama.» A los descubrimientos de los predecesores se acumulan, ampliando siempre y corrigiendo, los nuevos frutos de los inventos de los continuadores, prodigios de la ciencia física, matemática e industrial, que tornan atónita y orgullosa nuestra época, ansiosa rebuscadora

de las más portentosas maravillas. El arcano de la verdad, siglos ha escondido y sepultado en el universo, lo vais descubriendo vosotros; os aprestáis hasta descomponer aun el mismo átomo, para tratar de penetrar más íntimamente en el conocimiento de la constitución de los cuerpos; sorprendéis y reveláis fuerzas desconocidas a nuestros abuelos, las aprisionáis y las dirigís donde os agrada, propagáis la voz, y la multiplicáis hasta los extremos de la tierra, y, juntamente con la palabra, os preparáis a hacer resplandecer ante nuestra vista la imagen viva de los hermanos y del mundo antípoda, mientras con alas zumbantes os alzáis del suelo para disputar su reino a los vientos y a las águilas y para vencerles en el vuelo y en la altura.

ASCENSO A DIOS Y DESCENSO DE ÉL

Tan maravillosa elevación del hombre por el cielo sobre las ciudades, las llanuras y las montañas del mundo Nos parece que Dios la ha concedido al humano ingenio en nuestra época, para recordarle una vez más cómo, desde «la herencia que tanto nos enorgullece» (1), puede el hombre ascender hasta Dios por la misma vía por do descienden las cosas; de suerte que, mientras todas las perfecciones de las cosas descienden ordenadamente de Dios, sumo vértice de los seres, el hombre, en cambio, comenzando por las inferiores y ascendiendo de grado en grado, pueda avanzar en el conocimiento de Dios, causa primera, y siempre más noble que todo efecto suyo. La verdad, que en su inmensa variedad y diversidad os pregonan las cosas inferiores, no es la que *odium parit*, sino más bien la que, alzándose sobre las divisiones y discrepancias de los ánimos, hermana los ingenios y espíritus todos en el amor de lo verdadero, porque una verdad ama a la otra y, como hermanas, hijas de una misma madre, la divina sabiduría, se besan en la frente ante la presencia de Dios. En vosotros, perspicaces investigadores de la naturaleza, Nuestro

(1) *Par.*, XXII, 151.

Antecesor de veneranda memoria descubrió los grandes amigos de la verdad, en cuyo amor vuestra ciencia os hermana y hace de vosotros, en medio de las luchas que ensangrientan al mundo, un insigne ejemplo de aquella unión de pacíficas concordias, que ni perturban las fronteras de los montes y de los ríos, ni las de los mares y de los océanos.

LA IGLESIA Y LA CIENCIA

Amiga de la verdad, la Iglesia admira y ama el progreso del saber a la par que el de las artes y de toda cosa que vea bella y apta para exaltar el espíritu y promover el bien. ¿No es la misma Iglesia el progreso divino en el mundo y la madre del más alto progreso intelectual y moral de la humanidad y del vivir civil de los pueblos? Avanza ella entre los siglos, maestra de verdad y virtud, luchando contra todos los errores — no contra los que yerran —, no destruyendo sino edificando, plantando rosas y lirios sin arrancar olivos y laureles. Custodia y, las más de las veces, santifica los monumentos y los templos de la grandeza pagana, romana y griega. Si en sus museos no tienen ya adoradores Marte y Minerva, en sus monasterios y en sus bibliotecas hablan todavía Homero y Virgilio, Demóstenes y Tulio; y no se desdeña de que, junto al Águila de Hipona y al Sol de Aquino, figuren Platón y Aristóteles. Ella invita a todas las ciencias a penetrar en las Universidades que ha fundado; llama en torno a sí a la Astronomía y a las Matemáticas, para corregir las antiguas medidas del tiempo; reúne a todas las artes, selladas con el esplendor de la verdad, para emular en honor de Cristo a las basílicas de los Césares, superándolas con cúpulas que producen vértigo, con adornos, con imágenes y estatuas tales que eternizan el nombre de quienes las crearon.

EL UNIVERSO Y LA BIBLIA. LA FE Y LA RAZÓN

Como todo arte, así también toda ciencia sirve a Dios, porque Dios es «scientiarum Dominus» y «docet hominem

scientiam» (*Ps.* XCIII, 10). En su alta escuela tiene el hombre dos libros. En el cuaderno del Universo la mente humana, en busca de la verdad, estudia las cosas buenas hechas por Dios; en el cuaderno de la Biblia y del Evangelio, el entendimiento junto con la voluntad buscan una verdad superior a la razón, sublime como el íntimo misterio de Dios, sólo por Él conocido. En la escuela de Dios se encuentran la filosofía y la teología, la palabra divina y la paleontología, la división de la luz y de las tinieblas y la astronomía, la tierra eternamente fija (*Eccle.*, I, 4) y su giro en torno al sol, la mirada de Dios y la mirada del hombre. La bondad de Dios, como una madre, balbucea, en cierto modo, el mismo lenguaje humano (*cfr. I Thess.*, II, 7), para hacer retener al hombre la excelsa verdad que le manifiesta en una escuela de verdades amigas que lo exaltan y lo hacen, en el estudio de la naturaleza y de la fe, discípulo de Dios. Tal es también la escuela y magisterio de la Iglesia. ¿Acaso no está la razón al servicio de la fe, ofreciéndole aquel «rationabile obsequium» (*Rom.*, XII, 1) de fundamento y de defensa, que emana del sello de la divina semejanza con que se embellece? Y la fe, a su vez, ¿no realza a la razón y a la naturaleza, invitando a bendecir al Señor, a toda la variada muchedumbre de las criaturas del universo desde los cielos a la tierra, con el cántico de los tres jóvenes en el horno de Babilonia? Y vosotros sabéis muy bien cómo la Iglesia bendice con su Ritual las obras de la razón y del genio humano, imprentas y bibliotecas, escuelas y laboratorios, telégrafos y vías férreas, turbinas y aeroplanos, carros y naves, construcciones y puentes, y todo cuanto la mente y el arte del hombre inventa para el verdadero y sano progreso de la vida y de la civilización.

No; el obsequio de la razón a la fe no humilla a la razón, sino que la honra y la sublima, porque es suma gloria para el progreso de la civilización humana facilitar a la fe su evangélico caminar por el mundo. La fe no es soberbia, no es una tirana que esclavice a la razón, ni la contradiga: el sello de la verdad no está impreso por Dios de modo distinto en la fe que en la razón. Y más bien, en vez de disentir mutua-

mente, se ayudan, pues que la recta razón demuestra los fundamentos de la fe cuyos términos aclara con su luz, y la fe preserva de errores a la razón, la libera una vez caída y la amaestra con multiformes conocimientos. Por ello no dudamos que ha de redundar en honor de esta Academia Pontificia de Ciencias el recordar aquí, ante vosotros, la afirmación del gran Concilio Vaticano, cuando definía que «tan lejos está la Iglesia de oponerse al progreso de las artes y de las ciencias, que más bien lo ayuda y promueve por muchos modos. Pues ni ignora ni desdeña las comodidades que se derivan de aquéllas para la vida humana; antes bien reconoce que, de igual suerte que proceden de Dios, Señor de las ciencias, si son tratadas rectamente, conducen a Dios con la ayuda de su gracia». A vosotros, pues, nobles adalides de las disciplinas y de las artes humanas, reconoce la Iglesia la justa libertad del método y de la investigación, libertad sobre la cual fundó esta Academia Nuestro inmortal Predecesor, Pío XI, consciente de lo que añade el mismo Concilio, que la Iglesia «de ningún modo prohíbe que tales ciencias usen sus propios principios y su propio método en su terreno respectivo; pero, al reconocer esta libertad tan justa, procura con sumo cuidado que no recojan errores contrarios a la divina doctrina o que, sobrepasando sus propios límites, traten de estudiar y confundir las materias que pertenecen a la fe» (Concil. Vatic., Sess. III, c. 4).

En tales palabras del sacro universal Senado de la Iglesia Católica está toda vuestra justa libertad científica y el más alto encomio de las ventajas que deparáis a la civilización, de las que a su vez se sirve la Iglesia para su misión en el mundo. Lo a de las ciencias y de sus admirables inventos es, en verdad, que el heraldo de Cristo anuncie las estaciones, prevea las tormentas y las tempestades, vuele sobre las llanuras y sobre las montañas, visite veloz miles de lugares desiertos y helados, multiplique su voz y sus beneficios, abrevie la duración de sus viajes, y hasta se haga médico y curador de los cuerpos para regenerar las almas. Mérito es de un incomparable colega vuestro, el llorado Marconi, que Nuestra pa-

terna palabra y bendición resuenen más allá de los mares y de los océanos, llevando a los más lejanos pueblos el afecto y las esperanzas de Nuestro corazón, al mismo tiempo que Nuestra voz se oye con eco potente entre los obeliscos de Roma. ¿No son, pues, las ciencias dignas y merecedoras de toda nuestra estimación y honor?

LA «ESCUELA DE ATENAS»...

Hace ya siglos que el mundo contempla estupefacto una imagen de este vínculo tan admirable y legítimo entre las ciencias y la fe, de ese vestíbulo que las ciencias y las artes alzan en la entrada del templo de la fe, en la Estancia vaticana *della Segnatura*, donde la Ciencia y la Fe se miran de frente y se iluminan mutuamente con la luz sublime del pensamiento y del pincel del inimitable pintor de Urbino. Ciertamente que os habéis detenido allí, admirados, ante la escena que lleva el nombre de *Escuela de Atenas*. Habéis reconocido en aquellos personajes a vuestros más antiguos predecesores en la investigación de la materia y del espíritu, en la contemplación y en la medida de los cielos, en el estudio de la naturaleza y del hombre, en las elucidaciones matemáticas y en las sabias discusiones. La investigación de la verdad anima y colorea aquellos rostros y da movimiento a aquellas imágenes que parecen hablar, ora una, ora otra, de las diversas ciencias especulativas y prácticas, de sus vigiliass, de su mente concentrada y casi arrebatada fuera de los sentidos, como discutiendo consigo misma, probando y refutando, para encontrar por fin, ¡bien poca verdad por cierto!, un ravo de luz en medio de tantas cosas que se estimaron verdaderas, para ensamblar un mundo de mundos diversos, que no todos pueden ser reales. Y en aquel templo de la ciencia veis vosotros cómo Platón indica que la fuente del saber está en el cielo, y Aristóteles que en la tierra, pugnando entre sí, sin quedar plenamente satisfechos de sus altas conclusiones. No sienten saciada la infinita sed del entendimiento humano por abrazarlo todo; sienten que, más allá de la naturaleza de este

mundo, vive e impera una suprema potencia en un mundo no manifiesto. Sienten en sí un espíritu inmortal que los impulsa hacia lo alto, pero no sienten el espíritu que los vivifica y que les da alas para el vuelo.

...Y LA «DISPUTA DEL SACRAMENTO»

Ante esa escena y asamblea de «magnos espíritus» (1), que un arte admirable pone ante vuestros ojos, Nos inclinamos la frente y permanecemos turbados, pensando cuán áspero es el camino por los senderos de la ciencia y cómo toda la ciencia conquistada a costa de los mayores trabajos no calma en la felicidad las esperanzas y las ansias del alma humana. Somos inmortales, hemos nacido hechos para otro mundo, para ese mundo no manifiesto a la razón, que, frente a la *Escuela de Atenas*, nos revela y representa la otra gran composición, denominada la *Disputa del Sacramento*. Al dibujar estas dos escenas vivientes, parece como si el genio de Tomás de Aquino hubiera guiado la mano de Rafael, indicándole los tres grados del conocimiento con relación a Dios: el primero, representado en la reunión de las ciencias, por las que el hombre asciende de las criaturas a Dios tan sólo por la luz natural de su razón; el segundo, simbolizado en el altar del Sacramento, síntesis y centro de la verdad divina que sobrepasa al entendimiento humano y que desciende a nosotros en este mundo en forma de revelación presentada a nuestra fe; el tercero, hecho patente, al aparecer la corte celestial en torno a Dios, a la mirada de la mente humana, elevada para ver perfectamente las cosas reveladas (*Contra Gent.*, l. IV, cap. I). De la ciencia a la fe; de la fe a la visión intuitiva de la primera y suprema verdad, fuente de toda verdad.

LAS TRES ESCUELAS

Son tres escuelas, cada una más alta que la otra, por las que, como por grados, se va ascendiendo hasta la plena satis-

(1) *Inf.*, IV, 119.

facción del entendimiento humano. En la escuela de la naturaleza, mientras los cielos narran la gloria de Dios, nos sirven de maestros las cosas corpóreas que, si dejan ocultas sus últimas causas, con sus formas y con sus movimientos las hacen perceptibles a nuestros sentidos, ansiosas en cierto modo de dárse nos a conocer, ya que ellas no puedan conocer. Nos hablan con su belleza, con su orden, con su fuerza y grandeza sin medida. Si preguntáis a los astros, al sol, a la luna, a la tierra, al mar, a los abismos y a todos los vivientes que en ellos se mueven, os responderán, como a Agustín de Tagaste: «No somos nosotros tu Dios; busca por encima de nosotros»: «Non sumus Deus tuus; quaere super nos» (*Conf.*, l. X, c. 6, n. 2). ¡Oh hombre, perdido ante el mundo; no hagas, como te avisa la divina Sabiduría, de las criaturas un dios a tu imagen, que tengas que asegurar con un hierro a la pared, para que no se caiga (*Sap.*, XIII, 15-16); no invoques, para la salud de un enfermo, para la vida de un muerto, la ayuda de un ser inútil, ni para hacer un viaje a quien no puede caminar! (*Sap.*, XIII, 18-19).

Sobre la escuela de la naturaleza está la escuela de la fe, donde se asienta cual maestro infalible el Dios presente y escondido en el Sacramento del Altar, Sabiduría divina encarnada, Verbo del Padre, cuya voz omnipotente, de igual suerte que enseña a los antiguos y modernos filósofos que el universo se origina de la nada, manda también a sus apóstoles a instruir a todas las gentes en una ciencia más alta que la razón, a la que no pueden resistir ni contradecir todos sus adversarios (*Luc.*, XXI, 15), y que convierte en discípulos suyos, junto a los grandes Pontífices romanos y la cohorte de los Padres y de los Doctores, a los mayores ingenios de la poesía, de las ciencias y de las artes, y, con los príncipes de la tierra, a las almas extasiadas y orantes de los simples fieles. En aquel ostensorio se concentra toda la fe cristiana; allí está el mismo Dios, camino, verdad y vida, a quien señala en el cielo con su brazo el Doctor que se alza junto al altar.

Y, en el cielo, Rafael glorifica su propia fe, intentando con su pincel mostrar a Cristo por encima y más allá de las

nubes de la fe, en el abierto esplendor de la viva luz eterna, sobre el trono del anfiteatro celeste, circundado por la corona de los santos y de los ángeles, junto con el Padre y el Espíritu Santo. Aquel cielo es la excelsa escuela divina; aquel trono es la cátedra del Maestro de los maestros «in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi» (*Coloss.*, II, 3). Él, la sabiduría de todas las cosas y de los divinos misterios; Él, la ciencia de todas las cosas creadas, porque es el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas y sin el que nada se hizo (*Io.*, I, 3). ¡Oh, cuándo nos será dado elevarnos allá arriba para ser discípulos de tan gran Maestro, y contemplarlo y oírlo; y en su inefable Escuela y en su luz divina, con el ojo del alma, conocer el magisterio y el arte, las causas y los efectos, la materia, las formaciones y el orden de cuanto está esparcido y comprendido en el cielo y en la tierra, de cuanto es mundo y naturaleza; y, en el volumen de las eternas e infinitas ideas del Verbo divino, entenderlo todo con un abrir de ojos, mucho más de lo que haríamos en mil años de estudio, y mejor que si poseyéramos la agudeza de todos los mayores ingenios de la tierra, y más perfectamente que si viésemos las cosas en sí mismas! «Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?» (*Ps.* XLI, 3).

Con el más íntimo amor de Vicario de Cristo y Padre común, elevando Nuestros votos al Cielo, rogamos a Dios que nos conceda a todos la gracia de poder ascender un día a recibir el imperecedero premio de nuestras fatigas terrenas, allá arriba, en aquella altísima y beatificante escuela y conocimiento en Dios de todas las ciencias divinas y humanas, donde queda satisfecha la insaciable ansia de entender y comprender todos los géneros, las especies y las virtudes y el orden del universo, en que se compendia aún la perfección natural de nuestra naturaleza espiritual; a aquel convite de la sabiduría y de la ciencia, inagotable y perpetuo, donde desaparece todo error de la pasada vida. Y entonces, en aquel palacio supremo de gloria, olvidando ya la estupenda representación de Rafael, sueño de conceptos mortales, terminaremos verdaderamente en nosotros el ardor del deseo, y con la

LA INAUGURACIÓN DEL IV AÑO DE LA AC. PONT. DE CIENCIAS

divina visión de Dante, llegado en su viaje ultraterreno al Empíreo, penetrando con nuestra vista en la «alta luz que de por sí es verdadera» (1), veremos cómo «nel suo profondo... s'interna,

legato con amore in un volume,

ciò che per l'universo si squaderna.»

(*Par.*, XXXIII, 85-88)

(1) *Par.*, XXXIII, 54.

LXXIII

6 DE DICIEMBRE DE 1939

LA CASTIDAD CONYUGAL

*La dignidad de María y el ejemplo de sus
íclitas virtudes formaban el tema de la alec-
cionadora palabra de Su Santidad a los esposos
cristianos.*

RECIÉN unidos por sagradas promesas, fundamento de nuevos y grandes deberes, venís, oh dilectos nuevos esposos, junto al Padre común de los fieles, para recibir sus exhortaciones y su bendición. Querriamos Nos que volvierais hoy vuestra mirada hacia la dulcísima Virgen María, cuya fiesta celebrará pasado mañana la Iglesia bajo el título de la Inmaculada Concepción; título suavísimo, preludio de todas sus demás glorias, que hasta podemos llamar privilegio único, pues parece identificarse con su misma persona: «Yo soy — dijo ella a Santa Bernardita en la gruta de Massabielle — ¡Yo soy la Inmaculada Concepción!»

¡Un alma inmaculada! ¿Quién de vosotros no ha deseado serlo, al menos en sus mejores momentos? ¿Quién no ama lo que es puro y sin mancha? ¿Quién no admira la blancura de los lirios que se miran en el espejo de un transparente lago o las nevadas cimas que reflejan el azul del firmamento? ¿Quién no envidia el alma cándida de una Inés, de un Luis Gonzaga, de una Teresa del Niño Jesús?

Inmaculados eran el hombre y la mujer, cuando salieron de las manos creadoras de Dios. Manchados por el pecado, hubieron de comenzar, con el expiatorio sacrificio de víctimas sin mancha, la obra de la purificación, que sólo se hizo eficazmente redentora con «la sangre preciosa de Cristo, cual cordero inmaculado e incontaminado» (*I Petr.*, I, 19). Y Jesucristo, para continuar su obra, quiso que la Iglesia, su mística Esposa, fuese «sin mancha y sin arruga alguna..., santa e inmaculada» (*Eph.*, V, 27). Ahora bien; tal es, oh dilectos

jóvenes esposos, el modelo que precisamente os propone el gran apóstol San Pablo: «Hombres — avisa él —, amad a vuestras mujeres, como también Cristo ha amado a su Iglesia» (*Eph.*, V, 25), pues lo que hace la grandeza del sacramento del matrimonio es su relación a la unión de Cristo y de su Iglesia (*Eph.*, V, 32).

Tal vez penséis vosotros que la idea de una pureza sin mancha deba aplicarse exclusivamente a la perfecta virginidad, ideal sublime al que Dios no llama a todos los cristianos, sino tan sólo a selectas almas. Vosotros conocéis ciertamente estas almas, y aunque las conocéis y las admiráis, no habéis creído que fuera tal vuestra vocación. Sin tender a la altura de la renuncia total de las alegrías terrenas, vosotros, siguiendo la vía ordinaria de los mandamientos, tenéis el ansia legítima de veros rodeados de una gloriosa corona de hijos, fruto de vuestra unión. Y, sin embargo, el estado matrimonial, que Dios ha querido para el común de los hombres, puede y debe también tener su propia pureza sin mancha.

Inmaculado es ante Dios quien con fidelidad y sin pecado cumple las obligaciones de su propio estado. No llama Dios a todos sus hijos al estado de perfección, sino que invita a cada uno de ellos a la perfección de su propio estado: «Sed perfectos — exclamaba Jesús —, como perfecto es vuestro Padre celestial» (*Matth.*, V, 48). Bien conocéis vosotros los deberes de la castidad conyugal. En realidad exigen un gran valor, a veces heroico, y una filial confianza en la Providencia; por ello precisamente se os da la gracia del sacramento, para enfrentaros con tamaños deberes. No os dejéis, pues, torcer por vanos pretextos harto en boga o por ejemplos desgraciadamente demasiado frecuentes.

Escuchad más bien los consejos del arcángel Rafael al joven Tobías, cuando vacilaba en tomar por esposa a la virtuosa Sara: «Escúchame bien, y te mostraré quiénes son los que son subyugados por el demonio: son los que abrazan el matrimonio echando a Dios de sí y de su alma» (*Tob.*, VI, 16-17). Y Tobías, iluminado ya por tan angélica exhortación, decía a su joven esposa: «Somos hijos de santos; no pode-

mos unirnos como lo hacen los gentiles, que no conocen a Dios» (*Tob.*, VIII, 5). No olvidéis jamás que el amor cristiano tiene un fin mucho más alto que el de una fugitiva satisfacción.

Escuchad también la voz de vuestra conciencia, que interiormente os repite la orden dada por Dios a la primera pareja humana: «Creced y multiplicaos» (*Gen.*, I, 22). Sólo así es como el matrimonio será, según la expresión del mismo San Pablo, «honrado en todo, y el tálamo sin mancha» (*Hebr.*, XIII, 4). Pedid esta gracia especial a la Santísima Virgen en el día de la próxima fiesta.

Y ello tanto más cuanto que María fué inmaculada ya desde su misma concepción, para ser digna Madre del Salvador. Por ello la Iglesia en su liturgia, en la que resuena el eco de sus dogmas, se expresa así: «Oh Dios, que por la Inmaculada Concepción de la Virgen preparaste a tu Hijo morada digna de Él...» (*Orat. in festo Immac. Concep. B. M. V.*). Esta Virgen Inmaculada, que fué Madre por otro privilegio tan singular como divino, puede comprender bien vuestros deseos de interna pureza y vuestra aspiración a las alegrías de la familia. Cuanto más santa y exenta de pecado sea vuestra unión, más bendecida será de Dios y de su purísima Madre, hasta el día en que la suprema Bondad reúna para siempre en el Cielo a quienes en este mundo se hayan amado cristianamente.

Con tal deseo, y como prenda de los más abundantes favores divinos, Nos os concedemos de todo corazón, dilectos nuevos esposos, como asimismo a todos los demás fieles aquí presentes, la Bendición Apostólica.

EN este ansiado día, en este augusto Alcázar, Palatino de una nueva historia de la Urbe, ante Su Majestad el prudente Rey Emperador y Su Majestad la Reina Emperatriz, espejo de dulce maternidad y de domésticas virtudes para el pueblo de Italia, en presencia — además de Nuestros Cardenales y de Nuestro Séquito — de tan selecta corona de Príncipes y Princesas Reales, de Personajes de Corte y de Gobierno, Nuestro ánimo renueva la expresión de la viva complacencia por la solemnísimas visita que Vuestras Majestades Nos hicieron en el Palacio Apostólico Vaticano con aquel sentimiento de veneración a la Sede de Pedro, que exalta ante Nuestros ojos, entre el aplauso de Roma y del mundo, el plurisecular espíritu católico de la Dinastía de Saboya, tan gloriosa por su corona de Santos y de Beatos. En este Palacio, al cabo de diez años, se confirma la feliz concordia entre la Iglesia y el Estado, concordia que aureola con una misma luz de gloria los nombres de Nuestro venerado Antecesor Pío XI y de la Majestad de Víctor Manuel III.

El Vaticano y el Quirinal, separados por el Tíber, están unidos por el vínculo de la paz con los recuerdos de la religión de padres y abuelos. Las ondas tiberinas han arrastrado y sepultado en los abismos del Tirreno las revueltas olas de lo pasado, mientras en sus orillas hacen brotar ramos de olivo con nuevo verdor.

Hoy, cuando en este espléndido Palacio, por vez primera después de varios decenios, álzase bendiciendo en señal de paz la mano de un Pontífice romano, Italia contempla y salta

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

de gozo; contempla y salta también de gozo el mundo católico, y hasta parecen saltar de alegría los dos Príncipes de los Apóstoles, que inmóviles se asientan sobre la entrada del Palacio, como satisfechos de ver brillar la aurora de tiempos nuevos. Y la Santísima Virgen (*Santissima Annunziata*), a quien se halla dedicado aquí un muy devoto altar, gózase en derramar con la mayor largueza los tesoros de sus gracias sobre la Real Familia que de antaño se honra en venerarla como la enseña más alta de su caballeresco culto. Por ello Nos suplicamos a Dios y a la Virgen María que extiendan su protección sobre los Augustos Soberanos, sobre los Príncipes y las Princesas Reales, sobre el ilustre Jefe y sobre los miembros del Gobierno, sobre todos los presentes, para que la paz que, salvaguardada por la prudencia de los Gobernantes, hace a Italia grande, fuerte y respetada ante la faz del mundo, llegue a ser, para los pueblos que, hermanos antes, se combaten hoy enemigos por tierras, cielos y mares, aguijón e impulso para futuras inteligencias, que por su contenido y por su espíritu sean la promesa segura de un nuevo orden tranquilo y duradero, que sería vano buscar fuera de los caminos reales de la justicia y de la caridad cristiana.

.

LXXX

30 DE DICIEMBRE DE 1939

AL NUEVO EMBAJADOR DE CHILE

A las palabras con que el nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Chile, el Dr. Luis Cruz-Ocampo, acompañó la presentación de las credenciales, el Augusto Pontífice respondió recordando la luminosa e incesante obra de la Iglesia en favor de todas las clases de la sociedad humana.

SEÑOR EMBAJADOR:

Los lazos de afecto que unen a esta Sede Apostólica con el pueblo chileno, la recíproca confianza que los caracterizan y que se ha manifestado aun en coyunturas difíciles, aseguran a Vuestra Excelencia una acogida cordial y benévola en armonía con los sentimientos de aquella noble Nación y con la importancia de la honorífica misión que el Excelentísimo Señor Presidente de la República os ha confiado.

Vuestra Excelencia, hablando en nombre de su Gobierno, ha encontrado frases elevadas al reconocer los valores espirituales que la Iglesia Católica ha pregonado por el mundo y que desde hace casi dos mil años mantiene y promueve a pesar de tantas dificultades y contrariedades, así como también el extraordinario alcance de la aplicación de estos valores, de acuerdo con las necesidades de nuestros tiempos, al vasto y disputado campo del progreso social. Esas palabras son para Nos materia de satisfacción y una prenda de que en lo futuro las relaciones entre la Santa Sede y la República Chilena seguirán desarrollándose en armonía, con ventaja para los verdaderos intereses de aquella Nación y para el bien espiritual y cultural de aquel pueblo.

La Iglesia, cuya mano materna tantea con ansioso desvelo el pulso febril de la humanidad de nuestros días; la Iglesia, cuya pupila perspicaz descubre necesidades, dolores y aspiraciones que a otros se les ocultan; la Iglesia, cuyo oído ausculta en las confidencias de los corazones esos abismos de

amargura en que están sumidas las almas de los que se creen víctimas de conscientes o inconscientes injusticias; la Iglesia, decimos, ve con palmaria claridad, y secunda con celo incansable, el imperioso deber de aquella *redemptio proletariorum*, que se inició ya en la cueva de Belén, y de la cual Nuestro Predecesor habló con tan iluminada y apostólica sabiduría.

Nada se Nos hará más grato, Señor Embajador, que procurar, en grado siempre creciente, al pueblo chileno, a Nos tan querido — en cuyo territorio acabamos de aumentar los medios de una eficaz asistencia espiritual mediante la creación de dos nuevas Archidiócesis —, esas ayudas valiosas e insustituíbles en el camino de la verdadera prosperidad, que provienen de la doctrina y de la ley de Jesucristo y de una formación individual y social que esté en plena correspondencia con ellas.

La confianza que han fomentado en Nos las palabras de Vuestra Excelencia, de que la Iglesia, en el ejercicio de su misión de verdad y de amor, podrá disfrutar en Chile de la libertad que como a sociedad perfecta le compete y que tan hondamente arraigada está en la conciencia del católico pueblo chileno, Nos autoriza a abrigar la esperanza en un porvenir tranquilo y sereno.

En espera de este halagüeño porvenir, correspondemos cordialmente a los corteses votos que por Vuestro trámite Nos ha formulado el Excelentísimo Señor Presidente de la República, y ofrecemos a Vuestra Excelencia Nuestro benévolo apoyo en el cumplimiento de vuestro elevado oficio, mientras, a través de la inmensidad del Océano y por encima de los Andes, enviamos con afecto paternal, a todos Nuestros queridos hijos e hijas del lejano Chile, Nuestras más copiosas bendiciones.

AÑO 1940

LXXXI

3 DE ENERO DE 1940

JUNTO A LA CUNA DEL REY DIVINO

El Padre Santo admitió a su augusta presencia, en la Sala de la Bendición, a una gran multitud de recién casados y a más de mil religiosas, que habían tomado parte en la Asamblea Nacional, convocada por la Oficina Central para los Institutos de Instrucción y Educación dependientes de la autoridad eclesiástica. Su Santidad se dignó dirigir a los distintos grupos preciosas exhortaciones, y a todos ellos les manifestó especiales deseos de cristiana prosperidad.

Sⁱ, en medio de las tristezas de la tierra, hay un grupo de seres que puede mirar con serenidad lo por venir, Nos parece que sois vosotros, unidos recientemente por los vínculos del matrimonio cristiano, y resueltos a cumplir con lealtad, con los divinos socorros que os otorga el Sacramento, las obligaciones que os impone. No hace muchos días que habéis realizado uno de vuestros más dulces sueños. Os queda un voto que formar para el año que ha comenzado: el de que vuestra unión, bendecida ya invisiblemente ante el altar del Señor por la gracia sacramental, reciba también la bendición visible de la fecundidad.

Ved ahora cómo la Iglesia, en este tiempo de Navidad, propone ante vuestra consideración a una mujer y un hombre tiernamente inclinados hacia un Niño recién nacido. Meditando el misterio de Navidad, contemplad, pues, la actitud de María y de José; procurad sobre todo penetrar en sus corazones y participar de sus sentimientos. Y entonces, una vez salvada la infinita diferencia entre la natividad de Jesucristo, Verbo encarnado, Hijo de la purísima Virgen, y el humano nacimiento del ser querido a quien daréis la vida, podréis confiadamente tomar por modelos vuestros a estos ideales esposos: María y José.

Contemplad la gruta de Belén. ¿Es que puede ser morada conveniente ni aun para humildes artesanos? ¿Por qué esos animales; por qué esos sacos de viaje; por qué esa tan absoluta pobreza? ¿Sería esto lo que María y José habían soñado para el nacimiento del Niño Jesús, en la íntima dulzura de

su casita de Nazaret? Tal vez, en los meses anteriores, José, sirviéndose de algunos pedazos de humilde madera del país, había cortado, cepillado, afinado y hasta adornado una cuna, coronada por bóveda de entrelazados mimbres. Y María — podemos pensarlo así —, iniciada, ya desde su infancia en el templo, en sus labores femeninas, había — como toda mujer que se siente animada por la esperanza de una próxima maternidad — cortado, orlado, adornado con graciosos bordados, los pañalitos para el Deseado de las Gentes!

Pero ahora no están ni en su casita, ni junto a sus amigos, ni siquiera en posada ordinaria; ¡se hallan en un establo! Por obedecer al edicto de Augusto, habían hecho en pleno invierno un penoso viaje, aun a sabiendas de que el Niño tan deseado estaba ya para llegar al mundo. Y sabían bien que tal Niño, fruto virginal de la obra del Espíritu Santo, pertenecía a Dios antes que a ellos. El mismo Jesús, doce años más tarde, había de recordárselo: los intereses de su Padre celestial, soberano Señor de los hombres y de las cosas, habían de estar por encima de los pensamientos de amor, aun tan ardientes y tan puros como los de María y José. Por ello, en aquella noche, en una mísera y húmeda gruta, adoran arrodillados al divino recién nacido, recostado en duro pesebre, *positum in praesepe*, y no en una cuna graciosa; envuelto en rudos pañales, *pannis involutum*, más bien que en finos lienzos.

También vosotros, dilectos y jóvenes esposos, os habréis forjado, forjáis y forjaréis dulces sueños sobre el porvenir de vuestros hijos. ¡Desgraciados los padres que no lo hicieron! Mas ¡cuidad bien de que tales sueños no sean exclusivamente terrenos y humanos! Ante el Rey de los cielos, que temblaba sobre las pajas, y cuyo lenguaje, como el de todo hombre que viene a este mundo, no era aún sino el llanto: «et primam vocem similem omnibus emisi plorans» (*Sap. VII, 3*), María y José vieron — con la luz interior que iluminaba aún el pobre aspecto de la realidad material — que el Niño más bendecido por Dios no es necesariamente el que nace entre riquezas y bienestar; comprendieron que los pensamientos

de los hombres no son siempre conformes a los de Dios; sintieron profundamente que cuanto acontece en la tierra, ayer, hoy, mañana, no es un efecto de la casualidad, o de una buena o mala fortuna, sino el resultado de una larga y misteriosa serie de acontecimientos, dispuesta o permitida por el Padre celestial.

Dilectos nuevos esposos, ¡procurad sacar fruto de esta sublime lección! Postrados ante la cuna del Niño Jesús, como tan ingenuamente hacíais en vuestra niñez, rogadle que os infunda los grandes pensamientos sobrenaturales que llenaban en Belén los corazones de su Padre putativo y de su Virgen Madre. En los pequeños y caros seres que alegrarán — según Nos lo esperamos — vuestro joven hogar, antes de que sean el orgullo de vuestra edad madura y el socorro durante vuestra vejez, habéis de ver no sólo los delicados miembros, la graciosa sonrisa, los ojos en que se reflejen los rasgos de vuestro rostro y hasta los sentimientos de vuestro corazón, sino sobre todo y ante todo el alma, creada por Dios, precioso depósito confiado a vosotros por la divina Bondad. Educando a vuestros hijos para una vida profunda y valerosamente cristiana, les daréis y os daréis a vosotros mismos la mejor garantía de una existencia feliz en este mundo y de la reunión bienaventurada en el otro.

Con tales votos Su Santidad les anunciaba, como prenda de las más preciadas gracias celestiales, la paternal Bendición Apostólica, que luego había de darles. Pero antes quiso añadir unas palabras dedicadas al nutridísimo grupo de Religiosas que se hallaban presentes en la audiencia:

Nos complacemos ahora en saludaros, dilectas Hijas en Cristo, Religiosas de enseñanza, que habéis dedicado vuestra vida precisamente a la educación de la niñez y de la juventud. Las alumnas que están a vuestro cuidado os llaman frecuentemente con el delicioso nombre de Madre; y, sin embargo, propiamente hablando, no son vuestras hijas. Para mejor amar a las hijas de los demás, para poder consagraros

a su instrucción y formación, habéis renunciado vosotras a las legítimas alegrías del hogar doméstico. Y las verdaderas madres vienen muy contentas a confiar a vuestra solicitud lo que más aman en el mundo: sus hijas. Haciendo sus veces, cuidáis vosotras su salud física, ornáis las mentes y formáis el corazón de aquellas jóvenes y adolescentes. Las rodeáis de ternuras verdaderamente maternas, les prodigáis las atenciones más constantes y delicadas, que difícilmente podrían recibir muchas de ellas ni aún en el seno mismo de sus familias. Y de todo su tierno reconocimiento nada queréis que os devuelvan, nada queréis conservar para vosotras.

Es que ante todo y sobre todo trabajáis para Dios. Mucho más que la vida material y la misma de la inteligencia, a las que consagráis también esfuerzos tan generosos como asiduos, os ocupa y preocupa la vida de las almas. Sabéis que Dios ha puesto en la delicada y frágil envoltura de aquellos cuerpos juveniles, como centella divina en un vaso de arcilla, un alma purificada por la gracia y destinada a bienaventuranzas celestiales. Hijas privilegiadas de la divina Providencia, vosotras, por vocación y por íntimo arranque de vuestro corazón, queréis imitar, en la progresiva formación de las jóvenes almas, a la eterna Sabiduría, que «*attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*» (*Sap.*, VIII, 1), cumpliendo todo vuestro deber, de un extremo a otro, con fortaleza, pero aportando siempre en la ejecución la templanza de una suave y benévola mansedumbre.

Para hacer más perfecta esta imitación, para mejor conformarla siempre a las normas de la autoridad jerárquica, para comunicaros los resultados de vuestras personales experiencias en la mejor utilización y coordinación de vuestros esfuerzos, os habéis reunido durante estos días en un Congreso nacional. El programa de las lecciones que os serán dadas, de vuestros estudios y de vuestras discusiones, tan rico en promesas, llevará sin duda en su realización frutos abundantes y sustanciosos, si el Señor se digna, como Nos se lo rogamos con vosotras, fecundar vuestros trabajos con una abundante efusión de sus gracias celestiales.

LXXXII

8 DE ENERO DE 1940

AL PATRICIADO Y A LA NOBLEZA ROMANOS

El Sumo Pontífice, al responder a la felicitación que con motivo del nuevo año le dirigió el Príncipe Asistente al Solio, S. E. don Marco Antonio Colonna, pronunció un elocuente Discurso en el que recordó las glorias del Patriado y de la Nobleza Romanos a la vez que dió a entender sus especiales obligaciones en los tiempos presentes.

DOBLE don, en el comienzo del año, han querido ofrecernos el Patriciado y la Nobleza Romanos, al reunirse en torno a Nos: el don gratísimo de su presencia y a la vez el don de los filiales deseos, adornados, como con una flor, por la expresión de la tradicional fidelidad a la Santa Sede, de la que han sido nueva prueba, queridos Hijos e Hijas, las palabras, tan devotas como elocuentes, que acaba de pronunciar vuestro insigne intérprete, ofreciéndonos una ocasión tan propicia de confirmar y acrecentar por parte Nuestra a vuestra ilustre clase la alta estimación en que siempre os ha tenido esta Sede Apostólica, y que jamás ha cesado de manifestar ostensiblemente.

Clara estimación, mostrada en la historia de los siglos pasados. Entre los que Nos rodean en este momento, no pocos llevan apellidos que desde hace siglos se entrelazan con la historia de Roma y del Papado, tanto en los días gloriosos como en los oscuros, en la alegría como en el dolor, en la gloria como en la humillación, sostenidos por el íntimo sentimiento que surge de la profundidad de una fe heredada, con la sangre, de los abuelos, sobreviviente a todas las pruebas y borrascas y pronta, aun en los desvíos temporales, a volver al sendero de la casa del Padre. El esplendor y la grandeza de la Ciudad Eterna refleja y refracta sus rayos sobre las familias del Patriciado y de la Nobleza Romanos. Los nombres de vuestros antepasados están indeleblemente grabados en los anales de una historia cuyos hechos han tenido, en muchos aspectos, gran parte en los orígenes y en el desarrollo de tantos pueblos actualmente civilizados. Que si, sin el nombre de Roma y de sus nobles casas, no se podría escribir la historia

profana de muchas naciones y reinos o coronas imperiales, los nombres del Patriciado y de la Nobleza Romanos se repiten aún con mayor frecuencia en la historia de la Iglesia de Cristo, que alcanza su mayor realce, por encima de toda gloria de familia o nacional, en su Cabeza visible, cuya sede, por benigna disposición de la Providencia, se halla junto a las orillas del Tíber.

De vuestra fidelidad al Pontificado Romano y de la continuidad que os honra cual gloriosa herencia de vuestras Familias, vemos en torno a Nos, con Nuestros ojos, en esta selecta agrupación, como una viviente imagen, en la presencia simultánea de tres generaciones. En los que, entre vosotros, llevan ya la frente coronada por nieve o plata, saludamos Nos los muchos méritos adquiridos en el largo cumplimiento del deber que, como trofeos de victoria, habéis venido a depositar aquí para ofrecer su homenaje al solo verdadero Señor y Maestro, invisible y eterno. Pero la mayoría de vosotros estáis ante Nos animosos en la flor de la juventud o en el esplendor de la vida, con un vigor tal de energías físicas y morales que os estimula a dedicar vuestras fuerzas al progreso y defensa de toda causa buena. Nuestra predilección se inclina ante todo hacia la serena y risueña inocencia de los pequeños, los últimos venidos a este mundo, en quienes el espíritu del Evangelio Nos induce a ver los afortunados en el Reino de Dios; admiramos en ellos su ingenuo candor, su puro y vivo fulgor en las miradas, reflejo angélico de la limpieza de sus almas. Son inocentes, en apariencia inermes; pero en el encanto de la ingenuidad, con que agradan a Dios no menos que a los hombres, ocultan un arma que ya saben manejar, como el joven David su honda: el arma tierna de la oración; mientras en el tesoro de su voluntad, todavía frágil pero ya libre, guardan una maravillosa flecha, instrumento futuro y seguro de la victoria: el sacrificio.

A tal floración de varias edades, que Nos gozamos de reconocer en vosotros, fieles custodios de caballerescas tradiciones, no dudamos Nos, antes al contrario, estamos de antemano seguros, de que el nuevo año responderá como verdadera

y cristianamente bueno y feliz. Ya que bajo el opaco velo con que lo futuro le envuelve, lo recibís prontos de las manos de la Providencia, no de otro modo que los pliegos sellados con órdenes de luchas virtuosas y santas en la vida, que el oficial, en viaje para una misión de confianza, recibe de su jefe sin poder abrirlos sino en el curso de su camino. Día por día, Dios, que os concede comenzar este nuevo año en su servicio, os descubrirá su secreto; y estáis bien seguros de que cuanto ha de traer os esta sucesión, ahora tan misteriosa, de horas, de días y de meses, no tendrá lugar sino porque así lo quiere o así lo permite aquel Padre celestial cuya providencia y cuyo gobierno del mundo jamás se engaña ni falla en sus designios. Pero ¿podremos ocultaros que el año nuevo y los nuevos tiempos, que abre, traerán ocasiones de luchas y de grandes empresas y, según lo esperamos, también de méritos y de victorias? ¿No veis cómo, por ser desconocida la ley del amor evangélico o por haber sido negada y ultrajada, dominan ahora en algunas partes del mundo las guerras — de las que por misericordia divina se halla libre hasta ahora Italia —, en las que ciudades enteras hanse visto reducidas a cúmulos de humeantes ruinas, y llanuras amarillentas con sus copiosas mieses se han transformado en necrópolis de desgarrados cadáveres? Tímida la paz anda errante, solitaria por desiertos caminos, entre sombras de nublada esperanza. Siguiendo sus huellas y en pos de sus pasos, tanto en el mundo antiguo como en el nuevo, hombres que de veras le son amigos, la van buscando, preocupados y ansiosos de hacerla volver en medio de los hombres por las vías justas, sólidas y duraderas, y de preparar, por un esfuerzo de fraternal inteligencia, la difícil tarea de la necesaria reconstrucción.

En esta obra de reconstrucción, vosotros, dilectos Hijos e Hijas, podréis tener una parte muy importante. Ya que, si es verdad que el mundo moderno se revuelve contra la idea y hasta contra el nombre mismo de clase privilegiada, no es menos cierto que, como las épocas anteriores, no podrá prescindir de una clase laboriosa que, como tal, pueda y deba participar en los grupos directores.

A vosotros os pertenece, pues, mostrar francamente que sois y queréis ser una clase emprendedora y activa. Por lo demás, vosotros lo habéis comprendido muy bien, y aun lo comprenderán y lo verán mucho mejor vuestros hijos: nadie puede sustraerse a la ley original y universal del trabajo, por variado y múltiple que sea y aparezca en sus formas intelectuales o en las manuales. Por ello Nos estamos seguros de que vuestra magnánima generosidad sabrá cumplir este sacro deber con no menor valor y nobleza que vuestros deberes propios de cristianos y de nobles, descendientes como sois de antepasados cuya actividad exaltan y pregonan todavía tantos mármoles blasonados que nos muestran los palacios de Roma y de las tierras de Italia.

Hay, por lo demás, un privilegio que ni el tiempo ni los hombres os pueden arrebatarse si vosotros mismos, aun no mereciéndolo ciertamente, no consentís en perderlo: el de ser los mejores, los *optimates*, no tanto por la abundancia de las riquezas, el lujo de los vestidos, la magnificencia de los palacios, cuanto por la integridad de las costumbres, por la rectitud del vivir religioso y civil; el privilegio de ser patricios, *patricii*, por las excelsas cualidades de mente y de corazón, el privilegio, en fin, de ser nobles, *nobiles*, es decir, hombres cuyo nombre es digno de ser conocido y cuyas acciones han de ser citadas para ejemplo e imitación.

Si así obráis y seguís, resplandecerá por vosotros cada vez más y tendrá continuidad la antigua nobleza; y de las cansadas manos de los ancianos a las vigorosas de los jóvenes irá pasando la antorcha de la virtud y de la acción, luz silenciosa y tranquila de los dorados ocasos, que reaparece en nuevas auroras a cada nueva generación, con los brillos de una llama de generosas y fecundas aspiraciones.

Tales son, dilectos Hijos e Hijas, los votos que, llenos de confiada esperanza, alzamos a Dios por vosotros, mientras, como prenda de las más selectas gracias celestiales, damos a cada uno de vosotros, a todos vuestros seres queridos, a todas las personas que tenéis en la mente y en el corazón, Nuestra paterna Bendición Apostólica.

LXXXIII

10 DE ENERO DE 1940

OFRENDAS NUPCIALES

El Padre Santo concedió Audiencia especial, en la Sala de la Bendición, a varios centenares de parejas de recién casados. Al responder a sus aclamaciones de filial homenaje y devoción, Su Santidad se dignó comunicarles su santa enseñanza, poniendo de relieve el significado de las ofrendas que los esposos cristianos han de presentar al Rey divino, a imitación de los Reyes Magos.

DURANTE la solemne octava de la Epifanía, repite la Iglesia en su liturgia las palabras de los Magos: «Hemos visto en el Oriente la estrella del Señor y hemos venido con ofrendas a adorarle» (cfr. *Matth.*, II, 2 y 11). También vosotros, dilectos nuevos esposos, cuando ante Dios, a los pies del altar, cambiabais vuestras promesas, habéis visto un firmamento lleno de estrellas que iluminan vuestro porvenir con radiantes esperanzas, y ahora habéis venido aquí para honrar a Dios y recibir la bendición de su Vicario en la tierra, trayendo con vosotros muy ricos dones.

¿Cuáles son esos dones? Bien sabemos que vuestro equipaje no presenta el lujo con que la tradición y el arte presentan a los Reyes Magos: séquito de siervos, animales cargados con suntuosos objetos, alfombras, esencias raras y, como dones para el Niño Jesús, el oro, probablemente el de Ofir, que ya apreciaba Salomón (*III Reg.*, IX, 28), el incienso y la mirra; dones recibidos de Dios, porque cuanto una criatura puede ofrecer es un don del Creador. También vosotros, en el matrimonio cristiano, habéis recibido tres preciosos bienes, enumerados por San Agustín: la fidelidad conyugal (*fides*), la gracia sacramental (*sacramentum*) y la procreación de los hijos (*proles*); tres bienes, que en justo retorno tenéis que ofrecer a Dios, tres dones simbolizados en las ofertas de los Magos.

FIDELIDAD CONYUGAL

Vuestra fidelidad es vuestro oro, o más bien es un tesoro preferible a todo el oro del mundo. El sacramento del matrimonio os da medios para poseer, para aumentar este

tesoro; ofrecedlo a Dios, para que os ayude a conservarlo mejor. El oro, por su belleza, por su esplendor, por su inalterabilidad, es el más precioso de los metales; su valor sirve de base y medida para las demás riquezas. Así también la fidelidad conyugal es la base y la medida de toda la felicidad en el hogar doméstico. En el templo de Salomón, a fin de evitar la alteración de los materiales, no menos que para embellecer todo el conjunto, no había parte alguna que no estuviese recubierta de oro (*III Reg.*, VI, 22). Así también el oro de la fidelidad, para asegurar la firmeza y el esplendor de la unión conyugal, debe en cierto modo revestirla y rodearla toda entera. El oro, para conservar su belleza y esplendor, ha de ser puro. La fidelidad entre los esposos ha de ser igualmente pura e incontaminada: si comienza a alterarse, se acaba la confianza, la paz, la felicidad.

Llora el Profeta (*Ier. Thren.*, IV, 1), como digno de lamento, sobre el oro que se ha obscurecido y ha perdido su esplendente color; pero son más de lamentar los esposos cuya fidelidad se corrompe; su oro, diremos con Ezequiel (VII, 19), se cambia en inmundicia, todo el tesoro de su bella concordia se disgrega en desoladora mezcla de sospechas, de desconfianza, de quejas, para terminar con harta frecuencia en males irreparables. Ved por qué vuestra primera oferta al divino Niño ha de ser la resolución de una constante y atenta fidelidad a vuestras promesas matrimoniales.

GRACIA SACRAMENTAL

Los Magos llevaron a Jesús también el perfumado incienso. Con el oro lo habían honrado como a Rey; con el incienso daban homenaje a su divinidad. También vosotros, oh esposos cristianos, tenéis una oferta rica de suave perfume que poder ofrecer a Dios, y para la cual el sacramento del matrimonio os aporta los medios necesarios. Este perfume, que esparcirá dulce fragancia en toda vuestra vida, y que tornará aún todas vuestras obras cotidianas, por humildes que sean, en actos capaces de procuraros en el cielo la visión

intuitiva de Dios, este incienso invisible pero real, es la gracia sobrenatural. Tal gracia, que os fué conferida por el bautismo, renovada con la penitencia, aumentada con la Eucaristía, os ha sido dada a título especial por el sacramento del matrimonio con nuevas gracias correspondientes a vuestros nuevos deberes. Y así vosotros llegaréis a ser aun más ricos que los Magos. El estado de gracia es más que un suave perfume, por muy íntimo y penetrante que sea, pues da a vuestra vida natural un celestial aroma; es una verdadera elevación de vuestras almas al orden sobrenatural, que os hace partícipes de la naturaleza divina (*II Petr.*, I, 4). ¡Qué cuidados habéis de tener, por lo tanto, para conservar y aun aumentar semejante tesoro! Si lo ofrecéis a Dios, no lo perdéis; antes bien lo confiáis al mejor y más seguro de los guardianes.

DEBER Y HONOR DE LA PROLE

Finalmente, los Magos, queriendo honrar a Jesús no sólo como a Rey y como a Dios, sino también como a hombre, le presentaron el don de la mirra, especie de gomorresina, con la que los antiguos, sobre todo los egipcios, acostumbraban a conservar los restos de los seres amados. Tal vez os quedéis sorprendidos de que Nos veamos en este aroma el símbolo de vuestra tercera oferta, del tercer bien del matrimonio cristiano, que es el deber y el honor de la prole. Y, sin embargo, notad bien que toda generación nueva continúa y prolonga la línea antigua, la de los abuelos. Los hijos son en cierto modo la imagen viviente y como la resurrección de los abuelos, los cuales, a través de la generación presente, tienden la mano a la de mañana. En ellos veréis con frecuencia revivir y obrar delante de vosotros, a veces con los mismos rasgos en la cara y en la fisonomía moral, y especialmente con sus tradiciones de fe, de honor y de virtud, la doble serie de vuestros antepasados. En este sentido la mirra conserva, perpetúa, renueva incesantemente la vida de una familia, ya que la familia es como un árbol de tronco robusto y de vigoroso ramaje, en el que cada generación forma un ramo. Asegurar la continuidad

de su crecimiento es tal honor, que las familias más nobles y más ilustres son aquellas cuyo árbol genealógico extiende más profundamente sus raíces en la tierra de los antepasados.

Cierto que el cumplimiento de este deber tiene, a veces, muchas más dificultades que los dos precedentes. La mirra, esa sustancia conservadora y preservadora, tiene un amargo sabor; lo enseñan los naturalistas, ya desde Plinio, y lo confirma su mismo nombre. Pero esta amargura no hace sino aumentar sus benéficas virtudes. En el Antiguo Testamento la vemos adoptada como perfume (*Cant.*, III, 6); sus flores son como el símbolo del amor puro y ardiente (*Cant.*, I, 12). Léese en el Santo Evangelio que los soldados ofrecieron al divino Crucificado, para beber, vino mezclado con mirra (*Marc.*, XV, 23), bebida que se acostumbraba a dar a los ajusticiados, para atenuar algún tanto sus dolores. Otros tantos simbolismos, que vosotros podéis meditar.

Parémonos tan sólo en uno: las innegables dificultades que lleva consigo una dulce corona de hijos, sobre todo en nuestro tiempo, de vida cara y en familias poco acomodadas, exigen valor, sacrificios, a veces heroísmo. Mas, de igual suerte que la saludable amargura de la mirra, esta temporal aspereza de los deberes conyugales preserva ante todo a los esposos de una grave culpa, nefasta fuente de ruina para las familias y para las naciones. En cambio estas dificultades, valerosamente afrontadas, les aseguran la conservación de la gracia sacramental y una gran abundancia de auxilios divinos. Finalmente, ellas son las que alejan del hogar doméstico los envenenados elementos de perturbación, cuales son el egoísmo, la constante busca del bienestar, la falsa y viciada educación de una prole voluntariamente restringida. Por el contrario, ¡cuántos ejemplos habrá a vuestro alrededor, que os harán ver una fuente natural de alegría y de mutuo estímulo en los esfuerzos cumplidos por los padres para procurar el alimento cotidiano a la querida y numerosa corona de hijos, que bajo la mirada de Dios hayan venido a la luz en el nido familiar!

OFRENDAS NUPCIALES

Ved, dilectos nuevos esposos, los tesoros que habéis recibido de Dios y que vosotros mismos, en esta semana de la Epifanía, podéis ofrecer al divino Niño del pesebre, con una firme promesa de cumplir siempre valerosamente vuestros deberes del matrimonio.

Volviéndose luego a los fieles de lengua alemana, presentes en la Sala, Su Santidad los saludó en su propio idioma y les aseguró que, especialmente en este mes, Él los encomendaría con el más vivo fervor a María Madre dulcísima y al divino Niño, para que se conservaran en todos, pero singularmente en los jóvenes y en los niños, la fe y la pureza, y en todos se confirmaran la confianza y la esperanza.

LXXXIV

15 DE ENERO DE 1940

**A SOBERANA ORDEN MILITAR JEROSOLIMITANA
DE MALTA**

*El Gran Maestro de la Soberana Orden Militar
Jerusalimitana de Malta, Su Alteza Emma, el
Príncipe don Luis Chigi Albani della Rovere,
dirigió a Su Santidad unas palabras de fervien-
te homenaje, a las que el Padre Santo se dignó
responder con expresiones de la más alta con-
sideración hacia Orden tan insigne.*

Los sentimientos de filial devoción hacia el Romano Pontífice, de que ha sido intérprete, amadísimos Hijos, el Eminentísimo Gran Maestre, están inscritos hace ya nueve siglos en la historia de vuestra Soberana Orden Militar.

Historia que es una larga y gloriosa epopeya al servicio de Cristo y de todas las grandes cosas cuya fiel custodia ha recibido su Vicario en la tierra.

Puesta al nacer bajo la protección del Precursor, la Orden de los Caballeros de San Juan fué a su vez precursora de obras inspiradas en la fe y en la caridad.

Mucho antes que las naciones civilizadas hubieran llegado a establecer un Derecho Internacional; mucho antes de que hubieran podido formar su sueño — todavía no realizado — de reunir una fuerza común como tutela de la sana libertad humana, de la independencia de los pueblos y de una pacífica equidad en sus mutuas relaciones, la Orden de San Juan había reunido ya en una hermandad religiosa, con disciplina militar, a hombres de «ocho lenguas» diversas, consagrados por voto a la defensa de los valores espirituales, que forman la común herencia de la Cristiandad: la fe, la justicia, el orden social y la paz.

Durante dos siglos en Palestina, dos siglos en Rodas, dos siglos y medio en Malta, esta milicia generosa, formada por caballeros, esto es, por hombres de alma noble y heroica, prontos a morir antes que faltar a su propio deber y a su propio honor, supo encender en cada uno de ellos la sublime ansia de luchar, no ya por la conquista o la gloria vana, sino

por los sacros derechos de Dios, por la protección de los débiles y de los oprimidos, en una palabra, por todo cuanto había sido un incomparable ideal de la caballería medieval.

Desde las alturas de Sión, orladas de olivos; desde el promontorio de San Juan de Acre, coronado por blancas casitas; desde la acrópolis de Rodas, circundada de rosas; desde las rocosas altiplanicies de Malta, estrechadas por las aguas del mar, esta selecta Orden manteníase vigilante para acudir doquier fuera invocado su socorro, mientras sus galeas surcaban las dos cuencas del Mediterráneo, teniendo a raya a los corsarios berberiscos y asegurando a los pueblos cristianos la libertad de sus relaciones comerciales, civiles y políticas.

Magnífica en sus victorias, indomable aun en sus mismas derrotas, podía aquella milicia perder una batalla, pero nunca el ardor de combatir. Si perdía un reino, fundaba otro; cambiaba de nombre su capitalidad, mas no cambiaba de objeto su voluntad.

Pudo pensarse que su misión hubiera acabado, cuando sobre Europa y el mundo se desencadenó el torbellino de la revolución, arrastrando consigo las más nobles y antiguas fundaciones del idealismo cristiano.

Pero no. La Orden de San Juan pareció desaparecer por un momento para resucitar siempre activa y benéfica, reavivando en sí el espíritu primitivo, el de los mercaderes de Amalfi, que fundaron en Jerusalén en 1048, medio siglo antes de la primera cruzada, su hospicio para los peregrinos. Y jamás olvidaron vuestros antepasados este oficio del buen Samaritano. Hasta cuando desenvainaban la espada, recordaban ser verdaderos religiosos y por ello ante todo y sobre todo discípulos del Dios del amor y de la caridad. Y es que veían a Dios presente en el prójimo, especialmente en los pobres, en los huérfanos y en los que sufren, según su misma palabra.

En nuestros días tan caritativa misión ha encontrado como nunca ocasión de ejercitarse y de desarrollarse bajo formas oportunamente adaptadas a los tiempos modernos. No hace

todavía mucho que tuvimos Nos la alegría de felicitaros por el bien que habéis realizado en favor de los niños pobres de Tantur. De ayer es la fundación de vuestra gran leprosería en Selaclacá, magnífica creación de la ciencia y la caridad; mientras en la misma Roma vuestra soberana Orden ha fundado una escuela misional de Medicina y de Cirugía, a cuyas labores se dedican personas a veces de condición social muy elevada, con la única ambición de hacer bien a las almas mediante el simultáneo socorro de la miseria de los cuerpos.

Cuando vuestros antepasados recorrían los caminos, inciertos y todavía llenos de maleza, de Palestina, se detendrían sin duda más de una vez entre Jerusalén y Jericó, en un desfiladero que aun hoy conserva su aspecto salvaje. Allí — cuenta Jesús en su Evangelio (*Luc.*, X, 30 ss.) —, un viandante, atacado y despojado por asesinos, fué dejado medio muerto. Pero un Samaritano, que viajaba por el mismo camino, habiéndolo visto, se movió a compasión y vendó sus heridas; lo condujo después a un albergue vecino y lo mandó cuidar a sus propias expensas hasta su completa curación.

Nos parece que también hoy la humanidad yace casi moribunda, en su carrera de los tiempos. Mientras descendía despreocupada de Jerusalén a Jericó, de la ciudad de la oración a la de los placeres, de las regiones del ideal a las del lucro, ha caído en las manos de los ladrones, que se llaman el orgullo, la incredulidad, la ambición, la violencia, la deslealtad, el odio.

Éstos la han despojado de sus riquezas, de los más altos valores morales que hacen al hombre digno y santamente orgulloso: la fe en Dios, la fraternidad, la mutua confianza, y le han arrebatado con violencia un precioso tesoro: la paz. Vosotros, pues, queridos Hijos e ilustres Caballeros, Jerosolimitanos por origen, buenos Samaritanos por vocación, hospitalarios por destino, caritativos por tradición colectiva y por devoción personal; vosotros, antiguos fundadores de «albergues» para los peregrinos y viajeros en peligro, dad amplio y piadoso asilo en vuestras oraciones, en vuestras limosnas, en vuestras solicitudes, a los millones de seres puestos a prueba

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

por la miseria, por las desventuras y por el azote de la guerra. Como en otro tiempo el huésped de la parábola evangélica, podéis estar seguros de que la misericordia divina os compensará, no a la par, sino centuplicados, los denarios que habréis adelantado; esto es, todo cuanto hayáis ofrecido generosamente en oraciones, en sacrificios, en riquezas, en influencia, en esfuerzos, para alivio de la doliente humanidad.

Con tales deseos, correspondiendo a vuestra devota felicitación por el año nuevo, os damos de corazón, como prenda de la abundancia de las gracias divinas, para todos vosotros y para toda vuestra Orden, Nuestra paternal Bendición Apostólica.

LXXXV

17 DE ENERO DE 1940

A PERENNE ENSEÑANZA DE PEDRO VIVIENTE

En la vigilia de la festividad de la Cátedra de San Pedro en Roma, Su Santidad habló a los recién casados con la ardorosa solicitud del Pastor y la suprema potestad del Sucesor de Pedro.

EXISTE en Roma la antigua y piadosa costumbre (de la cual hasta Augustos Personajes han dado ejemplo más de una vez) de que los nuevos esposos hagan una devota visita a la Patriarcal Basílica Vaticana a fin de repetir allí su Credo católico e implorar para el nuevo hogar la perseverancia en la fe. Y vosotros, dilectos hijos e hijas, por una circunstancia particularmente feliz, habéis venido aquí en la vigilia misma del día en que la Iglesia celebra la fiesta de la *Cátedra de San Pedro* en Roma.

Iréis, pues, si no lo habéis ya hecho, o volveréis con mayor fervor, a postraros y a orar en el templo máximo de la Cristiandad, no solamente sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, sino también en el fondo del ábside, ante la grandiosa reja de bronce con que el genio del Bernini encerró la Cátedra sobre la que, según la tradición, se había sentado San Pedro.

Es la cátedra el asiento más o menos elevado, más o menos solemne, donde enseña un maestro. Mirad, pues, bien la Cátedra, desde la que el primer Papa dirigía su palabra a los primeros cristianos, como ahora os hablamos Nos, excitándoles a la vigilancia contra el demonio, que, cual león rugiente, gira alrededor buscando a quien poder devorar (*I Petr.*, V, 8-9), exhortándoles a la firmeza en la fe, para no ser arrasados por los errores de los falsos profetas (*II Petr.*, II, 1; III, 17). Tal enseñanza de Pedro continúa en sus Sucesores, y continuará indefectiblemente a través de los tiempos, porque tal es la misión dada por Cristo mismo al Jefe de la Iglesia.

Para mostrar el carácter universal e indefectible de esta enseñanza, la sede del primado espiritual fijóse en Roma después de una providencial preparación; Dios tuvo buen cuidado, como ya notaba Nuestro gran Predecesor San León I, de que todos los pueblos estuvieran reunidos en un solo imperio, cuya capital era Roma, para que desde ésta, con la máxima eficacia, se difundiera por todos sus miembros la luz de la verdad, revelada para la salvación de todas las gentes. (S. Leonis Magni *Sermo LXXXII*, c. 3-5).

Los Sucesores de Pedro, mortales como los demás hombres, pasan más o menos rápidamente. Mas el primado de Pedro subsistirá siempre, con la asistencia especial que le fué prometida, cuando Jesús le encargó que confirmara a sus hermanos en la fe (*Luc.*, XXII, 32). Cualesquiera que sean el nombre, la cara, los orígenes humanos de cada Papa, siempre es Pedro quien vive en él; es Pedro quien dirige y gobierna; es Pedro sobre todo quien enseña y difunde por el mundo la luz de la verdad libertadora. Esto obligaba a un gran orador sagrado a decir que Dios ha establecido en Roma una cátedra eterna: «Pedro vivirá en sus Sucesores, Pedro hablará siempre desde su cátedra» (1).

Escuchad ahora la grave amonestación — ya la hemos indicado antes — que él dirigía a los cristianos de su tiempo: «Existieron en el pueblo falsos profetas, como existirán entre vosotros maestros embusteros... Estad, por lo tanto, alerta, pues ya habéis sido avisados, no sea que, arrastrados por el error de los insensatos, vayáis a caer de vuestra firmeza» (Cfr. *II Petr.*).

También vosotros, dilectos nuevos esposos, también vosotros, aun en esta Italia tan profundamente católica, en la que nuestra santa religión es «la única religión del Estado», y donde «al matrimonio, base de la familia», se reconoce «una dignidad conforme a las tradiciones católicas del pueblo» (Cfr. *Trattato e Concordato fra la S. Sede e l'Italia*), podréis alguna vez encontraros con propagandistas de doctrinas des-

(1) BOSSUET, *Sermon sur l'unité de l'Eglise*, I.

structoras de la fe. Escucharéis a veces cómo algunos os hablan de la religión como de cosa accidental, y hasta nociva, frente a las urgentes preocupaciones de la vida material. Otras veces se hará alarde ante vosotros de un gran sentimiento religioso, pero sin dogmas; se afirmarán errores y prejuicios contrarios a lo que el Catecismo os enseña sobre el matrimonio, su unidad, su indisolubilidad; hasta oiréis decir que el matrimonio cristiano impone a los esposos deberes excesivos, imposibles de cumplir. Imposibilidad, sí, para las solas fuerzas humanas; mas por eso el sacramento ha puesto y conserva en vosotros, con el estado de gracia, fuerzas divinas. Nada de cuanto Dios manda está por encima de estas fuerzas sobrenaturales, presentes y cooperantes en vosotros: «Todas las cosas me son posibles en Aquel que me conforta» (*Phil.*, IV. 13), exclamaba el Apóstol de las Gentes. «No yo, sino la gracia de Dios que está conmigo» (*I Cor.*, XV, 10).

No tengáis, pues, miedo ante vuestros deberes, por muy graves que puedan pareceros. Recordad que el día en que Pedro, pescador de Galilea, sin auxilio humano, después de haber fundado la Iglesia de Antioquía y recorrido muchas regiones, vino a fijar en Roma su cátedra y la de sus Sucesores, era, según comparación de San León Magno (*l. c.*), como un hombre que entraba en una selva de bestias salvajes o que avanzaba por un océano revuelto por las múltiples corrientes del paganismo, que confluían a Roma desde todos los ángulos del imperio; y, no obstante, caminó sobre tal mar con mucha mayor seguridad que antaño sobre el lago de Genezaret, porque su fe estaba ya divinamente fortalecida.

Pedid a San Pedro esa firmeza en vuestra fe. Con ella, ni vuestros mismos deberes de esposos cristianos os parecerán arduos en demasía. Al contrario, los cumpliréis con alegría, y seguiréis, en pleno siglo vigésimo, las enseñanzas que el primer Papa daba a los esposos de su tiempo: «Estén las mujeres sometidas a sus maridos, a fin de que, si algunos no creen en la palabra, sean ganados sin ella por el trato con sus mujeres, considerando la pureza de la vida que llevan... Y vosotros, oh maridos, convivid prudentemente con vuestras

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

mujeres y honradlas como a seres más frágiles, coherederas de la gracia de vida» (*I Petr.*, III, 1-2 y 7). Nada os preservará mejor de los vanos deseos de novedades, de las frívolas inconstancias, de las peligrosas experiencias, como el saber que os halláis unidos para siempre el uno al otro en el estado que libremente habéis escogido.

Es Pedro quien hoy os ha repetido sus enseñanzas; Pedro mismo es quien, por la mano de su Sucesor, os bendice paternalmente.

LXXXVI

24 DE ENERO DE 1940

ASPECTOS DE LA VIDA NUEVA

Su Santidad, al dar sus paternales exhortaciones a un grupo de recién casados, les recordó que San Pablo, con su conversión, ofreció lecciones provechosas aun para los esposos cristianos.

EN la semana pasada, dilectos hijos e hijas, recibíamos a los nuevos esposos reunidos aquí en la víspera del día dedicado a la memoria de la Cátedra de San Pedro en Roma. Vosotros habéis venido a Nos en la víspera de otra fiesta: *la Conversión de San Pablo*; como si la Providencia hubiera querido una vez más asociar a estos dos grandes Apóstoles, siempre unidos en el culto que les da la Iglesia, y que son, según la expresión de San León Magno, como los dos brillantes ojos del cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo (S. Leonis Magni *Sermo LXXXII*, c. 7).

Si el miércoles pasado recogimos las enseñanzas de San Pedro, vamos a escuchar hoy, con vosotros, las de San Pablo. Si los dos Príncipes de los Apóstoles han convertido a Roma, y «de maestra del error la han tornado discípula de la verdad» (*l. c.*, c. 1), San Pablo es llamado en la liturgia «Maestro del mundo» por excelencia, «Mundi Magister» (*Hym. in I Vesp. SS. Petri et Pauli*, 29 Iun.). Sus enseñanzas se dirigen a todos; todos, dice San Juan Crisóstomo, deberían conocerlas y meditarlas asiduamente; pero, añade, muchos de los que nos rodean han de ocuparse en la educación de los hijos, han de tener cuidado de su mujer y de su familia y por ello no pueden aplicarse a semejante estudio. Y concluye: Procurad, al menos, aprovechar bien lo que los demás han recogido para vosotros (*Comm. in Ep. ad Romanos*, Arg. ante Hom. I, n. 1).

Las grandes lecciones de San Pablo, concernientes especialmente al matrimonio, no pueden ser expuestas en un breve discurso. Nos limitaremos, por lo tanto, a algún punto sacado de su propia conversión. Saulo de Tarso, que había cooperado a la lapidación del mártir San Esteban y que era un formi-

dable perseguidor de la Iglesia naciente de Cristo, provisto de plenos poderes del príncipe de los sacerdotes, se dirigía a Damasco para detener a cuantos cristianos encontrase allí, hombres y mujeres, y conducirlos atados a Jerusalén. Pero, al acercarse a aquella ciudad, de improviso brilló una luz del cielo en su rededor, que le cegó; y, derribado ya en tierra, oyó una voz que le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» «¿Quién eres tú, Señor?», respondió él. El Señor, a su vez, le contestó: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues». Y al mismo tiempo Saulo, tembloroso y atónito, ya no veía. Pero después de tres días el discípulo Ananías fué enviado por Dios a él, e inmediatamente cayeron de sus ojos como unas escamas, imagen de las tinieblas de ignorancia y de pasión, que lo habían tenido ciego hasta entonces, y recuperó la vista. Ya no existía Saulo el perseguidor; se había convertido en Pablo el Apóstol.

CONVERSIÓN DEL PECADOR

La primera enseñanza, que podemos deducir de este prodigio, es que no se debe desesperar nunca de la conversión de un pecador, aunque se trate de un enemigo declarado de Dios y de la Iglesia. Tal había sido Saulo, según consta por sus mismas declaraciones: «Fuí antes blasfemo y perseguidor y opresor» (*I Tim.*, I, 13). «Habéis oído decir cuál fué en otro tiempo mi conducta...: y cómo yo perseguía encarnizadamente a la Iglesia de Dios y la desolaba» (*Gal.*, I, 13). Y, sin embargo, luego el Señor había de decir de este hombre: «Él es un instrumento escogido por mí para llevar mi nombre delante de las gentes y de los reyes y de los hijos de Israel» (*Act.*, IX, 15).

Sin entrar en el secreto de las predilecciones divinas, podemos pensar que esta gracia insigne y gratuita fué en cierto modo como una respuesta del Señor a las oraciones del protomártir Esteban y de los primeros cristianos, los cuales, cumpliendo exactamente el precepto de Jesús (*Luc.*, VI, 27-28), hacían el bien a los que les odiaban y rogaban por sus calumniadores (*Act.*, VII, 60). La oración por los pecadores

nunca ha dejado de obrar en la Iglesia sus benéficas maravillas. ¡Cuántas mujeres cristianas han logrado volver a llevar a Dios a un marido a veces claramente hostil, más frecuentemente indiferente o descuidado de las prácticas religiosas! ¡Cuántas madres, como Santa Mónica, han obtenido con sus lágrimas y con sus súplicas la vuelta de un Agustín a Dios! Ved cómo pide el Señor que se allanen los caminos a sus gracias de conversión.

LA EDUCACIÓN

Pero la historia de Saulo perseguidor ofrece una *segunda enseñanza* útil a los esposos cristianos. ¿Por qué este joven de inteligencia viva, de juicio recto, de voluntad tenaz, de alma ardiente, no fué uno de los primeros en seguir a Jesús? ¿Por qué fué al principio despiadado enemigo de lo que más tarde tanto había de amar, predicar y defender hasta la muerte? Él mismo nos lo va a responder. Siendo fariseo, hijo de fariseos (*Act.*, XXIII, 6), ferviente y excesivo celador de sus paternas tradiciones (*Gal.*, I, 14), obró por ignorancia en la incredulidad (*I Tim.*, I, 13). El odio de Saulo era, pues, fruto de la ignorancia y del error: y esta ignorancia y este error eran, a la vez, fruto de una falsa educación. Había él aprendido, primero de sus padres, luego de su maestro Gamaliel (*Act.*, XXII, 3), el espíritu rígidamente formalista y sectario que los fariseos habían infiltrado como un veneno en la Ley divina y en las sublimes profecías del Antiguo Testamento. Había heredado de ellos un odio preconcebido e implacable contra todo lo que podía amenazar la estructura minuciosamente artificiosa de sus sofismas.

Tales son los resultados de una educación viciada o simplemente defectuosa desde sus comienzos. Esposos cristianos, pensad desde el primer momento en vuestros deberes de educadores. Mirad en torno a vosotros las muchedumbres de niños a quienes una deplorable negligencia expone a los peligros de las malas lecturas, de los espectáculos deshonestos, de las compañías perversas, o de aquellos a quienes una ternura inconsciente educa en el amor desenfrenado de las comodida-

des o de las frivolidades, en el olvido práctico, cuando no en el desprecio, de las grandes leyes morales: el deber de la oración, la necesidad del sacrificio y de la victoria sobre las pasiones, las obligaciones esenciales de la justicia y de la caridad hacia el prójimo.

COOPERACIÓN A LA GRACIA

La tercera enseñanza, que San Pablo convertido os da, se halla contenida en estas palabras suyas: «*Gratia eius in me vacua non fuit*» (*I Cor.*, XV, 10): la gracia del Señor, que está en mí, no ha sido infructífera, yo he cooperado a la gracia divina.

Al volver en sí, después del encuentro prodigioso habido ante las puertas de Damasco, Pablo hubiera podido creer que aquel golpe fulminante bastase para transformarlo definitivamente de perseguidor en apóstol.

Pero no. La gracia de Dios exige, para alcanzar su plena eficacia, una libre y asidua colaboración de nuestra voluntad personal. Saulo, aunque plenamente convertido y llamado al apostolado, permaneció durante tres días inmóvil en Damasco, dedicado a la oración y al ayuno (*Act.*, IX, 9). Y antes de volver a Jerusalén, pasó tres años en el retiro, primero en Arabia y después en Damasco. Solamente entonces se dirigió a la ciudad santa para ver a Pedro, y permaneció con él quince días (*Gal.*, I, 17-18). En adelante ya se hallaba pronto y dispuesto para la acción apostólica, esto es, para un trabajo que sería siempre una cooperación de su voluntad a la gracia: «*Gratia Dei mecum*» (*I Cor.*, XV, 10).

Tampoco vosotros debéis creer que, para asegurar la perseverancia en vuestra vocación, quiero decir en los deberes del matrimonio, o para garantizar la felicidad de vuestro hogar doméstico, baste, como suele decirse, un *coup de foudre*, un relámpago inicial. Aun en el mismo orden del sentimiento natural enseña la experiencia que una probada conformidad de creencias, de tradiciones y de aspiraciones, vale más y mejor que una súbita emoción del corazón o de los sentidos.

Como los fuegos artificiales, que encantan nuestra vista en las noches de verano, el amor nacido de una explosión puede fácilmente extinguirse con ella, reducido presto a humo vano y acre. Por el contrario, el amor verdadero y duradero, como el fuego del hogar doméstico, se funda sobre delicadas atenciones y sobre constante vigilancia, y se mantiene no sólo con los grandes leños que se consumen silenciosos y lentos bajo la cálida ceniza, sino también con los pequeños ramitos, que le aportan un alegre chisporrotear.

¿Cómo podría la gracia del sacramento del matrimonio vivir y operar en vosotros, si no tenéis mutuo y asiduo cuidado de alimentarla y cuidarla en vosotros mismos? ¿Qué serán vuestros días, qué vuestras noches, si los unos y las otras no fueren consagrados a Dios por medio de la oración? ¿Por qué, desgraciadamente, tantas infidelidades aun entre los esposos cristianos; por qué tantas desventuras, tantos naufragios en la fidelidad conyugal? ¿Por qué, después de la sinceridad de las muchas promesas cambiadas ante el altar, tantos vínculos despedazados violentamente, dolorosamente? Y aun no llegando a tanto, ¡cuántas jóvenes parejas, que habíanse jurado amor para toda la vida, se ven muy pronto arrastradas por acá y por allá en las direcciones más diversas, por el continuado renacer de su egoísmo, por sensibilidades ofendidas, por celos prematuramente suspicaces! ¡Cuántos esposos y esposas, jóvenes todavía y que poco ha nadaban en efímera alegría, pero desilusionados después prontamente, a quienes, como a Pablo, «caen las escamas de los ojos», las escamas de sus sueños quiméricos, viven oprimidos por el peso de cadenas soldadas con demasiada ligereza y sin el socorro de la oración!

No. Vosotros, dilectos hijos e hijas, no seréis del número de esos desgraciados. Porque no dejaréis que queden sin respuesta, en vuestra alma, la íntima invitación a la oración, los llamamientos de la gracia, la voz noblemente imperiosa y austera del deber, el eco dulcemente insinuante de la tradición familiar y la insistencia tenazmente persuasiva de la conciencia personal.

LXXXVII

31 DE ENERO DE 1940

DUCADORES DE ALMAS

Su Santidad recibió a una grandiosa multitud de fieles — entre ellos numerosas parejas de recién casados y un nutrido grupo de Hijas de María de la parroquia de Santa María in Aquiro de Roma — que ofrecieron devotísimo homenaje al Vicario de Jesucristo. El Augusto Pontífice se dignó amablemente hablar a una tan numerosa asamblea, tomando el tema de la festividad del día: la del insigne apóstol de la educación cristiana, San Juan Bosco.

HACE poco más de un siglo, en humilde casita del Piemonte, vivía con sus dos hermanos un niño de muy modesta condición. Habiendo quedado muy temprano huérfano de padre, él, que más tarde había de ser llamado *el padre de los huérfanos*, no conoció sino los cuidados de su madre. Pero ¡con qué prudencia esta humilde campesina, sin instrucción, pero guiada por el Espíritu Santo, llegó a educar a su hijo en el sentido más completo y más alto de la palabra! Podemos decir que hasta la misma Iglesia lo ha reconocido, al colocar en los altares a aquel cuya fiesta celebra hoy con el nombre de San Juan Bosco. Este humilde sacerdote, que más tarde llegó a ser también una de las mayores glorias de la Iglesia y de Italia, fué un maravilloso educador, y por ello su vida os ofrece, dilectos hijos e hijas, futuros padres y madres de familia, las más útiles y saludables lecciones.

Cuando Dios confía un niño a esposos cristianos, parece repetir lo que la hija de Faraón dijo a la madre del pequeño Moisés: «Toma este niño y edúcamelo» (*Ex.*, II, 9). Los padres son, en la intención divina, los primeros educadores de sus hijos. Conviene, sin embargo, reconocer que, en las actuales condiciones de la vida social, la urgente preocupación del pan cotidiano les hace a veces difícil el pleno cumplimiento de un deber tan esencial.

Tal era también la situación cuando Juan Bosco soñaba ya con ayudar y hasta, si era necesario, sustituir a los padres en este su grave oficio. Que él fuera providencialmente destinado a tal misión, se lo decía su corazón con una precoz atrac-

ción; su alma tuvo como una revelación de ello en un sueño de sus primeros años, en el que vió animales salvajes cambiados de repente en mansos corderos que, dóciles, conducía a los pastos. A fin de conocer cómo llegó a realizar este sueño, conviene recordar la educación que recibió y la que dió: una y otra se hallan íntimamente relacionadas en él; el modo de ser de su madre para con él explica cómo supo luego ser padre para los demás.

EDUCACIÓN RELIGIOSA

Don Bosco, al fundar su primera Casa de educación y de enseñanza, quiso llamarla «no laboratorio, sino oratorio», como él dijo, porque quería hacer de ella, sobre todo, un lugar de oración, «una pequeña iglesia, donde pudiese reunir a los jovencitos». Mas su ideal era también que el oratorio llegase a ser, para los niños allí recogidos, como un hogar doméstico. ¿Y no se debía esto, sin duda, a que «mamá Margarita» había hecho, para él, de la casita de los Becchi una especie de oratorio? Imaginaos allí a la joven viuda con los tres niños arrodillados para la oración de la mañana y de la tarde; vedles semejantes a los angelitos, con sus vestidos de fiesta, que ella misma ha sacado con todo cuidado del armario, dirigirse al pueblecito de Murialdo para asistir a la Santa Misa. Por la tarde, después de la comida frugal en que el único dulce era un pedazo de pan bendecido, vedles de nuevo reunirse en torno a ella. Les recuerda los mandamientos de Dios y de la Iglesia, las grandes lecciones del Catecismo, los medios de salvación; después les cuenta, con la delicada poesía de las almas puras y de las imaginaciones populares, la trágica historia del dulce Abel y del malvado Caín, el idilio de Isaac y de Rebeca, el misterio inefable de Belén y la dolorosa muerte del buen Jesús crucificado en el Calvario; ¿quién puede medir la influencia profunda de las primeras enseñanzas maternas? A ellas atribuía Don Bosco, cuando ya era sacerdote, su tierna y confiada devoción a María Santísima y a la Santa Hostia, que otro sueño le mostró más tarde como las dos columnas a las que las almas de sus alumnos, combatidos cual frágiles

navecillas en el mar tempestuoso del mundo, habían de agarrarse fuertemente para encontrar salvación y paz.

La religión es, por lo tanto, el primer fundamento de una buena educación. Pero Don Bosco quería que a ella se asociara la razón, la razón iluminada por la Fe. Esta verdadera razón, como indica el origen de la palabra latina *ratio*, consiste sobre todo en la medida y en la prudencia, en el equilibrio y en la equidad. ¿Sería, por ejemplo, lógico tratar de corregir a un niño por defectos en los que se incurre todos los días delante de él? ¿Quererlo sumiso y obediente, cuando en su presencia se critica a las autoridades, a los superiores eclesiásticos o civiles, cuando se desobedecen los mandamientos de Dios y las justas leyes del Estado? ¿Seríais razonables en querer que vuestros hijos sean leales, si sois falsos; veraces, si sois embusteros; generosos, si sois egoístas; caritativos, si sois avaros; dulces y pacientes, si sois violentos y coléricos?

EL BUEN EJEMPLO

La mejor lección es siempre la del ejemplo. En casa de los Becchi, «mamá Margarita» no tenía que hacer demasiadas exhortaciones para el trabajo. Mas como quiera que había desaparecido el cabeza de la familia, la valiente madre ponía su misma mano al arado, en la hoz, en la correa, y con su ejemplo — se lee — llegaba a cansar aun a los mismos hombres contratados temporalmente para las faenas de la siega o de la vendimia. Formado en tal escuela, el pequeño Juan, a la edad de cuatro años, tomaba ya parte en el trabajo común, deshilando el cáñamo, y, cuando ya era anciano, consagraba todo su tiempo al trabajo, dedicando al sueño sólo cinco horas y velando una noche entera cada semana. En esto, hemos de reconocerlo, sobrepasaba los justos límites de la razón humana. Pero la razón sobrenatural de los Santos admite, sin imponerlos a los demás, tales excesos de generosidad, porque su sabiduría está inspirada por el insaciable deseo de servir a Dios, y su ardor se halla estimulado por un filial temor de desagradarle y por una vivísima ansia de hacer

bien. Desagradar a un padre o a una madre, ¡supremo dolor de un niño bien educado! Ved lo que Juan Bosco había experimentado también en su hogar doméstico, en el que una ligera señal, una entristecida mirada de su madre, bastábanle para arrepentirse de un primer movimiento de celos infantiles. Por ello quería que el educador emplease como medio de acción una solicitud constante, animada por una ternura verdaderamente paterna. Deben además los padres consagrar a sus hijos el mejor tiempo de que dispongan, en vez de disiparlo lejos de ellos en distracciones peligrosas o en lugares adonde se sonrojarían de conducirlos.

Con este amor dirigido por la razón y con esta razón iluminada por el espíritu de fe, la educación familiar no estará sujeta a aquellos deplorables vaivenes que tantas veces la comprometen: alternativas de una indulgente debilidad y de una áspera severidad; tránsitos de una culpable condescendencia, que deja al niño sin guía, a una violenta corrección, que lo deja sin socorro. Por el contrario, la experimentada ternura de un padre o de una madre, a la que corresponda una confianza filial, distribuye con igual moderación, porque es dueña de sí misma, y con igual éxito, porque posee el corazón de sus hijos, los elogios merecidos y las correcciones necesarias.

«Procura hacerte amar — decía San Juan Bosco — y entonces te harás obedecer con toda facilidad.» ¡Que podáis vosotros, nuevos esposos, futuros padres y madres de familia, reproducir en vuestras casas una parte de este santo ideal!

Después de tan paternal deseo, el Padre Santo anunció su Bendición Apostólica; pero antes, volviéndose a las Hijas de María, les habló así:

Vemos los blancos velos de un numeroso grupo de Hijas de María de la parroquia de Santa María in Aquiro. Si el Santo de hoy nos ha conducido con su ejemplo y con sus enseñanzas hacia los nuevos esposos, ¿cómo no había de guiarnos también, al menos unos instantes, hacia estas almas

consagradas especialmente a la devoción y al servicio de la Virgen, a cuya bondad atribuía él todo bien que hubiera hecho o que podría hacer? Y si el mundo entero invoca a esta Madre divina como «Auxilio de los cristianos», si los Hijos y las Hijas de San Juan Bosco están puestos bajo el patrocinio particular de María Auxiliadora, ¿cómo se podría olvidar que esta nuestra Roma ha experimentado tantas veces la protección de la poderosa Reina, que se goza en ser llamada *Salus populi Romani*?

Instruídas y formadas por la asidua predicación y dirección de celosos Prelados a Nos tan cercanos, continuad, oh dilectas hijas, caminando por los senderos del jardín de María Inmaculada. Cultivad en él las flores más delicadas y más fragantes: los lirios de la pureza, las violetas de la humildad, las rosas de una caridad generosa y activa, protegidas siempre por las espinas de una modestia vigilante, por una franca renuncia a las frivolidades del mundo; y mostraos siempre animadas del calor vivificante de una fe valerosa y fuerte, que estima la fidelidad a los divinos preceptos más que todos los éxitos terrenos y los placeres de la vida. Y puesto que vuestra consagración a María os da un título especial para ser escuchadas por Ella, imploradla en estos revueltos días, para que los hombres, cuyas almas han sido redimidas por la sangre preciosa de su divino Hijo, reconozcan los deberes del amor y de la fraternidad cristiana y vuelvan a encontrar, con una sincera vuelta al Evangelio, el camino real de la tranquilidad y del orden en un deseo infinito de paz.

LXXXVIII

I DE FEBRERO DE 1940

ADIOMENSAJE A LOS FIELES DE NUEVA ZELANDA

Con ocasión del primer Congreso Nacional Eucarístico de Nueva Zelanda, celebrado en la ciudad de Wéllington, Su Santidad dirigió por radio su vibrante Mensaje a los fieles de aquellas islas.

EN esta hora, amados hijos e hijas, en que estáis celebrando con el Congreso Eucarístico el fin del primer siglo y principio del segundo de la vida católica de Nueva Zelanda, Nos, el Padre de la gran familia católica, sentimos en Nuestro corazón la necesidad de hallarnos en espíritu entre vosotros, de compartir vuestra alegría y de alzar Nuestra voz con vosotros en acción de gracias al Todopoderoso. Rendidas y alegres gracias debe dar a Dios Nuestro corazón, lo mismo que el vuestro, llenos como están de gratitud y alegría, al ver ante Nos el edificio de vuestra vida exterior católica, vuestras diócesis y parroquias, iglesias y escuelas, conventos, organizaciones y obras de caridad que habéis desarrollado desde el día en que el venerable Obispo Pompallier, de la recién fundada Congregación Marista, que tanto había de merecer de vosotros en lo futuro, desembarcó con sus compañeros en los bancos de Hokianga. Y cuando Nos consideramos cuánta paciencia y amor, cuánta fe y oración, cuánto sacrificio y santidad personal, cuánto beneficio social y obra cultural, cuánta ventura temporal y, sobre todo, eterna, cuánta honra de Dios representa este crecimiento católico memorable, Nos deseamos proclamar con vosotros la oración de Dios; el esplendor de las cimas nevadas de vuestras montañas, la belleza de vuestra costa y los encantos de vuestros bosques y llanuras, todo se junta con Nos para cantar la oración de Dios: «Quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia eius»: «Porque Él es bueno, porque su misericordia perdura siempre» (*II Par.*, VII, 3). Contemplando el curso de los cien años pasados, con sus alzas

y bajas, sus éxitos y sus fracasos, vemos los maravillosos caminos de la divina Providencia; y adorando de rodillas, exclamamos Nos con San Pablo: «O altitudo divitiarum sapientiae, et scientiae Dei; quam incomprehensibilia sunt iudicia eius et investigabiles viae eius... Quoniam ex ipso, et per ipsum et in ipso sunt omnia: ipsi gloria in saecula. Amen»: «¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inescrutables sus caminos!... De Él, y por Él, y en Él son todas las cosas; a Él sea la gloria por siempre jamás. Amén».

Nos regocija que celebréis el primer centenario de la Iglesia Católica en Nueva Zelanda con un Congreso Eucarístico. Al obrar así, anunciáis vuestro deseo y vuestra esperanza de que Jesucristo reine sobre toda la vida de vuestra nación, tanto sobre la de cada uno como sobre la social; que su espíritu, su voluntad, su palabra, llenen a los que guían vuestro destino y hacen vuestras leyes; que su amor suavice dificultades entre vosotros y cure las heridas del pasado; que su paz descienda sobre vuestra vida común y que generosamente os liberte de los horrores de la guerra. Por vuestra pública veneración al Dios Eucarístico, anunciáis, además, que vosotros, bebiendo las fuentes de la gracia en el Misterio Eucarístico, deseáis vivir en Cristo y formaros vosotros mismos en Cristo (*Rom.*, XIII, 14; *Gal.*, IV, 19). Y, en efecto, además de que con vuestra conducta cristiana lográis atraer sobre vosotros y sobre vuestra nación los eternos tesoros, es que no podríais contribuir a la vida pública de vuestro pueblo de manera más eficaz que como lo hicisteis en lo pasado — lo proclamamos con gratitud y con orgullo — y como dais a entender que lo haréis en lo por venir, temiendo a Dios y viviendo como católicos inflamados de celo.

Habéis escogido a la Santísima Virgen María por Señora y Reina de vuestro reino insular. Consagraos hoy de nuevo a Ella. Encomendad a su maternal amor sobre todo la fe y la pureza de vuestra juventud, la santidad y felicidad de vuestra vida familiar. Que su poderosa intercesión pueda obtener para todos vosotros «que vuestro ser entero, alma y cuerpo,

RADIOMENSAJE A LOS FIELES DE NUEVA ZELANDA

se conserven sin culpa para cuando venga Nuestro Señor Jesucristo» (*I Thess.*, V, 23).

Si el amor de vuestro Padre común ha de dirigirse en alguna manera especial a vosotros, queremos hacerlo a Nuestros hijos e hijas del pueblo Maorí. Suplicamos al Todopoderoso que, en el siglo segundo de la Iglesia Católica en Nueva Zelanda, haga crecer la gran familia de Dios, y produzca el más rico fruto para la primavera de las flores, todavía jóvenes y tiernas, de sus seguidores de Cristo en el sacerdocio y en la vida religiosa. Pedimos que la bendición de Dios descienda sobre todo el pueblo Maorí. Que aumente en número; que disfrute de un tranquilo bienestar y que consiga el completo conocimiento de la verdadera fe, gracias a la cual logre felicidad, amor y verdadera paz en sus corazones y en sus hogares.

Terminamos con la despedida de San Pablo: «Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y que la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo, sea con todos vosotros» (*II Cor.*, XIII, 13). Como prenda del amor, gracia y amistad de Dios, Nos os bendecimos. A vuestros buenos y beneméritos Obispos, a vuestros sacerdotes y religiosos, a todos los que trabajan por la salvación de las almas, a vuestra juventud, a los enfermos y a los necesitados y a todos vosotros, amados hijos e hijas, Nos damos, desde lo profundo de Nuestro corazón, la Bendición Apostólica.

Benedictio Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper. Amen.

LXXXIX

6 DE FEBRERO DE 1940

LUMINOSAS DIRECTRICES DEL PASTOR SUPREMO A LOS PÁRROCOS Y A LOS CUARESMEROS DE ROMA

Su Santidad recibió en Audiencia especial, en la Sala del Consistorio, a los Párrocos de Roma y a los Predicadores de la Cuaresma. Antes de la Audiencia — en la que se hallaban presentes SS. EE. Rdmas. Mons. Luis Traglia, Arzobispo de Cesarea de Palestina, Vicegerente de Roma, y Mons. Francisco Pascucci, Obispo de Sión, Secretario del Vicariato — los Predicadores habían hecho el prescrito juramento de Fe. El Sumo Pontífice se dignó dirigir a la selecta asistencia veneradas palabras de paternal complacencia, de afectuosa solicitud y de sabias directrices.

UNA laudable y veneranda costumbre Nos ofrece la alegría y el consuelo de ver reunidos en torno a Nos, al aproximarse el tiempo cuaresmal, a los Párrocos y a los oradores sagrados de la Ciudad. En medio de vosotros experimentamos una vecindad y un afecto antiguo y nuevo; sentimos cómo la responsabilidad de Supremo Pastor y el amor de Padre común, que Nos unen con todas las diócesis del mundo, Nos ligan en más estrecho vínculo y se reavivan singularmente con el clero de Nuestra ciudad natal, confiado ahora a Nos por el Espíritu Santo, que en su infinita dignación Nos ha puesto para regir la Iglesia de Roma y al mismo tiempo la Iglesia universal de Dios (*Act.*, XX, 28).

Pero las graves solitudes del gobierno de la Iglesia universal, cada vez mayores, obligan a los Sumos Pontífices, hoy más aún que en tiempos pasados, a poner confiados en otras manos expertas los cotidianos afanes de la diócesis romana; por ello, en esta feliz circunstancia, Nos gozamos en expresar y en manifestar profundamente ante vosotros gratitud y sumo reconocimiento a Nuestro carísimo y Venerable Hermano el Cardenal Vicario, y a sus colaboradores, por el celo iluminado e infatigable con que nos ayudan en el ministerio episcopal. Por eso, al alegrarnos, oh dilectos Hijos, de saludaros aquí presentes, queremos también daros las gracias, pues conocemos vuestras obras, vuestras fatigas y vuestra constancia (*Apoc.*, II, 2), y deseamos significaros Nuestra íntima satisfacción por vuestra laudable actividad.

Y si Nuestra actual complacencia Nos ofrece ahora la ocasión de conversar con vosotros sobre algunas exigencias de la cura parroquial de almas de Roma, deseamos que en nuestras palabras veáis y sintáis, sobre todo, una aprobación de todo lo que habéis conseguido o a que aspiráis, una paterna excitación para proseguir en el camino iniciado, una seguridad de que vosotros y Nos estamos animados y movidos por las mismas intenciones y por los mismos designios.

¿No es quizá verdad que todos nosotros, sacerdotes, hemos sido constituídos mediadores de reconciliación entre Dios y los hombres? Mediadores, más aún, subordinados de Cristo, único mediador entre Dios y los hombres, «*unus mediator Dei et hominum homo Christus Iesus*», que se dió a sí mismo en redención por todos y por el que Dios nos ha reconciliado consigo, nos ha dado el ministerio de la reconciliación, «*dedit nobis ministerium reconciliationis*», y nos ha encargado de la palabra de reconciliación, «*posuit in nobis verbum reconciliationis. Pro Christo ergo legatione fungimur*» (*I Tim.*, II, 5-6; *II Cor.*, V, 18-20). Somos embajadores de Cristo en medio del mundo, como si Dios exhortase a los hombres por nuestra boca. A tan alto concepto del sacerdocio, que nos es propuesto por el Doctor de las Gentes, levantemos, queridos Hijos, nuestra mirada, nuestras aspiraciones y nuestras intenciones; y con nuestro activo celo exaltemos y realcemos con toda veneración, en medio del pueblo cristiano, nuestra dignidad de mediadores y de embajadores de Cristo. Pero en la sagrada jerarquía, ¿quién se halla más cerca del pueblo que el párroco, cuya misión caracterizan y definen tres palabras: apóstol, padre y pastor?

Sois colaboradores del Obispo, sucesor de los Apóstoles, con el que constituís una unidad moral, de suerte que también para cada uno de vosotros vale el mandato de la gran misión de Cristo; sois padres de vuestros parroquianos, y podéis repetirles las palabras del Apóstol a los nuevos cristianos: «*Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis*» (*Gal.*, IV, 19); sois pastores de vuestra grey, según las descripciones tan incomparablemente bellas y perfectas y

según el modelo — que nadie puede igualar — del Buen Pastor, Jesucristo. Sobre estas palabras de contenido tan denso: apóstol, padre, pastor, queremos exponeros algunos breves puntos, que se refieren al bienestar y a la prosperidad de Nuestra diócesis de Roma.

EL PÁRROCO, APÓSTOL

Todo párroco es un apóstol; pero, sobre todo, el que desarrolla su acción en una gran ciudad debe sentir en sí las llamas del espíritu apostólico y misionero y del celo conquistador de un San Pablo. Si consideráis los tiempos modernos con sus acontecimientos políticos y religiosos y con el multiforme desviarse — de la investigación filosófica y científica y de la instrucción y educación civil — de las creencias religiosas, no tardaréis en ver que se han cambiado tan substancialmente las antiguas condiciones espirituales de la sociedad, que ni siquiera en esta nuestra querida Roma puede hablarse de un terreno pura, íntegra y pacíficamente católico; porque junto a tantos — y son magníficas legiones — como han permanecido firmes en la fe, no faltan en toda parroquia grupos de personas que, habiéndose vuelto indiferentes o extrañas a la Iglesia, constituyen en cierto modo un territorio de misión que precisa reconquistar para Cristo.

Ante el doble aspecto que presenta su pueblo, es deber del párroco formarse con rápida y ágil intuición un cuadro claro y minuciosamente detallado — pudiéramos decir topográficamente calle por calle —, esto es, ante todo, de la población fiel y singularmente de sus miembros más escogidos, de los cuales poder sacar los elementos para promover la Acción Católica; y a continuación, de los grupos que se hallan alejados de las prácticas de la vida cristiana. También éstas son ovejas pertenecientes a la parroquia, ovejas descarriadas; y también de éstas, y aun más particularmente de ellas, sois custodios responsables, dilectísimos Hijos; y como buenos pastores, no debéis huir del trabajo o de las fatigas para buscarlas, para volverlas a ganar, ni debéis concederos reposo, hasta que todas encuentren asilo, vida y alegría en la vuelta al redil de

Jesucristo. Tal es para el párroco el significado obvio y esencial de la parábola del Buen Pastor, de aquel Pastor que es a la vez Padre y Maestro. Tal es el apóstol de la parroquia, que, como San Pablo, «se hace débil con los débiles, para ganar a los débiles, y se hace todo para todos, a fin de salvar a todos» (*I Cor.*, IX, 22).

EL PÁRROCO, PASTOR Y PADRE

El párroco es pastor y padre, pastor de almas y padre espiritual. Hemos de tener presente, queridos Hijos, que la acción de la Iglesia, dirigida toda al reino de Dios que no es de este mundo, si no quiere ser estéril, antes bien desarrollarse vivificante, sana y eficaz, ha de tener como finalidad el que los hombres vivan y mueran en gracia de Dios. Instruir a los fieles en el pensamiento cristiano; renovar al hombre mediante el seguir e imitar a Cristo; allanar el camino, por angosto que siempre sea, para el reino del cielo y cristianizar verdaderamente la ciudad: tal es la misión propia del párroco, como maestro, padre y pastor de su parroquia.

Al cumplir estos deberes, no dejéis que vuestro celo se distraiga o enrede en los trabajos de administración. Tal vez no pocos de vosotros se ven obligados diariamente a una áspera lucha para no sentirse oprimidos por las ocupaciones administrativas y encontrar el modo y el tiempo indispensable para el verdadero cuidado de las almas. Tened en cuenta que, si la organización y la administración son sin duda medios preciosos del apostolado, deben ante todo adaptarse y subordinarse al ministerio espiritual y al verdadero y propio oficio activamente personal.

INTERMEDIARIO ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES

Por divino designio, también el sacerdote, como todo obispo, «ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis» (*Hebr.*, V, 1); y por ello su sagrado carácter, de

intermediario entre Dios y los hombres, se descubre, se desarrolla, se difunde, se alza y se sublima plenamente rodeado y envuelto por la suprema y eminente luz de su ministerio, en el sacrificio de la Santa Misa y en la administración de los Sacramentos. En el altar, en la fuente bautismal, en el tribunal de la penitencia, en la mesa eucarística, en la bendición de los esposos, en el lecho de los enfermos, en la agonía de los moribundos, entre los niños ávidos de lo por venir y del camino de la vida, en las familias y en las escuelas, en los asilos del dolor y en las casas acomodadas, en el púlpito y en las reuniones piadosas, desde las sonrisas y vagidos de las cándidas cunas a los silenciosos cementerios de quienes descansan en la esperanza de un renacer inmortal, el sacerdote es, siempre en las manos de Dios, el ministro, el instrumento más eficaz del poder, del amor, del perdón, de la redención otorgada al hombre caído para sustraerse a la esclavitud y a las insidias de Satanás, y tornarse al Padre celestial, como peregrino regenerado, revestido de gracia, heredero del Cielo, restaurado por el viático de un pan más vivo y salvable que el fruto del árbol de vida plantado en medio del Edén. ¡Tanto plugo al Hijo de Dios, Redentor del mundo, exaltar a su sacerdote para salvación de las almas!

Poned, por lo tanto, gran cuidado en que vuestra dignidad resplandezca siempre delante de vuestro pueblo, y que éste conozca y comprenda con viva fe el significado y valor del Santo Sacrificio y de los Sacramentos que administráis, de suerte que con su participación inteligente y personal pueda seguir sus admirables ceremonias, como también todas las inefables bellezas de la sagrada liturgia. Nos es por lo tanto de sumo consuelo y alegría saber que en este año los Santos Sacramentos serán, dilectos cuaresmeros, el tema central de vuestra predicación.

Celebrad todos vosotros, como ciertamente lo habéis hecho hasta aquí, con digna e íntima devoción los Santos Misterios, evitando con toda solicitud que los ritos sagrados, por decirlo así, se sequen en las manos del sacerdote. Verdad es que el efecto esencial de los Sacramentos no depende del mérito

personal del ministro; y habría peligro de reducirlos a un mero acto externo, si se atribuyese importancia principalmente a su eficacia psicológica. Pero precisamente para estimular a los fieles a acercarse a estas fuentes sobrenaturales y para disponerlos a recibir su gracia, debéis tener como muy sagrado vuestro deber de celebrar el Santo Sacrificio y administrar los Sacramentos con aquel profundo respeto, con aquella consciente reverencia, con aquella interior piedad que hacen de las sagradas funciones ejemplos de edificación y estímulos de la devoción. Oprimido por las duras contingencias del vivir cotidiano, cuando la hora o la campana de la parroquia lo invitan, y suscitan, en medio del tumulto de sus afectos, el pensamiento de Dios y el palpar de su espíritu, cuando pone su pie en el umbral del templo y entra para juntarse con los fieles y asistir a los Sagrados Misterios o escuchar la palabra de Dios, ¿qué busca, qué desea el cristiano? ¿Qué quiere el pueblo? Quiere encontrar alimento y regeneración ante todo y sobre todo en la gracia que lo conforta, pero también — y esto es también siempre voluntad de Cristo — en el efecto elevador que la magnificencia de la casa de Dios y el decoro de los oficios divinos ofrecen a la vista y al oído, al entendimiento y al corazón, a la fe y al sentimiento.

Después del Santo Sacrificio, vuestro acto más grave y excelente es la administración del Sacramento de la Penitencia, que ha sido llamado tabla de salvación después del naufragio. Sed prontos y generosos para ofrecer esta tabla a los navegantes en el mar proceloso de la vida. Insistid en él con especial celo y plena entrega; sentaos en aquel divino tribunal de acusación, de arrepentimiento y de perdón, como jueces que en su pecho nutren un corazón de padre y de amigo, de médico y de maestro. Y si la finalidad esencial de ese sacramento es reconciliar al hombre con Dios, no perdáis de vista que para alcanzar fin tan alto ayuda poderosamente aquella dirección espiritual, por la que las almas, más vecinas que nunca a la paterna voz del sacerdote, depositan en él sus penas, sus turbaciones y sus dudas y escuchan confiadas sus consejos y sus avisos; porque el pueblo, con gran agu-

deza, siente la necesidad de confesores que, por su virtud y por su ciencia teológica y ascética, por su madurez y por su ponderación, sean capaces de ofrecerle normas luminosas y seguras de vida y de bien en forma sencilla y clara, con discreción y benevolencia.

DEBER DE PREDICACIÓN

Cuanto hasta aquí hemos dicho se refiere especialmente al devoto y vigilante ministerio del párroco; pero además de éste, deber estricto suyo es anunciar la palabra de Dios (*Can.* 1344), deber esencial de todo apóstol a quien se ha confiado el «verbum reconciliationis» no menos que el «ministerium reconciliationis» (*II Cor.*, V, 18-19). «Vae enim mihi est, si non evangelizavero» (*I Cor.*, IX, 16), porque «fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi... Quomodo credent ei, quem non audierunt? Quomodo, autem audient sine praedicante?» (*Rom.*, X, 14-17). Como el entendimiento va delante de la voluntad, la verdad es la antorcha de la buena acción. La palabra es el vehículo de la verdad, y también, desgraciadamente, del error, que están llamando a la puerta del entendimiento y de la voluntad. Ya comprenderéis por qué los avisos del Apóstol relacionan fe y oído, oído y predicador, y por qué, para sanar la ceguera del mundo en el conocer a Dios, que habla por la sabiduría brillante del universo, «placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere credentes» (*I Cor.*, I, 21). Sublime necesidad ésta: ya que la necesidad de Dios es mucho más sabia que los hombres (*I Cor.*, I, 25) y el «deshonor del Gólgota» es la gloria de Cristo. Estas verdades, lo mismo que los avisos del Apóstol, van muy bien para nuestros tiempos en que la ignorancia religiosa es profunda y se halla saturada de peligros. Predicad la doctrina, las humillaciones y las glorias del Salvador divino; y puesto que especialmente todos los domingos y en el sagrado tiempo de Cuaresma los cristianos acuden numerosos en torno a los púlpitos, se os ofrece una ocasión única — observada con envidia por los heraldos de otras ideologías — para hacer más potente y firme y profunda la fe del

pueblo; y quien no se aprovechase celosamente de ocasión tan oportuna, no tendría conciencia de clara responsabilidad obligada para promover el bien de la predicación sagrada, tan necesario para la vida cristiana.

Procurad que, gracias a vuestra predicación, se familiaricen todos con la persona y los ejemplos del Hombre-Dios, pues la vida religiosa de cada uno brota y crece con exuberancia divina en la personal relación y unión con Jesucristo. Predicad los misterios de la fe; predicad la verdad en su pureza e integridad hasta sus últimas consecuencias morales y sociales; el pueblo tiene gran hambre de esto. Predicad con sencillez, aspirando a aquel sentido práctico que llega a la mente y se hace guía del espíritu. No es la brillante y rebuscada elocuencia la que conquista, hoy especialmente, las almas, sino más bien la palabra convencida que sale del corazón y va al corazón.

Con los grandes y con los ya formados, sed, según la imagen del apóstol Pablo, padres y doctores de la perfección; con los pequeños y los jóvenes, haceos pequeños a manera de las madres, «tamquam si nutrix foveat filios suos» (*I Thess.*, II, 7). No penséis que os humilláis, con los pequeños y con los ignorantes: igual valor que la predicación tiene la catequesis, ya sea instrucción de los niños, ya instrucción de los adultos. En tal oficio, el clero de la parroquia puede ciertamente contar con el apoyo y concurso de la Acción Católica; y a todos los que colaboren en tan santa obra, Nos con sentimiento paterno les mandamos gozosos Nuestra profunda gratitud y la Bendición Apostólica. No olvidéis que los sagrados cánones (1329-1333) suponen esta importante misión como natural y primera preocupación en la que debe poner todo su trabajo el que es cura de almas. El celo del sacerdote y su habilidad será estímulo y modelo para sus colaboradores seglares; y la hora del catecismo ofrecerá al párroco ocasión propicia de encontrarse con la joven generación de la parroquia. No dejéis escapar la ocasión de preparar personalmente, siempre que os sea posible, a los niños para la primera confesión y comunión: es vuestro primer encuentro

secreto y el de Cristo, el divino amante de los pequeños, con las almas ingenuas que se acercan a vosotros y al altar, y se abren, como flores de primavera, a los primeros rayos del sol, con un recuerdo que luego guardarán inolvidable a través del fluctuante curso de la vida.

CARIDAD PARA TODOS

No queremos, por fin, olvidar un rasgo característico de la figura del Buen Pastor que, además de ser la luz que ilumina a todo hombre — que viene a este mundo — para guiarlo, en el camino y en la vida, prodigaba fuera de sí su sanadora aun de los cuerpos y de todas las miserias — «benefaciendo et sanando omnes» (*Act.*, X, 38), — dio a sus apóstoles y a su Iglesia el mandato del amor universal y amoroso para con los pobres, los doloridos y los abandonados; porque la vida de este mundo es un flujo y reflujo de bienes y de males, de llanto y de alegría, de necesidades y de socorros, de caídas y de resurgimientos, de luchas y de victorias. Mas el amor hacia todos los hermanos redimidos por Cristo es el misterioso bálsamo de todo dolor y miseria.

Ya al comenzar el siglo segundo, como muy bien sabéis, San Ignacio de Antioquía daba a la Iglesia de Roma — cuyo anfiteatro pronto había de consagrar con su propia sangre, cual león moribundo entre el rugir de los leones —, el título de «προκαθημένη της ἀγάπης», expresión en la que, entre otras cosas, se manifiesta un honroso y noble reconocimiento de su caridad; esto es, que ella «tiene (también) el primado en el amor» (*Epist. ad Rom.*, II). La caridad romana no ha faltado nunca en el decurso de los siglos: brilló en las catacumbas, en las casas de los cristianos, en los hospitales, en los albergues de los peregrinos, de los huérfanos, con los hijos del pueblo descarriados, en los peligros de las familias y de las jóvenes, en los mil aspectos de la desventura. Mostraos, pues, dignos de vuestros antepasados. No hay parroquia donde no haya necesidad que aliviar; ni puede desinteresarse de ello una vida parroquial floreciente. ¿No veis cómo cada día crece la necesidad y la pobreza, unas veces manifiesta, otras

veces oculta? Organizad la actividad de la beneficencia, a fin de que se desarrolle en forma ordenada, justa, igual, vasta; animadla con el mismo espíritu del amor, con respeto delicado, con pródida mirada hacia los que sin culpa propia han caído en la indigencia: *qui miseretur*, avisa San Pablo, que lo haga *in hilaritate* (Rom., XII, 8), «con aquel pudoroso callar, que te torna acepto el don» (1).

Buscad ánimo y luz en la historia de la ciudad y de la diócesis de Roma. Por sus grandezas y sus decadencias, por su resistencia en los acontecimientos, Roma no tiene semejante; y, al mismo tiempo, por las potentes manifestaciones de la misericordia de Dios, no tiene igual. ¡Cuán grande es la dignidad de esta colina Vaticana y de estas orillas del Tíber! ¡Cuánta es la gloria de las parroquias y de los sagrados títulos romanos, en cuyas paredes miles de recuerdos y de piedras hablan y avisan a quien los contempla! Que si es inexcusable deber que nuestros ánimos sean conscientes de la grave y áspera hora que vivimos, nuestra vida y nuestro ardor quieren sostenerse por la confianza de que la fuerza de Dios creará también hoy obras grandes y perfectas; porque toda nuestra suficiencia viene de Él: «Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur» (II Cor., III, 5-6; XII, 9).

Alzad a lo alto vuestras miradas a los innumerables hombres que con su sangre, como testigos de Cristo, han regado el suelo de esta ciudad, a los héroes del cielo, de la palabra y de la caridad, que con la santidad de la vida lo han hecho fértil y exuberante, desde los Príncipes de los Apóstoles y desde los protomártires de la Iglesia romana bajo Nerón, hasta los ministros de Dios, sacerdotes, religiosos, prelados y Pontífices, que en esta ciudad fueron antorchas ardientes y luminosas en tiempos ya más próximos a nosotros. Con plena confianza en su intercesión y especialmente en la de la Santísima Virgen, ayudándoos mutuamente con fraternal espíritu sacerdotal, consagrándoos con total y asidua entrega a la obra de Cristo y de su Iglesia, lograd que esta Ciudad, que

(1) MANZONI, *Pentec.*

DIRECTRICES A LOS PÁRROCOS Y A LOS CUARESMEROS DE ROMA

es Nuestra diócesis particular a la vez que vuestra cura de almas, que en pocos decenios tanto se ha ampliado, con extraordinaria rapidez, en población y esplendor, sea, a la faz del mundo que acude aquí de todos los países, modelo de profunda fe, de moral católica y de cristiana caridad.

Para ello, dilectos Hijos, damos a vosotros y a vuestros colaboradores, a todas vuestras esperanzas e intenciones, a vuestros parroquianos y especialmente a la juventud, con la plenitud de Nuestro paterno corazón, la Bendición Apostólica.

XC

11 DE FEBRERO DE 1940

ADMIRABLE EVOCACIÓN DEL VENERADO PREDECESOR

Su Santidad concedió Audiencia a la numerosa peregrinación del Arzobispado de Milán, que había venido a Roma, bajo la guía del Emmo. Cardenal Alfredo Ildefonso Schuster, con motivo del primer aniversario de la muerte del llorado y venerado Pontífice Pío XI. El Padre Santo delineó, ante la grandiosa asamblea, con palabra vigorosa y conmovida, la venerada figura de su llorado Predecesor, haciendo resaltar su gran labor por la "paz de Cristo en el reino de Cristo".

EL comienzo del sacro tiempo de cuaresma recuerda a nuestra mente y a nuestro corazón los más graves misterios del dolor y de la Pasión del Redentor del mundo, así como la subsiguiente alegría de su triunfo sobre la muerte. A tal recuerdo no se oponen el pensamiento y el afecto con que el dignísimo e infatigable Pastor de la gran Archidiócesis milanesa — junto al cual Nos gozamos en ver al Eminentísimo Cardenal Caccia Dominioni, honra también él de la metrópoli lombarda — ha guiado hasta Nos esta selecta y numerosa muchedumbre de hijos suyos y Nuestros, pensando tanto en Nuestro llorado y venerado Antecesor, que subió a Dios hace ya un año y que fué hijo y Pastor de la Iglesia de Ambrosio, como en Ambrosio mismo, el décimosexto centenario de cuyo nacimiento acaba de inaugurar Milán entre el sonar alegre de sus campanas. Dolor y gozo han movido y conducido vuestros pasos hacia Nos, como para demostrar una vez más que en la vida de acá abajo alternan y se mezclan lo alegre y lo triste, la aflicción y la felicidad, la tribulación y el consuelo. Y consuelo es también para Nos vuestra presencia que os une asimismo a Nuestro vivísimo llanto por un Pontífice de indeleble memoria cual para Nos fué Pío XI, que Nos era Padre amadísimo, «guía él, señor él y maestro él» en el alto oficio que Nos confió y a través de las alegres y variables vicisitudes en las cuales, durante una gran parte de su glorioso pontificado, se dignó hacernos y tenernos como su humilde y devoto siervo.

DIVISA DE PÍO XI: «PAX CHRISTI
IN REGNO CHRISTI»

En los fastos de la historia de la Iglesia, el nombre de Pío XI quedó señalado como centro de nuevos tiempos, clausura y sello de un pasado no menos glorioso que tempestuoso, principio y presagio de un porvenir, que de lo pasado saca su fuerza e impulso para las más vastas y más profundas victorias de la fe. *Pax Christi in regno Christi*: fué la divisa de su pensamiento, de su querer y de su actividad. Con un corazón audaz, con una mente abierta a los más amplios horizontes, con una sagacidad penetradora de los misterios de las causas y de los acontecimientos humanos, con la vigilante imperturbabilidad sostenida por la mirada fija en el cielo, Pío XI, sentado en el solio de Pedro como en la cima más alta de los Alpes por él escalados, dirigía alrededor su vista sobre el mundo turbado de los pueblos, tan enfrentados todos, olvidadizos de Dios y de su Cristo, Pacificador del cielo y de la tierra; e invocaba, a guisa de estrella polar de su Pontificado, la paz de Cristo en el reino de Cristo. A tal estrella dirigía él la proa de la nave de Pedro, para que el inescrutable designio divino, que en su justicia no se olvida de la misericordia, inclinándose a la piedad y al perdón de las iniquidades de los hombres, suspendiese y alejase el azote que amenazaba caer sobre la intranquila y discorde humanidad. A la paz de Cristo en el reino de Cristo dedicó su vida y su muerte; ya desde el primer día en que apareció vestido de blanco, se le vió bendecir, desde la alta *loggia* de la Basílica Vaticana, a Italia y al mundo, abrazando a todos con su nuevo e inmenso corazón paterno.

A la paz de Cristo dirigió su pensamiento; aquel pensamiento apostólico que, con el ardor de Pablo de Tarso, abarca todos los confines para exaltar y anunciar al universo la fe de Roma (cfr. *Rom.*, I, 8) y acoger en la paz a todas las naciones, próximas y lejanas, unidas y separadas; aquel pensamiento que, según el gran Obispo de Hipona, es el pensa-

miento de la ciudad celestial y del reino de Cristo, porque «esta celestial ciudad, mientras peregrina en la tierra, llama hacia sí a los ciudadanos de todos los pueblos, y con todas las lenguas recoge compañeros de su peregrinación, sin cuidarse de la diversidad de costumbres, de leyes o de estatutos por los que se adquiere o se conserva la paz terrena; no devastando ni destruyendo nada, sino más bien manteniendo y favoreciendo...; y aquella paz terrena hasta conduce a la paz celestial que, por ser tan verdaderamente paz, sería de defender y de proclamar como la única paz de la criatura racional, por ser la sociedad bien ordenada y muy concorde de los hombres para gozar de Dios y gozar entre sí en Dios» (*De Civ. Dei*, l. XIX, c. 17). Así es como el genio de Agustín presagiaba el pensamiento de Pío XI sobre la paz de Cristo acá abajo en el reino de Cristo conquistador de las gentes, para hacer de la paz terrena el preludio y promesa de la paz celestial, meta última de la humanidad redimida por Dios y peregrina hacia Dios sobre la faz de la tierra.

GRANDIOSA ACCIÓN DE PÍO XI

Si a tan altos pensamientos se elevaba la mente de Pío XI en la contemplación de su oficio apostólico, descendía después en sus aplicaciones prácticas haciendo ministros suyos la voluntad y la acción, consciente de ser, como Pablo, deudor de los griegos y de los bárbaros, de los sabios y de los ignorantes: «Graecis ac Barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum» (*Rom.*, I, 14). Quiso en las almas la paz de Cristo, la paz que Cristo nos ha dejado; la quiso entre los doctos y los sencillos; entre la ciencia y la fe, entre el capital y el trabajo, entre la abundancia y la necesidad, entre la riqueza y la pobreza, entre la política y la moral, entre los potentes y los débiles, entre los perseguidores y los oprimidos, entre el Oriente y el Occidente. Si encontró obstáculos en su camino, no se desesperó: aguardó, como en el obscuro crepúsculo de sus excursiones alpinas, a que apareciese propicia el alba para él o para los que le siguieran.

Grande fué en su acción. Nuncio intrépido de la paz entre los anuncios y terrores de la guerra, como entre las tormentas de los Alpes, tornóse nuncio de paz también para Italia, al dar a ésta, su patria dilectísima, la paz de Cristo en el reino de Cristo, cortando una prolongada y dolorosa disidencia que separaba al uno del otro «di quei che un muro ed una fossa serra» (1). Sumo Pontífice, sintió en sí el paterno amor de mediador de paz entre los pueblos y la Iglesia y se puso de acuerdo con cuantos respondieron a sus solicitudes pastorales, previsoras y magnánimas. Maestro supremo de la fe y de la moral, promovió la verdadera educación de la juventud, defendió la santidad inviolable del matrimonio cristiano, exaltó e hizo resplandecer con sus exhortaciones la dignidad sacerdotal, amplió la instrucción del clero, fundó altos Institutos de ciencias y de estudios, dilató el Evangelio más allá de las metas de sus Antecesores, ennobleció el celo del clero indígena y, con voz que resonaba más allá de los océanos, glorificó en los Congresos Eucarísticos al Dios del altar, proclamado Rey de los Reyes y Señor de los que dominan. Pastor y padre de los pueblos, animó la fe de las familias; y de los muros domésticos lanzó a los seglares al campo de la Acción Social y de la Acción Católica para colaborar con la Jerarquía divinamente instituída por la restauración del reino de Cristo en la convivencia civil, elevando el celo de los fieles a aquel «real sacerdocio» (*I Petr.*, II, 9) que, sin igualar las ovejas a los pastores, hace con todos un ejército único, sabio, prudente y activo para ampliación y tutela de la vida cristiana.

Pero en un siglo en que los estudios filosóficos y la investigación de la naturaleza han sobrepasado los términos de todas las épocas anteriores, equivocándose a veces, con la audacia de profundizar, por los engañosos espejismos de una apariencia sin realidad hasta llegar a poner en pugna no sólo el pensamiento con la ciencia sino la misma ciencia con la fe; el sapientísimo Pontífice, formado en las bibliotecas y

(1) *Purg.*, VI, 84.

en las academias de los doctos, quiso que, en la paz de Cristo, apareciera Cristo como *scientiarum Dominus*, no sólo en las cátedras del clero, sino también en la asamblea de los más distinguidos investigadores del universo; porque la fe no teme a la razón; porque el dogma no se asusta ante la ciencia de verdadero nombre; porque la Iglesia, amiga de toda verdad, no impide la sana libertad de la investigación de la verdad oculta en los secretos de la naturaleza; antes bien, promueve sus adelantos y su progreso, gozándose en utilizar sus frutos y sus triunfos para hacer oír su materna voz hasta los confines de la tierra y hacer más hermoso su triunfo propio en la difusión del nombre y de la fe de Cristo. Y en este triunfo de Cristo y de los santos por las calles y en los altares triunfaba la piedad y el oráculo de Pío XI que en cierto modo, al exaltar así los héroes de la santidad, se preparaba en el cielo benignos y poderosos abogados que allá arriba lo acompañaran y lo acogieran al final de su larga y laboriosa vida. Así, fuerte en el sufrir, *non recuso dolorem*, que él consideraba don de Dios, y que le hacía penetrar en lo más íntimo del misterio de la Pasión de Cristo, siempre ansioso y pronto en las fatigas de su alto oficio pontifical, *peto laborem*, con mente lucidísima y voluntad intrépida hasta el último momento — Nos lo sabemos muy bien — inclinaba la frente con su último beso al Crucifijo, al que ofrecía el postrer latido de su magnánimo corazón, para descansar en la tranquilidad de la muerte, esperando la gloria de la resurrección, con sus Antecesores, junto al sepulcro mismo del primer Vicario de Cristo.

EL PRIMER ANIVERSARIO

Y ahora vosotros, oh milaneses, estrechados junto a Vuestro amadísimo Cardenal Arzobispo, habéis venido a Roma para orar junto a la tumba de tan gran Pontífice, gloria de vuestra tierra. Prueba y señal de vuestro amor y de vuestro dolor es ahora su primer aniversario fúnebre, que os ha conducido a Roma, a la Ciudad Eterna, lleno el corazón con los recuerdos de sus virtudes y empresas apostólicas, deci-

didos a evocar y plasmar su excelsa imagen en las sombras de las Grutas Vaticanas, para enseñanza de la posteridad. Si el último sacrificio que Dios le exigió fué no dejarle ver el alba del memorando día decenal de los felices Pactos de Letrán, que tanto quería y deseaba, ciertamente que el Señor le concedió aurora mucho más bella y radiante en aquella vigilia de la fiesta de la Inmaculada Virgen de Lourdes; pero el dolor de su desaparición fué grandísimo para vosotros, para Nos y aun para todo el mundo, mas no para su gran espíritu, que alegrábase ya con el premio del siervo bueno y fiel, cual vosotros mismos lo habíais conocido y venerado, antes que en la Cátedra de Pedro, en la sede de vuestro gran Padre Ambrosio. Y como para consolaros del dolor por la muerte de Nuestro incomparable Antecesor y vuestro glorioso conciudadano, habéis comenzado a recordar el alba del nacimiento de Ambrosio, fúlgida luz del mundo católico, que tuvo lugar hace ya dieciséis siglos, viniendo como peregrinos a esta Roma que, si no fué la cuna de sus vagidos, fué la fuente de su sangre, y después la escuela y palestra de su juventud y de su sabia madurez.

Roma que, en la insigne basílica dedicada a Ambrosio y a Carlos, conserva sacros y perennes recuerdos marmóreos de la piedad de Pío XI y de vuestra devoción hacia él, alégrese con vosotros en esta conmemoración centenaria de Ambrosio, y con Milán se asocia en el saludo, en el aplauso y en la alabanza de este astro romano de prudencia civil y de sabiduría cristiana, que con sus rayos resplandecientes y cálidos iluminó y encendió a la metrópoli lombarda de tal suerte que con su nombre selló el ardor religioso de su pueblo, y el litúrgico obsequio del culto divino.

Tras el ábside del gran templo a ellos consagrado por vuestra munificencia, Ambrosio y Carlos levantarán su frente en el campo abierto ante los restos excavados de la tumba y de la paz augustales, contempladas un día en todo su fulgor por el joven Ambrosio, que en tan majestuosas ruinas señalará a Carlos la caducidad de toda humana grandeza ante Dios: dos gigantes de la fe y de la disciplina eclesiástica,

gloria ambos de la Iglesia milanesa, iguales y distintos en los siglos y en las empresas, en el entusiasmo y en el celo, en las luchas y en las victorias, pero siempre iguales en el fijo mirar a Pedro, porque en Carlos está el alma de Ambrosio y en Ambrosio está el precursor de Carlos.

ROMA Y SAN AMBROSIO

Si en los labios de Ambrosio niño fueron las abejas del Mosela las que depositaron la dulce miel de la divina elocuencia, recibió de la sangre de Roma la austera y grande impronta del carácter de los Quirites, templado por Dios conforme al fermento y necesidades de su tiempo. Pero el Cielo destinábale, en vez de la espada o de los triunfos de las legiones y del foro civil, la ínfula episcopal y la elocuencia sublime y victoriosa del Evangelio. Su juventud vió las luchas del arrianismo y el moribundo paganismo, fugazmente reanimado por el efímero esfuerzo de Juliano el Apóstata; su edad adulta presenció la nueva división del Imperio romano entre Valentiniano y Valente, y conoció las continuas guerras con los bárbaros invasores, que triunfaban sobre las legiones en las llanuras de Adrianópolis; en su episcopado fué el tutor de los hijos del vencido y muerto Valentiniano y el amigo impávido del gran Teodosio. Fué grande como los grandes Padres y Doctores de la Iglesia; y vosotros podréis exaltarlo como vigoroso atleta que supo unir en sí altamente la virtud de un romano con el espíritu de Cristo y enfrentarse con los Césares por los derechos de la fe y de la moral; y admirar en él al sabio consejero y mantenedor político y religioso de tres emperadores y de su trono; al campeón de la libertad y de la independencia de la Iglesia; al maestro del primado de Pedro, y al martillo de la herejía; al asceta de heroica abnegación, al padre de los desgraciados, al Crisóstomo del Occidente, al consolador de Mónica y bautizador de Agustín; al poeta de los himnos sagrados; al sacerdote del altar, al ejemplar de Pastores y obispos, al santo que es la sal de la tierra y luz del mundo.

Nos place, además, reclamar vuestra atención sobre un particular aspecto de su figura, esto es, cómo desde su cuna, desde su niñez y desde su juventud se expande una luz que es capaz de iluminar aún nuestro siglo y sociedad moderna en medio del renacido paganismo, en que hoy crece la juventud, no distinto del antiguo que rodeaba al joven Ambrosio: admirable ejemplo de un alma que, aun antes ya del bautismo, permaneció firme y franca en la virtud, jamás manchada ni por el culto ni por la moral del gentilismo, manteniéndose siempre en la constancia y en la serenidad de sus elevados pensamientos y propósitos, inflexible a toda influencia de sus amigos paganos. Vosotros todos, dilectos hijos, no ignoráis los peligros que hoy encuentra la juventud cristiana, para la que el ejemplo de Ambrosio ha de ser alto aviso de vigilancia, de fortaleza y dignidad de carácter, en la faz de la Iglesia y de la patria, por aquel temple y sello de romanidad de que se reviste la fe en Cristo, haciendo que, dondequiera que haya un cristiano católico, allá esté Roma. La Roma de Pedro vive y está también en vuestro Milán, porque la fe ambrosiana es la fe de Roma; porque Ambrosio hizo grande a Milán gracias a la fe de Roma, por la cual donde está Pedro allí está la Iglesia. Esta peregrinación es un claro testimonio de todo ello, y en vuestro pensamiento se entremezclan esos recuerdos y glorias al reuniros para orar sobre la tumba de un glorioso Pontífice que Milán dió a Roma, mientras en Milán veneráis la urna sepulcral de un gran Obispo, Doctor de la Iglesia y vuestro Padre, que os fué dado por Roma. ¿No es acaso éste el sacro vínculo de la unidad de la Iglesia?

Y Nos, que abrazamos a todos con la universal caridad de Cristo y con la solicitud de Pedro por todas las Iglesias, sentimos gran gozo al veros junto a Nos; y Nos complacemos vivamente de que os aprestéis a honrar, cada vez con más porfía, a vuestro sapientísimo más antiguo Maestro y más famoso Obispo y Patrono, que fué en su tiempo, no menos inquieto y turbado que el nuestro, promotor y defensor de la paz y concordia entre Césares y competidores del imperio; y que

ADMIRABLE EVOCACIÓN DEL VENERADO PREDECESOR

en los comienzos de su gobierno civil, en medio del pueblo milanés, dividido ante la elección de Obispo, al aparecer como pacificador de los partidos, se reveló a sí mismo como sabio mediador de paz, de suerte que aun la misma paz se afirmaba en él y le trocaba las insignias de Consular por la sagrada y más digna vestidura de Metropolitano del Vicariato de Italia. Por ello Nos no dudamos en venerar e invocar en él a un gran protector de la paz de la Iglesia y del mundo, y de exhortaros a que los honores tributados a su memoria sean también fervida oración «pro omnibus hominibus, pro regibus et omnibus qui in sublimitate sunt, ut quietam et tranquillam vitam agamus in omni pietate et castitate. Hoc enim bonum est et acceptum coram Salvatore nostro Deo, qui omnes homines vult salvos fieri et ad agnitionem veritatis venire» (*I Tim.*, II, 1-4). Por ello, con este santo deseo y con paterno afecto imploramos sobre vuestro venerado Cardenal Arzobispo, y sobre todos los dilectos hijos de la Archidiócesis de Milán, presentes y ausentes, la abundancia de los divinos favores y el consuelo de Dios, dándoos Nuestra más amplia Bendición Apostólica.

XCI

15 DE FEBRERO DE 1940

A UNA MISIÓN MILITAR ARGENTINA

Su Santidad recibió en Audiencia especial a los miembros de una Misión militar argentina. El Augusto Pontífice les dirigió expresiones paternales de bienvenida y de deseo.

Os damos Nuestra bienvenida más cordial, a vosotros, queridos hijos e hijas de la Argentina, que Nos presenta el Excelentísimo y muy estimado Señor Embajador. Después de aquella Nuestra visita a vuestra patria: después de las emociones conmovedoras, que sentimos en aquella manifestación grandiosa del Congreso Eucarístico de Buenos Aires, vuestra presencia en Nuestra casa es como el saludo que del suelo patrio Nos envían por vosotros los hijos Nuestros tan amados de las tierras del Plata.

La Argentina es un país de grandes posibilidades en cuyo suelo ha depositado el Creador inagotables riquezas; un país de amplios espacios; una nación cuyas juventudes, si logran desarrollar con bravura sus egregias cualidades, pueden asegurarle un porvenir de los más prósperos. Vosotros, argentinos, y en particular los que veis los trances de angustia por que atraviesan otros pueblos, tenéis sobrado fundamento para agradecer a Dios Providente el amor paterno con que vela por vosotros. La estatua de Cristo, que en la cima de los Andes recuerda y bendice vuestro pacto de amistad con los pueblos vecinos, es el símbolo de paz verdadera, que Dios quiera veamos erigir pronto en las cumbres más altas de Europa.

Conservad celosamente y por encima de todo los sentimientos religiosos de vuestra vida. El Congreso Eucarístico de Buenos Aires felizmente Nos ha hecho comprender lo profundamente arraigada que está la fe católica en vuestro pueblo. Confiamos en Dios y ardientemente le suplicamos que esa

fe persevere siempre viva entre vosotros y que logréis con ella hacer impenetrables vuestras fronteras al moderno alejamiento de Dios. Este alejamiento de Dios es el fundamento de los males que afligen la humanidad. Donde quiera que él prende, es como un incendio que todo lo devasta; no solamente seca las almas y las despoja de su eterna dicha, sino que además llega hasta destruir la seguridad, el sosiego y el orden en la vida pública de los Estados.

Vosotros y cuantos pertenecéis a las clases directoras de vuestra nación, tenéis en esto una grave responsabilidad, pero también una misión elevada: la de ir delante del pueblo con el ejemplo de vuestra religiosidad, la de mantener firme por convicción la fe santa que heredasteis de vuestros padres, la de dar prueba de ella en los sentimientos y en las obras de caridad fraterna, y la de hacer que florezca vigorosa en la vida de la gracia, principalmente por medio de la sagrada Eucaristía. ¡Cuán múltiples y oportunas ocasiones os ofrece para ello vuestra vocación militar, que se desarrolla precisamente entre los jóvenes de vuestro pueblo! Esta misión de que os hablamos es — Nos diréis vosotros — de orden religioso. Verdad es. Pero al mismo tiempo es también el mejor servicio que podéis prestar a la patria querida y a vuestro amado pueblo.

En prenda de abundantes gracias, que os conforten en esta elevada misión, a vosotros con vuestras esperanzas y aspiraciones, a vuestras familias, a todo el pueblo argentino y sobre todo a sus juventudes, os damos de la plenitud de Nuestro corazón de Padre la Bendición Apostólica.

XCII

17 DE FEBRERO DE 1940

A UNA ESPECIAL DELEGACIÓN RUMANA

Una Delegación especial de Rumania, presidida por un Ministro de Estado, quiso rendir al Sumo Pontífice un particular acto de homenaje. Su Santidad recibió tal representación y, contestando al discurso de homenaje del Ministro, pronunció veneradas palabras.

NUESTRA gratitud a Vos, Excelentísimo Señor, y a vuestros nobles compañeros aquí presentes, en primer lugar al Excelentísimo y para Nos tan carísimo Embajador de Rumania ante Nos y la Sede Apostólica, pues habéis querido visitarnos y traernos obsequios que Nos apreciamos y apreciaremos en extremo por su mérito intrínseco y extrínseco, y sobre todo como símbolo de vuestra piedad. Vivamente conmovidos por el saludo, que Nos comunicáis, de Su Majestad Carlos II Rey Augusto de Rumania, os rogamos que lo devolváis a tan ínclito Jefe supremo de vuestra Nación, para quien pedimos a Dios la felicidad de un largo reinado y la alegría de prósperos acontecimientos. Que bajo la protección de Dios florezca segura la paz en la querida Rumania, que de Roma tiene su gran nombre; y que la civilización, así lograda, brille allí con nuevos esplendores, gracias al Evangelio de Cristo. Que la juventud de vuestra Patria llene por completo las fecundas esperanzas puestas en ella, gracias sobre todo a la integridad de las costumbres y al brillo de sus virtudes. Cuanto sea beneficioso para Rumania, siempre Nos producirá gran contento.

Finalmente para Vos, Excelentísimo Señor, así como para vuestros distinguidos compañeros, deseamos, imploramos y rogamos la abundancia de la divina protección.

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

(1939 - 1940)

Primera Carta Encíclica del Padre Santo Pío XII: «*Suumi Pontificatus*» (20 de octubre de 1939).

Carta al Emmo. Card. Luis Maglione, Secretario de Estado, en la que se ordenan especiales oraciones, durante el mes de mayo, para obtener del Señor la tranquilidad estable del mundo (20 de abril de 1939).

Carta al Emmo. Card. Eugenio Tisserant, Secretario de la S. Congregación de la Iglesia Oriental, con motivo de las solemnes fiestas del 950° aniversario del Bautismo de San Vladimiro y de su pueblo (12 de mayo de 1939).

Carta Encíclica a los Cardenales, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de los Estados Unidos de América, con ocasión del 150° aniversario de la constitución de la Jerarquía Eclesiástica en aquella República (1 de noviembre de 1939).

Exhortación Apostólica a los Sacerdotes y a los Clérigos llamados a las armas (8 de diciembre de 1939).

Todos estos documentos podrán encontrarse en el comienzo del *Apéndice documental* del tomo III.

ÍNDICES

CRITERIO DE LOS ÍNDICES

Unas palabras tan sólo sobre los *Índices* correspondientes a este Tomo. Su finalidad es no sólo recordar, como en dos cuadros, la sucesión de las adoctrinadoras lecciones del Padre Santo (*Índice cronológico*), o de los variados auditorios — representación de todo el mundo — a quienes eran dirigidas, y en ellos a todos (*Índice sistemático*), sino también el facilitar en todo momento, y según lo requiera la ocasión, la nueva lectura y meditación de la Palabra del Papa. A esta segunda finalidad obedecen los Índices añadidos en la edición presente, especialmente el *analítico* y el *literario*. En la italiana sólo existen el *Índice cronológico* y el *sistemático*.

Los cuatro nuevos *Índices* merecieron en principio la aprobación de Su Santidad. Gratitud y obediencia a ella. Deber grande ha pesado, por lo tanto, en su redacción y en su composición. Como no hay obra perfecta, asumimos la responsabilidad de los defectos que hayan podido malograr la digna presentación y unificación de los múltiples temas y densas doctrinas de magisterio tan soberano.

Para el uso de los cuatro *Índices*, téngase presente que las letras *a*, *b* y *c* dividen prácticamente cada página en tres partes iguales, desde la primera línea superior de las páginas de plena composición ordinaria. Ha sido recurso obligado para facilitar la identificación de cualquier pensamiento o palabra que reclame singular atención.

CRITERIO DE LOS ÍNDICES

No damos lista de las abreviaturas usadas en los *Índices*. Todo lector sabrá interpretarlas con facilidad.

En el *Índice cronológico* se han añadido en *cursiva*, dentro del Discurso correspondiente, las partes especiales (de saludo y de enseñanza) del mismo, ordinariamente al final, dedicadas por Su Santidad a grupos que se había dignado admitir en Audiencia, unidos al principal al que especialmente dirigía en cada día su apostólica palabra.

La edición italiana introdujo títulos de división en los Discursos tan sólo a partir del dirigido «A las señoras de Acción Católica y a sus colaboradoras» (26 de octubre de 1941, Tomo III, págs. 223-236). Esta innovación editorial intentó sin duda facilitar la lectura y utilización de determinados Discursos. Con el deseo de aplicar aquel criterio a la edición española ya en el Tomo I, humildemente nos atrevimos a suplicar al Padre Santo que nos permitiera redactar los referidos títulos. A tal petición accedió benignamente Su Santidad.

Dominus conservet Eum...

MONS. P. GALINDO

I. - INDICE CRONOLÓGICO (*)

(2 MARZO 1939 - 1 MARZO 1940)

AÑO 1939

				<i>pág.</i>
I	3	III	Radiomensaje de paz al mundo católico (L)	3
II	12	III	La divisa del sagrado Mandato (L)... ..	9
III	23	III	A una peregrinación húngara (A)	13
IV	30	III	A un grupo de católicos argentinos (E).	17
V	1	IV	Al nuevo Embajador del Brasil (F)	21
VI	5	IV	A los colaboradores del Snccesor de Pedro (I)	25
VII	9	IV	La Homilía de Pascua (L)... ..	35
VIII	14	IV	A las delegaciones de la Unión Internacional de las Asociaciones femeninas de Acción Católica (F)	45
IX	16	IV	Radiomensaje a España (E)	53
X	17	IV	A un grupo de católicos brasileños (P).	59
XI	22	IV	Al Ministro de la República del Ecuador (E)... ..	63
XII	23	IV	A un grupo de peregrinos alemanes (A).	67
XIII	26	IV	Primera audiencia concedida a recién casados (I)... ..	71
			A los peregrinos de Gubbio (I)	74
			A las alumnas de las Hermanas de María Auxiliadora del Colegio Real de Milán (I)	74
			A las alumnas de las Hermanas de San José de Turín (I)	74

(*) La numeración romana, en el Índice cronológico, indica el orden de los Discursos, que inmediatamente se detalla, cuanto a la fecha de cada uno, empleándose la numeración romana para indicar el mes.

La inicial entre paréntesis, a continuación del título del Discurso, significa la lengua en que fué pronunciado. Las abreviaturas, aunque fáciles de entender, son las siguientes: A: alemán; E: español; F: francés; I: italiano; Ig.: inglés; L: latín; P: portugués.

ÍNDICE CRONOLÓGICO

			pág.
XIV	28	IV A los sacerdotes adoradores (I)	75
XV	1	V Cooperación misionera (L)	91
XVI	3	V El Santificador de las bodas (I)	95
		<i>A los peregrinos de Tívoli</i> (I)... ..	98
XVII	4	V Al nuevo Embajador de la Argentina (E)... ..	99
XVIII	7	V Radiomensaje para el XII Congreso Eucarístico francés (F)	103
XIX	8	V A la colonia española de Roma (E)... ..	109
XX	9	V Al Episcopado y al pueblo Maronitas (F)	113
XXI	10	V La Reina celestial (I)... ..	117
XXII	10	V A los peregrinos de la diócesis de San Gall (A)	121
XXIII	10	V A un grupo de peregrinos ingleses (Ig.)... ..	125
XXIV	16	V Al Episcopado y a los fieles de rito greco-melquita (F)... ..	129
XXV	17	V La inmutable alegría (I)... ..	133
		<i>A unos jóvenes universitarios católicos de Hungría</i> (A)	137
		<i>A los peregrinos alemanes</i> (A)	137
XXVI	18	V Solemne ingreso en la Patriarcal Archibasílica Lateranense (L)	139
XXVII	24	V Fundadores de nuevas familias (I)	143
		<i>A los peregrinos de la diócesis de Liubliana</i> (I)	146
XXVIII	31	V Virtudes domésticas (I)	149
		<i>A los jóvenes de la Asociación «Dante e Leonardo»</i> (I)	152
		<i>A las señoras de A. C. de Subiaco</i> (I)... ..	153
		<i>A los peregrinos alemanes</i> (A)... ..	154
XXIX	2	VI Al Sacro Colegio en el día de San Eugenio (I)... ..	155
XXX	5	VI Al Capítulo General de los Frailes Menores (L)	163
XXXI	6	VI En el 950º aniversario del bautismo de San Vladimiro (I)	169
XXXII	7	VI El alimento celestial (I)	173
XXXIII	11	VI A los jefes, oficiales y soldados de la católica España (E)	177
XXXIV	14	VI El Rey de la familia (I)... ..	181
		<i>A los peregrinos de Città di Castello, de Urbania y Santo Angelo in Vado, y de Acquapendente</i> (I)	184

ÍNDICE CRONOLÓGICO

				pág.
			<i>A los alumnos y profesores del Liceo «Ennio Quirino Visconti» (I)...</i>	185
			<i>A unos jóvenes de A. C. (I)...</i>	186
			<i>A los peregrinos alemanes (A) ...</i>	187
XXXV	16	VI	<i>A los consiliarios eclesiásticos de la A. C. (I) ...</i>	189
XXXVI	16	VI	<i>Al nuevo Embajador de Bolivia (E)...</i>	193
XXXVII	19	VI	<i>Luminosos ejemplos de la Beata de Vialar (F) ...</i>	197
XXXVIII	20	VI	<i>Al Ministro del Uruguay (E)...</i>	203
XXXIX	21	VI	<i>La misión educadora (I) ...</i>	207
			<i>Al Comité Nacional para la protección de las jóvenes (I) ...</i>	211
			<i>A un grupo de jóvenes obreras después de los ejercicios espirituales (I) ...</i>	212
			<i>A un grupo de religiosos y religiosas (I) ...</i>	212
			<i>A los peregrinos alemanes (A) ...</i>	213
XL	24	VI	<i>A los alumnos del Santuario (L)...</i>	215
XLI	28	VI	<i>El patrocinio de los Santos Apóstoles (I) ...</i>	227
			<i>A los peregrinos de Liorna (I) ...</i>	230
			<i>A los peregrinos de Monte Lucano (I).</i>	230
			<i>A los católicos de Etiopía (I)...</i>	231
			<i>A los peregrinos alemanes (A) ...</i>	234
XLII	30	VI	<i>A la gran peregrinación nacional húngara (L y A) ...</i>	235
XLIII	5	VII	<i>Las enseñanzas de la liturgia (I) ...</i>	239
			<i>A las Religiosas de la Sagrada Familia de Bérgamo (I) ...</i>	243
			<i>A los peregrinos de Cremona y Bérgamo (I) ...</i>	244
			<i>A los peregrinos de Nápoles (I) ...</i>	245
			<i>A los socios del Apostolado de la Oración de Anagni (I)...</i>	245
			<i>A los religiosos franciscanos, párrocos en Italia (I)...</i>	246
			<i>A los peregrinos de Yugoslavia (I) ...</i>	247
			<i>A unos peregrinos católicos de Atenas (I) ...</i>	247
			<i>A los peregrinos alemanes (A) ...</i>	248
XLIV	7	VII	<i>Al Ministro de la República Eslovaca (L)...</i>	249
XLV	12	VII	<i>Garantía de Santidad (I)...</i>	253
			<i>A los peregrinos de Terni (I)...</i>	257

ÍNDICE CRONOLÓGICO

				pág.
			<i>A los sacerdotes de la Archidiócesis de Milán (I) ...</i>	258
			<i>A los peregrinos alemanes (A) ...</i>	260
XLVI	12	VII	<i>A una peregrinación chilena ...</i>	261
XLVII	19	VII	<i>Los tesoros de la íntima unión con Dios (I) ...</i>	265
			<i>A los niños del premio «Roma» (I)...</i>	269
			<i>Al Capítulo General del Instituto Misionero de la Consolación (I)...</i>	271
			<i>A las Directoras de las Escuelas Residencias profesionales para enfermeras (I) ...</i>	272
XLVIII	19	VII	<i>A las religiosas del Sagrado Corazón (F)</i>	277
XLIX	19	VII	<i>A un grupo de peregrinos croatas (A).</i>	281
L	21	VII	<i>Los méritos de una selecta familia religiosa (F) ...</i>	285
LI	24	VII	<i>Al nuevo Embajador de Polonia (F) ...</i>	291
LII	31	VII	<i>Al Yuvarajá de Mysore (Ig.) ...</i>	295
LIII	2	VIII	<i>El dulce recuerdo del Santo Bautismo (I) ...</i>	299
LIV	20	VIII	<i>La excelsa figura de Pío X (I) ...</i>	303
LV	24	VIII	<i>Radiomensaje de paz en el inminente peligro de guerra (I) ...</i>	313
LVI	14	IX	<i>Al nuevo Embajador de Bélgica (F) ...</i>	319
LVII	20	IX	<i>A una selecta representación del Clero y del pueblo mejicanos (E) ...</i>	325
LVIII	26	IX	<i>A unos peregrinos alemanes (A)...</i>	329
LIX	30	IX	<i>Paternal consuelo a la católica y fiel Polonia (F)...</i>	333
LX	2	X	<i>La inauguración del nuevo año jurídico de la Sacra Rota Romana (I) ...</i>	341
LXI	18	X	<i>Al nuevo Ministro de Lituania (F) ...</i>	349
LXII	22	X	<i>A los habitantes de Castelgandolfo (I).</i>	355
LXIII	26	X	<i>A los Reales Carabineros y a los Guardias Urbanos de Castelgandolfo (I)...</i>	361
LXIV	29	X	<i>En la consagración de doce Obispos Misioneros (L)...</i>	367
LXV	30	X	<i>Afectuoso saludo a los nuevos Pastores destinados a las Misiones (L) ...</i>	375
LXVI	8	XI	<i>Alianza sagrada (I) ...</i>	379
			<i>A los jóvenes de A. C. premiados en el concurso de cultura religiosa (I) ...</i>	382
			<i>A los premiados de las Asociaciones formadas por alumnos de Colegios (I).</i>	384
			<i>A los peregrinos alemanes (A) ...</i>	385

ÍNDICE CRONOLÓGICO

				pág.
LXVII	10	XI	Al Ministro de la República de Haití (F)	387
LXVIII	18	XI	Radiomensaje a los católicos de los Estados Unidos de América en el cincuentenario de la Universidad Católica de Wáshington (Ig.)	393
LXIX	15	XI	A una peregrinación croata (L)	397
LXX	15	XI	Cada casa un templo (I)	403
LXXI	22	XI	Armonía de almas (I)... ..	409
LXXII	3	XII	La solemne inauguración del cuarto año de la Academia Pontificia de las Ciencias (I)... ..	415
LXXIII	6	XII	La castidad conyugal (I)... ..	433
LXXIV	7	XII	Al nuevo Embajador de Italia (I) ...	439
LXXV	8	XII	En los esplendores de la Basílica Liberiana (L)... ..	445
LXXVI	21	XII	A los Soberanos de Italia en la solemne visita al Sumo Pontífice (I)	451
LXXVII	24	XII	Los puntos fundamentales para la pacífica convivencia de los pueblos (I) ...	455
LXXVIII	26	XII	A la Guardia Noble Pontificia (I) ...	471
LXXIX	28	XII	Paternales votos en la entrevista con los Soberanos de Italia en el Quirinal (I)	477
LXXX	30	XII	Al nuevo Embajador de Chile (E)...	481

AÑO 1940

LXXXI	3	I	Junto a la cuna del Rey divino (I) ...	487
			<i>A las religiosas dedicadas a la enseñanza</i> (I)	491
LXXXII	8	I	Al Patriciado y a la Nobleza romanos (I)	493
LXXXIII	10	I	Ofrendas nupciales (I)	499
LXXXIV	15	I	A la Soberana Orden Militar Jerosolimitana de Malta (I)	507
LXXXV	17	I	La perenne enseñanza de Pedro viviente (I)	513
LXXXVI	24	I	Aspectos de la vida nueva (I)	519

ÍNDICE CRONOLÓGICO

			pág.
LXXXVII	31	I Educadores de almas (I) <i>A las Hijas de María de Santa María</i> <i>in Aquiro (Roma) (I)</i>	527 532
LXXXVIII	1	II Radiomensaje a los fieles de Nueva Zelanda (Ig.)	535
LXXXIX	6	II Luminosas directrices del Pastor Su- premo a los Párrocos y a los Cuaresme- ros de Roma (I)	541
XC	11	II Admirable evocación del venerado Pre- decesor (I)	555
XCI	15	II A una Misión militar argentina (E) ...	567
XCH	17	II A una especial Delegación rumana (L).	571

II. - ÍNDICE SISTEMÁTICO (*)

(2 MARZO 1939 - 1 MARZO 1940)

FASTOS Y CONMEMORACIONES

	<i>pág.</i>
La divisa del sagrado Mandato (12 III 1939)	9
Solemne ingreso en la Patriarcal Archibasílica Lateranense (18 V 1939)... ..	139
El dulce recuerdo del Santo Bautismo (2 VIII 1939)	299
La excelsa figura de Pío X (20 VIII 1939)	303
En los esplendores de la Basílica Liberiana (8 XII 1939)	445
Admirable evocación del venerado Predecesor (11 II 1940)... ..	555

RADIOMENSAJES

Radiomensaje de paz al mundo católico (3 III 1939)	3
Radiomensaje a España (16 IV 1939)	58
Radiomensaje para el XII Congreso Eucarístico francés (7 V 1939)	108
Radiomensaje de paz en el inminente peligro de guerra (24 VIII 1939)	313
Radiomensaje a los católicos de los Estados Unidos de América en el cincuentenario de la Universidad Católica de Wásh- ington (13 XI 1939)	393
Radiomensaje a los fieles de Nueva Zelanda (1 II 1940)	535

HOMILÍAS

La Homilía de Pascua (9 IV 1939)	35
En la consagración de doce Obispos Misioneros (29 X 1939)... ..	367

(*) La numeración después de cada Discurso significa la fecha en que fué pronunciado.

ÍNDICE SISTEMÁTICO

A EMMOS. CARDENALES, A EXCMOS. OBISPOS, A PRELADOS, A SACERDOTES, A RELIGIOSOS, A SEMINARISTAS Y A RELIGIOSAS

	<i>pág.</i>
A los colaboradores del Sucesor de Pedro (5 IV 1939)	25
A los Sacerdotes Adoradores (28 IV 1939) ,... ..	75
Al Episcopado y al pueblo Maronitas (9 V 1939)	113
Al Episcopado y a los fieles de Rito greco-melquita (16 V 1939)	129
Al Sacro Colegio en el día de San Eugenio (2 VI 1939)... ..	155
Al Capítulo General de los Frailes Menores (5 VI 1939)	163
A los Consiliarios eclesiásticos de la Acción Católica (16 VI 1939)	189
Luminosos ejemplos de la Beata de Vialar (19 VI 1939)	197
A los alumnos del Santuario (24 VI 1939)	215
A las religiosas del Sagrado Corazón (19 VII 1939)... ..	277
Los méritos de una selecta familia religiosa (21 VII 1939)... ..	285
A una selecta representación del Clero y del pueblo mejicanos (20 IX 1939)	325
Afectuoso saludo a los nuevos Pastores destinados a las Misio- nes (30 X 1939)... ..	375
Los puntos fundamentales para la pacífica convivencia de los pueblos (24 XII 1939)... ..	455
Luminosas directrices del Pastor supremo a los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma (6 II 1940)	541

A SOBERANOS, A PRÍNCIPES, A EMBAJADORES Y A MINISTROS

Al nuevo Embajador del Brasil (1 IV 1939)	21
Al Ministro de la República del Ecuador (22 IV 1939)	63
Al nuevo Embajador de la Argentina (4 V 1939)	99
Al nuevo Embajador de Bolivia (16 VI 1939)	193
Al Ministro del Uruguay (20 VI 1939)	203
Al Ministro de la República Eslovaca (7 VII 1939)	249
Al nuevo Embajador de Polonia (24 VII 1939)	291
Al Yuvarajá de Mysore (31 VII 1939)	295
Al nuevo Embajador de Bélgica (14 IX 1939)	319
Al nuevo Ministro de Lituania (18 X 1939)	349
Al Ministro de la República de Haití (10 XI 1939)	387
Al nuevo Embajador de Italia (7 XII 1939)... ..	439
A los Soberanos de Italia en la solemne visita al Sumo Pontífice (21 XII 1939)... ..	451
Paternales votos en la entrevista con los Soberanos de Italia en el Quirinal (28 XII 1939)... ..	477
Al nuevo Embajador de Chile (30 XII 1939)	481

ÍNDICE SISTEMÁTICO

A LOS RECIÉN CASADOS

	<i>pág.</i>
Primera audiencia concedida a recién casados (26 IV 1939) ...	71
El Santificador de las bodas (3 V 1939)	95
La Reina celestial (10 V 1939)	117
La inmutable alegría (17 V 1939)	133
Fundadores de nuevas familias (24 V 1939)	143
Virtudes domésticas (31 V 1939)	149
El alimento celestial (7 VI 1939)	173
El Rey de la familia (14 VI 1939)	181
La misión educadora (21 VI 1939)	207
El patrocinio de los Santos Apóstoles (28 VI 1939)	227
Las enseñanzas de la Liturgia (5 VII 1939)	239
Garantía de santidad (12 VII 1939)	253
Los tesoros de la íntima unión con Dios (19 VII 1939)	265
Alianza sagrada (8 XI 1939)	379
Cada casa un templo (15 XI 1939)	403
Armonía de almas (22 XI 1939)	409
La castidad conyugal (6 XII 1939)	433
Junto a la cuna del Rey divino (3 I 1940)	487
Ofrendas nupciales (10 I 1940)	499
La perenne enseñanza de Pedro viviente (17 I 1940)	513
Aspectos de la nueva vida (24 I 1940)	519
Educadores de almas (31 I 1940)	527

A PEREGRINACIONES

A una peregrinación húngara (23 III 1939)	13
A un grupo de católicos argentinos (30 III 1939)	17
A un grupo de católicos brasileños (17 IV 1939)	59
A un grupo de peregrinos alemanes (23 IV 1939)	67
A los peregrinos de la diócesis de San Gall (10 V 1939)	121
A un grupo de peregrinos ingleses (10 V 1939)	125
A la gran peregrinación nacional húngara (30 VI 1939)	235
A una peregrinación chilena (12 VII 1939)	261
A un grupo de peregrinos croatas (19 VII 1939)	281
A unos peregrinos alemanes (26 IX 1939)	329
Paternal consuelo a la católica y fiel Polonia (30 IX 1939) ...	333
A una peregrinación croata (15 XI 1939)	397

PARA CEREMONIAS INAUGURALES

La inauguración del nuevo año jurídico de la Sacra Rota Ro- mana (2 X 1939)	341
La solemne inauguración del cuarto año de la Academia Pon- tificia de las Ciencias (3 XII 1939)	415

ÍNDICE SISTEMÁTICO

EN DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS

	<i>pág.</i>
A las delegaciones de la Unión Internacional de las Asociaciones Femeninas de Acción Católica (14 IV 1939)	45
Cooperación misionera (1 V 1939)	91
A la colonia española de Roma (8 V 1939)	109
En el 950º aniversario del bautismo de San Vladimiro (6 VI 1939)	169
A los jefes, oficiales y soldados de la católica España (11 VI 1939)... ..	177
A los habitantes de Castelgandolfo (22 X 1939)... ..	355
A los Reales Carabineros y a los Guardias Urbanos de Castelgandolfo (26 X 1939)	361
A la Guardia Noble Pontificia (26 XII 1939)	471
Al Patriciado y a la Nobleza romanos (8 I 1940)	493
A la Soberana Orden Militar Jerosolimitana de Malta (15 I 1940)	507
A una Misión militar argentina (15 II 1940)	567
A una especial Delegación rumana (17 II 1940)... ..	571

III. - ÍNDICE ANALÍTICO

- ABISINIA. Evangelizada por el Bto. Justino de Jacobis: 232 c-233.
- ABISINIO. Seminario — en Roma [C. Vaticana], 231 c.
- Academia. La — y la creación: 419 a.
- ACADEMIA PONTIFICIA DE LAS CIENCIAS. *La solemne inauguración del cuarto año académico de la —* (3 XII 39): 415-431.
- ACCIÓN CATÓLICA. *A un grupo de jóvenes de —* (14 VI 39), 186-187.
- A [unos] jóvenes de — (8 XI 39), 382 b-c. Su fin supremo, 191 b.
- Su apostolado: 191 a-b, 192 b. La — y la Jerarquía: 49 b, 191 b.
- La —, auxiliar de los párrocos: 545 c-550 b-c. Estima de la S. S. a la —: 191 c. Las afiliadas a la — son continuadoras de las primitivas cristianas, 48 b. Cfr. CONSILIARIOS, DAMAS, DELEGACIONES, ESTADOS UNIDOS, HUNGRÍA, JÓVENES, LIUBLIANA, SAN GALL, SUBIACO, etc.
- ACQUAPENDENTE. *A los peregrinos de la diócesis de —* (14 VI 39): 184 c. El P. [E. P.] pasó en — parte de su juventud: 185 a.
- ACUERDOS. Los — comunes y leales, únicos para llegar a la paz: 316 a.
- ÁFRICA. Provincia eclesiástica de —: 106 b. Apostolado moderno en —: 199 b, 234 b. Su cristianismo actual: 106 c-107 a. Clero indígena de —: 106-107. Catolicismo en —: 107 a, 227, 230 ss. Solemnidades eucarísticas en —: 105 b-c.
- AGUSTÍN (San). La paz, según —: 38 b-c. 358 c. Las dos ciudades, según —: 558-559.
- ALEGRÍA. *La inmutable —* (17 V 39): 133-137. Efímera — de la juventud: 187 b.
- ALIANZA *sagrada* (8 XI 39): 379-385.
- ALEMANA. La juventud —: 69 c, 213 b.
- ALEMANES. *A un grupo de —* (23 IV 39): 67-69. *A unos peregrinos —* (26 IX 39): 329-331. *Palabras del P. a los católicos —* (10 I 40) y su oración por ellos: 505 a. *Peregrinos —* (17 V 39): 137 b-c; (31 V 39): 154 a; (14 VI 39): 187 b-c; (21 VI 39): 213 b;

ÍNDICE ANALÍTICO

- (28 VI 39): 234 c; (5 VII 39): 248 a; (12 VII 39): 260 a; (8 X 39): 385 b. Afecto del P. a los católicos —: 385 b. Los católicos — encomendados a los Stos. apóst. Pedro y Pablo: 234 c. Fidelidad de los católicos — a la Iglesia y a la S. S.: 385 c. El P. les desea la paz religiosa: 234 c.
- ALEMANIA. Amor del P. a —: 69 a-b. Oración y preocupación del P. por los católicos de —: 69 c, 187 c. Rogar por —: 69 c. Preocupación del P. por la paz de — 331 a.
- ALIMENTO CELESTIAL. *El* — (7 VI 39): 173-176.
- ALMA INMACULADA: 435 b-c.
- ALMAS. *Educadores de* — (31 I 40): 527-533. Gobierno de las —, arte de las artes: 191 c, 192 b. Nuevos peligros para la salvación de las —: 352 b-c. Unidad en el orden, ideal de las —: 51 a-b. Superioridad de las — cristianas: 459 a. Las — humildes reconocen la obra de D.: 201 a.
- AMBIENTE SOCIAL. Influencia del — en la familia: 48 c.
- AMBROSIO (San). XVI centenario del nacimiento de —: 562 b. Elogio de —: 563 b-c. —, modelo para la juventud actual: 564 a-b. — y Roma: 563-564.
- AMÉRICA LATINA. «Asistencia social en la —»: 45.
- AMOR. El — proclamado por el Señor: 465 c. Exhortación del P. al —: 461 b-c. Himno del — cristiano: 411 a-b.
- ANAGNI. *Peregrinación del Apostolado de la Oración de* — (5 VII 39): 245 c.
- ANDES. La estatua de Cristo en lo alto de los —: 569 c.
- ANGÉLICO DOCTOR. Filosofía del —: 218-219. Normas y recursos para la interpretación del —: 219 b-c.
- ANTIOQUÍA. Iglesia de —: 517 b.
- AÑO NUEVO. Los misterios del —, obra de la Providencia: 497 a-b.
- APOSTOLADO. Obras de —: 49 a. El — ha de ser concreto: 49 b. Dificultades y tristezas del —: 225 b.
- APOSTOLADO DE LA ORACIÓN. Confianza del P. en el —: 246 a-b.
- APOSTOLADO SACERDOTAL. Frutos del —: 225 b.
- APÓSTOLES. Los doce — que Cristo envió a conquistar el mundo: 371 b-c. *El patrocinio de los santos* — (28 VI 39): 227-234. Los — que necesita nuestra época: 167 a.
- AQUIRO. *A las Hijas de María de la parroquia romana de Santa María in* — (31 I 40): 527, 532-533.
- Ara Pacis Augustae*: 467 c, 562 c.
- ARCANO de la verdad: 423 a.
- AREÓPAGO. Predicación de San Pablo en el — de Atenas: 247 b. Mármol del —, regalado al P.: 247 b.
- ARGEL. Primer centenario de la jerarquía eclesiástica en —: 106 b. Congreso eucarístico de —: 199 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- ARGENTINA (República). *Al nuevo Embajador de la* — (4 V 89): 99-102. *A una Misión militar* — (15 II 40): 567-570. *Visita del P. [E. P.] a la* — : 19 b. *Cardenal Primado de la* — : 19 c. *Relaciones de la* — con la Iglesia: 101 b-c. *Elogio de la* — : 101 b, 569-570. *Embajador de la* — : 569 a.
- ARGENTINOS. *A un grupo de católicos* — (80 III 39): 17-20.
- ARMAS. Las — no son camino para la justicia: 316 b.
- ARMONÍA de almas (22 XI 39): 409-413. La — entre los esposos: 411 c.
- ARTE. Nuestro — es «nieto» de Dios: 420 b-c.
- ARTES. Las — y Cristo: 424 c.
- ASCENSIÓN DEL SEÑOR. 135 a-b, 141 c.
- ASOCIACIÓN. La — de alumnos de Colegios (8 XI 39): 384 c.
- ASOCIACIONES CATÓLICAS. Orden y paz en las — : 51-52 c.
- ASOCIACIONES FEMENINAS DE A. C.: Cfr. DELEGACIONES.
- ASTRONOMÍA. La — y la Iglesia: 424 c.
- ATENAS. *Peregrinos de* — (5 VII 39): 247 b.
- AUDITORES de la S. Rota R. Su Colegio: 343 b. Su puesto en la liturgia pontificia: 343 c. Son Prelados Domésticos y familiares del P.: 344 a.
- AUGUSTO: Cfr. *Ara Pacis Augustae*.
- BASÍLICA: 405 b.
- BASÍLICA LIBERIANA. *En los esplendores de la* — (8 XII 39): 445-450.
- BASÍLICA VATICANA. *Visita de los esposos a la Patriarcal* — : 515 a-b.
- BAUTISMO. *Dulce recuerdo del santo* — (2 VIII 39): 299-301. *Vida comunicada en el* — : 175 c.
- BELÉN. Gruta de — : 489-490. Misterio de — : 457-458.
- BÉLGICA. *Al nuevo Embajador de* — (14 IX 39): 319-324. *Esfuerzos del Rey de* — para evitar la guerra: 322 a. *Relaciones de* — con la S. S.: 321 b.
- BELIGERANTES. Los — deben observar las leyes de humanidad: 323 c.
- BENEDICTO XIII. San Luis G. y — : 210 a.
- BENEDICTO XV. Sabiduría legislativa de — : 29 c. — y las cuestiones escolásticas: 219 c. — y la República eslovaca: 252 a. — y la paz: 310 c.
- BÉRGAMO. Tumba de la Ven. Cerioli en — : 244 c. Cfr. INSTITUTO.
- BIBLIA. La — y el universo: 424-425.
- BIENES. Los — espirituales y celestiales, únicos reales y duraderos: 243 c.
- BIZANTINAS. Liturgias — : 181 c.
- BODAS. *El Santificador de las* — (3 V 39): 95-98. *Alegría de las* — : 135-136.
- BOLIVIA. *Al nuevo Embajador de* — (16 VI 39): 198-196.
- BORGHESE. En la Capilla — celebró el P. [E. P.] su primera Misa: 448 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- BOSCO** (San Juan). Su elogio y su vida; su ejemplaridad; enseñanzas para los esposos: 527 ss. La educación religiosa de —, modelo para todos: 530-533. Don — y la Ven. Cerioli: 244 b.
- BRASIL**. *Al nuevo Embajador del —* (1 IV 39): 21-24. Felices relaciones del — con la S. S.: 23 c, 24 b, 61 a-b. Visita del P. [E. P.] al —: 24 a.
- BRASILEÑOS**. *A un grupo de católicos —* (17 IV 39): 59-61.
- BUDAPEST**. Congreso Eucarístico de — (1938): 15 b, 237 b.
- BUENOS AIRES**. Congreso Eucarístico Internacional de — (1934): 17, 19 b, 102 a-b, 205 a, 569 b.
- CALUMNIA**. Indignidad de la —: 412 b.
- CANÁ** (Galilea). Bodas de —: 97 b-c.
- CANONESAS**. Congregación de las — de San Agustín: 287 a.
- Cappellani auditores causarum sacri palatii apostolici*. Los Auditores de la S. R. R. son —: 344 a.
- CARABINEROS**. *A los Reales — y a los Guardias Urbanos de Castelgandolfo* (26 X 39): 361-365.
- CARDENAL VICARIO**. Gratitud del P. al —: 543 c.
- CARIDAD**. Dulzura de la —: 42 b. La — verdadera: 42 a-b. La — se extiende a todos: 224 a-b. La — cristiana: 353 a. La — romana: 551 c.
- CASA**. La — y el corazón: 405 c. La — cristiana, templo de unión y palestra de virtud: 403. La — debe ser edificada por D. con los esposos: 406 c.
- CASADOS**. *Primera audiencia concedida a recién —* (26 IV 39): 71-74. Llamamiento de D. a los —: 406 a. Cfr. **NUEVOS ESPOSOS**, etc.
- CASTELGANDOLFO**. *A los habitantes de —* (22 X 39): 355. *A los RR. Carabineros y a los Guardias Urbanos de —* (26 X 39): 361-365. Acogida de — al P.: 357 a-359.
- CASTIDAD CONYUGAL**. La — (6 XII 39): 433-437.
- CÁTEDRA**. La — de San Pedro en Roma: 513. Roma, — eterna de la verdad: 516 b.
- CATEQUESIS**. La — de los niños: 550 b. La — de adultos: 550 b.
- CATÓLICO**. El — de vida interior es garantía de obediencia a la Iglesia en las grandes crisis de nuestro tiempo: 283 b.
- Cavallegeri*. Los —, antigua milicia pontificia: 473 c.
- CECILIA** (Sta.). Patrona de la música: 411 a.
- CELSO y JULIÁN** (Stos.). Iglesia de los — en Roma, en la que el P. [E. P.] recibió el santo Bautismo: 301 b.
- CERIOLI** (Ven.). La —, modelo: 243 c-244. La —, apóstol: 244 c. Fundadora: 244 a-b. Su doble maternidad: 244 b-c. La — y San Juan Bosco: 244 b. Su elogio: 243-244.
- CÉSARES**. Los — y Castelgandolfo: 358 a.
- CIENCIAS**. Las — cooperan a la fe: 426 c. Las — en la Escuela de Dios: 425 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- CITTÁ DI CASTELLO. *Peregrinación de — en el centenario de Santa Verónica Giuliani* (14 VI 39): 184-185.
- COLABORADORES. *A los — del Sucesor de Pedro* (5 IV 39): 25-34.
- COLEGIO ROMANO. En el — estudió el P. [E. P.]: 210 c.
- COLEGIOS. Alumnos de —: Cfr. ASOCIACIÓN.
- COLEGIOS NACIONALES en Roma: Cfr. SANTUARIO.
- COLONIA ESPAÑOLA. *A la — de Roma* (8 V 39): 109-111.
- COLONIA RUSA. — en Roma: 172 b.
- COMUNIDAD. La «—» se consuma en la «Comunión»: 51 a.
- COMUNIÓN. La «—» conduce a la unión y unidad: 50-51. Medio eficaz para los frutos de la gracia del matrimonio es la Santa — : 175 b.
- COMUNISMO. El «—» retrocede ante la «comunidad»: 50-51.
- CONCILIO VATICANO. El — y las ciencias: 426 a.
- CONCORDIA. La — entre los esposos: 412 a.
- CONGRESO NACIONAL ITALIANO de Sacerdotes adoradores: Cfr. SACERDOTES ADORADORES.
- CONGRESO EUCARÍSTICO DIOCESANO en Palermo: 211 a.
- CONGRESO EUCARÍSTICO FRANCÉS. *Radiomensaje para el XII —* (7 V 39): 103-107.
- CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL de Buenos Aires (1934): 19 c. Cfr. BUENOS AIRES.
- CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL de Nueva Zelanda: 535, 537-538.
- CONGRESO X de la Unión Internacional de Asociaciones Femeninas de A. C.: 47 b.
- CONGRESOS EUCARÍSTICOS. Variedad de los —: 88 b-c. — en África: 105 a-c.
- CONGRESOS PARROQUIALES en la diócesis de Palermo: 211 a.
- CONOCER. La alegría del —: 422 a. Descenso del —: 423 b.
- CONOCIMIENTO. El — sensitivo y el intelectual: 419-420.
- CONSILIARIOS ECLESIASTICOS. *A los — de la A. C.* (16 VI 39): 189-192. Conciencia de su misión: 192 a. Los — de A. C. son depositarios de las directrices del P.: 191 a.
- CONVENIOS. Falta de confianza en los — solemnes: 39 b.
- CORAZÓN DE JESÚS. La devoción al Sagrado — en la educación cristiana de la juventud: 280 a. El —, fuente de justicia, de paz y de caridad: 279 b-280 a. Promesas del —: 184 a. Universalidad de la devoción al —: 183 b-c. El —, soberano de la familia: 184 b. Devoción al —: 183 b.
- Corpus Christi. Fiesta del —: 175 a.
- CREACIÓN. El gran enigma de la —: 417-419.
- CREMONA. Es — la cuna de la Ven. Cerioli: 244 c.
- CRISTIANAS PRIMITIVAS: Cfr. ACCIÓN CATÓLICA.
- CRISTIANOS. Los verdaderos — y las virtudes de los pequeños: 270 a-c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- CRISTO.** Es — perfecto D. y perfecto hombre, sin confusión de naturalezas: 234 a. Presencia de — entre nosotros: 77 b. — , huésped divino: 84 c. — habita en miseras cabañas (tabernáculos de las iglesias pobres): 405 b. — siempre con la Iglesia: 77 c-78 a. Bodas místicas de — y de la Iglesia: 345 b. Doble presencia de — en el mundo y en las almas: 81-82. — es nuestra paz: 38 a. — , Príncipe de la paz: 37 c. Beneficios del reinado de — : 369 c-371 a. — presente en su Vicario: 224 c. Pobreza de — en su nacimiento: 489 b-490. Vida en — por la Eucaristía: 538 b-c. Cfr. CORAZÓN DE JESÚS, etc.
- CROATA.** *A una peregrinación* — (15 XI 39): 397-401. El pueblo — y Juan IV: 399 c. El pueblo — y Juan VIII: 399 a. Fidelidad del pueblo — a la Iglesia: 399 c. Cfr. ISLAMITAS, LEÓN X, TURCOS.
- CROATAS.** *A un grupo de perègrinos* — (19 VII 39): 281-284.
- CRUZ.** Que la — brille en los más alejados pueblos: 93 c.
- CRUZADA.** Una nueva — por la paz: 466 a-b.
- CRUZADAS** de oraciones: mayo 1939, 161 a; junio 1939, 161 b.
- CUARESMA.** La predicación en la — : 549-550.
- CUARESMEROS DE ROMA:** Cfr. PÁRROCOS.
- CULTURA RELIGIOSA.** Concurso anual de — : 383 c.
- CURIA ROMANA.** La — es el senado del Papa: su historia: 29 b-c. La — es la corona del P.: 27 b-c; y diamante de la tiara pontificia: 30 a-b. Estima del P. por la — : 28 b-c. La — , reformada por Pío X: 307 a.
- CURIALES.** Cualidades de los — : 33 a-b. Ministerio y apostolado especial de los — : 31 b. Sacrificio y deber de los — : 31 a-b. Esplendor de vida en los — : 30 c. Servicio de los — a la Esposa de Cristo: 27 c-28 c.
- CUSTODIA.** La — de los otros sirve para la propia custodia ante D.: 365 b.
- CHIGI.** Elogio del Príncipe — : 473 c.
- CHILE.** *Al nuevo Embajador de* — (30 XII 39): 481-484. Fué — la primera República de habla española que se acercó a Pío VII: 263 c. Exhortación a los católicos de — : 263 b. — y la S. S.: 483. Libertad de la Iglesia en — : 484 b. Dos nuevas archidiócesis en — : 484 a.
- CHILENA.** *A una peregrinación* — (12 VII 39): 261-264.
- CHOPIN.** La música de — : 339 b.
- DAMAS.** Sección de — en la A. C.: 51 c.
- «DANTE e LEONARDO». *Asociación cultural* — (31 V 39): 152-153.
- DELEGACIONES.** *A las — de la Unión Internacional de Asociaciones Femeninas de A. C.* (14 IV 39): 45-52.
- DERECHO.** El — y la fuerza: 294 b.
- DERECHO CANÓNICO.** Conocimiento completo del — : 221 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- DERECHOS.** Los — y deberes de los individuos, de la familia y de las naciones se derivan de las verdades de D. : 220 c.
- DESARME.** Importancia fundamental del — : 464 b.
- DESCENSO.** El — del conocer : 428 b.
- DESCUBRIMIENTOS.** Los — son continuos : 422-423.
- DESORDEN.** Las fuerzas del — : 463 b.
- DIOS.** El — del arcano : 79-80. — desconocido : 418 c. — , la naturaleza y la verdad : 420 b. Ascensión a — : 423 b. — «scientiarum Dominus» : 424 c. Reino de — en el hombre : 345 a. Puesto de — en el matrimonio : 382 a-b. Bondad de — para calmar nuestros íntimos dolores : 339 c. La obra de — es perfecta : 160 c. — tiene en sus manos los corazones y las mentes de los gobernantes : 311 c. Sublime necedad, la de — : 549 c. El alejamiento de — , fundamento de los males de la humanidad : 570 a. — presente en el prójimo : 510 c.
- «DIOS LO QUIERE». Grito de la nueva cruzada espiritual : 466 b.
Cfr. ENEMIGOS DE DIOS.
- DIRECCIONES (normas).** En Roma se reciben las — : 49 b.
- DISCIPLINAS HISTÓRICAS.** Cuestiones y estudio de las — : 221 c.
- DIVINIZAR.** Proceso de — lo humano : 442 c.
- DOCTRINA DE CRISTO.** Libertad reconocida por los Estados a la — ; reservas para lo futuro : 352-353.
- DOMINGO (Sto.).** Misión de — : 166 b.
- DOMINICOS.** Los PP. — conducen una peregrinación de croatas : 283 a-b.
- ECUADOR.** *Al Ministro de la República del —* (22 IV 39) : 63-65.
La República del — : 65.
- EDAD MEDIA.** Férvida elaboración de la justicia en la — : 344 a.
- EDUCACIÓN.** La — en los hijos : 523 b. Solicitud y ternura en la — de los hijos : 532. La — viciosa o defectuosa y sus resultados : 523-524.
- EJEMPLO.** Apostolado del — : 48 a-531 b.
- EJERCICIOS ESPIRITUALES.** Los — para obreras : 212 b.
- EMBAJADOR DE CRISTO.** El sacerdote es — : 544 b.
- ENFERMERAS.** Las — católicas, apología del Evangelio : 274 b-c. Dignidad y responsabilidad de las — : 273 c-274 a. Caridad de las —. 272 c-273. Vida religiosa y cristiana de las — seglares : 274 a-b. Dulzura y heroísmo de las — religiosas : 275 a. Cómo medirán las religiosas — su celo por la perfección : 274 b.
- ENFERMEROS religiosos y religiosas** (21 VI 39) : 212 c.
- ENFERMOS.** Asistencia a los —, obra de caridad cristiana : 273 c.
En los — está Jesús : 274 a.
- ENSEÑANZA.** La — , madre de la investigación : 422 c. Religiosas de — : su misión : 491-492. Cfr. INSTITUTOS.
- EPIFANÍA.** Fiesta de la — : 501 ss.

ÍNDICE ANALÍTICO

- EPISCOPADO: Cfr. ESTADOS UNIDOS, ESPAÑA, etc.
- ÉPOCA ACTUAL. Tiempo muy difícil es la — : 32 b.
- ERRORES. La Iglesia lucha contra todos los — : 424 b.
- ERRORES PRESENTES. Períodos y peligros de los — : 443. Los — humanizan lo divino y divinizan lo humano: 442-443.
- ESCLAVAS DE LA EUCARISTÍA. Congregación de las — : 83 c.
- «ESCUELA DE ATENAS». La — : 427-428.
- ESCUELA DE DIOS: 425 a.
- ESCUELA DE LA FE: 429 b-c.
- ESCUELA DE LA IGLESIA: 425 b-c.
- ESCUELA DE LA NATURALEZA: 428-429.
- ESCUELA DIVINA (cielo): 429-430.
- ESCUELAS CRISTIANAS. Esperanza del P. en las — : 396 a. Misión de las — : 396 b.
- ESCUELAS RESIDENCIAS. *A las Directoras de — para enfermeras* (19 VII 39): 272-275.
- ESLOVACA. *Al Ministro de la República* — (7 VII 39): 249-252. La República — , consagrada a la Virgen de los Dolores: 252 a. La Santa Cruz en el escudo de la República — : 252 a. Peregrinación — : 143 b. Liga cultural católica — : 146 b.
- ESPAÑA. *Radiomensaje a* — (16 IV 39): 53-59. *A los Jefes, Oficiales y soldados de la católica* — (11 VI 39): 177-180. La Inmaculada, Patrona de — : 58 c. Santiago, Patrón de — : 58 c. Los dos amores de — : 179 a-180 a. Características de — : 56 b. — , nación elegida: 55 c. — , baluarte de la fe católica: 55 c. — y los enemigos de Jesucristo: 56 a. Elogio de — : 179 c. Heroísmo de — : 179 a-b. Sin hogares y sin templos cristianos, — no sería — : 179 c. Vías de amargura de — : 179 c. Heroicas pruebas de todas las clases sociales de — : 57 a. Gran número de sacrificados y héroes de — : 57 b-c. Deberes del Episcopado de — : 58 a-b. Recuerdo del P. para los que murieron y para los que sufren en — : 179 b. Hijos pródigos de — : 57 c-58 a. Niños arrancados de los hogares de — : 57 c. Damas enfermeras: 180 b. Paz deseada a — : 112 a. Política cristiana de pacificación en — : 58 a-b. Nuevos destinos verdaderamente católicos de — : 111 c. Plaza de — , en Roma: 111 c. Pío XI y — : 55 b. Gratitud de — al P., por su mensaje radiado: 111 b-c. Cfr. COLONIA ESPAÑOLA, EPISCOPADO, [FRANCO], HAITÍ, NUEVO MUNDO, etc.
- ESPAÑOLES. Los — en Roma, junto al P.: 111 b.
- ESPERANZA. La — en la Providencia ante la guerra: 338 b-c.
- ESPÍRITU. El — , imagen del Eterno: 421 b.
- ESPÍRITU ANTICRISTIANO. La Iglesia, y su misión frente al — : 461 b.
- ESPÍRITU CONSOLADOR. 153 a-b.
- ESPÍRITU MATERIALISTA. El — en Europa: 294 a.
- ESPÍRITU SANTO. Dones del — en los nuevos Obispos: 372 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- ESPOSA DE CRISTO (Iglesia).** Bodas místicas de Cristo : 345 b, 485 c.
 Servir a la — : 27 c-28 c. Extensión y universalidad de la — : 23 c-24 a. Su celo secreto : 79 c. Dificultades que encuentra la — : 159 a. Cfr. CRISTO, CURIALES, etc.
- ESPOSAS.** Lágrimas de las — ante la guerra : 386 b.
- ESPOSOS.** Los — , responsables de la nueva familia : 381 b. Armonía entre los — : 411 c. Oración de los — ante el Crucifijo : 413 a. Cfr. NUEVOS ESPOSOS, RECIÉN CASADOS, etc.
- ESTADOS :** Cfr. PUEBLOS.
- ESTADOS UNIDOS.** Monumento del celo del Episcopado de los — es la Un. Cat. de Wáshington : 396 c. La Un. Cat. de W., fértil semillero iniciador de la A. C. en los — : 395 c. Deberes de los católicos de los — : 396 b. Noticias de los — : 468 b. Cfr. EPISCOPADO, ROOSEVELT, WASHINGTON.
- ESTEBAN (San).** — , Rey de Hungría : 15 c.
- Estoa.** La — y la creación : 419 a.
- ESTUDIOS ECLESIAÍSTICOS.** Constitución «Deus scientiarum Dominus» sobre los — : 218 b. Escala de los — : 218 b.
- ETIOPÍA.** Católicos de — : 231 c.
- EUCARISTÍA.** El arcano de la — revelado : 79-80. Necesidad y efectos de la — : 175. La — , generadora de fuerza, de valor y de paciencia : 176 b-c. Frecuencia de la — para los esposos : 175-176 b. Fe y preparación de los niños para la — : 176 b-c.
- EUGENIO I (San).** Celo y piedad de — : 155, 157 a-b.
- EUGENIO III.** — refugiado en Viterbo (1146) : 136 c.
- EUROPA.** Obra de la fe y del genio cristiano es — : 317 b. La guerra en — : 307 b. Cambios dramáticos en — : 351 b. El alma de la vieja — está con el P. : 317 b. Cfr. FUTURO ESTADO, GUERRA, PAZ, POSTGUERRA, etc.
- EVANGELIO.** Perenne actualidad del — : 244 a. El — no es letra muerta : 274 c.
- EYMARD (Beato).** Vida y elogio del — : 77-89. Misión del — : 82-83. Fúlgida imagen del — : 89 a.
- FAMILIA.** *El Rey de la* — (14 VI 39) : 181-187. La — profanada termina en la disgregación y en la ruina : 256 b-268 c.
- FAMILIA CRISTIANA.** La base de la — es un Sacramento : 255 b. Lo que debemos a la — : 256 c. La — es una garantía de paz : 268 c.
- FAMILIA HUMANA.** Toda la — abrazada por la Iglesia de Cristo : 372 b. Obligaciones de la unidad de la — : 389 c.
- FAMILIAS.** Reinado de Cristo en las — : 370 b-c. Las — consagradas al S. C. de J. : 184. Reinado del Salvador en las — : 370 a-c, 381 b-c. *Id.* de la Virgen : 381 b-c. Unión de las almas en las — : 176 a. Providencia de D. en las — : 490-491.
- FE.** La — y la razón : 425 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- FELICIDAD. La — deseada a los recién casados : 267 a. La — de los esposos y de las familias se funda sólo en D. : 268 a-b.
- FIDELIDAD CONYUGAL. La — es el oro del matrimonio : 501-502.
- Fides* en el matrimonio : 501 c.
- FIELES. Los — exigen buenos pastores y eruditos confesores : 221 b.
- Bondad y largueza de los — para las misiones : 372 c.
- FORMACIÓN ESPIRITUAL. La — perfecta : 48 a.
- FRAILES MENORES. *Al Capítulo general de los — (5 VI 39)* : 163-167. Confianza del P. en los — : 165 c.
- FRANCIA. Destinos religiosos de — : 107 a. Santos y misioneros de — : 200 b-c. Cfr. CONGRESO EUCARÍSTICO FRANCÉS.
- FRANCISCANOS : Cfr. FRAILES MENORES, ORDEN TERCERA, *Poverello*, RELIGIOSOS.
- FRANCISCO (San). La misión de — : 166 a-b. Que — vuelva a los humanos : 166 c.
- [FRANCO]. Nobilísimos y cristianos sentimientos del Generalísimo — , como Jefe de Estado : 57 a.
- FRATERNIDAD. La — cristiana : 353 a.
- FUERTES. Cómo los — se tornan débiles : 317 a.
- FUTURO ESTADO. El — económico, social y espiritual de Europa y del mundo : 463 a-b.
- GERMANIA : Cfr. ALEMANIA y ALEMANES.
- GOBERNANTES. El P. recién elegido ruega por los — : 6 b-c. Los — en manos de D. : 311 c. Verdadera grandeza de los — : 316 c.
- GOBIERNOS. Los — y la paz : 159 c.
- GÓLGOTA. La Eucaristía es el — luminoso : 86 a. El «deshonor» del — , gloria de Cristo : 549 c.
- GRACIA. Cooperación a la — : 524 a-525.
- GRACIA SACRAMENTAL. La — es el incienso del matrimonio : 502 c-503.
- GRECO-MELQUITA. *Al Episcopado y a los fieles de rito — (16 V 39)* : 129-132.
- GREGORIO XVI. El Bto. Justino de Jacobis y — : 232 a-b.
- GRIEGOS. Cómo debe ser el apostolado de los católicos — : 247 c.
- GUADALUPE. La Virgen de — en los jardines del Vaticano : 325.
- GUARDIA N. PONTIFICIA. *A la — (26 XII 39)* : 471-475. Misión e historia de la — : 474-475. El Comandante de la — murió poco después que Pío XI : 473 b.
- GUARDIAS URBANOS. *A los Reales Carabineros y a los — de Castalgandolfo (26 X 39)* : 361-365.
- GUBBIO. *Peregrinos de — (26 IV 39)* : 74 a-b.
- GUERRA. *Radiomensaje de paz en el inminente peligro de la — (24 VIII 39)* : 313-317. Con la — se perderá todo : 316 b. Previsiones del P. sobre la — : 322 b-c. Nadie podrá prever el potencial de destrucción y las complicaciones de la — : 322 a. In-

ÍNDICE ANALÍTICO

- útiles esfuerzos del P. para evitar la — : 336 b. Temores de la — (sangriento conflicto internacional): 316 a. La — comenzada es un castigo inevitable de D.: 331 b. Sus víctimas son millares y millares: 336 a-b. Trágica realidad de la — : 460-461. Imposibilidad de aliviar las miserias de la — en algunas regiones: 462 c. Cfr. CONVENIOS, HORA PRESENTE, HORA TRÁGICA, PACÍFICA CONVIVENCIA, PAPA, PASTORES DE ALMAS, PAZ, Pío XI, POSTGUERRA, etcétera.
- HAÍTI. *Al Ministro de la República de —* (10 XI 39): 387-391. — , primera tierra descubierta por Colón y la tripulación española: 389 a-b. — y la S. S.: 389 b.
- HIJOS. Los — en el matrimonio cristiano: 209 b-256 a. Para los — viven los esposos cristianos: 209 b. Los — futuros y sus padres: 491 a-b. Sueños sobre el porvenir de los — : 490 c. La dulce corona de — : 504.
- HIJOS DE FAMILIA. Los — se tornan fundadores de nuevas familias: 145 b.
- HISTORIA DE LA IGLESIA. Enseñanza y cuestiones de la — : 221-222.
- HLOND. Card. Augusto — , Arzobispo de Gnesna y de Posnania, Primado de Polonia: 333.
- HOMBRES. La obra de los — es débil: 160 b. No viven los — para desgarrarse con armas, sino para unirse con D.: 94 b. Ascenso de los — a D.: 421 c.
- HORA PRESENTE. Graves problemas de la — : 101 c. La — , saturada de tremendos fermentos: 158 a-b. Responsabilidad, problemas formidables y sacrificios de la — : 196 a. 206 a, 442 a-b. Deberes de los pueblos en la — : 195 c. Importancia y seriedad de la — : 263 b. En la — la religión debe conocer plena e intensa libertad: 251 c. La — es muy grave para la familia humana: 315 a-b. La — es la de las grandes decisiones: 237 c. La — impone a todos los pueblos deberes y actuaciones nuevas y graves: 251 b. La — es muy seria: 331 a-b. Calamidades, tristezas y lutos de la — : 449 a.
- HORA TRÁGICA. La realidad de una catástrofe inconmensurable es una — : 321 c.
- HUMANIDAD. La — inquieta e incierta: 158 c. Gravísimos males para la — : 6 c. Su gran mal: 49 c. Meta señalada a la — por D.: 94 b. La — , moribunda por los placeres: 511 b.
- HUMANIZAR lo divino: Cfr. DIVINIZAR.
- HÚNGARA. *A una peregrinación —* (23 III 39): 13-16. *A la gran peregrinación —* (30 VI 39): 285-288. Cfr. *Hungaria*, *HUNGRIA Patrona Hungariae*.
- Hungaria catholica*: 287 b.
- HUNGRIA. *A la peregrinación de los jóvenes universitarios de —* (17 V 39): 187 a-b. Fidelidad de — : 237 b-c. Trabajos ejem-

ÍNDICE ANALÍTICO

- plares de la A. C. en — : 238 b-c. Devoción y amor de — al P. : 238 a. Esperanza del P. en los católicos de — : 287-288. Lo que más estima el P. en — : 15 b. Santos y santas de — : 15 c.
- IDOLATRÍA.** Ingente muchedumbre de hombres en la — : 98 b.
- IGLESIA CATÓLICA.** La — es indefectible: 372 a. Extensión de la — : 32 b. La — acompaña a los obispos misioneros: 872 c. La — está en el mundo, pero no es hija del mundo: 158 b. Vitalidad de la — en el heroísmo y en la santidad: 281 a-b. Maternal palabra de la — en los peligros: 159 b. Incesante oración de la — por el P.: 245 c. El camino de la — se ha tornado más difícil: 158 c. La justicia exige no impedir la obra de la — : 41 b. Cómo la humanidad frustra la voz de la — : 159 a. La — y la verdad: 221 a. La — no se mezcla en las cosas terrenas: 159 b. Influencia de la — en la felicidad de los Estados: 196 b. Oración de la — por el mundo: 158 b. El mundo se vuelve ansioso al Magisterio de la — : 32 c. Llamamiento de la — a la paz: 40 a-b. La — no lucha contra los que yerran: 424 b. La — bendice todas las obras del genio humano: 425 b. La — y la corrección del tiempo: 424 c. La — y las Universidades: 424 c. La — y las ciencias (Conc. Vaticano): 426 a. Oración de la — por los esposos: 267 b. Solicitud educadora y maternal amor de la — : 294 b. La —, esposa de Cristo: 435 c. La —, modelo de los esposos: 436 a. Cfr. **ESPOSA DE CRISTO, ALEMANIA, ESPAÑA, HAITÍ, HUNGRÍA, etc.**
- IGLESIA y ESTADO.** Eficacia de las relaciones entre — : 195 b, 442 b.
- «IGLESIA JURÍDICA».** Absurda distinción entre la — y la «Iglesia de la caridad»: 224 c.
- IGLESIA MILITANTE.** La — y Cristo: 345 b.
- IGLESIA PURGANTE.** La — y Cristo: 345 b.
- IGLESIA TRIUNFANTE.** La — y Cristo: 345 b.
- IGLESIAS.** Dedicación de — : 405 b.
- IGNACIO DE ANTIOQUÍA (San).** Alabanza de la Iglesia de Roma por — : 551 b-c.
- IGNACIO DE LOYOLA (San):** La iglesia de — (Roma) guarda el sepulcro de San Luis: 210 c.
- IMPERIOS.** Los — no fundados en justicia no son bendecidos por D. : 316 b.
- INDEPENDENCIA.** La — de todas las naciones: 464 a.
- INDIA.** Sacerdotes indígenas de la — : 378 b. Cfr. **KANDI.**
- INDÍGENAS.** Los sacerdotes — en todos los pueblos (misiones): 98 c.
- INFORMACIONES.** Las — se llevan a Roma: 49 b.
- INGLATERRA.** Expansión de la vida católica en — : 127 a-b.
- INGLESES.** *A un grupo de peregrinos* (10 V 89): 125-127.
- INMACULADA CONCEPCIÓN.** La —, privilegio único de María: 435 b-437 a-b. Devoción del P. a la — : 447 a. Monumento a la — en Roma: 111 c. Cfr. **ESPAÑA.**

ÍNDICE ANALÍTICO

- INMACULADA.** En la vigilia de la — Virgen de Lourdes murió Pío XI : 562 a.
- INOCENCIO XI** y Hungría : 288 a-b.
- INSTITUCIONES JURÍDICAS.** Necesidad de las — para la convivencia internacional : 464 c.
- INSTITUTO.** *A las religiosas del — de la Sagrada Familia, de Bérghamo* (5 VII 89) : 248-244.
- INSTITUTO BÍBLICO.** El — fundado por Pío X : 306 b.
- INSTITUTO EUCARÍSTICO :** Cfr. EYMARD.
- INSTITUTO MISIONERO.** *Al — de la Consolación* (19 VII 89) : 271-272. Su labor y bien en las misiones : 271 b-c - 272 a.
- INSTITUTOS.** Oficina central para los — de Instrucción y Educación : 487.
- INSTITUTOS MISIONEROS.** Los — no deben descuidar la formación sanitaria : 213 a.
- INTELIGENCIA.** La — internacional : 101-102.
- INVESTIGACIÓN.** La — y la enseñanza : 422 b-c. La libertad de la — : 426 b.
- ISABEL DE HUNGRÍA (Santa) :** 15 c.
- ISLAMITAS.** Los ejércitos — y el pueblo croata : 400 a.
- ITALIA.** *Al nuevo Embajador de —* (7 XII 89) : 439-444. *A los Soberanos de — en la solemne visita al Sumo Pontífice* (21 XII 89) : 451-454. *Paternales votos en la entrevista con los Soberanos de — en el Quirinal* (28 XII 89) : 477-480. — en paz : 358 b. Su catolicismo : 516 c. Sus relaciones con la S. S. : 441-442. Su posición y misión ante la guerra : 443 c, 454 a, 480 b. Su paz ante la guerra : 453 b-c, 454 a.
- JESUCRISTO.** — no tenía casa : 406 b, 490 b. — lloró a Lázaro : 389 b. Reino de — en la vida individual y en la social : 438 b.
- JOSÉ (San).** Nobleza de — : 474 c. — en Belén : 489 c-490. Sumisión de María a — : 120 b. — de la Aparición (fundación) : 200 a.
- JÓVENES.** Castidad ejemplar en muchos — : 223 c. Sección de — en A. C. : 51 c.
- JÓVENES ESPOSOS.** Cómo los — harán amable su casa : 406 b.
- JÓVENES OBRERAS.** *A las — que habían hecho ejercicios espirituales* (21 VI 89) : 212 b. Peligros de las — : 211 c-212 a.
- JÓVENES POBRES.** Educación de las — : 288 a-b.
- JUAN IV.** El pueblo croata y — : 399 c.
- JUAN VIII.** El pueblo croata y — : 399 a.
- JUSTICIA.** No la hay sin caridad : 41 c-42 a. Exigencias de la — : 41 b. La — sustituida por la violencia : 41 b. El camino de la — no es por las armas, sino por la razón : 316 b. El derecho de la — ante la guerra : 388 a. La — individual y social, base de la paz y prosperidad de las naciones : 56 c. La — cristiana : 353 a. La — proclamada por el Salvador : 466 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- JUSTINO DE JACOBIS (Beato).** *Peregrinación en la beatificación del —* (28 V 39): 230 ss. Elogios del —: 232-234. Cfr. GREGORIO XVI, MASSAIA.
- JUVENTUD.** Apostolado de la —: 187 b. La —, esperanza del P., de la familia y de la sociedad: 153 a. La —, visión de 'primavera': 382 c. Alegría cristiana de la —: 187 a. Importancia actual de la educación de la —: 395 a. La — expuesta a peligros: 301 b-c. Formación y educación de la —: 401 b. San Luis Gonzaga, modelo y patrono de la —: 210 b-c.
- KANDI (India).** Seminario de —; inscripción puesta por León XIII: 378 b.
- Lance spezzate.** Los —, antigua milicia pontificia: 473 c.
- LATERANENSE.** *Solemne ingreso en la Patriarcal Archibasílica —* (18 V 39): 139-142.
- LEÓN X.** Elogio del pueblo croata por —: 399 c.
- LEÓN XII.** El Cuerpo de la Guardia Noble, reformado por —: 474 c.
- LEÓN XIII.** San Luis Gonzaga y —: 210 a-b. — y la nación india: 378 b. — y la Un. Cat. de Wáshington: 395 b. Cfr. KANDI.
- LETRÁN.** Archibasílica de —: su excelente dignidad: 142 a-b. —, catedral del P.: 139. Pío XI visitó la Basílica de —: 142 c. Pactos de —: 142 c. Decenio de los Pactos de —: 441 b, 479 c, 562 a.
- LIBROS SAGRADOS.** Lectura de los —: 222 b.
- LICEO «ENNIO QUIRINO VISCONTI».** *Visita del — al P.* (14 VI 39): 185-186.
- Lincei.** Antigua Academia de los —: 417 c.
- LIORNA.** *Peregrinos de —* (28 VI 39): 230 b-c.
- LITUANIA.** *Al nuevo Ministro de —* (18 X 39): 349-353. — y la S. S.: 351 a-b. —, «vanguardia septentrional del Catolicismo»: 352 a.
- LITURGIA.** *Las enseñanzas de la —* (5 VII 39): 239-248. La —, eco de los dogmas: 437 a-b.
- LIUBLIANA.** *Diócesis de —* (24 V 39): 146-147 a. Congregación Mariana de —: 146 c. A. C. de —: 147 a. Devoción al S. C. de J. en —: 146 c.
- LORETO.** *Peregrinación de enfermos al santuario de —* (17 V 39): 136 c.
- LUIS GONZAGA (San).** Misión de — en la Iglesia: 210 c. Su elogio: 209-211. Sepulcro de — en Roma: 210 c.
- MADRES.** Llanto de las — ante la guerra: 336 b.
- MAGOS (Reyes).** Recuerdo de los —: 115 a-b, 499, 501 ss.
- MALTA.** *A la soberana Orden militar Jerosolimitana de —* (15 I 40): 507-512. Historia de la Orden de —: 509-510. Su misión, en los tiempos presentes: 510-511. Organización de la Orden de — para enfermeros de Misiones: 212-213.

ÍNDICE ANALÍTICO

- MANDATO.** *La divisa del sagrado* — (12 III 89): 9-12.
- MAORÍ.** Deseos del P. para el pueblo —: 539 a-b.
- MARCONI.** El gran invento de —: 426-427.
- MARGARITA M.^a ALACOQUE** (Santa). Apariciones del S. C. de J. a —: 188 c.
- MARÍA.** Alegrías y tristezas de —: 119 c. —, en Belén: 489 b-490. —, Reina, Abogada y Madre de las nuevas familias: 98 a, 120 a. Imitación de las virtudes domésticas de —: 120 b, 151-152. Cómo ha de ser la devoción a —: 151 c. Mediación de —: 97 b.
- MARÍA AUXILIADORA.** *Alumnas de las Hermanas de* — (26 IV 39): 74 a-b.
- MARONITAS.** *Al Episcopado y al pueblo* — (9 V 39): 113-116. Lazos de los — con Roma: 115 c. Su fe: 115 b, 116 b.
- MARTA.** Doña —, madre de San Luis G.: 209 c.
- MASSAIA.** El Bto. Justino de Jacobis y el Card. —: 233 b.
- MATERIALISTAS.** Los sistemas — no arreglarán el mundo: 50 b.
- MATEMÁTICAS.** Las — y la Iglesia: 424 c.
- MATRIMONIALES.** Las causas — destacan entre las sentencias de la S. Rota R.: 345 a-b.
- MATRIMONIO.** El —, sacramento: 242 a, 255 b; fundado por Jesucristo: 73 b; símbolo de la unión de Cristo con su Iglesia: 73 b, 97 c, 255 c; enriquecido con dones de Cristo: 73-74; garantía de santidad: 255 c. Ceremonias de la Iglesia en el —: 241 b-242. Momento esencial del —: 241 c-242 a; su parte instructiva: 242 a-b, 381 b; oración y bendiciones de la Iglesia: 242 b-c. Santa alegría del —: 241 b. Vivir cristianamente en el —: 146 a. La Santa Comunión, medio eficaz para los frutos de gracias del —: 175 b. Los deberes del —: 242 a, 381 b. Sus tres dones: 501 b-c. Confianza en D., único consuelo en el —: 243 a. Horas tristes en el —: 382 a. De dónde nacen las discordias en el —: 412 a-b. Profanación del —: 268 b. El amor en el — exige constancia y cuidado por la oración y la gracia: 525 a-b. La pureza del —: 436 b. La paz en el —: 269 a. Causas de la infelicidad y desgracias en el —: 411 b, 525 b-c. Lenguaje contra el —: 517 a. Indisolubilidad del —: 242 b.
- MATTAINCOURT.** «El buen Padre de —» (San Pedro Fourier): 287 c.
- MAYO.** Rogar por la paz en el mes de —: 69 c, 106 a. Mes de — dedicado a la Sma. Virgen: 151 b-c.
- MEJICANOS.** *A una selecta representación del clero y del pueblo* — (20 IX 39): 325-327.
- MÉJICO.** Tribulación de los discípulos de J. C. en —: 327 a-b.
- MESÍAS.** Cómo era esperado el —: 467 a-b, 468 a-b.
- MÉTODO.** La libertad del —: 426 b.
- MILÁN.** *Peregrinación de sacerdotes de* — (12 VII 39): 258-260. Colegio Real de —: 74 b. Roma y —: 562, 563, 564.

ÍNDICE ANALÍTICO

- MILICIAS PONTIFICIAS.** Historia y misión de las — : 474 a.
- MINISTERIO PARROQUIAL.** Funciones, deberes y cuidados del — : 547-548.
- MINORÍAS ÉTNICAS.** Derechos de las — : 465 b.
- MISERICORDIA.** Obras de — corporal : 272 c, 273 a-b.
- MISIÓN APOSTÓLICA (Misiones).** Cooperadores a la — : 94.
- MISIÓN DE LA MUJER.** Qué exige la — : 51 b.
- MISIÓN EDUCADORA.** La — (21 VI 39) : 207-213.
- MISIONERA.** Cooperación — (1 V 39) : 91-94.
- MISIONEROS.** Los — , mártires sin martirio : 234 a. Auxiliares de los — : 200 c. Cfr. SEMBRADORES.
- MISIONES.** Luchas en las — : 372 b-c. Ofertas de Castelgandolfo para las — : 357 b. Esperanzas de las — : 371 c. Importancia del Misionero-enfermero para las — : 212-213. Cfr. CASTELGANDOLFO, FIELES, INDÍGENAS, MALTA, MISIÓN APOSTÓLICA, MISIONEROS, NÁPOLES, PALERMO, etc.
- MODERNISMO :** Cfr. Pío XI.
- MONTEVIDEO.** Breve estancia del P. [E. P.] en — : 205 b.
- MONUMENTOS.** Los antiguos — , custodiados por la Iglesia : 424 b.
- MORAL.** La — y la política : Cfr. POLÍTICA.
- MORIBUNDOS.** Los — ante la guerra : 336 b.
- MUCHEDUMBRES.** Misérrimo estado de las — , fácil presa para la seducción : 39 a.
- MUJER.** La — en el reino de D. : 49 c. La — , asociada y auxiliar del hombre : 49 c. Apostolado social de la — : 48 c. La — , providencialmente preparada para curar las llagas de la humanidad : 50 b-c. La — mala y litigiosa : 411 c.
- MUNDO CATÓLICO.** El P., luego de ser elegido, se dirige al — (3 III 39) : 5 a.
- MYSORE.** *Al Yuvarajá de* — (31 VII 39) : 295-298. Trato en — a los católicos : 297 b. Concierto ofrecido al P. por los indígenas de — : 297 c.
- NACIMIENTO DE JESÚS.** Preparativos de José y María para el — : 490 a.
- NACIONES.** Falta a las — la justa estimación de valores : 39 b. Reinado de Cristo en las — : 370 c. Derecho de las — a su independencia : 465 b. Cfr. PUEBLOS.
- NÁPOLES.** *Peregrinos de* — (5 VII 39) : 245 a. Las virtudes, gloria indiscutible de — : 245 a-b. Ornamentos recibidos de — para las misiones : 245 a.
- NAVIDAD.** Fervientes oraciones de todos en la — por el P. : 457 b, 459. Alegría en — : 457-458.
- NAZARET.** Casa de Jesús en — : 406 b, 490 a.
- Niños.** *Los — de A. C. del Premio "Roma"* (19 VII 39) : 269-271. Fe y preparación de los — para la Eucaristía : 176 b-c, 550-551.

ÍNDICE ANALÍTICO

- Esperanza del P. y de la sociedad en los — : 269 b. Los vagidos y lloros de los — a causa de la guerra : 336 b.
- No CATÓLICOS. Confianza de los — en el Solio de Pedro : 12 a-b. También a los — se dirige el P. : 5 c.
- Nobiles. 498 b.
- NOBLEZA. Estimación de la — hereditaria : 474 b-c. Deberes de la — en los tiempos presentes : 497-498.
- NOBLEZA ROMANA. La — en la historia de Roma, del Papado y de algunas naciones : 495-496. Cfr. PATRICIADO.
- NUESTRA ÉPOCA. Es — semejante al siglo XIII : 165 c-166 a-c. Frialdad de — : 166 b-c; que necesita apóstoles : 167 a. Los hombres de — están dominados por un afán desordenado de las cosas terrenales : 371 a-b.
- NUESTRA SEÑORA. — de África : 105 c. — de la Guardia : 105 c. Cfr. VIRGEN, etc.
- NUEVA ZELANDA. *Radiomensaje a los fieles de* — (1 II 40) : 535-539. Primer centenario de la Iglesia Católica en — : 537-538. La vida católica en — : 537.
- NUEVAS FAMILIAS. *Fundadores de* — (24 V 39) : 143-147. Misión de las — en la Iglesia y en la sociedad : 145 b-c. Las — fundadas en la piedad : 120 b-c. Devoción de las — a María Consoladora : 119 b-c. Cfr. CASADOS, FAMILIA, MARÍA, NUEVOS ESPOSOS, etc.
- NUEVO MUNDO. El — evangelizado por España : 55 c.
- NUEVO TESTAMENTO. Frecuente lectura del — : 222 b. Concurso sobre el — : 384 c.
- NUEVOS ESPOSOS : Cfr. ALEGRÍA, ALIANZA SAGRADA, ALIMENTO CELESTIAL, ALMAS (Educadores de), ALMAS INMACULADAS, AMBIENTE SOCIAL, ARMONÍA, BASÍLICA VATICANA, BODAS, CASA, CASADOS, CASTIDAD CONYUGAL, COMUNIÓN, CONCORDIA, DIOS, DISCORDIAS, EDUCACIÓN, EUCARISTÍA, FAMILIA, FAMILIA (El Rey de la), FAMILIA CRISTIANA, FAMILIAS, FELICIDAD, FIDELIDAD, *Fides*, GRACIA, HIJOS, HIMNO, HORAS, IGLESIA, JÓVENES ESPOSOS, LITURGIA (Enseñanzas de la), LLAMAMIENTO, MARÍA, MATRIMONIO, MISIÓN EDUCADORA, NUEVAS FAMILIAS, NUEVOS FUNDADORES, OFRENDAS, PABLO (San), PADRES, PAPA, PAZ, PEDRO, PENSAMIENTO, PERFECCIÓN, PRIMERA PAREJA, PRIMEROS PADRES, *Proles*, RAFAEL, RECUERDO, REINA CELESTIAL, RELIGIÓN, REMEDIO, REY DIVINO, ROSARIO, *Sacramentum*, SANTIDAD (Garantía de), SANTOS APÓSTOLES (El patrocinio de los), TEMPLO, TRABAJO, UNIÓN CON DIOS (Los tesoros de la íntima), VIDA FAMILIAR, VIRTUDES, VIRTUDES DOMÉSTICAS, etc.
- OBISPOS MISIONEROS. *En la consagración de doce* — (29 X 39) : 367-373. Excelencia del oficio de los — : 377 c. Los — escojan clero indígena : 378 a.
- OBRA DE DIOS. La — es realizada por las almas humildes : 201 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- OBRAS (Fundaciones) EUCARÍSTICAS.** Número y variedad de las — : 88 a-b.
- OBRA PONTIFICIA.** La — de San Pedro Apóstol. Su cincuentenario : 94 a-b.
- OBRAS PONTIFICIAS.** Las — misioneras : 91, 93.
- OBreras :** Cfr. **EJERCICIOS ESPIRITUALES.**
- OFRENDAS nupciales** (10 I 40) : 499-505.
- Optimates:** 498 b.
- ORACIÓN.** La — es la suprema fuerza y la más firme esperanza : 245 c.
- ORDEN.** No hay — sin justicia : 41 a.
- ORDEN DE MALTA.** *Organización de la — para enfermeros de misiones* (21 VI 39) : 212-213.
- ORDEN TERCERA franciscana :** 167 b.
- ORDENACIÓN SACERDOTAL.** Año 25.º ó 40.º de la — : pasado y futuro : 259 a-b.
- ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL.** ¿Cuándo podrá una — estable ser una realidad? : 390 a-b.
- ORIENTE.** Unión de los cristianos en — : 131 c. Los católicos en el — : 131 a. Luz católica en — : 115 b-c. Hora de atraer el — : 132 a.
- PABLO (San).** La conversión de — : 521 ss. Grandes doctrinas de — sobre el matrimonio : 321 c ss.
- PACÍFICA CONVIVENCIA.** *Los puntos fundamentales para la — de los pueblos* (24 XII 39) : 455-469.
- PACTOS DE LETRÁN :** Cfr. **LETRÁN.**
- PADRES.** Los — son los primeros educadores de los hijos : 529 c. Lo que debemos a los — : 256 b-c.
- PAJARITOS.** «La casa de los — » : 289 a-b.
- PALERMO.** *Peregrinación de —* (21 VI 39) : 211. Donativos de — : 211 a-b.
- PAPA [Pío XII].** Su elección : 3. Su primer deseo : 6 c. Coronación : 9. Lema del pontificado : 9. Sacro mandato de su pontificado : 12 a ; dedicado plenamente a trabajar por la unión de todos los hombres : 11-12. Sus divisas : *Hase ensanchado Nuestro corazón* : 33 c-34 a ; *Par vobis* : 37 b ; *Servir a la verdad* : 11 c ; la oración : 222-223. Su amor no conoce distancias : 19 b. Su fe en la Providencia : 396 a. En él es honrado San Pedro : 141 b. Llega a todas las ovejas, aun a las que no son actualmente suyas : 232 b. La palabra de la verdad es su única arma : 315 c. Oración de todos por el — : 246 a. El — confía un mensaje a los peregrinos de Pompeya : 258 a-b. Su primera fiesta onomástica : 157 a. Gratitude al S. Colegio : 157 b-c ; su confianza en éste : 157-c-158 a. Su alegría en la beatificación y canonización de los Santos : 231 b. Calumnias contra el — : 69 b-c. Su oficio de paz : 159 a. Sus gestio-

ÍNDICE ANALÍTICO

nes por la paz, en mayo de 1939: 159 c-160 b. Su mensaje de paz recibido bien por el pueblo polaco: 293 c. Previsiones del — sobre la guerra: 322 b-c. Con el — estaban todos, en favor de la paz, menos los gobernantes soberbios que se creían fuertes o poderosos: 317 b. Sus gestiones por la paz: 311 b, 322 a-b, 432 a-b. Ante la guerra, el — cumplirá su deber: 323 b. Los dolores de la familia cristiana son suyos y los hace completamente suyos: 258 a, 336 b-c. Cuadragésimo aniversario de su primera Misa: 447-448. Su oración a la Virgen, por sí y por los romanos: 448-449. Su predilección por los niños: 496 b. El —, necesitado de oraciones: 246 a. La palabra y la bendición del — llegan a todo el mundo al mismo tiempo que a Roma: 427 a. Lazos especiales del — con Roma: 543. Sus deseos para el querido Oriente: 116 a. Su alegría participa de la de los nuevos esposos: 74 a. Su esperanza en las escuelas de cultura cristiana: 396 a. Su estancia en Castelgandolfo: 357 a. Su ardiente afecto de Padre: 368 c. El — y la S. Rota R.: 345. Cfr. ESPAÑA, HUNGRÍA, PARÍS, POLONIA, VLADIMIRO, etc.

[Pío XII (E. P.)]: Recuerdo del Liceo donde estudió: 185-186. Breve estancia en el Uruguay: 205 b. Íd. en París: 107 a. Íd. en Suiza: 123 a. Oraba, joven, ante el sepulcro de San Luis Gonzaga: 210 c. Su visita a la República Argentina: 19 b; y al Brasil: 24 a, 61 b. El — fué Cardenal protector de las Canonessas Regulares de San Agustín de la Unión Romana: 287 a. Cfr. ACQUAPENDENTE, BOLIVIA, BORGHESE, MONTEVIDEO, SAN GALL, etc.

PARÍS. Nuestra Señora de —: 107 a.

PÁRROCOS. *Luminosas directrices del Pastor Supremo a los — y a los Cuaresmeros de Roma* (6 II 40): 541-558. Los —, intermediarios entre Dios y los hombres: 546-548. Los —, mediadores y subordinados de Cristo en el ministerio y en la palabra de reconciliación: 544 a-b. Los —, colaboradores del Obispo, padres de los fieles: 544 c; son apóstoles: 545 a; pastores y padres: 546 a-b; deben formar el cuadro topográfico de la población fiel: 545 c; deben preparar personalmente a los niños para la primera confesión y para la primera comunión: 550-551. Caridad de los — para todos: 551-552. Los — y las ovejas descarriadas: 545 c. Deber de los — en la predicación: 549-551.

PASCUA. *La Homilía de —* (9 IV 39): 35-48.

PASCUAL. Tiempo —: 40 a.

PASTORES. *Afectuoso saludo a los nuevos — destinados a las misiones* (30 X 39): 375-378.

PASTORES DE ALMAS. Los deberes de los — ante la guerra, en los países por donde pase: 337 b.

PATERNIDAD. Toda — en el cielo y en la tierra se deriva de D.: 315 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

PATRICIADO. *Al — y a la nobleza romanos* (8 I 40): 498-498.

Patricii: 498 b.

Patrona Hungariae. *La Santísima Virgen, —*: 15 c, 238 c.

PAZ. *Radiomensaje de — al mundo católico* (3 III 39): 3-7. *Ansia de —*: 6 a. *Elogio de la —*: 6 a-b. *La — ganada por Cristo*: 37 c, 38 a. *Actualmente no hay —*: 38 b. *La —, según San Agustín*: 38 b-c, 358 c. *Causas de que no haya —*: 38 c-39 b. *Sólo Cristo puede dar la — a las almas*: 39 c-40 c. *El don de la — por el dominio de pasiones y placeres*: 40 b. *El pecado opuesto a la —*: 268 a. *El sacramento de la Penitencia es regalo de —*: 40 a. *Único fundamento de la — es la voluntad de D.*: 40 c. *Nuevo llamamiento a la —*: 43 a. *Rogar por la —*: 69 c. *La —, oficio privativo de la Iglesia*: 159 b. *La —, ardientemente deseada*: 106 a. *Gestiones del P. por la paz*: 159 c-160 b. *Lo más urgente en este momento* (5 VII 39) *es la —*: 246 c. *La —, fuente de felicidad*: 267 c. *La —, precioso tesoro de la humanidad*: 511 c. *Que todos los pueblos puedan gozar de la —*: 187 c. *Paz para Italia, para Europa, para el mundo* (20 VIII 39): 310. *Nuevas gestiones de Pío XII por la —*: 311 a. *Llamamiento paterno a la —*: 316 a. *Los caminos de la —, cerrados*: 322-323. *El mundo sin —*: 358 b; y *no la gozará si los gobernantes no renuncian al empleo de la fuerza*: 390 a. *La verdadera — no se conquista con el hierro y el odio*: 467 c. *Oración de la Iglesia y oraciones por la —*: 158 b, 246 c, 312 a, 359 a-b. *La — anda errante y solitaria*: 497 b-c. Cfr. ACUERDOS, GUERRA, PAPA, PAZ JUSTA, Pío XI, POSTGUERRA, PUNTOS FUNDAMENTALES, etc.

PAZ JUSTA. *Cinco puntos fundamentales para una —*: 463 c-466 a.

PECADOR. *La conversión del —*: 522-523.

PECADORES. *Oración por los —*: 522-523.

PEDRO (San). *La Cátedra de —*: 513 ss.

PEDRO. *La perenne enseñanza de — viviente* (17 I 40): 513-518.

Doctrina de San — a los primeros cristianos: 515-516. — *permanece en su Vicario*: 229 c, 516 b.

PEDRO y PABLO (Santos). «*Ojos del cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo*»: 229, 230.

PEDRO FOURIER (San). *Fundador de la Congregación de Nuestra Señora*: 287 c. Cfr. CANONESAS, MATTAINCOURT, PAPA [E. P.], PAJARITOS.

PENSAMIENTOS. *Los — de D. y los de los hombres*: 490 c-491.

PERFECCIÓN. *La — a que D. llama a todos*: 436 b-c.

Peripato. *El — y la creación*: 419 c.

PERSONA. *La — humana*: 49 c-50 a.

PILATOS. *El Salvador ante —*: 369 a.

Pío VII. *Fué — el fundador de la Guardia N. Pont.*: 478 c. — *y Chile*: 263 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

Pío IX. Eymard y —: 81 a-b, 82-83, 84 a-b. — y la Academia de los *Lincei*: 417 c.

Pío X. *La excelsa figura de* — (20 VIII 39): 808-812. — , campeón de los derechos de la Iglesia: 306-307. Sus grandes reformas: 397 a-b. Santo reformador de la Curia Romana: 29 c. Reconstituyó la S. Rota R.: 344 b. — amó la paz del mundo: 307 b. Fué — despedazado por la guerra: 810 c. La figura pura y luminosa de —: 307 c-309 b. Hacia — se torna fervorosa la mirada de los fieles: 308 b; con gratitud hacia él: 308 c. Vive — en el recuerdo de todos: 309-310. — , gloria de Venecia: 309 a. La gloria del sepulcro de —: 309 c. Oración por la glorificación de —: 310 a-b.

Pío XI. *Admirable evocación del venerado predecesor* — (11 II 40): 555-565. Largo y glorioso pontificado de —: 32 a. — , promotor e inspirador de la A. C.: 49 b. — y las ciencias eclesiásticas: 218 b. Normas de — sobre las ciencias filosóficas: 219 c. — igualó el relativismo filosófico con el modernismo dogmático: 220 b. Regla áurea del apostolado, promulgada por —: 49 b. — y la Academia Pont. de Ciencias: 417-418. — y la S. Rota R.: 343. — y la Un. Cat. de Wáshington: 395 b. Visita de — a la Basílica de Letrán: 142 c. — y Castelgandolfo: 358 a-b. — y las misiones: 200 c. — y Santa Teresa del Niño Jesús: 200 c. — se preocupó por lo pasado, lo presente y lo por venir: 418 a. La imagen veneranda de — en el Aula de la Academia de Ciencias: 417 c. — y San Luis Gonzaga: 210 a. — y la República eslovaca: 252 a. — , amigo de la «Polonia restituta»: 293 b-c. Por la paz — ofreció su vida: 6 a, 311 a. «Novissima verba» de — a la mujer católica: 47 c. Homenaje a —: 293 b-c. Recuerdo de su imagen veneranda: 343 b. La divisa de —: «La paz de Cristo en el reino de Cristo»: 558-559. — , «guía, señor y maestro» de Pío XII [E. P.]: 557 c. Grandiosa acción de —: 559-560. — , conciliador de la Iglesia y del Estado en Italia: 453 b. — y los obreros: «redemptio proletariorum»: 484 a. — y Milán: 557 ss. — , sumo pontífice, maestro supremo, pastor y padre: 560 a-b. — y la A. C.: 560 b. — y la Acción Social: 560 b. — y las ciencias: 418 b, 560 b. — y los Congresos eucarísticos: 560 b. — , los santos y beatos: 561 b. — : sus fatigas: 561 b. — , nuncio intrépido de la paz: 560 a. — : su recuerdo: 460 a. — : su «Nunc dimittis»: 460 a-b. — murió en la vigilia de la Inmaculada Virgen de Lourdes: 562 a. — : su primer aniversario: 561 c.

Pío XII: Cfr. PAPA, y *passim*.

POLÍTICA. La — emancipada de la moral se vuelve contra los que así la quieren: 816 b.

POLONIA. *Al nuevo Embajador de* — (24 VII 39): 291-294. *Paternal consuelo a la católica y fiel* — (80 IX 39): 838-839. — y la Santa

ÍNDICE ANALÍTICO

- Sede: 293 a-b. Momento doloroso de —: 335 a-b. Ternura paterna del P. hacia —: 335 c. Riquezas espirituales de —: 336 c-337. Heroísmo de —: 337 a. Fidelidad cristiana de —: 337 a-b. — y la realeza de Cristo: 338 a. La «Reina de —» (Virgen de Czestochowa): 337 c. Cfr. HLOND, Pfo XI, etc.
- PONTIFICADO. Altísima dignidad y gravísimo oficio del —: 11 b.
- POSTGUERRA. Angustiosos problemas de la —: 461 c, 463 a-b. Las fuerzas del desorden en la —; su golpe decisivo a la Europa cristiana: 463 a-b. Economía de la —: 463 b. La reconstrucción de la — será muy difícil: 463 b.
- Poverello. Espíritu de paz del Seráfico —: 246 b.
- PREDICACIÓN. Cómo debe ser la — y sus temas: 550 a-b.
- PREMIO «ROMA». *Los niños vencedores del —* (19 VII 39): 269 a-b.
- Presbyterium. El — pontificio de Roma: 29 b.
- PRIMEROS PADRES. Los — fueron creados inmaculados: 435 c.
- «PRÍNCIPE DE LA PAZ». Cristo es el —: 37 b-c. y vv. ll.
- [Probanistas]. *A las Religiosas — del Sagrado Corazón* (19 VII 39): 277-280.
- PROLE. El deber y el honor de la — es la mirra del matrimonio: 503-504.
- Proles. La — en el matrimonio: 501 c.
- PROLETARIOS. Redención de los —; iniciada en Belén y proclamada por Pío XI: 484 a.
- PROPAGACIÓN DE LA FE. Obras pontificias de la —: 93 b.
- PROTECCIÓN. *Comité Nacional (Italia) para la — de las jóvenes obreras* (21 VI 39): 211 c-212.
- PUEBLO. La vía dolorosa de las masas del —: 442 b.
- PUEBLOS. La suerte y la felicidad de los — están en manos de D.: 160 b-c. Fidelidad y garantía del bienestar de los —: 65 b, 69 c. Los — arrastrados a la guerra por castigo de D.: 331 b. Verdadera grandeza de los —: 316 c. Necesidades y justas exigencias de los —: 465 b.
- Quirites. Curia de los —: 29 a.
- RADIOMENSAJE *de paz al mundo católico* (3 III 39): 3-7.
- RAFAEL. Consejo del arcángel San — a Tobías: 436 c.
- RAZÓN. La — y la fe: 424 c-425.
- RECIÉN CASADOS. *Primera audiencia concedida a —* (26 IV 39): 71-74.
- Redemptio proletariorum.* 484 a.
- REINA CELESTIAL. La — (10 V 39): 117-120.
- RELATIVISMO: Cfr. Pfo XI.
- RELIGIÓN. La —, primer fundamento de una buena educación: 531 a. Bienes de la —: 69 c. Papel preponderante de la — en los grandes problemas modernos: 294 a.
- RELIGIOSAS. Cómo son madres las —: 491 c-492. Cómo medirán su celo por la perfección las — enfermeras: 274 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- RELIGIOSOS** *Franciscanos, Párrocos en Italia* (5 VI 39): 246 b-c.
Cfr. ENFERMEROS.
- RESPONSABILIDAD.** La — de los gobernantes, políticos, militares, periodistas, etc., ante la guerra: 315 a-b. La — en los estatutos humanos: 465 c.
- REY DIVINO.** *Junto a la cuna del* — (3 I 40): 487-492. Dominio universal del —: 373 a.
- RITO GRECO-MELQUITA.** El —, guardián de Baniás (San Pedro y las llaves): 131 b.
- ROMA.** Es — la sede providencial del Papado: 229 b, 496 a, 516-517. —, madre y maestra del Derecho: 346 c. Los monumentos, bibliotecas y archivos de —, abiertos al estudio de la Historia: 222 a. — (Vaticano), señal de salvación para los pueblos: 28. — acoge a los jóvenes de todas las naciones: 224 b. Cátedra de —: 517 b-c. — y el primado de Pedro: 516 a. Multiforme caridad de la Iglesia de —: 551-552. Grandeza de la diócesis y de la ciudad de —: 552 a-c. Mártires y héroes de —: 552 c-553. La cura de almas en —: 544. — ya no es terreno íntegramente católico: 545 b. — y Castelgandolfo: 358 a. — y Milán: 562-563, 564. — y San Ambrosio: 563-564. — y Rumania: 573 b.
- ROMANOS PONTÍFICES.** Los — y Castelgandolfo: 358 a.
- ROOSEVELT.** Propuesta del Presidente —: 468-469 a.
- ROTA ROMANA.** *La inauguración del nuevo año jurídico de la Sacra* — (2 X 39): 341-347. Historia de la —: 344 b. Trigésimo año de la reconstitución de la —: 344 b. Las «Decisiones» de la — son un himno a la justicia: 344 b-c. Amor del P. a la —: 343 b, 344 b. Universalidad de la —: 346 a. «Estudio» de la S. —: 347 a. La pobreza, privilegio ante la S. —: 346 b.
- ROSARIO.** Devoción, servicio e imitación de la Reina del Santo —: 283 b.
- RUMANA.** *A una especial Delegación* — (17 II 40): 571-573.
- RUMANIA** y Roma: 573 b.
- RUSIA.** Fervorosa oración por —: 172 c. Cfr. VLADIMIRO (San).
- RUSO.** Primer Obispo católico —: 171 c.
- RUSOS.** Sacerdotes —: 171 c. Los — pobres de Roma: 172 c.
- Russicum.* Vida y esperanzas del Colegio —: 172 a-b.
- RUTENO.** Colegio —: 169-172 a.
- RUTENOS.** Sacerdotes —: 171 c.
- SABIDURÍA.** La — cristiana: 383 b-c.
- SABIOS.** Los — son evocadores de verdades: 421 a-b.
- SABOYA.** Dinastía, cruz, santos, de la Casa de —: 453-454.
- SACERDOCIO.** Nobilísimo — es servir a la justicia: 343 c.
- SACERDOTE.** El —, legado y embajador de Cristo: 83 a-b; y luz del mundo: 217 c-218 b.
- SACERDOTES.** Los —, embajadores de Cristo: 544 b-c. Triunfos que

ÍNDICE ANALÍTICO

- en la época moderna reportan los — muy activos e imbuídos del espíritu de D.: 221 a-b. Los — ante la guerra: 331 a-b. Cfr. SANTUARIO, SEMINARISTAS.
- SACERDOTES ADORADORES. A los — (28 IV 39): 75-89.
- Sacramentum* en el matrimonio: 501 c.
- SACRO COLEGIO. En el día de San Eugenio, al — (2 VI 39): 155-161. Los del —, los más cercanos al P.: 11 a. El P. les conjura y exhorta a toda cooperación: 12 b.
- SAGRADO CORAZÓN. Religiosas del — de Jesús: Cfr. [Probanistas].
- SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS: Cfr. CORAZÓN DE JESÚS.
- Salus populi Romani*. Virgen —: 153 c. —, título de la Virgen protectora de Roma: 448 c, 533 a.
- SAMARITANO. El compasivo —, modelo de la caridad: 213 a, 510 c.
- SAN GALL. A los peregrinos de la diócesis de — (10 V 39): 121-123. La A. C. en la diócesis de —: 123 a-b. Párrocos de la diócesis de —: 121.
- SANGRE. La — de los hermanos: 461 a.
- SANGRE DE CRISTO. Valor de la —: 435 c. El P. suplica a todos, por la —, que no entren en la guerra: 317 a.
- SANGRIENTO CONFLICTO. Temores de un — internacional: 316 a.
- SANTIAGO: Cfr. ESPAÑA.
- SANTIDAD. Garantía de — (12 VII 39): 253-260.
- SANTÍSIMA VIRGEN. La —, Patrona de Nueva Zelanda: 538 c.
- SANTÍSIMO SACRAMENTO. Congregación del —, fundada por el Beato Eymard: 78 ss. Adoración universal y perpetua del —: 80-81, 84-85.
- Santissima Annunziata*. La Casa de Saboya y la —: 480 a.
- SANTOS APÓSTOLES: Cfr. APÓSTOLES.
- SANTUARIO. A los alumnos del — (24 VI 39): 215-226. Insistente exhortación a los Ministros del —: 461 b.
- SAULO (de Tarso). Conversión de —: 521-522.
- SEDE APOSTÓLICA. La caridad de la — es igual para todos: 225 a. Cfr. PAPA, ROMA, etc.
- SELACLACÁ. Leprosería de la Orden de Malta en —: 511 a.
- SELECTA FAMILIA. Los méritos de una — religiosa (21 VII 39): 285-289.
- SEMBRADORES. Doce — enviados por el P. a las gentes alejadas: 371 c.
- SEMINARIOS DE ROMA: Cfr. SANTUARIO.
- SEMINARISTAS. Los — tendrán ciencia firme: 220 c; sin rehusar molestia alguna en los estudios: 220 c; trabajando aún en vacaciones: 222 b. Los — estarán unidos a Cristo por la oración, el sacrificio y la caridad: 222-223; por el sacrificio eucarístico (Sagrada Comunión): 223 a; y por el sacrificio personal (castidad): 223 b-c. Los — amarán al Vicario de Cristo: 224 c; y a sus her-

INDICE ANALÍTICO

- manos sin distinción: 224 a. A los — no les corresponden las luchas políticas: 224 b. Caminos que a los — reserva la Providencia: 225 b-c. Cfr. SANTUARIO.
- SERMÓN DE LA MONTAÑA. La justicia proclamada en el —: 466 a.
- Servus servorum Dei*. El P. es —, según San Gregorio Magno: 30 a.
- SIXTO V. La Curia romana y —: 29 c.
- SOBRENATURAL. Lo —, perturbado en las mentes de muchos: 221 a-b.
- SOCIEDAD MODERNA. La — ha de rehacer su alma cristiana por el conocimiento y el amor de Jesucristo: 280 a. La unidad de la — (humana), en peligro: 50 a.
- SOCORRO. Influencia del — sanitario en las misiones: 213 a.
- SOL DE JUSTICIA. Cristo es el —: 467 a.
- SUBIACO. A un grupo de señoras de A. C. de — (81 V 39): 153 c.
- SUCESOR DE PEDRO. Colaboradores del —. Cfr. CURIA ROMANA.
- TABERNÁCULOS eucarísticos: 85 a-b. Cfr. CRISTO.
- TANTUR. Fundación para los niños pobres de — por la Orden de Malta: 511 a.
- TEMPLO. Cada casa un — (15 XI 39): 403-407. Todo — es copia del Reino celestial: 142 a.
- TEMPLOS. Los — paganos, guardados y santificados por la Iglesia: 424 b.
- TEOLOGÍA. Estima de la —: 221 b. La — bíblico-positiva: 221 b. La — especulativa: 221 b. Estudio de la — moral: 221 b.
- TERESA DEL NIÑO JESÚS (Santa) (Teresa o Teresita Martin). Colegio Ruso de —: 169. —, Patrona de los misioneros, proclamada por Pío XI: 200 c. Cuidado de — por los vasos sagrados: 475 a.
- TERNI. *Peregrinos de —, a Pompeya* (12 VII 39): 257-258.
- TIEMPOS MODERNOS. Peligros de los — para la fe: 545 b. Dificultades y ruinas de los —: 497 b.
- TÍBER. El —, ornado con ramos de olivo: 479 c.
- TÍVOLI. *Peregrinos de —* (3 V 39): 98 b.
- TOMÁS (Santo). La defensa de la Iglesia según —, Arzobispo de Canterbury: 474 a-b.
- TRABAJO. El —, preferencia de Jesús: 212 c. La ley original y universal del —: 498 a.
- TRATADOS. Tórnense los hombres a los — o pactos amistosos: 42 c-43 a.
- TURCOS. Los — y el pueblo croata: 400 a.
- TURÍN. *Hermanas de San José de —* (26 IV 39): 74 a.
- UNIÓN CON DIOS. *Los tesoros de la íntima —* (17 VII 39): 265-275.
- UNIÓN INTERNACIONAL: Cfr. DELEGACIONES.
- UNIVERSIDAD CATÓLICA DE WASHINGTON. *Radiomensaje a los católicos de los Estados Unidos de América, en el cincuentenario de la —* (13 XI 39): 393 ss. Bodas de oro de la —: 395 a.
- UNIVERSIDADES CATÓLICAS. 396 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- UNIVERSITARIOS. Estudio y formación de los —: 137 b.
- UNIVERSO. El — y la Biblia: 424-425.
- URBANIA y ACQUAPENDENTE. *Peregrinos de* — (14 VI 39): 184 c.
- URUGUAY. *Al Ministro del* — (20 VI 39): 203-206. Congreso Eucarístico Nacional, en 1938: 205 c. Relaciones del — con la Iglesia: 206 a. Visita rápida del — por el P. [E. P.]: 205 a-b.
- VALORES ESPIRITUALES. Importancia de los — en nuestro tiempo: 483 b-c.
- VERDAD. La — no engendra odio: 423 c. La — y la investigación: 419 b. Servir a la —, meta suprema del Sumo Pontificado: 11 c. La — debe expresarse en lenguaje claro, nunca ambiguo: 220 c-221 a. La palabra de la —, única arma del P.: 315 c. El servicio a la —, precepto el más inviolable y fundamental: 461 b-c.
- VERDADES. Las — de D. son perfectas, inmutables y absolutísimas: 220 c.
- VERDE. Discurso del Card. — en la Basílica Liberiana: 445.
- VIALAR. *Luminosos ejemplos de la Beata de* — (19 VI 39): 197-201. Su beatificación: 199 b. Sus hijas: 199 b-c. Desarrollo de su Congregación: 199 c. Su esperanza en D.: 199-200. Divisa dada a sus hijas: 200 a. La gran lección de su vida: 201 a.
- VICARIO. El P. es el — de Jesucristo: 224-225.
- VICTORIA. La — sobrenatural, esperanza y certeza para los seminaristas y sacerdotes: 225 c-226 a.
- VIDA FAMILIAR. La —, influida por el ambiente social: 48 c.
- VIDA INTERIOR. Cómo debe florecer y resplandecer la —: 401 a.
- VIDA NUEVA. *Aspectos de la* — (24 I 40): 519.
- VIRGEN MARÍA. Imágenes de la — regaladas al P.: 52 a.
- VIRGEN MADRE. La — es Madre misericordiosa y clementísima: 449 a-b, 467 a.
- VIRGEN DE GUADALUPE: 325 b.
- VIRGEN DE LOS DOLORES: 179 b, 252 a.
- VIRGEN DEL BUEN CONSEJO. La —, Patrona del Cónclave: 11 b-c.
- VIRGEN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO: 83 c.
- VIRGEN INMACULADA. Que por las manos de la — descienda la paz: 106 a-b.
- VIRTUDES DOMÉSTICAS. *Las* — (31 V 39): 149-153. María, modelo de —: 151-152.
- VITERBO. *Peregrinos de* — (17 V 39): 136 c. Los Papas en —: 136 c.
- VLADIMIRO (San). *En el 950º aniversario del bautismo de* — (6 VI 39): 169-172. Piedad y grandeza de —; 171 b. Triduo de —: 171 a.
- VOCACIÓN DIVINA. La plenitud de la —: 217 c.
- WASHINGTON. Delegación apostólica de —: 468 c. Cfr. EPISCOPADO, ESTADOS UNIDOS, UNIVERSIDAD CATÓLICA.
- YUGOSLAVIA. *Peregrinos de* — (5 VII 39): 247 a. Fe y piedad tradicionales de —: 247 a.

IV. - ÍNDICE ONOMÁSTICO (*)

- Abel : 530 c.
 Abisinia, del. ap. de : 231 c.
 Abraham : 82 b.
 Acquapendente, ob. de : 184 c.
 África or. ital., del. ap. y prelados : 231 c.
 Agustín, s. (Águila de Hipona o Doctor de Hip. ; Ag. de Tagaste) : 38 b-c, 106 b, 176 a, 358 c, 429 a, 523 a, 558-559, 563 c.
 [Alberto], r. de Bélgica : 321, 322 a.
 Alfieri, Dino, emb. : 439.
 Amigo, Pedro Man., arz.-ob. : 125.
 Ambrosio, s. : 562-564.
 Anagni, ob. de : 245 c.
 Ananías : 522 a.
 Andrés Bobola, s. : 337 c.
 Antioquía, patriarcado maronita : 113 ; melquitas : 129 b.
 Argel, primer ob. de : 106 b.
 Argentina, pres. de la República : 101 a.
 Aristóteles : 422 b, 424 c, 427 c.
 Arquímedes : 422 b.
 Ascalesi, card. : 245 a.
 Atanasio, s. : 132 a.
 Augusto : 467 b, 490 b.
 Avellino, ob. de : 382 c.
 Bacón : 422 b.
 Basílica Liberiana, capít. de la : 447 b.
 Becchi, los : 530 b, 581 b.
 Bello, Leonardo M.^a. min. gen. : 165 b.
 Benedicto XIII : 210 a.
 Bérghamo, sup.^a gen. en : 243 a.
 Berle, subsecretario de EE. UU. : 468 c.
 Bernardita, sta. : 200 b, 435 b.
 Bernini : 515 b.
 Bolivia, pres. de la Rep. de : 195 a.
 Bosco, don. (Cfr. Bosco, s. Juan, en el Índice III).
 Brasil, pres. de la Rep. del : 23 b.
 Buenos Aires, card. prim. de : 19 c.
 Caballeros de san Juan, orden de los : 509 b.

(*) Algunos nombres importantes de personas, que no figuran aquí, se encontrarán en el Índice III (ANALÍTICO).

VI. - ÍNDICE LITERARIO

(Citas y referencias)

a) BÍBLICAS

Gen. (I, 22) 437 a; (II, 1-2) 418 b; (IV, 10) 461 a.

Er. (II, 9) 529 c.

Num. (XXIV, 6) 88 c.

Deut. (XXXII, 35) 234 a.

III Reg. (VI, 22) 502 a; (IX, 28) 501 b.

II Par. (VII, 3) 537 c.

Tob. (VI, 16-17) 436 c; (VIII, 5) 437 a.

Judith (XIII, 17) 56 b.

Iob (IX, 4) 268 a.

Ps. (XI, 1) 94 b; (XLI, 3) 430 b; (XLII, 4) 301 a; (XLIV, 11) 405 c; (XLIX, 5) 87 b-c; (LXXI, 8) 373 a; (LXXXIV, 9, 11) 41 a; (LXXXVIII, 15) 343 c; (XCH, 10) 425 a; (CXVIÍÍ, 165) 268 a; (CXXVI, 1) 406 c; (CXXVII, 3, 4) 256 a.

Prov. (XVI, 12) 345 a; (XVII, 1) 406 c; (XXVII, 15) 411 c.

Eccle. (I, 4) 425 a; (I, 13) 418 c; (III, 11) 418 c.

Cant. (I, 12) 504 a; (III, 6) 504 a.

Sap. (VII, 3) 490 c; (VIII, 1) 492 b; (XIII, 15-16, 18-19) 429 b.

Eccli. (XXV, 1-2) 412 a; (XXV, 8) 29 b; (XXVI, 10) 411 c; (XXVIII, 11) 411 c; (XXVIII, 19-20) 412 b; (XXIX, 28) 406 a.

Is. (IX, 6) 37 b, 467 b; (XXXI, 5) 289 b; (XXXII, 17) 41 a.

Ier. (VI, 14) 38 b; (VIII, 11) 38 b; (XI, 20) 31 b; (XIV, 19) 462 c.—

Thren. (IV, 1) 502 b.

Ezech. (VII, 19) 502 b; (XIII, 10) 38 b.

Mich. (V, 5) 38 a.

- Matth.* (II, 2, 11) 501 a; (V, 14) 217 c; (V, 16) 222 b; (V, 48) 436 b; (VIII, 20) 406 b; (X, 42) 273 a; (XVIII, 3) 269 c; (XIX, 6) 242 b; (XIX, 29) 405 c; (XXV, 31 ss.) 278 a; (XXVI, 1) 273 a; (XXVIII, 19) 49 b.
- Marc.* (XV, 23) 504 b.
- Luc.* (I, 27) 474 c; (II, 14) 37 c; (II, 15) 467 a; (VI, 27-28) 522 c; (IX, 23) 223 a; (X, 30 ss.) 511 b; (XXI, 15) 429 c; (XXII, 32) 516 a-b; (XXIV, 51) 136 b; (XXIV, 52) 135 c.
- Io.* (I, 3) 430 a; (I, 16) 7 a; (IV, 35) 272 a; (VI, 53, 54) 175 b; (X, 16) 93 b; (XII, 24-25) 223 b; (XII, 32) 377 c; (XIII, 35) 224 a; (XIV, 2) 136 a; (XIV, 27) 39 c, 136 a; (XV, 10) 223 b; (XV, 13) 57 b; (XVI, 22) 458 c; (XX, 19) 37 b.
- Act.* (I, 8) 136 a; (I, 12) 135 c; (VII, 60) 522 c; (IX, 9) 524 b; (IX, 15) 522 c; (X, 38) 551 a-b; (XVII, 18-27) 418 c; (XX, 28) 543 b; (XXII, 3) 523 b; (XXIII, 6) 523 b.
- Rom.* (I, 8) 558 c; (I, 14) 559 c; (VIII, 29) 42 b; (X, 14-17) 549 b; (XII, 1) 425 a; (XII, 2) 48 a; (XII, 4) 30 a; (XII, 8) 552 a; (XIII, 14) 538 b; (XV, 33) 38 a; (XVI, 20) 38 a.
- I Cor.* (I, 21, 25) 549 c; (I, 27) 157 c; (III, 9) 244-245; (IV, 16) 192 b; (IX, 16) 549 b; (IX, 22) 546 a; (XI, 26) 84 c; (XIII) 167 a, 224 a; (XIV, 33) 38 a; (XV, 10) 517 b, 524 a, 524 c; (XV, 57) 225 c; (XV, 58) 226 a.
- II Cor.* (I, 5) 225 b; (I, 19) 221 a; (III, 5-6) 552 b; (V, 14, 15) 42 b; (V, 18-19) 549 b; (V, 18-20) 544 b; (VI, 11) 34 a; (VI, 13) 28 c; (VII, 2) 6 c; (XI, 23-28) 233 b; (XI, 29) 336 a; (XII, 9) 552 b; (XIII, 11) 180 b; (XIII, 13) 539 b.
- Gal.* (I, 13) 522 b; (I, 14) 523 b; (I, 17-18) 524 c; (II, 20) 42 a, 458 c; (IV, 19) 538 b, 544 c.
- Eph.* (II, 14) 38 a; (II, 17) 37 c; (III, 6) 93 c; (III, 15) 315 c; (III, 16-17) 15 c; (IV, 2-3) 58 b; (IV, 15) 12 a; (IV, 26) 412 c; (V, 22-23, 25) 146 a-b; (V, 25) 436 a; (V, 27) 435 c; (V, 32) 436 a; (VI, 4) 146 a-b.
- Phil.* (I, 26) 157 c; (II, 7) 42 b; (II, 13) 34 b; (IV, 1) 27 b; (IV, 3) 48 b; (IV, 9) 38 a; (IV, 13) 517 b.
- Col.* (I, 20) 38 a; (II, 3) 430 a.
- I Thess.* (II, 7) 425 a, 550 b; (V, 23) 38 a, 539 a.
- II Thess.* (III, 16) 38 a.
- I Tim.* (I, 13) 522 b, 523 b; (II, 1-4) 158 b, 565 b; (II, 2) 401 a; (II, 5-6) 544 b; (IV, 14-16) 250 b; (VI, 15) 43 b.
- II Tim.* (I, 6) 259 b; (II, 3) 365 b; (II, 4) 259 a; (IV, 7) 259 c.
- Tit.* (II, 11-18) 48 a; (III, 4) 335 b.

ÍNDICE LITERARIO

Hebr. (V, 1) 546 c; (XIII, 4) 437 a; (XIII, 20) 38 a.

Iac. (I, 17) 459 b; (III, 17-18) 32 c.

I Petr. (I, 19) 435 c; (II, 9) 560 c; (III, 1-2, 7) 517-518; (V, 8-9) 515 c.

II Petr. (I, 4) 503 a; (II, 1) 515 c; (III, 17) 515 c.

I Io. (IV, 21) 224 a; (V, 4) 51 c.

Apoc. (I, 5, 17-18) 79 c; (II, 2) 543 c; (VII, 2) 166 c.

b) LITÚRGICAS

[*Praef. Missae*], 459 b; [*Praef. Miss. S. C. I.*], 279 c; *Praef. Miss. Christi Regis*, 371 b; *Orat. in festo Immac. Conceptionis B. M. V.*, 437 b; *Orat. in Vig. Nat.*, 459 c; *Secr. fer. VI post Dom. sec. Quadrag.*, 365 a; *Sequentia Paschalis*, 37 c; [*Postcommunio Paschalis*], 43 b; *Orat. Dom. IV post Pasch.*, 136 b, 458 b; *Orat. Lit. Missae Dom. VII p. Pent.*, 338 c; [*Orat. Miss. pro Sponsis*], 267 a; *Brev. Rom.*, 478 a; *Hymn. in I Vesp. SS. Petri et Pauli, 29 iunii*, 521 b; *Pontificale Romanum: de dedicatione Ecclesiae*, 142 c.

c) JURÍDICAS

Conc. Vatic. (Sess. III c. 4), 426 b.

C. I. C. : (cán. 1329-1333), 550 c; (*can. 1344*) 549 a; (*can. 1366 § 2*), 218 c.

Trattato e Concordato fra la S. Sede e l'Italia, 516 c.

d) ROMANOS PONTÍFICES

Juan VIII (879), 399 c. León XII, 474 c. Benedicto XV, 219 c. Pío X: *Enc. Une fois encore*, 307 a. Pío XI, 210 a, 219 c; *Alocución a los prófugos de España* (1936), 55; *Const. Ap. Deus scientiarum dominus*, 218 b; *Enc. Casti connubii*, 255 c; *Enc. Quas primas*, 369 c; *Const. Ap. Ad incrementum*, 343 c.

e) ESCRITORES ECLESIÁSTICOS

AGUSTÍN (San): *Conf.* (X, 6, n. 2), 429 a-b. *De Civ. Dei* (XIX, 11), 38 a; (XIX, 12), 38 c, 358 c; (XIX, 17), 559 a-b. *De Genesi ad litteram* (IV, 12, n. 22), 418 b. *In Ioannis Evangelium* (tract. XXVI, n. 5), 419 a. *Sermones post Maurinos reperti* (Miscell. Agust. vol. I, pág. 633, 15-18), 40 b.

AMBROSIO (San): *Expos. in St. Lucam* (II, 26), 449 c.

GREGORIO MAGNO (San): *Ad Eph.* (IX, 2), 94 c. *Ad Rom.* (II), 551 b-c.